

1º GANADOR
PREMIO LITNET



VERDUGO

¿QUIÉN ES LA VÍCTIMA Y QUIÉN EL VERDUGO?

YAIRA BRITO

2019 © YAIRA BRITO

2019 © de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Romántica (Group Edition World)

Dirección: www.edicionescoral.com/www.groupeditionworld.com

Primera edición: Enero 2019

Isbn: 978-84-17832-01-8

Diseño portada: EDC

Maquetación: Ediciones Coral

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



VERDUGO

EL DUEÑO DE LA ALFONSO MARTÍNEZ VERDUGO

YAIRA BRITO

Índice

Agradecimiento.....	3
Sinopsis.....	4
Prólogo.....	5
Capítulo 1. Ojos bonitos.....	9
Capítulo 2. Paraíso tropical.....	16
Capítulo 3. Dos obsidianas y una nota.....	22
Capítulo 4. Más potente que los cuatro elementos.....	29
Capítulo 5. Un laberinto sin salida.....	36
Capítulo 6. Tolerancia cero.....	46
Capítulo 7. Nueva perspectiva.....	1
Capítulo 8. Persuasión peligrosa.....	63
Capítulo 9. Tan abrupta como hermosa.....	74
Capítulo 10. Tan enigmático como el vino.....	86
Capítulo 11. Sombras que encadenan.....	95
Capítulo 12. ¿Qué es la vida?.....	104
Capítulo 13. Poco pensar y más actuar, méli...	116
Capítulo 14. Una detective poco eficiente.....	129
Capítulo 15. Muéstrame que brillas más que el sol.....	144
Capítulo 16. ¿Por qué nadie me ayuda?.....	152
Capítulo 17. Su dulce melodía.....	162
Capítulo 18. Las mil islas.....	170
Capítulo 19. Empoderamiento.....	178
Capítulo 20. Pandora es sombría.....	188
Glosario.....	200

*Para mi madre y mi yaya,
mis más preciados tesoros.*

Agradecimiento

Le doy gracias principalmente a mi madre por haberme animado a iniciar este proyecto. Estoy muy agradecida con Verónica y la editorial por haberse arriesgado apostando por mí. No podría demostrar mi gratitud hacia todas esas personas que me acompañaron en el proceso de creación de Verdugo porque llenaría página tras página, siempre estaréis en mi corazón.

¡Mil gracias!

Sinopsis

Genova quería a un hombre que la hiciera temblar únicamente con una sonrisa, pero, sobre todo, ella quería experimentar y solo hacía falta que tocara la puerta de la oficina de aquel magnate multimillonario para recibir todo lo que alguna vez había deseado.

Eros es una caja de pandora que ha encontrado a una curiosa empedernida con un ímpetu indestructible.

Él es un cuerpo caliente con una boca de hielo y ella no está preparada para el arrollador temperamento del magnate.

¿Quién es la víctima y quien el verdugo?

Prólogo

¡Madre mía que calor hace! Estamos a mediados de agosto y esta es la ola de calor más alta que ha golpeado a Elora, ahora mismo resulta muy poco oportuno que bañarse en el río del pueblo esté prohibido. En realidad, agradezco que este verano sea más caluroso de lo habitual, el clima en esta parte del país es mayormente frío y es bueno guardar el abrigo por algunas semanas en el armario.

Somos una pequeña familia compuesta por tres; mi madre, mi hermano y yo. Nosotros vivimos en un pueblo poco habitado a las afueras de Ontario, aquí todo es muy pacífico y aburrido, no hay mucho que hacer o visitar, solo tenemos una plaza con dos bancos antiquísimos y una fuente seca. ¡Oh! Por supuesto, no podría olvidarme de la única tienda que tenemos. Él señor Patrol es el dueño de la tienda local de alimentación. Sino tienes un coche para moverte a alguna de las ciudades cercanas solo te queda el tren como opción y pasa cada cuatro horas.

Tengo los codos apoyados sobre la desgastada mesa de madera que tanto le gusta a mi madre, desde aquí puedo observar con lujo de detalles los diferentes tonos azules del cielo, está totalmente despejado.

Este es mi momento favorito del día, mi peor pesadilla no se encuentra en casa. Tal vez no soy lo suficientemente madura para entender algunas cosas, pero comprendo a la perfección que mi padrastro no tiene una actitud meramente fraternal conmigo. El novio de mi madre vino a vivir con nosotros hace medio año, al principio creí que era normal, yo no crecí con una figura paterna y no tenía nada con que compararlo. Poco a poco las cosas fueran saliéndose de control, las miradas lujuriosas y los comentarios morbosos pasaron a ser toques indebidos; cada vez que lo hace algo se rompe en lo más profundo de mi alma. Su actitud me sorprendió bastante y se lo dije a mi madre, pero ella simplemente lo excuso diciendo que ese comportamiento era habitual en los hombres chapados a la antigua. Mi madre está ciegamente

enamorada y no sé da cuenta del monstruo que ha metido en su casa, no me valió de nada contarle sobre las insinuaciones que me había hecho Pablo, ella confía en que él está bromeando ¿No se da cuenta de que me hace daño?

Suspiro y dejo que mi cuerpo se relaje después de mucho tiempo. Yo me mantengo en alerta la mayor parte del día esperando a que él entre por la puerta para volver a hacerme daño. Siento que mi cuerpo está siendo ultrajado, que ya no me pertenece.

El lunes cae con pesadez sobre nosotros, sin embargo, hay algo diferente en mi rutina habitual y lentamente me doy cuenta de que por fin me he liberado, he dejado que la valentía me domine.

—Esas son acusaciones muy fuertes, Genova. —Me responde mi progenitora con la confusión reinando en su mirada.

—¡Mamá, te estoy diciendo la verdad! Sino hubieras llegado antes del trabajo aquel viernes Pablo habría abusado de mí —mi voz es un popurrí angustiado de palabras entrecortadas, ni siquiera la reconozco.

Nadie habla, un silencio lúgubre se apodera de la sala de estar, sus ojos oscuros me observan con determinación y entonces comprendo que nuestra confianza se ha roto.

—Yo pensé que te había criado con buenos principios, pero veo que no es así. Pablo no haría tales cosas, estoy muy decepcionada de ti. Te quiero y no permitiré que acuses a alguien inocente de algo tan perturbador. Creo que lo mejor será que te vayas de esta casa y vuelvas cuando reflexiones, ve a recoger tus cosas. Tal vez tu abuela puede acogerte.

Las lágrimas no tardan en arremolinarse en mis ojos y el aire comienza a faltarme ¿No debería una madre de poner a sus hijos por encima de todas las cosas?

—Mamá por favor, no lo hagas. —Suplico asustada, no tengo a donde ir y no quiero terminar en el incompetente sistema de familias de acogida. Mi progenitora niega con la cabeza y aunque busco un ápice de arrepentimiento en su semblante no lo encuentro.

Siento dolor, pero no es físico, es ese tipo de dolor que corre por tu cuerpo completo quemando todo a su paso como si fuera ácido. Sus palabras se repiten como un mantra en mi mente apuñalando mi corazón, es una afilada daga de plata que arde al traspasar mi piel. Bajo la cabeza mordiendo mi labio inferior consternada y con rapidez me dirijo a mi pequeña habitación donde el mural lleno de fotos familiares me recibe. Un grito desgarrador se escapa de lo más profundo de mi garganta, no lo entiendo, ella es mi madre, quiero que

me abrace y me diga que solo estaba mintiendo. Con las manos temblorosas y las lágrimas empapando mis mejillas meto las primeras prendas de ropa que pillo en mi mochila.

—¿Está todo bien por aquí, pequeña? —inquire mi hermano apoyado en el marco de la puerta, trago saliva y acorto la distancia entre nosotros para abrazarlo con cariño preguntándome si esta es la despedida.

—Te quiero. —murmuro intentando aplacar el pánico que trata de absorberme, yo no quiero irme, no quiero hacerlo.

—Yo también te quiero. —Levanto la cabeza para memorizar sus facciones, tal vez está será la última vez que lo vea.

Anthony es tres años mayor que yo y lo único que tenemos en común es el pelo rizado. Él es un chico atractivo de piel negra y cabello azabache, lo que más resalta de su rostro son las frondosas pestañas que adornan sus ojos canela. Los pómulos marcados lo hacen lucir intimidante y sus carnosos labios le añaden una pizca de especias a su físico.

—Genova, por favor, recoge tus cosas y vete. —Cuando mi hermano escucha a la mujer que nos dio la vida su rostro se contrae atónito.

—¿La estás echando de casa? ¡Joder, tiene dieciséis años!

—No te metas en esto, Anthony. Es mi decisión.

—Si ella se va yo también lo haré —espetea el apretando los puños alterado.

Se meten en una acalorada discusión, tengo tantas cosas en la cabeza que no logro entender nada, sus palabras son un leve susurro inaudible como el llanto de los arboles al ser talados. Ellos no notan cuando abandono el lugar, no permitiré que mi hermano salga perjudicado de esto, quizás alejarme es lo mejor que puedo hacer.

Mi mejor Adam me aceptó con los brazos abiertos en su casa. Tan solo faltaban unos meses para finalizar el último año de secundaria, pero lo he dejado, no me siento lo suficientemente estable para someterme a tal estrés.

Desde aquí logro escuchar el lejano canto de los pájaros salvajes, creo que son los seres vivos más afortunados del planeta. Ellos son libres e imparables, pueden volar al compás del viento y explorar los lugares más recónditos. Las aves son capaces de enfrentarse a sus depredadores más feroces y conseguir la victoria. Me encantaría ser una de ellas para poder afrontar mis problemas sin titubear.

La hermana de Adam me pinta las uñas de rojo carmín aclarando que es un color sexi y que volverá loco a los chicos, pero ella no sabe que no quiero

atraer a nadie o quizás al único que quiero atraer es a su hermano ¿Me estoy enamorando?

Siento que la vida me ha vuelto a sonreír, Adam y yo cumplimos un año de noviazgo, nos costó un poco decidirnos ya que no queríamos arruinar nuestra amistad. Su familia es maravillosa, ellos me mostraron una gran hospitalidad al dejarme permanecer en su hogar por tanto tiempo. La casa es pequeña y acogedora. Mi hermano no ha parado de llamarme, sin embargo, yo hago caso omiso y no le respondo, no quiero volver a ese lugar.

El afrutado líquido rojo salpica al caer dentro de la copa, las lágrimas amargas ruedan libremente por mis mejillas y mi corazón se contrae afligido. Creo que llorar es lo único que se me da bien en esta vida. Adam se ha ido sin darme ninguna explicación, pensé que las cosas entre nosotros estaban bien. Él nunca me respondía cuando le decía que lo amaba ¿Era eso una señal? Adam también me ha dejado sola, sola, sola. No le importo ni a mi propia madre, mi vida no tiene sentido ni rumbo.

¿Cuándo el amor y la felicidad tocarán a mi puerta?

Capítulo 1. Ojos bonitos.

Las hebras de mi negro y rizado cabello bailan junto al viento mientras acelero en dirección a mi destinatario. Hace un día muy bonito, el sol está en su máximo esplendor en lo más alto del cielo y algunas nubes pequeñas danzan a su alrededor como si fueran las estrellas diurnas.

Mi scooter verde pistacho se escabulle entre el cúmulo de coches que se encuentran en la carretera a la hora punta del día.

—¡Qué coño haces, idiota! —escucho las maldiciones que me echan los conductores haciendo caso omiso. Ya voy lo suficientemente tarde como para prestarles atención.

No puedo permitir que me despidan, este es el cuarto lugar en el que me contratan este año. Conseguir un puesto de empleado fijo sin ninguna formación previa es algo complicado en estos tiempos.

Doy un golpe en el manubrio exasperada cuando la luz roja del semáforo me detiene, en un acto de rebeldía acelero metiéndome por la calle adyacente. Ya lidiaré con las multas después.

Soy una repartidora, mi trabajo consiste en llevar la comida de un prestigioso restaurante francés directamente a su clientela. Sin embargo, los consumidores de La Petite Alsace no son personas comunes, ellos son adinerados exigentes que no toleran las impuntualidades y por esa razón el lema del restaurante es a punto y en el punto.

A mis veinte años debería de estar estudiando para conseguir un empleo bien remunerado, pero lamentablemente ese no es mi caso ni tampoco me puedo costear la matrícula de una universidad. Me encantaría tener una carrera de la que sentirme orgullosa.

Giro la cabeza de lado a lado en busca de un espacio libre ¡Maldita sea, todo está ocupado! Aborrezco esta parte de Toronto ya que encontrar un lugar en el que aparcar es casi imposible.

¡Joder! Las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Dejo el scooter justo al lado de una señal de prohibido aparcar y me desmonto para recoger la caja de comida aún templada. Estresada busco el recibo con la

información del cliente y he dado a la primera con la dirección correcta.

¡Guau! ¡Madre mía! Me quedo boquiabierta observando el edificio en frente de mí, no hay palabras para describirlo, simplemente es increíble. El lugar cuenta con una fachada hecha literalmente de cristales y finas vigas de acero, la estructura es una maravilla de al menos quince plantas que forman una leve espiral. Las siglas EV se encuentran encima del vinilo traslúcido de las puertas en la entrada, toda la atención recae sobre ellas al ser blancas y bordeadas en un brillante color dorado.

Entro en el inmenso y muy blanco vestíbulo con los nervios a flor de piel, he llegado diez minutos tarde. La atractiva señora pelirroja al otro lado del mostrador marmoleado me sonríe amablemente haciendo que las arrugas en sus ojos se acentúen, su traje de pantalón y americana roja desencajan un poco con la decoración del ostentoso lugar, sin embargo, ella luce impecable.

—Buenas tardes, traigo un pedido para el señor Vryzas. —digo intentando leer bien el extraño apellido.

—Un momento por favor. —La mujer presiona algunos números en el moderno teléfono inalámbrico e intercambia unas cuantas palabras con la persona al otro lado de la línea.

—Puede pasar, señorita, la oficina del señor Vryzas está en la planta seis, de momento la secretaria y la recepcionista no se encuentra, así que vaya directamente a las puertas dobles. El ascensor está allí. —Explica señalando a un pasillo tan pulcro como el resto del lugar.

El ascensor curiosamente huele al suave perfume del jazmín y está rodeado por espejos que me enseñan mi alborotada apariencia y el ridículo vestido negro de lunares inspirado en los años treinta que llevo puesto, sí, ese es mi uniforme.

Mis oscuros ojos negros me devuelven una mirada ojerosa que demuestra mi cansancio y mi pelo es un desastre de rizos enredados.

Las puertas de acero se abren y desconcertada verifico el número de la planta en la pequeña pantalla del ascensor para saber si continúo en el mismo lugar, no hay nada diferente además de las gigantescas puertas de caoba al final del vestíbulo número dos.

Mis manos están sudando y se me ha olvidado quitarme el casco, suspiro tocando débilmente la puerta.

¡Joder, estoy despedida!

—Pase —espeta roncamente una voz masculina desde el otro lado, mi estómago da un vuelco. Empujo las puertas con una sola mano experimentando

una gran dificultad para hacerlo.

Cuando levanto la mirada me encuentro con unos brillantes ojos mieles salpicados por motas de color verde oliva y se me seca la boca. Es como si el mundo se hubiera parado por unos segundos para volver a ponerse en marcha en sentido contrario. El aire se congela en mis pulmones y la conexión entre mis neuronas se funde, mi corazón empieza a latir a una velocidad vertiginosa retumbando en mis oídos.

¡Es el hombre más hermoso que he visto en mi vida! Pequeños mechones de su sedoso pelo castaño claro rozan su frente, una nariz de forma celestial adorna su esculpido rostro y su piel pálida reluce bajo los rayos de sol que entran por los grandes ventanales. Es alto y se ve jodidamente intimidante enfundado en ese refinado traje. Un jadeo involuntario se escapa de mis labios.

El impresionante hombre que tengo delante me escudriña atentamente dándome una media sonrisa de dientes relucientes y carnosos labios que se burlan de mí. Por primera vez siento que mis mejillas se calientan ¿Estoy ruborizándome?

—¿No cree que llega tarde? —¡Oh Dios! Un escalofrío me recorre por completo, su voz es hipnotizante.

—¿Señorita?

—Yo... Esto... Había tráfico —las palabras salen a trompicones de mi boca, cierro los ojos avergonzada ¿Por qué estoy actuando así?

—Deje la comida sobre mi escritorio —su tono es duro y exigente, estoy segura de que cree tener el mundo en la palma de su mano. Tal vez es un tirano ¿No es demasiado joven para tener un puesto de trabajo tan alto?

Él apoya su cadera contra el gran escritorio de cristal que se encuentra en el centro del lugar y no puedo evitar dirigir la mirada hacia sus venosas manos, siempre he tenido una extraña afición hacia los hombres con las manos así, simplemente me encantan. Con pasos titubeantes me acerco al escritorio pasando por su lado y su exótica fragancia varonil me golpea mareándome.

Tomo una gran bocanada de aire empezando a colocar el plato con su filete y una guarnición de espárragos, hago todo minuciosamente con tal de no provocar un desastre. Intento doblar la elegante servilleta en un triángulo, pero mis manos están temblando como una hoja y simplemente dejo los cubiertos sobre la servilleta abierta.

Las suelas de sus zapatos de cuero repiquetean contra el suelo cuando se

acerca, yo me alejo rápidamente con incomodidad y mantengo la vista clavada en mis pies ¡Quiero salir de aquí ahora mismo!

—Son sesenta y ocho dólares con cincuenta centavos —musito cruzando mis manos detrás de la espalda y observando las baldosas del suelo que en conjunto parecen un tablero de ajedrez.

—¿Podría mirarme a los ojos mientras habla?

Por inercia levanto la mirada y me muerdo el labio inferior apenada, de repente las paredes blancas adornadas con pinturas abstractas se ciernen sobre mí acorralándome.

—Parece bastante joven ¿no debería de estar estudiando? —pregunta ladeando la cabeza. Es jodidamente sexy, pero no me gusta que inmiscuyan en mis asuntos.

—Eso es algo que me concierne solo a mí. —contesto aferrándome a la repentina lucidez que me ha atravesado.

Por unos segundos él parece consternado —Siento mucho haberla ofendido. —se disculpa sacando un billete de cien dólares de su cartera marrón. Yo cojo el dinero evitando su contacto y me pongo a buscar el cambio en mi riñonera. Solo me faltan los patines.

—No es necesario, señorita, quédese con el cambio. —niego con la cabeza y le tiendo el dinero sobrante, no obstante, el hombre sigue insistiendo.

—No puedo aceptarlo va en contra de las reglas.

—También va en contra de las reglas llegar tarde y, sin embargo, lo ha hecho. —me recrimina abrasándome con su profunda mirada de ojos dorados.

Yo enarco las cejas con evidente molestia. —¿Me está chantajeando?

—Usted lo ha dicho, no yo. —pronuncia de forma concisa, el tenue rastro de una sonrisa genuina ilumina su rostro y me pregunto si esto es alguna clase de chiste para él.

Poniendo los ojos en blanco meto el dinero en mi bolsillo, mi jefa es una persona muy estricta y suele despedir a los empleados por cualquier metedura de pata.

—Un gusto conocerla, señorita...—me tiende su mano y cuando lo toco siento que he metido el dedo en una fuente de electricidad corriente ¡Madre de Dios! Al parecer mis hormonas han decidido despertar de su letargo.

—Sanders, Genova Sanders. El gusto es mío, señor Vryzas.

—La acompaño.

Lo persigo hasta la salida observando su amplia espalda, él sostiene la puerta para mí mientras me dirige una mirada misteriosa que me incita a

profundizar más en su interior, sin embargo, es como una caja fuerte blindada.

—Hasta luego, señorita Sanders.

—Adiós.

«No creo que nos volvamos a ver señor ojos bonitos.» pienso aun sintiendo su imponente presencia.

—Eísai éna peirasmós —susurra en un sexi idioma que no consigo reconocer cuando salgo de su oficina con un revoltijo de sensaciones en mi cuerpo.

En ningún momento me doy la vuelta, solo continúo caminando apresuradamente hacia el ascensor ¿Qué ha sido eso? Nunca me había sentido tan intimidada en mi vida.

Al salir del edificio respiro profundamente llenando mis pulmones de aire fresco, estoy segura de que ese hombre hace temblar a cada mujer que lo ve y yo no soy la excepción.

Por suerte, no ha venido ninguna grúa a llevarse el scooter y mi jornada laboral continúa a pesar de que en ningún momento sus fascinantes ojos dorados abandonan mis pensamientos.

Como todos los días llego a casa exhausta y hambrienta, lo primero que encuentro son los recibos sobre la mesa y mi mente empieza a calcular la manera de llegar a fin de mes con el sueldo tan bajo que Amanda y yo recibimos.

Amanda es mi compañera de piso y mi mejor amiga, vivimos en un pequeño bloque de seis apartamentos que se encuentra en Stratford, una hermosa ciudad con una historia impresionante. La calle es la única distancia entre nuestra vivienda y el cristalino río Avon, allí solemos pasar nuestro tiempo libre mirando a los patos nadar y charlando sobre nuestro día a día.

El piso mide apenas sesenta metros cuadrados y cuenta con dos habitaciones con el espacio suficiente para meter una cama y un armario, un baño diminuto de azulejos blancos, una cocina en la que apenas caben los electrodomésticos y un salón que también cumple la función de un comedor. Suelto una risita entre dientes al recordar la manera en la que arruinamos el parque el día que decidíamos pintar las paredes de naranja.

Sentada en el sofá pruebo el soso puré de patatas que acabo de preparar mientras hago zapeo sin encontrar ningún programa interesante en la vieja televisión que la madre de Amanda nos regaló. Las cerraduras de la puerta resuenan y mi querida amiga entra aún llevando su uniforme de enfermera.

—Hola ¿qué tal te ha ido en el trabajo? —pregunto girando la cabeza

para mirar sus grandes ojos verdosos.

—Podría haber ido mejor, pero una adolescente que acababa de ingresar por intento de suicidio se escapó, ya te imaginarás tú como estábamos buscándola por todo el hospital. —Amanda se encoge de hombros dejando caer su lisa melena cobriza sobre su espalda.

Me encanta escuchar las anécdotas que trae mi mejor amiga del trabajo, siempre me han gustado las profesiones que entran en el campo sanitario.

—Por cierto, ya tengo los billetes de avión para nuestro viaje a Punta cana. Han sido una ganga —parlotea dando pequeños aplausos excitada.

Yo abro los ojos desmesuradamente y mi sonrisa llega hasta mis orejas. Hemos estado ahorrando para visitar ese paraíso tropical desde hace dos años, no nos podemos permitir muchos lujos, pero por una vez nos lo merecemos y saber que nuestro esfuerzo finalmente ha dado frutos es satisfactorio.

—¿Y el hotel? —inquiero sin ocultar mi júbilo. Amanda toca varias veces su cabeza con el dedo índice.

—Tengo un amigo que me ha ayudado a resolver ese asunto.

Es raro que ella no haya conocido todavía al presidente, la lista de contactos de Amanda es sumamente extensa.

—¿Y tú día?

Trago duro cuando recuerdo al magnífico hombre que he conocido hoy.

—Ha ido bien, supongo.

—¿Supones? —insinúa sentándose a mi lado ¡Oh no! Está utilizando su tono de «Suelta la sopa ahora mismo o atente a las consecuencias, querida.»

—Ya sabes, un atasco insoportable y un poco de estrés. —balbuceo como un pez fuera del agua tratando de evitar a la indagadora Amanda Milani. Ella clava su astuta mirada en mí y muerdo mi labio inferior incómoda.

—¿Desde cuándo te sonrojas, Genova Sanders?

—¿Qué? Son imaginaciones tuyas. —Hablo rápidamente gesticulando con las manos para restarle importancia al asunto. En realidad, yo me hago la misma pregunta.

La habitación se queda en un silencio sepulcral y sé perfectamente que esta es la segunda táctica de Amanda para conseguir su cometido ¡Ella no tiene remedio!

Suelto un bufido y me rindo poniendo los ojos en blanco. —Hoy he tenido que llevarle la comida a un exigente hombre que es increíblemente atractivo. Nunca me había sentido tan nerviosa hasta el momento en que por

primera vez sus desafiantes ojos mieles conectaron con los míos, no sé cómo explicarlo. —Mientras lo describo su imagen vuelve a recrearse en mi cabeza.

Amanda pega un ensordecedor chillido y me empuja por el brazo hacia atrás, casi se me cae el plato de las manos. —¡Oh por Dios! Tenía ganas de que este momento llegara. —exclama carcajeándose entusiasmada.

—Si insinúas que estoy interesada en él estás muy equivocada, Amanda.

—¡Ajá! el brillo en tus ojos te delata, dime ¿es amor a primera vista?

—Por supuesto que no, sabes que no quiero empezar a salir con nadie. Además, él parece ser igual de petulante que la mayoría de los ricos. —digo mostrando mi irritación. No lo puedo negar, el señor Vryzas hace que mis piernas tiemblen y mi corazón palpita acelerado, pero no es más que una simple atracción.

El amor y todas las complicaciones que vienen con él no son lo mío. Por el contrario, Amanda es una romántica empedernida que sueña con encontrar a su amor verdadero y cree en el flechazo. No obstante, su historial amoroso es lo suficientemente largo como para llenar los dos testamentos de la Biblia. Ni siquiera me acuerdo del nombre del novio que tuvo hace apenas un mes ¿Quizás era Drake? No, ese es el nombre de su exnovio irlandés, me parece que duraron un trimestre, ese es un récord para la despampanante Amanda Milani.

—Tendré que obligarte a salir de estas cuatro paredes para que tu cuerpo virginal conozca los placeres de la vida —básicamente amenaza señalando a la venta abierta por la que entra la brillante luz de la luna menguante.

—¡Venga ya! Deja en paz a mi cuerpo, aquí tengo muchas cosas que hacer y salgo siempre que puedo.

Mi amiga levanta una de sus impecables cejas y su expresión es de pura incredulidad. —No sales de Stratford sino tienes que trabajar. —En eso tiene toda la razón, prefiero pasar los días encerrada en mi casa viendo alguna serie interesante en la televisión o releendo mis libros favoritos.

—Por cierto, tengo algo que decirte. —Amanda sonríe de medio lado y acaricia la piel bronceada de su brazo con inquietud. La observo expectante mientras ella busca algo dentro de su bolso, un palito blanco cae sobre mi regazo y lo recojo para echarle un vistazo sorprendiéndome al descubrir que se trata de una prueba casero de embarazo.

—Estoy embarazada —mi boca forma una «o» perfecta. Yo abrazo fuertemente a mi amiga y ella apoya su barbilla sobre mi hombro, sé que lleva varios años intentando ser madre y no ha tenido éxito, hasta ahora. Es gracioso

imaginarse a la curvilínea figura perfecta de Amanda con un vientre redondeado de nueve meses

—¡Felicidades! —grito contenta en su oído.

—Gracias, si me aprietas así de fuerte sacarás al bebé antes de tiempo y apenas tiene ocho semanas.

—Sabes que estoy aquí para todo lo que necesites y te apoyaré siempre ¿cierto?

—Para eso están las amigas —responde palmeando mi espalda.

¡Me parece que esto será genuinamente divertido!

Capítulo 2. Paraíso tropical.

Las ruedas del avión rechinan cuando tocan la pista de aterrizaje y suspiro aliviada sabiendo que ya hemos llegado a tierra. Nunca me ha gustado viajar por el aire ya que me hace sentir inestable y asustada.

—Tengo el culo aplastado ¡Han sido las tres horas más largas de mi vida!

Río escuchando las protestas de Amanda mientras bajamos por las inestables escaleras desplegadas. Durante todo el viaje tuvimos a dos pequeños diablillos que no paraban de darle patadas a nuestros asientos. Mi espalda está machacada.

¿Para qué pagar a un masajista si en la clase turista puedes obtener un masaje totalmente gratis?

—Si es para disfrutar de este lugar volvería a aguantarlo sin titubear — digo abanicándome, hace un calor insoportable y el sol brilla como si no fueran las seis de la tarde. Estoy cien por ciento segura de que mi pelo no resistirá al húmedo clima tropical, me espera una larga semana de cabello encrespado y comida caribeña.

Mientras aterrizábamos no pude evitarlo y entreabrí los ojos para contemplar el vivido paisaje de frondosos árboles verdes y aguas cristalinas, si pudiera me quedaría a vivir aquí para siempre.

Recoger nuestras maletas ha sido todo un martirio, al parecer las han metido por equivocación en otro vuelo y mañana las enviarán al hotel en el que nos hospedaremos. Suspiro ensimismada, el que se encargó de diseñar este edificio es un genio, el aeropuerto cuenta con un inmenso tejado de paja seca y una estructura hecha de troncos de madera, curiosamente el interior es simple como en la mayoría de los aeropuertos.

Una furiosa Amanda sale por las puertas acristaladas del aeropuerto despotricando sobre la incompetencia de la compañía aérea en la que hemos

vijado. Rápidamente varios taxistas se abalanzan sobre nosotras tratando de darnos la oferta más jugosa. Amanda señala a un señor de tez morena con aspecto desgarrado y la persigo hacia el coche amarillo manteniéndome impasible concentrada en cada uno de los detalles del lugar en el que estamos. No sé bien en que sitio nos quedaremos, pero confío en que mi amiga le está dando correctamente las indicaciones al taxista.

—¡Es precioso! —exclama Amanda olvidándose de su enfado inicial.

—Estoy de acuerdo contigo.

Me deleito observando las diferentes tonalidades cálidas del ocaso, los colores rosáceos y anaranjados predominan en el despejado cielo. El sol está besando con delicadeza al mar en el horizonte y las crecientes olas lo acarician con lentitud, es cautivador. Las altas e imponentes palmeras adornan una parte de la carretera y cada vez estoy más impaciente, quiero meterme directamente al agua y sentir su frescor a mi alrededor.

Ahogo un grieto de terror cuando una moto se cruza en nuestro camino y el conductor frena de golpe provocando que me aferre a mi asiento, aquí dentro no hay cinturones. he estado tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera me he fijado en el caos automovilístico que tenemos delante, todos vas sin control alguno saltándose las reglas de circulación por completo.

—No se preocupen, esto es normal y ¿De dónde vienen? —el señor nos explica las cosas con una calma increíble, supongo que ya está acostumbrado a este tipo de situaciones. No puedo negar que si a mí me soltaran en esta carretera provocaría un accidente a gran escala.

—De Canadá —respondo tragando saliva, aún siento el corazón en la boca.

—Tiene que hacer mucho frío por allí, aquí vivimos siempre en verano. Les recomiendo la playa cercana a su hotel, en esa no suele haber gente molestando. —Sonrío con sinceridad agradeciendo su consejo, me encantaría pasar un momento de relax, solo yo, una piña colada y mi ejemplar de orgullo y prejuicio.

El taxi se detiene en frente de un lujoso edificio con una fachada hecha al puro estilo renacentista, parece estar construido por bloques de piedras amarillentas. Por un momento dudo que este sea nuestro hotel, pero Amanda erradica mi incertidumbre al salir del coche a toda mecha sin ni siquiera decirle adiós al señor.

—Muchas gracias por traernos. —le agradezco rebuscando el monedero en mi pequeño bolso de charol negro. —¿Cuánto es?

—Solo quince dólares, señorita.

Yo le tiendo un billete de cincuenta conectando con sus sinceros ojos marrones, ha sido muy amable con nosotras. —Quédese con el cambio por favor.

—Oh, señorita, no sabe cuánto se lo agradezco. Mis hijos entran al colegio en una semana y no hemos podido comprar nada por la falta de dinero —pronuncia las palabras rápidamente mientras aprieta mi mano con firmeza, mi corazón se contrae enternecido y el cosquilleo de la satisfacción recorre mi cuerpo.

Cuando salgo del coche mi amiga me espera con los brazos cruzados y la reprobación pintada en su rostro, su pie golpea rítmicamente el suelo y sus labios están fruncidos. Pongo los ojos en blanco, aquí viene...

—Eres demasiado generosa, no digo que esté mal, pero tienes que conocer tus límites, Nova ¿No has oído hablar sobre los caza turistas? Ellos buscan una manera astuta de robarle dinero a los turistas.

—No empieces, solo estaba intentando ayudarlo, además, no creo que sea un caza turistas.

Amanda puede ser muy exasperante cuando se lo propone. Se podría decir que ella es un poco problemática, no suele llevarse muy bien con los demás ya que su carácter es muy fuerte. No obstante, Amanda también es una persona con un gran corazón y cuando alguien le importa está dispuesta a dar la vida por esa persona. Es fría y calculadora, pero logra sacarle una sonrisa a cualquiera. Ella no tiene pelos en la lengua y eso no es algo que le agrade a todo el mundo.

Después de mi ruptura con su hermano ella es la única que me ha ayudado a salir adelante, la única que se pasaba las noches en vela consolándome cuando me levantaba temblando por alguna pesadilla. Es mi mejor amiga porque logra comprenderme a la perfección y alegra mis monótonos días.

Tardaría dos vidas enteras en agradecerle todo lo que ha hecho por mí

—Sabes que estoy diciendo la verdad, no ganas ni el sueldo mínimo. Deberías de pensar en ti misma más a menudo.

—Mira en donde estamos, si esto no es pensar en mí misma ¿Qué es? — Sus labios pintados de carmín se entreabren, pero no termina de hablar porque algo detrás de mí roba su atención.

—Será mejor que entremos al hotel —murmura frunciendo las cejas, sorprendentemente por primera vez me he librado de uno de esos extensos y aburridos discursos patentados por la diosa de las palabras.

—¿Por qué? ¿Qué has visto? —La curiosidad empieza a picarme al igual que los jodidos mosquitos que vuelan a mi alrededor.

—Solo a un chico guapo. —Cuando ella miente inconscientemente empieza a pestañear con rapidez, no indago más en el tema y paso a través del rustico arco de medio punto que conforma la entrada.

Un sonriente chico uniformado nos espera al pasar a la pomposa recepción de colores neutros. El techo es una asombrosa replica de un fresco de Miguel Ángel, en medio de este se encuentra una delicada lámpara de araña plateada de cristales relucientes ¿Cómo ha conseguido Amanda una reservación en este hotel? Se nota a leguas que es uno de los más exclusivos por no decir caros. Me pregunto si se habrá olvidado de que nuestro presupuesto no pasa de los quinientos dólares.

Mientras Amanda pide la llave de nuestra habitación yo me acerco al largo ventanal para contemplar con anhelo la playa y entonces comprendo la razón por la que mi mejor amiga estaba tan distraída. A unos pocos metros, en una terraza anexada a la arena se encuentra una joven pareja, el chico acaricia con ternura el vientre abultado de la chica, reconocería ese cabello cobrizo en cualquier lugar. No esperaba que ver algo así me trajera las sensaciones amargas que se han instalado en mi ser sin permiso alguno, ya no siento amor o algo cercano al odio, me siento traicionada e indignada. Adam nunca me quiso dar explicaciones, ni siquiera contesto mis desesperadas llamadas. Si tan solo me hubiera dicho que amaba a otra persona las cosas hubieran sido totalmente diferentes, prefería que me dijera la verdad a vivir con la duda de no saber por qué lo hizo. Es frustrante sentir que has sido el que ha fallado cuando no es así, en mi cabeza todo estaba planeado, yo estaba preparada para casarme con él y tener varios hijos. Cuando Adam se fue, mi futuro se quedó en blanco, sin ningún propósito, simplemente se había esfumado como él lo hizo.

—¡Ya tengo la llave! Es la habitación 2001 —grita Amanda estridentemente posicionándose a mi lado, suspirando con pesadez me doy la vuelta encarándola y mi amiga cierra los ojos murmurando una maldición al ver a su hermano gemelo.

—Yo lo siento, Nova, no sabía que ellos iban a venir. Llevo años sin hablar con mi hermano. —su voz sale angustiada y la expresión de su atractivo rostro muestra que está avergonzada.

—No pasa nada, solo... Solo necesito estar a solas. —Amanda asiente y sin esperar una respuesta por su parte salgo aún consternada a la playa

quitándome las sandalias para enterrar los pies en la humedecida arena.

El viento silva suavemente y el olor del mar acaricia mis sentidos, sé que ya está superado y que Adam es únicamente un fantasma de mi pasado, pero aun así la espina de la decepción y el desamor sigue clavada en mi corazón, se me han quitado por completo las ganas de volver a enamorarme. Sin embargo, me siento orgullosa de mí misma después de un centenar de lágrimas derramadas he logrado ser inmune a mi primer amor, no más llanto, ya no me compadezco de mí, ahora soy otra Genova, soy una Genova más fuerte y decidida. Arrastro mis pies desnudos por la arena y en cuanto llego a la orilla de la playa me siento dejando que el agua salada moje mis piernas, esto me recuerdo a aquellos veranos familiares en los que mi hermano y yo nos negábamos a salir del agua provocando la furia de mi madre. Sonrío con nostalgia retirando los rizos de mi cara, lo extraño más que nunca. Anthony es y siempre ha sido mi pilar.

—Un diamante por sus pensamientos —ofrece una ronca y sensual voz que es imposible de confundir, inmediatamente me pongo nerviosa y mi corazón se sube a una montaña rusa de latidos descontrolados. En un momento de delirio me imagino que ha viajado hasta aquí para verme, pero descarto rápidamente esa absurda idea.

—¿Tanto interés tiene por saber lo que estoy pensando? —murmuro enarcando una ceja. El señor Vryzas se sienta a mi lado y su cercanía produce que un escalofrío recorra mi espalda ¿Soy yo o la temperatura está aumentando a mi alrededor?

—Efectivamente. —Una sonrisa curva las comisuras de sus labios acentuando dos tenues hoyuelos en sus mejillas y sus cautivadores ojos mieles me analizan con detenimiento. Ya la luna ha hecho acto de presencia y bajo el esplendor de esta se ve mucho más atractivo ¡Jesús apiádate de mí!

—No estoy pensando en nada en específico.

—Es una mentirosa muy mala. Por la cara que me pone deduzco que está pasando por un mal momento o tiene algún problema que no la deja en paz ¿Cierto?

—En todo caso mi vida privada no le concierne ¿Qué hace aquí? — utilizo la pregunta como una clara evasiva, pero al parecer el arte de la evasión no es mi fuerte.

—Yo también me merezco un descanso, encontrarnos aquí ha sido una coincidencia, señorita Sanders. Por cierto, no me cambie de tema, a veces es mejor desahogarnos con un completo desconocido que seguramente no

volveremos a ver.

Suelto un largo suspiro y cierro los ojos exhausta. —¿No acepta un no por respuesta?

—Señorita Sanders ¿Cómo cree que he llegado hasta dónde estoy?

Vale, creo que eso ha sido un jaque mate, me ha dejado sin respuestas.

—Bueno, veo que es muy reservada. Me gustaría enseñarle algo. —Él se pone de pie sacudiéndose el pantalón y me tiende su mano. Titubeante y con todas mis hormonas femeninas a flor de piel agarro su mano. Su carácter no parece ser tan frío como la primera vez que lo vi en su oficina.

Empezamos a caminar como si fuéramos una pareja cuando en realidad no somos más que unos simples desconocidos. Por alguna razón que desconozco percibir su piel contra la mía se siente como algo prohibido y por primera vez creo reconocer la sensación del deseo. Adam y yo nunca llegamos a tener una vida sexual activa, no pasábamos de darnos besos y meternos mano a escondidas de sus padres. Trato de apreciar las gloriosas facciones del hombre que tengo a mi lado, pero la oscuridad que se cierne sobre nosotros me lo impide.

El avellanado nos dirige hacia el lugar más oculto de la playa, nadie debería de juzgarme por sentirme asustada en este momento, solo a mí se me ocurre dejarme llevar por un bombón andante que a penas conozco.

—¿A dónde me está llevando? —Su melodiosa risa acompaña al ruido que hacen las olas al romperse.

—No seas impaciente. Dejemos las formalidades para después, sino me equivoco tu nombre es Genova.

—Sí, esa soy yo.

—Mi nombre es Eros. —Escucharlo me roba una sonrisa, el nombre concuerda a la perfección con su dueño.

—¿Cómo el dios del amor? Tienes que ser todo un casanova.

—Aún no me conoces, Genova

—¿Y eso qué significa?

—Eso significa que tal vez lo soy. —Contesta en tono socarrón, aprieto con fuerza su mano cuando nos metemos en un camino repleto de piedras pequeñas y mis pasos se vuelven torpes y descoordinados.

¡Madre mía! ¿cómo lo hace? ¿Cómo provoca que mi cuerpo entre en una revolución de sensaciones con tan solo hablarme?

Poco después ingresamos en una cueva con un agujero en el techo que enmarca la hermosa vista del cielo estrellado y la luna llena, hay algunas

formaciones de la piedra caliza en las paredes y un pequeño pozo natural de color turquesa se sitúa justo en medio de esta maravilla natural.

—Este lugar es increíble ¿Cómo lo has encontrado? —exclamo atónita paseándome por la orilla del pozo.

—Siguiendo a una tortuga, para ser exactos a esta. —Me doy la vuelta para encontrarlo con una diminuta tortuga marina entre sus manos. No puedo evitarlo y lo miro con incredulidad ¿Se pasa el tiempo libre persiguiendo tortugas?

—Aunque no has querido contarme la razón por la que estabas tan desanimada te he traído aquí para enseñarte a esta pequeña luchadora. Las tortugas habituales rompen el cascaron y se adentran en el mar sin pensar en nada más, pero esta no. Ella se mantiene aquí esperando a que su madre vuelva, lamentablemente es algo que nunca pasará, sin embargo, Margaret no se rinde. Así como Margaret tú no deberías de rendirte o desanimarte por los obstáculos que nos pone la vida, eres una muchacha hermosa y no es agradable ver la tristeza en tus ojos. —Me muerdo el labio inferior ruborizándome por su cumplido. Creo que algo no anda bien conmigo, nunca he sido tímida, pero cada vez que lo veo algo en mi interior me grita que corra a esconderme.

Con lentitud acaricio la suave cabecita de la tortuga y no me doy cuenta de que me he acercado demasiado hasta que levanto la cabeza y mis ojos se encuentran con la barbilla de Eros, trago saliva duro y el aire se vuelve más espeso hasta condensarse en mis pulmones. Yo estiro el cuello y lo miro a los ojos, sus iris están más oscuras, parecen dos ámbares brillantes ¡Por Dios! Suspiro sintiendo como su cálido aliento mentolado choca con mi boca. Solo unos pocos milímetros de distancia para que nuestros labios se junten fundiéndose en uno solo. Lo quiero, quiero que me bese aquí y ahora. La atracción es inevitable y la tensión sexual es una fuerza mayor que nos entrelaza a una velocidad vertiginosa. «Bésame.» grito suplicante para mis adentros

Sus suaves labios rozan levemente los míos. —No deberías —murmura acariciando mi mejilla, su tacto es tan gentil, no quiero que pare, pero la bruma de pasión y anhelo se esfuma cuando mi cerebro registra sus palabras. Lentamente doy unos pasos hacia atrás decepcionada con una agobiante sensación de inseguridad recorriendo mi cuerpo. Mando la orden a mis pies para que se muevan y corro fuera de la cueva avergonzada.

Llego al hotel con la respiración entrecortada llamando la atención de las personas que se encuentran en la recepción, las agujas del reloj marcan las

once de la noche y me parece que aún continuo en Erosland.

¿Qué me estás haciendo Eros Vryzas?

Capítulo 3. Dos obsidianas y una nota.

Ayer me costó horrores conciliar el sueño, nada ayudaba; ni siquiera el mullido colchón gigante en el que me encuentro o las esponjosas almohadas de plumas que están al nivel perfecto para no joderte el cuello. La curiosidad me estaba carcomiendo desde dentro e incluso después de la mala pasada en la cueva no pude evitarlo y puse su nombre en el buscador. No me extrañó encontrar como primera sugerencia un artículo de la revista Forbes, no contaba con más de tres párrafos y era conciso, calculador y frío como Alaska. Podría definir todo el artículo con una sencilla palabra, megalomanía. Al parecer Eros respondió a casi todas las preguntas con monosílabos. «Señor Vryzas con tan solo veinticinco años usted es uno de los empresarios más influyentes de Canadá ¿Tiene intenciones de expandir su imperio hasta el continente africano? Sí.»

Bueno, hoy las cosas no mejoran, él sigue rondando en mi cabeza como un colibrí encerrado y la vergüenza burbujea por todo mi cuerpo. Fue humillante, ¿realmente pensé que me iba a besar? La impresión que se habrá llevado de mí es bastante clara, Genova la mujer que suplica por mis besos, Genova la cobarde que huye como un ratón asustadizo.

La luz cegadora del sol mañanero se cuelga entre las rendijas de las persianas, frente a la cama de dosel hay una pantalla plana y al lado de esta un aire acondicionado que mantiene la habitación helada. Me estiro bostezando y después vuelvo a protegerme bajo las sábanas

Nunca me habría imaginado que una banal atracción me llevaría a volverme loca, tan banal y emocionante. Eros hace que cada una de mis células corran buscando la manera de volver a crear conexiones entre ellas, que mi cuerpo arda pidiendo su contacto y mi imaginación vuela creando escenarios inapropiados en los que solo estamos él y yo sin ninguna prenda estorbando ¿y solo nos hemos visto en dos ocasiones? Si nos volvemos a encontrar probablemente no saldré viva.

No, no es amor a primera vista o alguna ridiculez parecida. Sin lugar a duda él es un hombre apuesto y encantador. Mis sentidos responden a él como nunca lo han hecho con nadie más, quizás eso es lo que me lleva a parecer una abeja atraída por el polen cuando lo veo, pero aun con todas sus cualidades admirables sigue siendo un hombre rico con aires de omnipotente. Puede que lo esté juzgando por su portada o puede que esté en lo cierto.

«¡Malditos sedáis tú y tu atractivo, Eros Vryzas! ¿Qué tengo que hacer para que me dejes en paz?»

—¿Pretendes quedarte tirada en la cama todo el día? Ya están sirviendo el desayuno. —avisa Amanda saliendo del baño con su cepillo de dientes en la boca.

—¿No lo pueden subir a la habitación?

—¡Joder, chica, que yo tengo contactos no milagros! Además, eso sería un coste adicional. —Suelto una risita rasposa. La habitación en la que nos estamos hospedando mide el doble que nuestro piso y reboza de sofisticación, desde los marcos dorados de las puertas hasta el diseño clásico de la alfombra oriental que cubre todo el suelo, pero gracias al queridísimo amigo de Amanda pagaremos solo una cuarta parte del presupuesto final.

—¿Estás bien?

—Claro que sí. —Respondo abandonando la cama con cansancio, sé que está preocupada por mí, ella conoce a la perfección lo mal que lo pasé por culpa de su gemelo.

Mi monótona rutina mañanera se lleva a cabo en apenas quince minutos. El vapor del agua empaña el versátil espejo rectangular del lavabo y lo limpio con la mano para observarme mi reflejo él.

¿Qué tengo yo de especial? Soy una chica común y corriente con nada destacable, el color de mi piel es parecido al café con leche que me tomo todas las mañanas, mis rasgos faciales no son algo angelical, son simples y un poco asimétricos; labios gruesos, rostro redondeado, ojos almendrados y nariz medianamente Nubia. Mi cuerpo carece de curva alguna, soy de ese porciento de la población femenina que no obtuvo los genes altruistas de la proporción.

¡Vryzas y yo definitivamente no encajamos! Estoy segura de que él dispone de una extensa lista interminable de mujeres atractivas que pertenecen a su círculo social.

Las cortas perneras de mi peto tejano se ciñen a mis muslos y el molesto tirante de mi camiseta de algodón se empeña en deslizarse fuera de mi hombro. Ambas salimos al largo pasillo repleto de puertas y después el

ascensor nos lleva directamente al comedor.

—¿Hueles eso? Es como aceite rancio —me pregunta Amanda arrugando la nariz asqueada, olfateo solo percibiendo los apetitosos olores del café y los bollos recién horneados.

—Huele bien, puede que tu olfato se esté agudizando.

—De cualquier manera, ya no lo soporto más, ¿Puedes ir a por algo de desayunar mientras busco una mesa? Yo quiero zumo de naranja y una ensalada de frutas, por favor.

—Por supuesto —contesto encogiéndome de hombros. Me uno a la larga cola de personas con dos bandejas en la mano y agradezco la rapidez con la que trabaja el personal de este hotel.

Amanda agita la mano desde una mesa en el fondo de la sala, mientras me voy acercando noto que no se encuentra sola y mi ánimo decae al ver a sus acompañantes, quería evitar a toda costa el tener que acercarme a Adam, me parece que he fracasado. Mi mejor amiga murmura un lo siento con los dientes apretados en el momento en que me siento a su derecha, justo en frente de mi exnovio.

—Buenos días Genova, mucho tiempo sin vernos. Ella es mi esposa Yamile. —Sonríó tensamente saludándolos con un asentimiento de cabeza, por un momento mis ojos conectan con los iris azules de su esposa los cuales me escrutan con escepticismo. Mi atención recae sobre el precioso bordado dorado del mantel y pincho un trozo de sandía para llevármelo a la boca saboreando su dulzor.

¿Cómo pueden cambiar las cosas tan rápido? Un día estoy llorando y ahogándome del dolor por su causa y al otro simplemente no siento nada. Trato de disimular la sonrisa que cosquillea en mis labios ¡Nada! Después de que el velo que tapaba mis ojos cayera comprendí quien es Adam en realidad. Él es alto, fornido y al igual que su hermana goza de una belleza envidiable. No obstante, tras esos deslumbrantes ojos verdes que alguna vez significaron un mundo para mí se encuentra un hombre egoísta que solo puede mirar por sus propios intereses.

Por lo que me ha dicho mi amiga, marido y mujer llevan una relación muy poco empática y nada cooperativa, pero sin importar que, se siguen amando y ese es el ingrediente principal en una relación. El desayuno transcurre con lentitud y el murmullo de los demás es lo único que nos acompaña, las hojas de las palmeras bailan junto al viento y de repente me entran unas ganas incontrolables de tomar agua de coco.

—Estoy embarazada. —Amanda se atreve a romper el gélido silencio que se cernía sobre nosotros, suspiro apartando mi plato aún lado, ya no tengo apetito.

—¡Eso es fantástico, hermanita!

—¡Felicidades! ¡Estoy segura de que nuestros hijos se van a llevar muy bien! —expresa Yamile retirándose su rizada melena pelirroja del hombro, las manos de Adam se entrelazan con las de ella acentuando el contraste entre la tez bronceado de él y la palidez de su esposa.

—¿Y quién es el afortunado? —interroga protectoramente Adam.

—¿Ahora eres un hermano mayor de esos posesivos? La identidad del padre es mi asunto ¡No seas metiche! —Bufo escuchando la furia de mi amiga, creo que a él le ha respondido mejor que a mí. Hace unos días le pregunté lo mismo y las cosas terminaron con ella encerrándose en su habitación molesta, me quedé bastante preocupada, no suelen haber secretos entre nosotras. Es mejor que no indagemos en el tema.

—Traerán las moletas dentro de poco, me tengo que ir —digo abandonado la cómoda silla acolchada, ya no aguanto más la animadversión que siento por él, es agobiante. Amanda hace el amago de ponerse de pie, pero su hermano la detiene apretando su brazo.

—Quédate un poco más, te he echado de menos, Amanda. —Mi amiga aprieta sus labios observándome, sé que no quiere dejarme sola y cree que iré directamente a la habitación para desvanecerme llorando; y es algo que aprecio mucho. No conozco a más de dos personas que se preocupen por mí como Amanda y Anthony lo hacen.

Ella me entrega la llave de nuestra habitación y salgo del lugar arrastrando los pies por las baldosas blancas para llegar al vacío ascensor.

Ladeo la cabeza extrañada divisando a un hombre tocando la puerta de nuestro dormitorio, él va vestido casualmente, no lleva el uniforme ‘Azul que visten todos los empleados del lugar.

—Buenos días ¿Necesita algo?

—Buenas ¿Es usted la señorita Sanders? —Asiento con el ceño fruncido y él castaño me extiende una caja. —Esto es para usted.

—Tiene que ser una equivocación, yo no he pedido nada, señor —apostillo tratando de devolverle la caja sin apartar la vista de su rostro maduro.

—Señorita, el paquete lo envían de la suite principal. Realmente lo lamento, pero tengo prisa ¡Qué pase un bonito día! —El señor se va

dejándome confundida en mi sitio. Mi corazón empieza a palpar arrítmicamente y exhalo imaginándome quien me ha enviado esto, solo conozco a una persona con el dinero suficiente como para permitirse el alojamiento en la suite principal y es el hombre que porta el nombre del dios de la atracción sexual y el amor, el mismo que le dio una patada a mi frágil ego la noche anterior.

Muevo la caja cerca de mi oído y un objeto hace ruido al chocar con las paredes de cartón. La destapo titubeante con miles de pensamientos incoherentes flotando en mi cabeza, un cofre más pequeño de tonalidad borgoña se encuentra en el interior.

¿Es esto una muñeca *Matrioshka* en versión caja?

Acaricio el terciopelo deleitándome con su suavidad, después tiro de una cinta negra levantando la tapa y contengo un jadeo de asombro al leer el nombre Cartier en la cara interior de la cubierta. Un collar hermoso acapara toda mi atención, está conformado por una fina cadena que probablemente es de oro y un sutil colgante con forma de tortuga marina, el caparazón del animal es de color negro reluciente y las patas son cuatro pedruscos brillantes ¿Son diamantes? Mis labios forman una o perfecta, no soy muy aficionada a las joyas y no tengo un gran conocimiento sobre ellas, pero según lo poco que sé, la especialidad de las joyerías Cartier son los diamantes. Si tuviera un espejo en el que verme justo ahora, mi cara parecería un poema.

—¡Jesucristo! —exclamo atónita. Siendo muy cuidadosa saco la tarjeta que se asoma por debajo del terciopelo borgoña, tomando una respiración profunda comienzo a leer con el calor acumulándose en mis mejillas.

Ayer le ofrecí un diamante para que me confesara sus pensamientos y no se animó a contarme nada, sin embargo, vi este collar en el escaparate de una joyería y no pude pensar en nadie más que en usted.

La obsidiana me recuerda a sus hipnóticos ojos negros y espero que la tortuga le haga recordar cuán importante es no rendirse. Tal vez mis acciones hicieron que interpretara mal la situación, no debería de intentar besarme otra vez. Por favor.

P. D. Este presente es una ofrenda de paz querida señorita Sanders.

Eros Vryzas.

Toso atragantándome con mi propia saliva descubriendo que hay algo más allá de la vergüenza y yo soy ese más allá. Mi estomago ha caído empicado y pienso que mi presión arterial está a punto de acompañarlo. No creo que haya tenido la intención de demostrar sus dotes románticos con las dulces frases del principio, más bien él estaba intentando ser cortés para soltar la bomba con sutileza ¡Qué bochorno! no sé si podré volver a verlo a la cara después de haber leído su advertencia. Acaricio el puente de mi nariz con los ojos cerrados, Eros es el único hombre por el que he sentido atracción después de mucho tiempo. Me parece que mi curiosidad por el magnate está incrementándose a una velocidad de infarto.

Y entonces la furia empieza a llamear en mi interior cuando me doy cuenta de que es un regalo de consolación, una ofrenda para que mi orgullo sea recompensado ¿Cómo se atreve? Sin pensar en nada y con las manos apretadas alrededor de la caja doy grandes zancadas por el largo pasillo zigzagueando entre el grupo de adolescentes que lo ocupa.

El repentino arranque de audacia y la adrenalina que cosquillea debajo de mí piel me incitan a subir las escaleras hasta el penúltimo piso donde las ventanas no tienen cortinas y el resplandor está en pleno auge. Mi respiración es errática y algunos rizos traviosos se han escapado de mi coleta, deduzco inmediatamente que la única puerta del lugar pertenece a la suite principal.

Hago el ademán de tocar la puerta con mi puño tembloroso, mi seguridad se ha esfumado en el momento en que he percibido las notas de cuero, madera y cítricos que desprende su embriagador perfume masculino ¡Mierda! Paso la punta de la lengua sobre mi labio reseco y esta vez sí golpeo la puerta.

—Ya voy—el tono barítono de su voz hace que mis piernas tiemblen y mis manos comiencen a sudar por el nerviosismo ¿Por qué he subido?

Eros entreabre la puerta y saca su esculpido rostro salpicado por los humedecidos mechones de su pelo avellana, mi boca se seca y mi furia se apacigua hasta apagarse. Vryzas me ha robado el aliento.

—Buenos días señorita Sanders, es un gusto verla de nuevo. Pase por favor. —Con los ojos persigo ensimismada el movimiento que hacen sus carnosos labios al hablar. Él abre la puerta por completo y me ruborizo de pies a cabeza, ¡Madre mía, solo lleva una toalla! Su fornido pecho está al descubierto, sus abdominales se definen a la perfección sobre su vientre y mis dedos pican por hacerse camino entre ellos. Las estrechas caderas de Eros forman una v que va directa hacia el sur y los fibrosos músculos de sus

extremidades demuestran que pasa varias horas a la semana entrenando.

Mi subconsciente chasquea los dedos intentando llamar mi atención fuera de Erosland.

—¿No va a pasar? —No logro comprender porque de un momento a otro las formalidades resurgen.

—Sí, por supuesto —me sorprende a mí misma al darme cuenta de que no he tartamudeado como una idiota.

Eros me da la espalda y me debato internamente sobre qué lado es el mejor. Con el corazón martilleando a mil por hora lo sigo hacia el interior casi pisando sus talones. Mi mandíbula podría perfectamente caer al suelo sino estuviera unida a mi rostro. Si creía que la habitación en la que me quedo es grande estaba muy equivocada, esta es un jodido monumento y eso que solo estoy viendo una cuarta parte del lugar.

—¿Puede esperar aquí? Vuelvo en un segundo —dice señalando a un sofisticado sillón de cuero negro y madera de sándalo. Asiento examinando el complejo estampado del papel de pared y suelto un profundo jadeo de alivio cuando no siento su presencia a mi lado. En ningún momento he hecho contacto visual con él, no creo tener la resistencia suficiente para ello, tampoco quiero orquestar una inminente caída si mis piernas fallan. Me acomodo en el sillón y me recrimino por haber venido hasta aquí ¿Qué le voy a decir? Escucho el sonido constante del mecanismo del reloj mientras espero moviendo mi pierna con impaciencia. Vryzas no tarda en reaparecer más guapo que nunca con una camiseta de algodón y un pantalón deportivo gris que llega por debajo de sus caderas.

El magnate frunce el ceño y me escudriña atentamente.

—Muchas gracias por el obsequio, es muy bonito, pero no puedo aceptarlo —murmuro gesticulando con mi mano libre. Siento que la temperatura aquí dentro no para de aumentar ¿estará el aire acondicionado averiado?

—¿Podría exponerme las razones por las que está rechazándolo? —Suelto un bufido conectando con sus calculadores ojos dorados, creo que hace a propósito eso de enervarme.

—Es demasiado ostentoso y no me parece correcto aceptar su regalo cuando no puedo darle algo parecido. —Eros se carcajea guturalmente como si se estuviera burlando de mí, aprieto los labios en una fina línea.

—Señorita Sanders, yo gano lo que cuesta ese collar en menos de una hora. Puedo permitírmelo, si es eso lo que le preocupa. No necesito que me

regale nada. Me gustaría que conservara la joya, encaja con usted a la perfección. —Me responde pasándose un dedo por el labio, los anillos dorados que adornan su mano centellean bajo los rayos del sol. Aprieto los muslos agitada y me muerdo el labio inferior echándole un vistazo al magnate.

—¡Usted es un arrogante insufrible! —refunfuño, Vryzas hace un gesto de desdén y la sombra de una sonrisa ilumina su rostro.

—Veo que se está llevando una buena impresión de mí —su tono sarcástico me saca una sonrisa que no logro retener. —Quédese con la joya por favor. Me sentiré muy ofendido si rechaza mi obsequio.

—Se lo agradezco, señor Vryzas, pero por más que insista no lo aceptaré. —Eros frunce el entrecejo y pasa los dedos por su sedoso pelo alborotándolo. Supongo que no está acostumbrado a perder. —Le prometo que no intentaré besarlo otra vez. —Añado esquivando su mirada con astucia, si contemplo fijamente al colorido mosaico de la mesa de té no se dará cuenta de que me afecta.

—¡Skatá, den xéro an aftó thélo! —Espeta en griego con los dientes apretado, ladeo la cabeza tratando de descifrar lo que me ha dicho por su vocabulario corporal y concluyo que por su mandíbula tensa y sus pupilas dilatadas se trata de alguna maldición.

—¿Qué ha dicho?

—Nada importante, ya que se niega a mantener el obsequio ¿Aceptaría cenar conmigo?

¡La virgen! Me quedo congelada y la conexión cerebro-boca se esfuma, todavía estoy intentando procesar con nitidez lo que me ha dicho y me descubro planeando contenta la cita perfecta en mi cabeza ¿Desde cuándo salgo con chicos? Y ¿Por qué pienso en una cita de la que nadie ha dicho una palabra?

—¡Sí! —exclamo entusiasmada sin pensarlo dos veces y me arrepiento casi al instante, es una malísima idea, sé que sucumbiré a los encantos del enigmático griego y no es algo conveniente para mí.

—Perfecto, la espero mañana en la recepción a las ocho y media de la noche, señorita Sanders. —Él me acecha con la diversión plasmada en sus pupilas y mete las manos con naturalidad en los bolsillos de su pantalón. Eros sabe todo lo que causa en mí y ni siquiera se toma la molestia de disimularlo.

—Está bien, creo que es hora de irme —comento poniéndome de pie justo en frente de su alto porte, doy unos pasos a la derecha intentando que lo que pasó ayer no vuelva a ocurrir, porque esta vez lo besaré sin miramiento

alguno. Me pregunto de donde se habrá escapado el atrevimiento que estoy experimentando en estos últimos días. Realmente necesito salir de aquí, él no deja que mis pensamientos se aclaren y no quiero soltar ningún disparate por la boca.

Eros sube el tirante de mi camiseta rozando mi piel desnuda con sus dedos y por un momento me pierdo en el océano dorada de sus enigmáticos ojos. Salgo de mi ensimismamiento cuando la puerta chirria ligeramente al ser abierta.

—Espero que esta vez no huya de mí.

No estoy huyendo, me estoy protegiendo.

Capítulo 4. Más potente que los cuatro elementos.

Bajo la tenue luz diurna que ilumina la habitación paso el pincel cargado de brillante esmalte negro por la uña de Amanda saliéndome de los bordes y manchando su piel por los temblores de mi mano.

—Deberías encender la luz, no veo nada. —sugiero concentrándome en su pulgar.

—Estamos bien así, las nubes se retirarán en algún momento. —Hago una mueca fijándome en el cielo grisáceo cargado de nubes oscuras que parecen estar a punto de ceder. Estamos experimentando el impredecible clima caribeño.

—Deberíamos de habernos fijado en el tiempo antes de coger los billetes, se está acercando un ciclón tropical.

—¿Qué nombre le han puesto esta vez? —pregunta Amanda en tono divertido. —Deja que adivino ¿Ariel? ¿Marcus? Te aseguro que si le pusieran un nombre acojonante como destructor la gente saldría pitando y la oficina meteorológica no tendría la necesidad de avisar a nadie. —Me río a carcajadas negando con la cabeza. Amanda estira la mano y enciende la simple lamparilla de noche cuya base ocupa la mayor parte del velador.

—¿Qué tal lo pasaste ayer con tu hermano?

—Después de cinco minutos de serenidad y cariño se convirtió en el petardo que siempre ha sido. Ellos están al borde del divorcio.

—Quiero ver a Anthony —murmuro cambiando el rumbo de la conversación, no me interesa nada referente a Adam. Cierro el pintauñas y lo echo a un lado de la cama.

He estado reflexionando durante varias semanas sobre ello, lo extraño, necesito saber cómo está y que ha hecho con su vida ¿Se habrá convertido en ingeniero? ¿Seguirá siendo un picaflor o por fin habrá sentado cabeza? Sonrío recordando el día sagrado, los viernes eran exclusivamente para ver películas

de terror, jugar a alguno de sus absurdos videojuegos o simplemente quedarnos viendo a un punto fijo en el salón; el verdadero propósito de ese día era estar juntos. Solía escuchar a diario los mensajes de voz que se acumulaban en el buzón de mi teléfono, escucharlo hablar me reconfortaba y sus te quiero me ayudaron a seguir hacia delante sin mirar en el pasado. Sigo haciéndolo, pero con menos frecuencia y solo cuando siento que de verdad me hace falta. Si tan solo tuviera una forma de comunicarme con mi hermano, hace mucho tiempo cambió su número de teléfono

—Me alegra escuchar eso, si me necesitas puedo acompañarte. Sé que has pasado por mucho, eres alguien muy fuerte y admirable, Nova. —Confiesa incorporándose para acariciar mi mejilla con sus fríos dedos ¿Qué hubiera sido de mí sin ella? Probablemente hubiera terminado como una sin techo en alguna esquina del pueblo en el que vivíamos pidiendo limosnas para alimentarme.

—Yo también estoy aquí para ti. Siempre nos decimos todo Amanda y aún mantienes en el anonimato al padre de tu bebé ¿Sabes? Estoy preocupada por ti, no sé si te ha roto el corazón o lo odias tanto que te cuesta mencionarlo.

—Creo que me estoy enamorando, e-es muy complicado. Él me pidió que no se lo dijera a nadie, tengo que respetar su decisión. —Comprendo que he tocado una fibra sensible cuando la sombra de la melancolía tiñe sus pupilas y su labio inferior tiembla.

Creo que nunca la he visto reaccionar así por un hombre, un montón de escenarios vuelan en mi cabeza a una velocidad vertiginosa, pero ninguno logra concordar con el modelo de relación que prefiere Amanda,

Recojo mi vaso del suelo y tomo varios sorbos de agua fresca—No pasa nada. Por cierto, hoy voy a salir a cenar fuera.

—¡Oh por Dios! ¿Una cita? —Chasqueo la lengua encogiéndome de hombros y descubro que si la cena de hoy hubiera sido una cita yo habría estado encantada. Amanda me escudriña con los ojos entrecerrados y tira de mi dedo meñique hasta que este hace un doloroso pop.

—¡Oye! —grito retirando mi pie de su regazo ¡He desatado a la bestia!

—¿Es una cita?

—No lo es, además él no tiene la pinta de ser un hombre que se decante por las relaciones amorosas y sabes que yo no quiero nada que tenga que ver con eso.

Mi mejor amiga me observa dudosa y yo aparto la vista sintiéndome intimidada.

—¿Cuál es su nombre?

—Eros—contesto saboreando cada letra de su nombre entre mis labios.

—¿No tiene apellido?

—Se apellida Vryzas.

—Eros Vryzas ¿El magnate griego multimillonario? ¿El dueño de la mayoría de las empresas de Canadá del sur? ¿Él tipo caliente que se negó a posar para Calvin Klein? ¿El moja bragas? —De repente un desagradable nudo se instala en mi estómago y Frunzo el entrecejo molesto conmigo misma por la punzada de celos que me recorre.

—Ese Eros.

Me sorprende que Amanda sepa tanto sobre él, pero pronto recuerdo que su pasatiempo favorito es buscar hombres millonarios para poder cazar a alguno de ellos. Tuvo un novio asquerosamente rico que le llevaba quince años y gracias al cincuentón consiguió pagarse la universidad, lamentablemente fue una relación que duro menos de un mes y medio.

Mi reloj de muñeca está a punto de marcar las ocho y media y decir que estoy nerviosa es un eufemismo. Mis ojos se mantienen fijos en la pequeña pantalla del ascensor que muestra los pisos en números rojos, mi pecho sube y baja rítmicamente mientras tomo respiraciones profundas y mi pulso aumenta con brusquedad. Repentinamente el aroma dulzón del perfume que he elegido empieza a agobiarme y la inseguridad se hace camino en mi interior. Acomodo la cadena del bolso en mi hombro y me vuelvo a preguntar si debería de haber elegido otro tipo de vestimenta, quizás un vestido. Amanda me ha prestado un sofisticado mono negro de estampado floral y escote *halter* ya que en mi maleta solo tengo ropa cómoda e informal. Ella está preparada para todas y cada una de las ocasiones, se ha traído medio armario para pasar una semana.

Las metálicas puertas del ascensor se abren y me limpio el sudor de las manos en la tela del mono. Él está allí deslumbrando como una estrella en medio de la multitud de clientes que ocupan la recepción, a tan solo unos pocos metros de mí. Mis tacones rojos repiquetean contra el suelo mientras me acerco al magnate, me estoy metiendo en la cueva del lobo, pero es que el lobo es demasiado encantador para resistirse.

Las ganas de darme la vuelta y esconderme en la seguridad de mi habitación me consumen, sin embargo, continúo caminando sintiendo que solo él y yo estamos aquí. Sus indomables ojos dorados me examinan con interés y una media sonrisa me da la bienvenida. Su estatura me intimida, me sorprende ver que mi cabeza apenas llega a su hombro. Suspiro mordiéndome el labio

inferior intentando en vano reprimir el pánico.

—Señorita Sanders está excepcionalmente hermosa esta noche. —halaga dejando un beso sutil sobre el dorso de mi mano y me ruborizo instantáneamente como si sus palabras hubieran sido un interruptor.

—Muchas gracias, usted también. —contesto en voz baja sonriéndole genuinamente. El traje gris que viste es sublime, se adapta a cada parte de su cuerpo y aunque no lleva corbata o pajarita la camisa blanca es sencillamente perfecta.

—Vamos, cenaremos en la playa. —El griego me ofrece su brazo y ladeo la cabeza teniendo un intenso debate interno. Podría aceptarlo y dejar que todas las sensaciones desconcertantes que abrigo cuando estoy a su lado me engullan por completo o podría rechazarlo y quedar como una mal educada; me decanto por la primera opción y me aferro a su brazo sintiendo que mis piernas van a ceder en cualquier momento. A tal cercanía su embriagadora fragancia envuelve mis sentidos, todo en él desprende masculinidad.

Atravesamos el vestíbulo y salimos por la oculta puerta trasera del hotel. Mi piel se eriza cuando la fría brisa de la noche corre alrededor de nosotros y el sonido del agua me ayuda a relajarme. Mis tacones empiezan a hundirse en la arena ralentizando mi paso.

—Espere, tengo que quitarme los zapatos. —Explico tirando de su brazo para que se detenga. Antes de que pueda anticipar sus intenciones Eros se agacha en frente de mí y me quita los tacones.

—Asunto resuelto

Llegamos a una mesa solitaria en medio de la playa, el griego retira la silla para mí y se sienta en frente. Dos velas parpadean en el centro del mantel y un hilero de lamparillas iluminan la zona en la que nos encontramos. Distingo algunas estrellas entre las nubes del cielo y me pregunto cuáles son los motivos reales por los que me ha invitado a cenar. Esto podría ser calificado como una velada romántica, pero él y yo no somos nada, ni siquiera somos compatibles; él es un exitoso multimillonario y yo soy solo Genova.

—He pedido lasaña antes de llegar, espero que no le moleste.

—No pasa nada, de hecho, esa es mi comida favorita. Ha tenido suerte — hablo apoyando los codos sobre la mesa, recargo la barbilla en mis manos mientras su inescrutable mirada se posa en mí.

No parece estar nervioso como yo lo estoy, en realidad me es casi imposible descifrar sus emociones, parece una fría estatua humana que sonrío de vez en cuando.

Una alta morena voluptuosa de sonrisa deslumbrante se detiene a un lado de la mesa.

—He traído su vino, señores, es un Château Mouton Rothschild del 1945 —pronuncia con voz nasal acertando en cada palabra extranjera. La chica destapa la botella y vierte el oscuro líquido en nuestras copas.

—Muchas gracias —digo haciendo una mueca anonadada. Los vinos son mi pasión desde los secos hasta los más dulces, una pasión que es difícil de costear. No me puedo creer que vaya a pagar tanto dinero por una botella de vino, sé que ese es uno de los vinos más codiciados del mundo y por ende uno de los más caros.

—Gracias, señorita ¿Puede traer nuestra cena por favor?

—Por supuesto, señor Vryzas. —La connotación coqueta en sus palabras no pasa desapercibida para mí y por su sonrisa socarrona creo que él también lo ha notado. Ella se va dejándonos otra vez en la cálida intimidad de la noche.

—Le gustas.

—Le gusto a muchas mujeres, pero ninguna de ellas me gusta a mí —dice llevándose la copa a la boca.

—Pues tiene que tener algún problema, es imposible que ninguna haya llamado su atención. —Eros levanta las cejas y se encoje de hombros con desdén.

—¿Y a usted le atrae alguien o está en alguna relación?

—Sí... ¡No! —Alterada por la pregunta tomo un trago del vino y su sabor explota en mis pailas gustativas, es afrutado con un toque de chocolate negro y vainilla silvestre.

—Entonces, no le gusta nadie —señala pasando su largo dedo por su labio inferior.

—No. Por cierto, el vino está excelente. —Quiero cambiar de tema inmediatamente, no confío ni en mí misma. Suelo meter la pata con mucha frecuencia y no quiero que de mis labios salga ninguna tontería como «señor Vryzas, el aroma del vino es tan atractivo como usted.»

—Me alegra saber que le agrada

La camarera vuelve a dejar los humeantes platos frente a nosotros y se retira, pero no antes de hacerle ojitos al magnate. Suelto una risilla y corto un trozo de la jugosa lasaña ¡es una de las mejores que he probado! Tiene ese algo que no consigo distinguir, pero que es sin duda el toque esencial de la receta.

—¿En que se especializa su empresa?

—Principalmente en las inversiones, tomo las ideas brillantes de personas emprendedoras con talento y las hago triunfar. También me estoy introduciendo en la logística y llevo varios años en el negocio de las telecomunicaciones.

—Veo que le apasiona su trabajo, es un hombre admirable. —El semblante de Vryzas se oscurece y la tensión en el ambiente se vuelve tan densa que se podría cortar con un cuchillo. Mi curiosidad por este enigmático hombre aumenta ¿Qué lo está atormentando?

—¿Qué edad tiene?

—Tengo veinte años

—Es muy joven ¿Está estudiando? —inquire acomodándose algunos mechones largos que se escapan de su pulcro peinado.

—No, solo estoy trabajando —respondo jugando con los restos de comida que quedan sobre mi plato.

Mi sueño es terminar los estudios básicos para asistir a la universidad, me encantaría ser doctora, abogada o incluso profesora. No obstante, mis recursos son limitados y necesito trabajar para poder subsistir.

—Podría ayudarte, mi empresa tiene un buen sistema educativo para los jóvenes.

—No dispongo del tiempo suficiente, tengo un trabajo —murmuro encogiéndome en el asiento por el frío que está empezando a hacer. No sé si estar cerca de él por ocho horas diarias sería conveniente para ninguno de los dos.

—La oferta seguirá en pie para usted ¿Y su familia no puede apoyarla?

Me aclaro la garganta y cierro los ojos consternada, no acostumbro a socializar mucho y ahora que lo estoy haciendo me doy cuenta de lo difícil que es.

—Hay muchas cosas que desconoce sobre mí, señor Vryzas.

—¿Me permitiría orientarme?

—Yo...Esto—tartamudeo acorralada ¿Por qué quiere saber de mí?

—No se preocupe, puede hablarme sobre usted otro día.

¡Jesús! ¿Pretende que nos volvamos a ver? En realidad, no me desagrada la idea.

Estoy rompiendo todas las reglas, me prometí que no volvería a dejar que los encantos de un hombre me enreden y aquí estoy, suspirando por el carismático griego.

—Mañana por la tarde se organizará una fiesta orientada en el folclor del país ¿Desea acompañarme? —Eros se rasca la nuca con nerviosismo marcando la silueta de sus bíceps. Yo sonrío, es gratificante ver que he logrado ponerlo nervioso.

—¿Por qué me está invitando? —El magnate me observa desconcertado como si estuviera rebuscando la respuesta adecuada y me muerdo el labio inferior concentrándome en sus gestos.

—Me gusta, usted es un misterio. —Me sonrojo impresionada y mi corazón galopa libremente en el interior de mi pecho ¿Qué me está pasando?

—¿Un misterio yo? Pero si usted es la persona más reservada que conozco.

—¿Vendrá conmigo al baile?

—Sí—contesto sin contener la alegría que arde bajo mi piel, Vryzas muestra su perfecta sonrisa de blanquecinos dientes y le sonrío.

Tal vez es hora de probar cosas nuevas y dejarme llevar por mis instintos más primitivos. Ya llevo mucho tiempo encerrada y aunque no nos conocemos bien en tan solo unos días él ha hecho que miles de mariposas revoloteen en mi estómago. No me siento segura porque es terreno desconocido y no quiero volver a confiar en nadie, no quiero volver a enamorarme. El amor es una maldición, es el veneno del que todos nos alimentamos.

Pequeñas gotas de agua empiezan a caer sobre nosotros y rápidamente el chaparrón se desata haciendo que huyamos corriendo del lugar sin terminar nuestras deliciosas natillas caseras. Me río al ver los rostros curiosos de los empleados cuando entramos en la recepción y la melodía gutural de la risa de Eros me acompaña.

—Se me han quedado los zapatos. —Le digo pulsando el piso al que voy.

—Mañana alguien se los llevará a su puerta. —Eros se apoya contra la pared del ascensor cruzando sus brazos con naturalidad.

Hay espacio de sobra en el interior del ascensor, sin embargo, nuestras anatomías están a punto de fundirse, jadeo visualizando las profundidades de las puertas de su alma. Puedo notar sus intenciones de besarme y deseo profundamente que lo haga, aunque luego me arrepienta. Sus carnosos labios están tan cerca de los míos, pero un sonido agudo anuncia nuestra llegada y me alejo aturdida con la respiración entrecortada.

—Hasta mañana, señorita Sanders. Ha sido un gusto verla esta noche.

—Hasta mañana, Vryzas —. Me despido un segundo antes de que las puertas del ascensor se cierren.

Todo es diferente cuando estoy con él.

Capítulo 5. Un laberinto sin salida.

Me estremezco cuando Amanda pasa la fría crema solar sobre la piel de mi espalda, estamos en la abarrotada playa pública y el único lugar libre que hemos encontrado entre las miles de tumbonas y sombrillas está muy cerca de la orilla por lo que nuestras toallas se están mojando. Juego con la fina arena y observo desde los cristales oscuros de mis gafas a los niños que corretean detrás de las olas.

—¿A dónde te llevó tu galán ayer?

—Cenamos bajo la luz de la luna en la playa privada del hotel —contesto recordando la noche anterior con una sonrisa soñadora plantada en mi rostro. Cuando llegué me esperaba un extenso interrogatorio patentado por la candente Amanda Milani, pero en lugar de eso la encontré dormida como un tronco entre las sábanas de la cama.

—¡Esa es mi chica! Estás viviendo el romance veraniego con el que he soñado toda mi vida. —chilla tirándose de espaldas sobre la toalla.

—No es un romane.

—¿Te gusta?

—Mmm...Es muy atractivo—aclaro poniéndome de lado al sentir que los abrasadores rayos del sol empiezan a quemar mi rostro. El ciclón ha desaparecido sin dejar más que unas cuantas algas en la orilla, llovió a cantaros toda la madrugada y por la mañana todo volvió a la normalidad.

Amanda me sonríe con picardía y asiente con la cabeza. —¿Quieres venir conmigo a la fiesta cultural de esta tarde?

—Eros me invitó a la misma fiesta. —La dulce agua de coco baja por mi garganta refrescándome.

No sé con exactitud lo que siento por Vryzas y eso me confunde, tal vez la tensión sexual que me acorrala cuando estamos juntos es la fruta prohibida que me incita a seguir acercándome a pesar de que cada célula de mi cuerpo me grita que estoy entrando en terreno peligroso. Estoy luchando en una batalla perdida contra la tentación, soy una mariposa atraída por el polen, el problema

es que desconozco si esas flores tienen insecticida.

—Vale, veo que las cosas con él se están poniendo serias ¿Has notado las señales?

Bufo riéndome entre dientes. —Él es el típico hombre que huye de las relaciones a toda costa, ayer me dijo que no le gusta ninguna mujer ¿De qué señales estás hablando?

—Pues las risitas nerviosas, las miradas fijas y los toqueteos intencionales son señales que demuestran que le gustas a un hombre ¿Te ha besado?

—No, pero estuvimos a punto de besarnos, dos veces.

—¡Cómo! ¿Por qué no os besasteis? —Chasqueo la lengua haciéndome la misma pregunta.

—Me advirtió que no debería de hacerlo y estoy tratando de seguir su advertencia, pero es que sus labios son tan...— Mis palabras se quedan suspendidas en el aire, hay tanto adjetivos para describir sus labios, son tan carnosos y cautivadores. En conclusión, sus labios son una jodida tentación.

Amanda se ríe a carcajadas llamando la atención de la pareja que tenemos al lado, la señora frunce sus arrugados labios con desaprobación y una sonrisa divertida surca mi rostro.

—Eso me suena a reto, querida amiga

No estuvimos por mucho tiempo en la playa, el agua estaba muy fría y ninguna de las dos nos atrevimos a meternos. Justo después de comernos unos sándwiches de atún recogimos nuestras cosas y subimos a nuestra habitación con la intención de prepararnos para el baile folclórico. Ayer Amanda fue comprar los vestidos tradicionales del país en una tienda turística, es decir tenía la intención de obligarme a ir al evento. Abrocho tres flores de tela en mi cabello, una por cada color de su bandera y con mi índice esparzo un poco de bálsamo rojo sobre mis labios. Una vela aromática ha impregnado todo el dormitorio, la dulce esencia de la vainilla es relajante y me planteo llevarme unas cuantas velas para Canadá.

Amanda discute acaloradamente con la persona al otro lado de la línea, sus mejillas están enrojecidas y la piel entre sus cejas se arruga, cuando cuelga el teléfono se frota los ojos molesta.

—Yamile no se siente bien y Anthony no quiere perderse la fiesta, así que él vine con nosotras. Lo siento, intentaré mantenerlo lejos de ti.

—No pasa nada, es tu familia —digo encogiéndome de hombros. Estoy

segura de que el carismático griego logrará mantenerme distraída.

—¿Crees que no me di cuenta de la hostilidad con la que lo trataste el otro día? —pregunta arqueando una ceja con la diversión pintada en su semblante.

—Me conoces bien.

Alguien da tres golpes firmes en la puerta y mi amiga se acerca apresuradamente para abrirla.

—Buenas tardes ¿se encuentra la señorita Sanders? —Me levanto como un resorte de la cama cuando escucho la profunda voz del magnate.

—Sí, un momento por favor.

Mi amiga gira la cabeza y me guiña un ojo con picardía mientras gesticula con los labios que Eros es guapísimo, no podría estar más de acuerdo. Los volantes azules y rojos de mi vestido bailan alrededor de mis piernas a medida que me voy acercando a la entrada, tengo el corazón en un puño ¡Aquí vamos!

—Hola, aquí estoy —murmuro posicionándome frente al avellanado. Su penetrante mirada me atraviesa dejándome desnudo en cuestión de segundos y me derrito ruborizándome ante la media sonrisa que me dirige.

—Es un gusto volver a verla.

Mi amiga pellizca mi brazo con disimulo y retengo un gemido de dolor, dándole una mirada de soslayo me doy cuenta de la extensa sonrisa cómplice que divide su boca.

—Ella es mi mejor amiga, Amanda

—Encantado de conocerla. —Habla extendiendo la mano

—Igualmente, señor. Trate bien a mi amiga porque no dudare en joderlo si le pasa algo —amenaza seriamente apretando la mano del griego.

—¡Amanda! —protesto sonrojándome hasta las orejas. Vryzas ladea la cabeza acariciándose el mentón y esquivo su mirada cohibida.

—Podéis iros, yo esperaré a mi hermano. —Ella me empuja por la espalda baja y cierra la puerta detrás de mí dejándonos solos.

Mis ojos se encuentran de lleno con una corta camisa de lino, voy subiendo por el largo cuello del magnate deteniéndome por unos segundos en su afilada barbilla y terminando mi recorrido en un gracioso sombrero de paja. Suelto una risita y me muerdo el labio inferior cuando el griego enarca las cejas.

—Su sonrisa es hermosa —elogia rozando tiernamente mi mejilla con su pulgar, su tacto deja un rastro ardiente sobre mi piel y suspiro cerrando los

ojos encantada.

—Gracias

—¿Está preparada para bailar al son tropical?

—Supongo que sí —asiento caminando a su lado por el escéptico pasillo blanco.

El aturdidor bullicio de la gente y la retumbante melodía pegadiza que toca un grupo de señores en el escenario nos dan una calurosa bienvenida cuando entramos en la gigante sala de ceremonias del hotel. Eros entrelaza nuestros dedos y tira de mí hasta los puestos de exposición, la suavidad de su mano contra la mía se siente muy bien, sacudo la cabeza negándome a acostumbrarme a la sensación de calidez y añoranza que se comienza a hospedar en mi corazón.

El sitio es un rectángulo inmenso decorado por flores y mariposas de colores vibrantes, las paredes están cubiertas por largas cortinas azules, rojas y blancas. Levanto la cabeza admirando las banderas en miniatura que recorren el techo y rápidamente entrecierro los ojos por la fuerte iluminación del lugar. Me parece que de aquí no saldré con la vista intacta. Todos los invitados van vestidos de la misma forma y en el centro de la pista varias parejas bailan al ritmo de la música. Sonríe observando con diversión a una mujer que le riñe a su acompañante por haberla pisado y Eros aprieta mi mano llamando mi atención.

—Es la pintura de un simple jarrón, pero las técnicas y los trazos asimétricos del autor lo hacen extraordinario —expresa distraídamente. Mis ojos van directos al burro que sostiene el cuadro y contemplo con precisión cada detalle que te transporta a un pacífico día de campo; una solitaria margarita blanca yace dentro del jarrón de barro y las tonalidades marrones predominan en toda la pintura.

—Concuerdo con usted, es impresionante —hablo cautivada por la perfección de su atractivo perfil ¿Este hombre tiene algún defecto? él parpadea y sus frondosas pestañas negras se unen —. Ese de allí me recuerda a las pinturas que tiene en su oficina ¿Quién es el pintor? —señalo al cuadro contiguo.

—Mis hermanas.

Frunciendo el ceño sorprendida me doy cuenta de lo poco que conozco sobre su vida privada. En los artículos que leí nunca se mencionaba a su familia, algo que me pareció bastante extraño y me hizo pensar que Eros era hijo único.

—Sus cuadros son una maravilla ¿Ellas estudian bellas artes?

—No—sonríe con naturalidad llevándome al siguiente puesto—. Eileen y Effie son dos gemelas traviesas que apenas cuentan con diez años. —añade mencionando sus nombres con cariño.

Me lo imagino persiguiendo a dos niñas pequeñas por toda la casa con la intención de atarlas en alguna silla para poder mantenerlas controladas, él no parece contar con mucha paciencia y su temperamento es muy volátil; ni siquiera sé si le gustan los niños.

—Son nombres muy bonitos, nunca los había escuchado antes ¿Viven con usted? —curioso.

—No, mi familia vive en Grecia, pero suelen ir a Ontario muy seguido o yo voy a visitarlos cuando tengo tiempo libre ¿Es su familia de Canadá?

—Mi madre es de aquí y mi hermano y yo nacimos en Canadá. —Contesto mordiendo un trozo del dulce que me acaba de dar la encargada de la zona gastronómica; el sabor de la piña estalla en mi boca y cierro los ojos gimiendo maravillada, cuando los vuelvo a abrir el dorado de los ojos del magnate ha desaparecido dejando en su lugar un oscuro color ambarino. Eros me echa una mirada ilegible que me quema hasta el alma y me sonrojo avergonzada mirando hacia nuestras manos entrelazadas.

El griego se aclara la garganta —Interesante, por esa razón es tan hermosa, las latinas son una belleza.

—Gra...Gracias —musito ¡Mierda! Sino levanto la cabeza no se dará cuenta de que parezco un jodido tomate.

«¿Por qué he tomado la costumbre de sonrojarme cuando estoy a su lado? Es bochornoso.» pienso compadeciéndome de mi torpe existencia.

—Me encanta el tenue color durazno que toman sus mejillas cuando se ruboriza. —Pronuncia lentamente alzando mi mentón entre sus dedos índice y pulgar.

¡Doble mierda! Mi corazón está a punto de salirse de mi pecho y mi cuerpo entero está hirviendo, sin contar con que mis piernas están temblando como si mis huesos estuvieran hechos de gelatina. Nos miramos atentamente, nuestros ojos se enfrasan en una intensa batalla tratando de buscar respuestas y ver más allá de lo visible; dorado contra negro, dos lingotes de oro contra dos azabaches. Solo estamos él y yo, las personas a nuestro alrededor desaparecen incluso cuando aún siguen allí.

—¿Vamos a bailar? —ofrece el magnate volviendo a retomar su postura impasible. El trance en el que me encontraba se rompe y suelto mi labio

inferior pasándome la lengua por la zona afectada, no me había dado cuenta de que lo estaba mordiendo con tanta fuerza.

—Claro —murmuro dejando que me lleve al centro de la pista donde los cuerpos se mueven pegados entre sí al unísono de la música.

Tragando saliva subo los brazos hasta entrelazar mis manos detrás de su cuello, rozo con los dedos los suaves pelillos de su nuca y jadeo al sentir el férreo agarre de sus grandes manos sobre mis caderas. Nuestros ojos conectan otra vez y me dejo llevar por la pegadiza melodía en la que nadie canta.

No sé exactamente lo que estoy haciendo, Eros me afecta de una manera inimaginable y me cuestiono ¿Me estoy enamorando de un desconocido? Me niego a pensar algo así ¡es absurdo! Yo no me enamoro, el amor es demasiado doloroso.

—Tiene que mover las caderas y los pies al ritmo de la canción. Esto es merengue, señorita Sanders ¿No le enseñó su madre a bailar? —susurra en mi oído, me estremezco sintiendo su aliento chocar con la sensible de mi cuello.

«Mi madre me enseñó a abandonar a las personas que quiero, me enseñó a desconfiar hasta en mí misma.» grita con melancolía la voz de mi subconsciente.

—Ella trabajaba mucho —contesto tratando de seguir sus indicaciones patosamente, el magnate me hace girar y con gracilidad vuelve a atraparme aprisionándome contra su pecho.

—Es una mujer luchadora ¿Cómo se llama?

—Su nombre es Maira. —Mi boca se tuerce en una mueca imperceptible al mencionarla—. Cuénteme sobre sus padres, deben de estar muy orgulloso de usted. —digo desviando la conversación.

Sus pies nos conducen hacia la derecha y la izquierda, me pongo de puntillas y el griego da una vuelta sin perder la sinfonía de nuestros pasos.

—Mi madre se llama Axelia, es una mujer amorosa que estaría dispuesta a dar la vida por los suyos, pero es terca como una mula. Dion, mi padre es el hombre más fuerte que he conocido y no me refiero a su físico. —sus palabras salen rebosantes de amor y admiración.

Este hombre tiene un gran corazón, sin embargo, lo esconde tras una armadura de acero indestructible.

—¿Tiene algún pasatiempo favorito, señor Vryzas? —pregunto con la respiración agitada

—Me gusta bailar y cantar, en general me encanta perderme en la música. Aunque también me fascina coleccionar automóviles ¿Y a usted qué le gusta

hacer?

—Mmm... Me decanto por la cata de vinos

Vryzas asiente dibujando una sonrisa en su rostro y me acerca más a su torso robándome un grito de sorpresa. —Es una mujer muy interesante, señorita Sanders.

—Lo dudo mucho, señor Vryzas.

La música se detiene y me separo a regañadientes del avellanado. Un hombre calvo se sube al escenario llevando un micrófono en la mano. — Buenas tardes damas y caballeros, espero que estén disfrutando del evento. Como todos los años organizamos una pequeña dinámica para animar la fiesta, este año hemos escondido tres llaves en el laberinto y quienes las encuentren no tendrán que pagar su estancia en el hotel. Los equipos no son válidos, cada participante es individual. —El señor hace una pausa y me río cuando un redoble de tambores suena—. Pueden ir saliendo por la puerta trasera ¡Buena suerte!

Las personas comienzan a salir apresuradamente de la sala dejándola prácticamente vacía. Grito cuando de improvisto Eros empieza a correr arrastrándome con él hacia las puertas dobles de la salida.

—¿Vamos al laberinto? —inquiero intentando que mis piernas no se enreden entre sí, él corre muy rápido.

—Sí

—Pero si usted no necesita ese premio.

—Me gustan los retos, señorita Sanders. Además, será divertido — contesta.

Eros ralentiza su paso al llegar a un sendero de piedras y yo giro la cabeza para observar con detenimiento el precioso jardín de rosales que nos rodea; me atrevería a decir que están todas las especies y colores. El aroma es fresco y exquisito, podría pasarme horas en este lugar. Los altos arbustos del laberinto se alzan en todo su esplendor frente a nosotros y los cálidos rayos del sol se van ocultando tras el horizonte.

El magnate suelta mi mano cuando nos adentramos en el laberinto e inmediatamente siento un extraño vacío en mi pecho. —¿Cuál es su animal favorito? —ladeo la cabeza desconcertada ante su pregunta ¿Qué tiene que ver mi animal favorito con esto?

—El delfín.

—Mi animal favorito es el tigre. Hagamos un trato, si usted gana la llevaré a nadar junto a los delfines, pero si yo gano usted me acompañará a la

reserva de felinos.

—Trato hecho —pronuncio con entusiasmo, no me parece una mala idea y muy en el fondo sé que lo hago para volverlo a ver. Simplemente me tiene cautivada, me he quedado atrapada en el mar dorado de sus ojos y no tengo ni idea de donde está la salida.

—¿Es una mujer promiscua? —pregunta posando su ardiente mirada en mí.

Lo observo boquiabierta y aprieto los ojos con fuerza con ganas de limpiarme los oídos para saber si lo he escuchado bien.

—¿Perdone? —mi tono de voz es de pura indignación y desconcierto.

—Los delfines son animales muy sexuales y siempre tenemos algo en común con nuestros animales preferidos. He supuesto que le gusta el sexo ¿No es así, señorita Sanders? —objeta con una seriedad inquebrantable, es como si estuviera hablando del pronóstico del tiempo.

Frunzo el entrecejo y me muevo nerviosamente en el lugar con las mejillas teñidas en rojo. —Supongo que a todo el mundo le gusta el sexo.

—¿Y a usted no? —insiste lamiéndose el labio inferior, mi boca se seca y mis hormonas empiezan a bailar en el interior de mi cuerpo.

¿Qué pensaré si le digo que soy virgen?

—Bueno, creo que me voy a por la llave. —Esquivo su pregunta dándome la vuelta.

—¿Está enfadada?

—No

Desde el pasillo en el que me he metido puedo escuchar la melodía ronca de sus carcajadas y se me escapa una sonrisa.

No me siento cómoda hablando sobre ese tema, tal vez se debe a mi fatídico pasado o sencillamente a las inseguridades que albergo sobre mi cuerpo. No obstante, estaría dispuesta a experimentar, a probar cosas nuevas que me hagan sentir viva y deseada; solo hay un problema y es que no soy propensa a lanzarme.

Me paso los siguientes quince minutos recibiendo miradas desdeñosas cada vez que me acerco a la zona en la que se encuentra algún participante, pierdo la cuenta de las murallas verdes por las que he pasado y en los pocos sitios que para no encuentro la llave. En realidad, ya no sé si tengo ganas de ir a ver a los delfines, no mientras Eros continúe hablando sobre el voraz apetito sexual que tienen. Encuentro un rincón apartado y una vez allí me acuclillo para explorar el espacio en busca del dichoso premio ¡Es peor que buscar una

aguja en un pajar! Este sitio es gigante, tendré suerte si logro salir de aquí antes de que llegue la noche. Doy un respingo cayendo sobre el césped húmedo al sentir la mano de alguien sobre mi hombro.

—Señor Vryzas tiene que dejar de hacer eso —refunfuño poniéndome de pie.

En cuanto levanto los ojos me encuentro con la mirada verdosa de Adam y bufo tratando de tomar una postura neutra cuando en realidad quiero darle una patada en el culo.

—Hola, Adam.

—Hola, Nini ¿Podemos hablar? —oculto mi mueca de desagrado cuando menciona ese apodo y me alejo unos cuantos pasos de él.

—No tenemos nada de qué hablar —digo cruzándome de brazos. Adam arruga la frente, desconcertado e intenta tocar mi brazo.

—Soy tu exnovio, no me gusta que ya no seamos amigos. Sé que ha pasado mucho tiempo, pero quiero que sepas que eres una persona muy importante para mí y me gustaría....

La voz de Adam se apaga cuando unos fuertes brazos tiran de mí y choco con el duro pecho de Eros, no me da tiempo gritar ya que sus suaves labios chocan con los míos y me roban el aliento. Por unos segundos me quedo atónita mirando sus parpados cerrados, sin embargo, me relajo entre sus brazos cerrando los ojos y siguiendo los movimientos de su boca. Los fuegos artificiales estallen en mi cuerpo, las estrellas giran alrededor de mi cabeza. Sus labios saben a menta y a chocolate, son implacables y me besan con tenacidad. Nuestros labios se mueven al unísono marcando un ritmo maravillosamente placentero, gimo y él aprovecha ese momento para introducir su lengua en mi cavidad bucal sometiendo a la mía, acariciándola, mimándola. Tímidamente me atrevo a tocarlo con la punta de mi lengua y me estremezco sintiendo una punzada de deseo en todo mi cuerpo. Mis dedos se enredan en su sedoso cabello y tiro de algunos mechones sintiendo las vibraciones de su gutural gruñido en mi boca. Nuestras respiraciones están aceleradas y mi lívido asciende como no ha hecho nunca ¡Por Dios! Todas las advertencias se apagan, ya nada importa, solo estamos él, yo y nuestros labios unidos en un beso memorable. Siento que estoy a punto de colapsar, me aferro a sus hombros y vuelvo a gemir implorando por más. La calidez de su boca me abandona y abro los ojos aturdida. Adam ya no está en el lugar.

Suelto un profundo suspiro al ver su cautivador aspecto, los labios del magante están enrojecidos e hinchados por nuestro fogoso beso, sus ojos

dorados brillan con lujuria y su pelo desordenado cae sobre su frente. Entonces me doy cuenta en ese mismo instante de que él será mi perdición. No me reconozco, soy un desastre tembloroso de sentimientos revolucionados, me corazón late desbocado y empuño su camisa aspirando más de su embriagador aroma y me mareo ¿Qué me está pasando?

—¡Theé mou, Genova! —exclama roncamente empleando su sensual acento griego y mi nombre sale como una súplica de sus labios.

—Pensé...pensé que no querías.

—Eres una tentación de la que no me puedo resistir, pero no debería de acercarme a ti. —Sus dedos acarician mi mejilla con delicadeza y mi respiración se va recuperando lentamente—. Yo soy un infierno.

—¿Eso qué significa? —musito sin poder descifrar las emociones que oscurecen su mirada.

—Qué No deberíamos de volvernos a ver y esto no va a pasar otra vez. Ha sido un gusto conocerla señorita Sanders. —su rostro se ensombrece tomando una actitud indiferente y me entran unas ganas incontrolables de chillar por la frustración que me devora en estos momentos.

Mi corazón se estruja afligido y me alejo con lentitud de su acogedor toque sin mirarlo a la cara ¿Por qué me ha besado? Miles de preguntas sin respuestas pasan por mi cabeza y la intriga se empeña en torturarme. Me enfado por haberme dejado llevar sin protesta alguna, bufo y me giro comenzando a caminar hacia uno de los pasillos más cercanos del laberinto. Eros no se inmuta y no espero que lo haga, no espero que llame.

Me levanto al día siguiente con un nuevo propósito, olvidar por completo a Eros Vryzas y hacer turismo con Amanda me está ayudando a mantener mi mente ocupada. Aún no le he contado a mi mejor amiga lo que pasó la noche anterior y no tengo la intención de hacerlo, sé que se enfadaría y nadie quiere ver a Amanda Milani enfadada.

Mi único inconveniente es Adam quien se ha empeñado en venir con nosotras.

Seguimos al monitor del grupo entre los altos arboles del bosque y tomo una gran bocanada de aire fresco escuchando el canto de los pájaros, este lugar es tan pacifico, es una maravilla. Las copas de los arboles tapan la luz del sol y el rocío cubre las flores silvestres, apenas son las ocho de la mañana.

—¿Me dejas hablar contigo o está a punto de aparecer el señor Vryzas?

—pregunta Adam en cuanto Amanda se distrae observando la extraña forma arqueada de un tronco.

Con tan solo escuchar su nombre un escalofrío recorre mi espina dorsal y mis labios cosquillean recordando su beso. Anoche mientras sopesaba en mi cama llegué a la conclusión de que Eros me besó por un arranque de celos o por saciar su curiosidad, la primera opción sonaba muy irracional y la segunda se adaptaba a su fascinación por los retos ¡No voy a pensar en él!

—Nadie viene, habla. —Bufo acomodando mi mochila en mi hombro, sino acepto seguiré insistiéndome. Si algo tienen los hermanos Milani en común es eso, ambos gozan de un arte increíble para descubrir todo lo que se proponen.

—Sé que no terminamos muy bien y que nunca te dije que te amaba. Yo sigo queriéndote, Nova y siempre lo voy a hacer. Fuiste mi primer amor y eso es algo que nunca se olvida, pero Yamila es el amor de mi vida.

No actué de la mejor manera y me odio por haberte hecho daño. No había tenido el valor de hablar contigo. Las cosas no deberían de haber terminado como lo hicieron. Me gustaría que me perdones y volvamos a ser amigos como solíamos serlo ¿aceptas?

—No sé si es una buena idea— respondo acariciando mi brazo. Su semblante decae conmoviéndome. Vivimos un montón de cosas juntos y tiramos todo por la borda hace unos años. Saber que en realidad me amó quita parte del peso que soportaba mi corazón, es como una bocanada de aire fresco. Quizás esto es exactamente lo que necesito.

—Acepto —digo sonriendo, Adam me devuelve la sonrisa y me abraza por unos segundos para después soltarme. Realmente había extrañado nuestra amistad y al fin y al cabo todos merecemos ser perdonados.

Capítulo 6. Tolerancia cero.

Lamentablemente nuestras cortas vacaciones de un fin de semana han finalizado y nuestra monótona rutina ha vuelto a tomar el control de nuestras vidas. Cuando des hice mi maleta me encontré con una pequeña sorpresita inesperada, no sé exactamente en qué momento el cofre con el collar llegó a ese bolsillo o quien lo puso allí, pero conozco a la perfección al verdadero culpable y he aprendido a regañadientes que su tenacidad es inigualable.

Mis botines tocan el brillante suelo de los vestidores y percibo el inconfundible olor a canela del restaurante. Bostezo desbloqueando mi casillero verde, estoy súper cansada, la noche anterior apenas pude dormir y para mi mala suerte nuestro vuelo se retrasó por lo que llegamos a las tres de la madrugada a nuestro piso. Esta semana completa me ha tocado el turno matutino y eso quiere decir que me tocará trabajar de camarera, algo que no agradezco ¡Odio cuando me toca trabajar delante!

Suelto mi desgastada mochila dentro del casillero y suspirando me quito mi cómodo chándal para ponerme el molesto vestido del uniforme.

¿Estaré cometiendo un error al dejar una joya tan valiosa en un lugar tan desprotegido? Tengo la intención de entregarle el cofre a la recepcionista de la empresa de Eros para que ella se lo devuelva, no quiero nada que tenga que ver con él, lo sentiría como una deuda.

¿Y si se pierde o alguien lo coge? Sé que entre nosotros hay uno que tiene la costumbre de hurtar las cosas y aunque han intentado encontrarlo es como si se esfumara, ni siquiera las cámaras de vigilancia han conseguido descubrirlo.

—¡Puf mira en lo que me has metido, hombre! —me quejo mientras observo el collar con molestia. Es un simple collar, pero está haciendo estragos en mi cabeza, aunque me cueste admitirlo en realidad el único que mantiene mi mente patas arriba es cierto Adonis enigmático.

Tras sopesar mis opciones y ante mi paranoia coloco la alhaja alrededor

de mi cuello cerrando el broche con dificultad. Los diamantes se burlan de mí reluciendo bajo la amarillenta luz artificial. Sin duda me veo ridícula llevando un collar de unos cuantos miles de dólares mientras trabajo en un restaurante en el que no gano ni el sueldo mínimo. Antes de salir marco mi hora de entrada y saco una libreta electrónica del armario empotrado.

—Buenos días, Nova, las mesas tres, nueve y siete son tuyas. —Avisa mi compañera llevando varias bandejas en las manos.

—Buenos días, Emy. —Le sonrío con simpatía, ella es la única persona con la que socializo en este lugar. Emy es una amigable rubia de ojos azules y figura redondeada.

Al pasar las puertas dobles de madera la sobria decoración vintage del lugar me recibe. Las redondas mesas decoradas por manteles de punto se esparcen por todo el restaurante acompañando al papel floreado de las paredes y el sol entra por las ventanas delanteras iluminando a las estatuillas de la torre Eiffel que actúan como centros de mesa. Los uniformes son lo único que le añade color al recinto.

Arrastro los pies por el parqué acercándome a la mesa tres, un remilgado señor que ronda los cincuenta me escudriña con desprecio en cuanto me posiciono a un lado de su mesa.

—Buenos días, bienvenido a La Petite Alsace ¿Qué desea? —intento que mi tono suene lo más amigable posible y contengo las ganas de poner los ojos en blanco.

—¿Me vas a atender tú?

—Así es.

—No quiero que una negra sirva mi comida, eres peor que una negra, eres una sucia mestiza —dice contrayendo su arrugado rostro como muestra de desagrado.

Suspiro acariciándome el puente de la nariz y aprieto la mandíbula sintiendo como mi sangre comienza a hervir. Puedo soportar muchas cosas, pero nunca soportaré que nadie me humille y discrimine por el color de mi piel.

—Señor nadie más va a venir atenderlo, solo estoy yo.

—¡He dicho que no quiero que una mestiza de mierda sirva mi comida!
—los gritos del hombre retumban por toda la sala llamando la atención de los otros clientes.

—Le pido que no me falte el respeto, usted no es nadie para hacerlo, sino quiere pedir nada, allí está la puerta. —Sé que estoy a punto de explotar por

dentro, pero trato de no perder los estribos

—¡Soy un hombre blanco con derechos y exijo que me atienda alguien de mi raza!

—¡Y yo soy una mujer con los mismos derechos que usted y exijo que se me trate con respeto! —vocifera enfadada escuchando el cuchicheo de la gente que ha dejado sus asuntos de lado para enfrascarse en nuestra discusión.

—Así vamos, hemos dejado que los negros e inmigrantes se apoderen de nuestro país quitándonos nuestros puestos de trabajo cobrando salarios cuando un esclavo no se merece ni un trozo de pan ¡Es una vergüenza!

—Una vergüenza es la sociedad ignorante en la que vive —espeto dejando que mi mano tome vida propia e impacte contra su mejilla desahogando toda mi frustración en el acto.

El restaurante se sume en el silencio y parpadeo atónita soltando unas cuantas maldiciones con la respiración entrecortada. Estoy tan enfadada que ni siquiera he pensado en las consecuencias, puedo sentir el odio que transmiten sus ojos marrones sobre mi ser y trago duro. Probablemente recibiré un citatorio de la corte por agresión, pero no me arrepiento. Nadie debería dejar que otros lo pisoteen por su raza, religión, sexo u orientación sexual. Estamos en el siglo veintiuno y creo que la civilización ha avanzado lo suficiente como para darse cuenta de que todos somos iguales, pero aun así siguen existiendo basuras, este señor es un claro ejemplo de ello.

Cuando escucho el portazo del hombre salgo de la nebulosa de furia e indignación en la que me encontraba.

—Señorita Sanders pase a mi oficina, por favor. —Mi cuerpo se tensa y junto los labios en una fina línea al escuchar la voz de mi jefa.

Lentamente me doy la vuelta y ruego en silencio para que no me despidan. Maritza es una treintañera muy exigente, ella lleva las riendas de la cadena de restaurantes desde que su padre murió y ha tenido bastante éxito. Su larga melena negra se mueve al compás de sus elegantes pasos mientras la sigo por los pasillos privados del restaurante. Su delgado cuerpo se adentra en la simple oficina blanca y me quedo de pie frente al escritorio de madera con el corazón en un puño.

Sus almendrados ojos azules destacan sobre las facciones comunes de su rostro alargado y por un momento la comparo con la villana de unos dibujos animados.

—Señorita Sanders queda despedida, su comportamiento de hoy da mucho de que desear.

Todo a mi alrededor se detiene, mis oídos zumban y mi estómago se contrae dolorosamente. Ella gesticula con la boca y sencillamente no escucho lo que dice. Pestañeo repetidas veces sintiéndome mareada y débil.

—Yo necesito este trabajo. —No esperaba que el matiz de mi voz saliera tan desgarrador

—Lo siento, no estoy defendiendo al señor, pero usted ha resuelto el conflicto sin educación alguna. El restaurante tiene una reputación intachable y a usted la estaban grabando ¿Qué dirá la prensa si la dejo aquí?

—Lo entiendo —murmuro sintiendo que mi mundo está a punto de desmoronarse.

—Su liquidación aparecerá en unos días en su cuenta bancaria, es una empleada ejemplar y espero que entienda mi postura. —Maritza rebusca en un cajón y saca varios folletos para entregármelos—. Señorita, es una chica muy joven y tiene todo un futuro por delante, creo que debería de empezar a pensar en él. Allí tiene información sobre los lugares que imparten formaciones profesionales gratuitamente, ellos mismos le buscan un trabajo y lo acomodan a su horario de clases.

Asiento en su dirección y me limpio las lágrimas escurridizas que se han escapado de mis ojos. Yo aprendí a muy temprana edad que la vida es injusta, la vida es una mierda.

Me despido con una leve inclinación de cabeza y salgo en busca de mis pertenencias.

En cuanto el poco dinero que tenemos se termine no sé qué sucederá con nosotras. Amanda trabaja de enfermera y no recibe los ingresos suficientes para pagar todos los gastos por su cuenta.

¿Y qué pasará cuando dentro de unos meses su bebé nazca y los recibos aumenten? Estoy asustada y mis pensamientos son un revoltijo de negatividad y desolación.

Esperaba encontrarme a mi amiga al llegar a casa, sin embargo, lo único que encuentro es un mensaje de su parte en el que me notifica que pasará la noche junto al padre de su hija. Abro las ventanas dejando que el cálido verano canadiense entre en la casa, estamos en pleno agosto y el cielo brilla sin ninguna nube de por medio. Mi ánimo está tan decaído que me he olvidado de llevar el collar a su dueño.

Entro en mi pequeña habitación de paredes rosadas y me siento exhausta sobre mi solitaria cama individual apoyando mi espalda en el cabecero de madera blanca, mi dormitorio es minimalista y lo elegí por la buena

iluminación que tiene. Ya no tengo lagrimas para llorar, nada me sale bien, simplemente soy un desastre sin remedio.

Sin ánimo alguno empiezo a leer los folletos y a llamar a las oficinas sin recibir una buena noticia, todas las plazas están ocupadas. Necesito encontrar un nuevo empleo con urgencia y la idea de Maritza me ha dado nuevas esperanzas.

Mis ojos recaen sobre el contacto del ultimo folleto y marco el número observando mi desgarrado aspecto en el espejo del armario.

—Buenas tardes, soy Melissa la recepcionista de Fars Company ¿En qué puedo ayudarle? —contesta una mujer con profesionalidad.

—Buenas tardes, llamo para preguntar si quedan cupos en su sistema dual de enseñanza.

—Sí, aún nos quedan tres plazas ¿Desea que concrete una entrevista?

—Sí—respondo sacudiendo mi brazo en el aire emocionada.

—¿Cuál es su nombre?

—Genova Sanders.

—Muy bien señorita Sanders, mañana a las diez am en el edificio número tres del Greater Area de Toronto será su entrevista. No se olvide de traer su documentación y algún registro escolar. Hasta luego y mucha suerte

—Hasta luego— El sonido insistente y molesto que se produce cuando alguien cuelga inunda mi canal auditivo y sonrío aferrándome a la repentina felicidad que se apodera de mi pecho.

Capítulo 7. Nueva perspectiva.

Conecto con mis brillantes ojos negros en el espejo del baño y apoyo las manos en la fría cerámica del lavabo.

—Tú eres hermosa, eres brillante e inteligente. Tú eres lo único que importa, nunca lo dudes. Vas a ir allí y serás la que se quede con el trabajo no es una opción perderlo ¡Te lo mereces! —digo señalando repetidas veces a mi reflejo, me río dándome cuenta de lo absurda que se vería esta escena para otra persona.

Tal vez debería de volverme a poner la falda de rayas grises. ¡Ugh, menudo fastidio! Nada me parece adecuado para la entrevista, la camisa blanca de manga larga que llevo puesta es muy insípida, no cuenta con ningún bolsillo o adorno sutil que llame la atención, no logro identificarme con ella ¡No me siento yo! Luzco como un palillo estirado dentro de este pantalón negro de filo recto que se ajusta como un guante en mi cadera, no tengo ni idea de si es lino real o una falsificación del tejido, pero eso no tiene nada que ver. Y estos zapatos ¡Oh dios los stiletos son los tacones más incómodos que he utilizado en mi vida! Mis dedos están forzosamente unidos de una manera extraña dentro de la punta triangular del calzado y mis tobillos están sufriendo todo el peso de mi cuerpo, si bien se supone que estos estilizan cualquier vestimenta sea formal o casual las ampollas que aparecerán en mis tobillos no lo van a agradecer.

Un reloj no le vendría mal a mi conjunto, apago la luz y salgo del baño en dirección a mi habitación, solo faltan seis minutos para que sean las ocho de la mañana y la claridad que entra por las persianas se adapta más al mediodía. Abro el cajón de la pequeña cómoda situada a un lado de mi cama y rebusco en su interior el reloj que nunca uso, pero que siempre dejo guardado por si acaso. Mis dedos rozan las esquinas puntiagudas de un objeto y tiro de él revelando un pequeño cuaderno cubierto de lentejuelas rosas, llevo años sin ver mi diario y muchos más sin escribir en él. Abro la tapa y sonrío con aflicción al ver la torpe caligrafía que tenía cuando era pequeña, esos fueron

buenos tiempos.

11/02/2010

Querido diario hoy ha sido el mejor día de mi vida, por fin he dado mi primer beso. Ha sido con el chico más guapo del colegio, su nombre es Martín y tiene doce igual que yo. Él es un poco bajito, tiene el pelo negro y un montón de pecas en sus mejillas, aunque ya te he hablado de él anteriormente. Creo que estoy enamorada y me quiero casar con él. Nos besamos en los columpios del patio y nunca jamás de los jamases lo voy a olvidar.

En cuanto el niño nuevo llegó me olvidé de Martín por completo. Moje mi dedo y paso a la siguiente página. Me acuerdo de que siempre posponía los días para escribir y al final terminaba olvidando las cosas que pasaban durante la semana.

31/12/2012

Querido diario he estado trabajando duro para reunir el dinero necesario, ha sido muy difícil encontrar un lugar de trabajo que aceptara a una menor de dieciséis años, pero no imposible. La señora Dandelion fue muy amable al permitirme ser la niñera de sus dos hijos. Hoy he comprado el collar que tanto quería regalarle a mamá, mi hermano y yo hemos organizado una pequeña fiesta por su cumpleaños. Ella estaba muy emocionada y ver su sonrisa valió el esfuerzo.

Creo que en ese tiempo tenía catorce años, la relación entre mi madre y yo era muy estrecha, ella era mi confidente y en conjunto éramos las mejores amigas. Sigo queriendo a mi madre con todo mi corazón, eso me es inevitable. Yo la perdóné hace mucho tiempo, sin embargo, el perdón no restaura la confianza y no la he visto en cuatro años.

Las páginas consecutivas están vacías, puede que sea bueno desahogar mis pensamientos entre estas líneas. Suspirando sacudo la cabeza y dejo de pensar en mi madre, no me gusta caminar por los senderos de mi pasado. Meto el diario en mi bolso de cuero sintético y me pongo de pie observando la hora en mi reloj de mesa. Prefiero llegar unos minutos antes de la hora punta y el camino a Toronto es un poco largo.

Bajo las inclinadas escaleras del edificio y me encamino hacia la parada del autobús preparándome para lo que se viene. Entrecierro los parpados tratando de protegerme los ojos de los abrasadores rayos del sol y conecto los auriculares a mi teléfono, una canción pegadiza de Katy Perry salta

aleatoriamente. Mi transporte no tarde mucho en llegar y al subir le sonrío al conductor quien está escépticamente más alegre de lo habitual. Me acomodo en el único asiento libre que queda y decido sacar el diario para dejarme llevar entre las letras que voy escribiendo.

15/08 /2018

Querido diario he soñado con él, no para de atormenta, se encuentra día y noche en mis pensamientos. Soñé que estábamos en un hermoso campo lleno de coloridas flores silvestre, no llevábamos ropa alguna y su cuerpo parecía estar esculpido por los dioses. Él y yo caminábamos juntos de la mano, no sabía a donde nos dirigíamos, pero toda mi confianza estaba depositada en Eros. De repente páramos en el medio de la nada y comenzó a besarme como solo sus labios saben hacerlo, sus manos recorrían cada rincón de mi cuerpo y su boca colonizaba cada centímetro de la mía, me encontraba completamente perdida en el placer que cupido me estaba proporcionando. Lentamente sus dedos fueron explorando mis lugares prohibidos enviándome a un círculo interminable de lujuria. Yo estaba usando todos mis sentidos, olía su varonil aroma atrayente, escuchaba su respiración entrecortada, saboreaba el dulce néctar de sus labios y sentía el cosquilleo de su toque sobre mi sensible piel. Eros me levantó con agilidad como si pesara menos que una pluma, yo entrelacé mis piernas alrededor de sus estrechas caderas y enredé mis brazos detrás de su esbelto cuello. Con una lentitud desesperante atravesó los confines de mi canal, gemimos, un placer exquisito recorrió hasta la última célula de mi cuerpo era fuego puro. Mis ojos divisaron el mar dorado de sus iris y de un momento a otro me trasladé a un lugar totalmente diferente; ya no me encontraba junto al dueño de mis suspiros, me encontraba en un lugar inhóspito, sin vegetación y rodeada por agua dorada. Estaba dentro de una barca sin remos hundiéndome en el agua, no había salida y la desesperación me estaba consumiendo. Antes de ahogarme desperté con la respiración acelerada y el corazón desbocado.

Me remuevo en el asiento acalorada, he tenido el mismo sueño por tres noches seguidas y nada cambia, siempre termino en el mismo lugar, siempre termino sola. Me fastidia que mi propia mente me esté traicionando, tardaré en olvidarme de aquel besó y de su carismática mirada y de la suavidad de su pelo y de.... Bufó cerrando los ojos ¿Lograré deshacerme de Eros Vryzas?

Vuelvo a centrarme en la ventana y muevo la cabeza al ritmo de Beyonce. Los frondosos árboles del bosque son una imagen difusa ante mis ojos y a medida que vamos abandonando el pueblo los altos edificios se apoderan del paisaje. El autobús penetra en las calles de Toronto. Desde donde estoy puedo ver atónita la torre CN levantándose majestuosamente sobre el suelo y rozando las nubes con sus quinientos cincuenta y tres metros de longitud. Mis dedos presionan el botón de parada y bajo sintiéndome extrañamente diminuta entre la multitud que cruza la calle. Frente a mí un impresionante edificio de cristales relucientes y vigas de acero se alza llevando las doradas siglas de FARS CO.

Exhalo e inhalo con los nervios a flor de piel y el estómago en el suelo ¡Puedo hacerlo!

Sistemáticamente mis tacones me llevan a pasar las puertas automáticas hacia la amplia y pulcra recepción de paredes blancas, le doy un rápido vistazo a los solitarios sillones de cuero y a las plantas que decoran las esquinas del lugar. Un pelirrojo atractivo se encuentra al otro lado del recibidor de mármol blanco que se camufla con el suelo.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —pregunta acomodándose la corbata roja de su traje.

—Sí, tengo una entrevista a las diez.

—¿Para la formación profesional? —Asiento y el pelirrojo sonrío mostrándome sus perfectos dientes blancos—. Espere un momento. —El chico se va por un pasillo dejándome a solas con los dos intimidantes guardias de seguridad y por unos segundos me quedo anonadada observando cómo se tensa la tela del traje alrededor de los musculosos brazos del guardia más alto. Poco después el pelirrojo regresa y me entrega una credencial de invitado.

—Tiene que rellenar el formulario, subir a la tercera planta y esperar a que la llamen. —explica poniendo un portapapeles sobre el mármol.

Cojo un bolígrafo del portalápiz y empiezo a rellenar mi información personal en las líneas del papel, una vez completado se lo entrego con manos temblorosas al chico de penetrante mirada azul.

Me subo en el ascensor y aprieto mi bolso con fuerza, mi estómago está hecho un completo desastre como si estuviera dentro de una montaña rusa en caída libre a una velocidad de cien kilómetros por hora. Limpio el sudor de mis manos en mi pantalón y las puertas plateadas se abren en una sala similar por no decir idéntica a la anterior. Un pequeño grupo de jóvenes ocupa los asientos de la recepción y me escudriñan atentamente cuando apoyo mi

espalda contra la pared.

—Hola —saludo sin recibir respuesta de parte de nadie, parecen estar muy concentrados en sus cuadernos, entonces me recrimino por no haber investigado nada sobre esta empresa y sus sistemas.

Muerdo el interior de mi mejilla y la preocupación me golpea como una ráfaga de viento, rápidamente golpeo las inseguridades que tratan de hacerse camino entre mis pensamientos. Pocos minutos después las altas puertas de cristal se abren y una señora afroamericana de porte elegante se asoma.

—Buenos días, puede pasar Genova Sanders. —Al escuchar mi nombre me tensó y tragándome el nudo que se ha formado en mi garganta camino hacia ella.

—Buenos días —musito recibiendo su firme apretón de manos.

—Encantada de tenerla aquí pase, por favor.

Titubeante entro en la oficina, me esperaba que su decoración fuera parecida a la del resto del edificio, pero esto parece una colorida clase infantil con todas sus flores y dibujos. La señora se sienta detrás del ancho escritorio de plástico azul y me señala a uno de los asientos con forma de dado; me acomodo en la lisa estructura y oculto la sonrisa burlona que quiere formarse en mis labios.

—Bueno, señorita Sanders, mi nombre es Loray Peterson. Le voy a explicar sobre el funcionamiento de la empresa y nuestro propósito con el sistema dual de enseñanza. —hace una pausa y cruza sus largas manos morenas sobre unos papeles—. La compañía FARS se especializa principalmente en las inversiones y las telecomunicaciones, somos la sede principal de un gran imperio de medianas y grandes empresas. Hace unos años lanzamos una iniciativa para fomentar el aprendizaje de los más jóvenes, ofrecemos una enseñanza completamente gratuita a todo aquel cumpla con nuestros requisitos. Tomamos en cuenta la situación de cada uno y sabemos a la perfección que muchos de nuestros estudiantes no han podido terminar la secundaria por diferentes circunstancias. Los puestos vacantes pertenecen a los cursos de asistente administrativo y directivo. Como comprenderá esos puestos son muy importante, precisamos personas capaces de aprender rápidamente y que sean flexible para adaptarse. Me gustaría que respondiera a una serie de preguntas orales y que completara una prueba de agilidad mental, pero primero necesito que me enseñe su historial académico. —explica pausadamente sin despegar su lasciva mirada oscura de mis ojos.

De mi bolso saco la carpeta con mis documentos importantes y suspiro

sintiéndome sofocada. Loray se acomoda las gafas y revisa el papel con cara de póker poniéndome aún más nerviosa de lo que estoy.

—Sus notas descendieron drásticamente al llegar al último año de secundaria ¿A qué se debe?

Tuerzo las comisuras de mis labios con incomodidad y jugueteo con mis manos observando la pirámide dorada que está en una esquina de su escritorio.

—Problemas personales —murmuro casi inaudiblemente, mi subconsciente se da un golpe en la frente. Por alguna razón que desconozco cuando estoy nerviosa pierdo el control del tono de mi voz y termino hablando como un pequeño ratoncillo asustadizo.

—Comprendo, iniciaremos con las preguntas mientras esté haciendo la prueba de agilidad mental. —Ella desliza una caja de madera frente a mí y señala a un recipiente con su larga uña color carmesí—. Tiene que colocar todos los triángulos dentro de la caja de madera, no puede haber dos triángulos contiguos del mismo color y tampoco pueden estar en la misma dirección.

Vacíó el recipiente a un lado sacando todos los triángulos y mi cerebro comienza a maquinarse buscando la solución al acertijo.

—¿Qué idiomas habla?

—Español e inglés —respondo colocando el primer triángulo verde en la caja.

—¿Prefiere trabajar sola o en equipo?

—Creo que en equipo se es más eficiente porque cada persona da lo mejor de sí, pero también me gusta trabajar en solitario porque puedo mejorar mis puntos débiles.

—¿Por qué quieres entrar en nuestro programa?

Me quedo en blanco por unos segundos, tengo tantos motivos que me es difícil elegir uno solo. —Me gustaría superarme tanto a nivel laboral como personal, también deseo explorar nuevos campos y aprender cosas nuevas.

—¿Cómo trabaja bajo presión? —pongo el último triángulo en su sitio y levanto la cabeza encontrándome con el gesto de asombrado que presenta el rostro de la señora, ella vuelve a retomar la compostura y me sonrío.

—He trabajado desde los dieciséis años en sitios donde el estrés sobrepasa los límites, no me siento intimidada ante eso. —Hacemos contacto visual por unos segundos y trago saliva.

—Bienvenida al programa, señorita Sanders. Su jornada laboral estará

dividida en dos horarios. De lunes a viernes iniciará sus prácticas a las ocho y de doce a tres tomará las clases de formación. Le enviaremos el horario y sus asignaturas por correo electrónico. No hace falta que compre los libros, aquí le facilitaremos todo lo necesario.

Me tapo la boca ahogando un grito de felicidad innegable y mis ojos se cristalizan, levanto la mirada evitando que mis lágrimas caigan. Nadie sabe cuánto he deseado seguir estudiando, nadie sabe las noches que pasé llorando por aquellos sueños que se habían roto. Mi corazón late rebosante de euforia y niego con la cabeza sin poder creérmelo.

—¿No tengo que firma un contrato?

—El formulario que ha firmado abajo es el contrato.

—¡Muchísimas gracias! —pronuncio entrecortadamente llevándome una mano al pecho.

—Gracias a usted, espero que se incorpore lo más pronto posible. — Loray sonrío poniéndose de pie e imito sus movimientos con menos elegancia.

—La invitamos a una comida en la cafetería de la empresa, solo tiene que enseñar su credencial. Está en la planta dos.

Nos despedimos estrechando nuestras manos y salgo de la oficina sintiéndome completamente realizada, experimentando una paz que no había percibido en mucho tiempo. Parece que el universo está empezando a sonreírme, pienso en todo lo que cambiará de ahora en adelante y en todo lo que podré hacer. Esta es una nueva oportunidad, un nuevo comienzo y lo voy a aprovechar al máximo. La sonrisa que se dibuja en mis labios está a punto de romper mi rostro y metida en un mundo de alegría bajo a la planta correspondiente.

Las voces mezcladas de las personas que se encuentran en la cafetería me dan la bienvenida al enorme y refinado lugar. Las mesas están colocadas a estratégicamente a ambos lados de la sala dejando el centro libre y cuatro retorcidas columnas ofídicas adornan cada esquina. Mis tripas gruñen cuando el olor a pollo asado danza rozando mi nariz y me muevo por las blancas baldosas del suelo hasta llegar a la barra libre. Cojo una bandeja y voy llenando mi plato con algunas pastas de té.

Me dejo caer sobre la acolchada silla y tomo el primer sorbo del ardiente café degustando su intenso sabor en cada parte de mi lengua. Desde que tengo uso de razón he amado los diferentes matices de su aroma, es una bebida que enamora. Suspiro cerrando los ojos.

—Nos volvemos a ver, señorita Sanders —dice esa sensual voz que me

persigue hasta en mis sueños.

Me atraganto por la impresión tosiendo histéricamente y algunas lágrimas ruedan por mis mejillas. Escucho el chirrido de la silla al ser arrastrada y sé que el dueño de mis suspiros alias el dueño de mis jaquecas está sentado a tan solo unos centímetros de mí.

—¿Qué hace aquí? —pregunto escéptica. Hace unos días me rechazó sin importarle una mierda como me iba a sentir después ¿y ahora viene a sentarse conmigo? Me parece que hay algo o alguien que no tiene sentido común.

—¿Me va a preguntar lo mismo cada vez que me vea?

—Siempre aparece en los lugares a los que voy —contraataco. Mi boca se seca cuando su penetrante mirada conecta con mis ojos y lo esquivo fijándome en mis cortas uñas.

—No lo hago adrede, es una coincidencia.

Pongo los ojos en blanco. —Yo no creo en las coincidencias.

—¿Y en qué cree? —inquire robando una galletita de mi plato y metiéndola con lentitud en su boca, por una milésima de segundo logro ver la rosada punta de su lengua y me estremezco recordando nuestro candente beso.

Aparto la mirada prestándole atención a los detalles rojos de las cortinas, no quiero sonrojarme.

—Creo en el destino señor Vryzas. Tengo que irme a casa, creo que he dejado la puerta abierta. —pongo la primera excusa que se me ocurre, necesito apartarme de su influyente presencia ¡ya!

—Entonces piensa que estamos destinados a encontrarnos. —Al escuchar sus palabras me doy cuenta de que ha hecho caso omiso a mi excusa y del error que acabo de cometer.

—Yo... Bueno, no lo sé—balbuceo.

Con un grácil movimiento Eros se coloca los mechones sueltos de su corto tupé, la sombra de una sonrisa se desvanece en su atractivo rostro y suspiro como una inmadura colegiala que acaba de conocer al chico más guapo del instituto.

—¿Por qué está aquí?

—Tenía una entrevista de trabajo ¿Y usted?

—Soy un socio de la empresa. Si ha conseguido el trabajo le advierto que su jefe es un pez gordo gruñón y exigente, nadie lo soporta por aquí —me río por su vano intento de hacer un chiste y levanto las manos.

—Tendré que lidiar con él.

—Veo que lleva el collar —indica con la satisfacción pululando en sus

pupilas.

Me encojo de hombros y me concentro en el fuerte sabor del líquido oscuro que pasa por mi garganta.

—Tenía la intención de llevárselo a su recepcionista, pero ya que está aquí.

Dejo la taza de café sobre la mesa y tras varios intentos consigo desabrochar la joya, se la ofrezco y me mantengo en alerta para que ningún roce ocurra cuando la coja.

—¿No aprendió nada la primera vez que trató de devolvérmela? —habla con una media sonrisa socarrona en los labios.

¡Dios, dame paciencia porque estoy a punto de explotar! Cierro los ojos bufando y bajo la mano cansada. No tiene caso.

—Señor Vryzas, esto no es una competición —digo calmadamente como si estuviera explicándole a un niño como sumar dos y dos.

—¿No le gusta?

Exasperada, aprieto mis labios en una fina línea. —Es hermoso, pero no me siento cómoda llevándolo.

—No lo use, quédeselo por su valor sentimental, no por su valor monetario. Recuerde a Margaret y a sus vacaciones en el caribe.

Me muerdo el labio inferior, es eso precisamente lo que quiero olvidar. Ese collar es un claro recordatorio de Eros Vryzas, el único hombre que ha conseguido remover mis hormonas femeninas, él único que me ha hecho sentir deseada y por él único que he sentido deseo. No obstante, también me hace recordar que el griego no quiere estar a mi lado ¿Sino quiere estar conmigo por qué sigue aquí? ¿Por qué se acerca a mí? Su comportamiento contradictorio me confunde.

—Está bien, usted gana. —mis dedos se las apañan para cerrar el incómodo brocho y el collar vuelve a descansar sobre mi clavícula—. Señor Vryzas, me tengo que ir, el autobús pasa en unos minutos —le aviso poniéndome en pie para recoger las cosas.

—Yo la llevo.

—No hace falta, señor Vryzas.

—Insisto.

Cuando sus dedos se envuelven alrededor de mi muñeca una descarga eléctrica me recorre desde la punta de los pies hasta el último pelo de mi cabeza, mi pulso se acelera en cuestión de segundos. Nos quedamos frente a frente sin movernos por lo que parecen ser horas, me cohíbo bajo la seductora

mirada de sus brillantes ojos mieles.

—Vale —musito tirando disimuladamente de mi mano.

Eros Vryzas más Genova Sanders en un ascensor es igual a tensión asfixiante, eso sin duda. Tan pronto como llegamos al aparcamiento salgo disparada de la caja metálica con el magnate pisándome los talones y respiro profundamente dejando que el aire fresco recorra mis pulmones. Me doy cuenta de que estoy caminando tontamente entre las vigas de concreto sin saber a dónde vamos.

Detrás de mí suena el pitido que emiten los coches al ser desbloqueados y al darme la vuelta me encuentro a Eros mirándome con diversión mientras se apoya sobre un flamante Range Rover blanco con ventanas polarizadas.

—¿Nos vamos? —dice abriendo la puerta del copiloto para mí. Asiento y él espera a que esté sentada sobre la tapicería de cuero blanco para subirse al coche.

Alguien por aquí tiene una obsesión con el color blanco y no creo que sea por su personalidad, lo angelical no va con el seductor Eros Vryzas. El olor a bosque en el interior del automóvil es intenso, pero el embriagador perfume que utiliza el griego lo es aún más. Me abrocho el cinturón y pongo el bolso sobre mis piernas.

El avellanado enciende el potente motor del coche y nos saca de la oscuridad del aparcamiento adentrándose directamente en la abarrotada carretera principal. Es mediodía y eso quiere decir que el sol está dando todo lo que tiene en la parte más alta del cielo.

—¿Dónde vive? —escruta con la mirada fija en el tráfico.

—En la calle Willow, número 23.

Giro la cabeza para contemplar su llamativo perfil de nariz fina y labios jugosos. Sus largas pestañas tocan la piel bajo sus ojos cada vez que cierra los parpados, si me dijeran que realmente es el dios griego del amor me lo creería sin dudar ni un momento. Unos suaves acordes acompañados por la potente voz de Whitney Houston inundan el ambiente y el griego recoge mi mano aprisionándola con la suya sobre su regazo. Abro los ojos como platos, los nervios chisporrotean en mi interior mientras me hago más consciente de su imponente presencia, su aroma masculino es como un bálsamo calmante para mis inestables emociones y me relajo sonriendo.

—¿El chico del otro día era su novio?

—No, ¿Si creía que era mi novio por qué me besó? —lo miro con incredulidad mientras sus ojos me echan un corto vistazo.

—No lo sé, no sé qué me está pasando —arruga la frente metiéndose en sus enigmáticos pensamientos.

—Yo tampoco —confieso acariciando la suave palma de su mano con los dedos.

Nunca me había sentido así por alguien, ni siquiera con Adam. No sé cómo explicarlo, es una emoción totalmente nueva que remueve cada célula de mi ser, que aviva todo a su paso, es una sensación gratificante que consigue erizarme la piel y cortar mi respiración. Es deseo, es lujuria y sobre todo es pasión. Es algo que me está volviendo completamente loca.

El coche se detiene ante la luz de un semáforo en rojo y de repente los dedos del magnate se deshacen de lo único que sostenía mi coleta, mi alborotado pelo cae en cascada hasta el final de mis pechos y observo a Vryzas desconcertada.

—Me gusta más cuando lo llevas suelto.

—¡Pero si parezco un León! —Eros suelta una melodiosa carcajada que me saca una sonrisa.

—Eres un León hermoso, además me gustan los felinos.

Logro ocultar mi ruborizado rostro tras una cortina formada por mis largos rizos marrones y el avellanado suelta una carcajada gutural que me pone los pelos de punta.

—¿Por qué me estás tuteando? —me parece algo curioso que cambie tan drásticamente, hace menos de una hora lo único que salía de su boca era señorita Sanders.

—Te tuteo para que estés más cómoda cuando percibo que te sientes insegura.

Me muerdo el labio inferior ¿Tan predecible soy?

Mi ánimo decae cuando veo que estamos a solo una calle de llegar a mi casa, me encantaría quedarme por horas escuchando su voz y tratando de averiguar que esconde tras su penetrante mirada. Empiezo a ver el lago Avon y me obligo a no hacerme ilusiones, tal vez no lo volveré a ver y es que él es un hombre muy impredecible. El Range Rover se detiene frente al antiguo edificio de ladrillos en el que vivo y a regañadientes Eros suelta mi mano.

—Muchas gracias por traerme. —Me despido con nostalgia agarrando la manija de la puerta con mi bolso en el hombro.

—Espera, te olvidas de algo.

—No, yo no me ol...—no logro completar la frase ya que Eros me interrumpe juntando sus labios con los míos.

Jadeo perpleja, sin embargo, me dejo llevar por la lentitud desesperante de su beso. El magnate tira de mi cuerpo hasta tenerme ahorcadas sobre su regazo, ya no hay distancia que nos separe y se siente jodidamente bien. El sabor mentolado de su boca me incita a seguir explorando en los dulces confines de su interior, gimo aferrándome a la americana gris de su traje. Los movimientos implacables de su lengua comienzan a embriagarme, nuestras respiraciones aceleradas chocan entre sí, las grandes manos del griego aprietan mis glúteos con fuerza y suelto un quejido cuando la lava líquida empieza a correr por mis venas. Por primera vez siento que estoy siendo libre como una mariposa monarca, siento que estoy siendo la verdadera Genova Sanders.

Tiro de su corbata suplicándole por más, suplicándole que deje los rodeos de lado y mis suplicas son escuchadas. Sus duros labios se mueven con más fuerza apoderándose de los míos en una lucha por el dominio, dejándome sin aliento, poniendo mi cabeza a volar más allá de la atmosfera terrestre. Sus ronc jadeos me envían directamente a mi perdición y cuando sus dientes mordisquean mi labio inferior una nebulosa de éxtasis puro me golpea.

Nuestras frentes se juntan y su aliento acaricia mis sensibles labios, por el rabillo del ojo puedo ver que los cristales se han empañado por nuestro placentero ajeteo. El ambiente está cargado de perceptible tensión sexual, es sofocante.

Me separo del magnate poniendo mis manos sobre sus fuertes hombros y sus pupilas dilatadas me escudriñan con lujuria. El aspecto rojizo de sus labios lo hacen ver más apetecible, cierro los ojos intentando calmar mi desbocado corazón.

—¿Por qué me has besado? —pregunto en un hilo de voz. Él levanta las cejas y tres tenues arrugas se forman en su frente.

—Me vuelves loco, eres tan diferente. —el tono grave de su voz envía escalofríos por toda mi espalda. Ladeo la cabeza inconforme con su respuesta, hace menos de una semana dijo que no volvería a besarme y hoy contradice sus propias palabras.

—Pero te lo repito, no deberías de acercarte a mí. Yo no soy el hombre para ti, no aún.

Yo río sin una pizca de humor y me aparto de él con brusquedad. Ya estoy harta de lo mismo, estoy harta de su jodido juego y estoy harta de las personas que tratan de apoderarse de mi vida. He pasado por mucho y no estoy dispuesta a dejar que ningún hombre me mangonee.

—Eres tú el que te acercas, si tanto te preocupa que no siga tus advertencias simplemente déjame en paz. No me gusta que jueguen conmigo, Eros —espeto pausadamente sin apartar la mirada del mar dorado de sus iris.

El atisbo de una sonrisa curva las comisuras de sus labios y mi irritación aumenta.

—Eres una fierecilla, to léaina mou. —Sonríe ampliamente.

Al ver que se lo está tomando con humor mi sangre comienza a hervir y salgo del coche dando un fuerte portazo. Ni siquiera sus palabras griegas me sacaran de mi enfado.

Paso el resto de la semana en una tranquilidad absoluta incluso bajo la presión que conlleva un trabajo del que a penas conozco los conceptos básicos. Mantenerme ocupada me ha ayudado a dejar de lado a Eros Vryzas y todo lo que tiene que ver con él. Lentamente las caras nuevas se me van haciendo conocidas y soy capaz de entablar una conversación entretenida con Betty la recepcionista. Me ha costado adaptarme a las clases otra vez ya que he olvidado todo lo que aprendí en mis años de adolescencia, sin embargo, voy aprendiendo cosas nuevas cada día. En el poco tiempo que llevo en FARS he descubierto que me apasiona mi nuevo trabajo y eso me mantiene motivada. Aún no he tenido el placer de conocer a mi nuevo jefe porque se encuentra en Ottawa supervisando una de sus empresas, según lo que me han dicho es un hombre sumamente poderoso y controlador. Por alguna razón los empleados de la compañía le tienen pavor y no tengo muchas ganas de descubrir el porqué. Estoy bastante preocupada por Amanda, solo hemos compartido unas cuantas palabras lascivas cuando pasa por aquí para llevarse una muda de ropa, no me llama, ni me envía mensajes y cada vez que viene puedo notar la tristeza en sus ojos.

Es miércoles por la tarde y estoy tumbada en la cama comiéndome un trozo de pizza margarita mientras veo una película en mi portátil. Una notificación interrumpe mi momento de ocio y bufo abriendo el mensaje que acaba de llegar a la bandeja de entrada de mi correo electrónico.

Fecha: 23/08/2018

Para: Genova Sanders, secretaria en prácticas. FARS. Co

De: Loray Peterson, directora de recursos humanos. FARS. Co

Asunto: Juntas en el extranjero.

Buenas tardes señorita Sanders, le envío este mensaje para notificarle que mañana, jueves, tendrá que viajar al extranjero junto a su jefe para asistir a una junta con los desarrolladores europeos. Solo será una semana y

los gastos corren a cuenta de la empresa. El vuelo sale a las nueve de la mañana por la terminal uno, solo tiene que enseñar su credencial de empleada en facturación y ellos la llevarán directamente al avión. Espero que esta inesperada noticia no le cause problemas, buen viaje.

Capítulo 8. Persuasión peligrosa.

—Hola, si me estás llamando, pero no respondo es porque estoy ocupada en cosas más importantes que tú, puedes dejarme un mensaje de voz después del pitido ¡Besos! —el contestador de Amanda me responde por sexta vez en una sola hora.

—Amanda, soy yo otra vez, en poco tiempo me tengo que ir y no quiero hacerlo sin despedirme de ti ¿dónde estás? —suspiro exasperada golpeando mi pie contra el parqué del salón.

No termino de acostumbrarme al nuevo comportamiento beligerante de mi amiga, ella siempre tiene el móvil en la mano ¿Por qué no coge mis llamadas?

Sé que voy a llegar tarde al aeropuerto, sin embargo, estoy aquí frente a la puerta de madera esperando a recibir buenas noticias de parte de Amanda. Dejo que pasen diez minutos más y decido que ya es hora de irme, llevo media hora de retraso.

Arrastro mi pequeña maleta hacia fuera y cierro la puerta con llave, una vez en la calle me arrepiento de no haberme fijado en el pronóstico del tiempo, pero ya es demasiado tarde. Las gotas frías de lluvia empiezan a empapar mi ropa y el fuerte viento que sopla en mi dirección se lleva los mechones de mi cabello encrespándolo. Es como una jodida maldición, cada vez que me aliso el cabello llueve sin importar la estación del año. El taxi que he pedido se estaciona frente a mí y entro apresuradamente a los asientos traseros acomodando mi maleta a un lado. Mi nariz se arruga asqueada cuando percibe el fuerte olor a cigarrillo que se impregna en el desgastado interior del coche.

—Buenos días. —Saludo encontrándome con unos opacos ojos verdes en el retrovisor—. Al aeropuerto, por favor.

—Buenos días.

Muevo la pierna nerviosamente mientras el taxi va dejando atrás las calles de Stratford, las gotas que golpean contra la ventana se deslizan con lentitud por el cristal y los relámpagos parpadean entre las nubes grisáceas del

cielo oscuro. Me devano los sesos buscando la mentira perfecta para justificar mi tardanza, los hombres siempre se incomodan cuando una mujer les habla sobre la menstruación, parece ser un tabú para ellos, tal vez si le digo que estaba en el ginecólogo evadirá el tema y se olvidará de su enfado inicial.

El taxista intenta entablar una conversación conmigo, pero me es imposible seguirle el ritmo y él se rinde dejando que el silencio vuelva a reinar. Apoyo la cabeza contra la fría ventana y exhalo escuchando el murmullo de los truenos, estoy demasiado inquieta y eso me mantiene sumida en mis pensamientos, no quiero que me despidan, no quiero perder una oportunidad como esta.

—Señorita, acabamos de entrar en un atasco —habla el conductor con su ronca voz de fumador empedernido.

—¡Joder! —protesto tirándome sobre el espaldar del asiento y mis ojos se ciernen sobre la extensa fila de coches que tenemos delante. Siempre que las cosas comienzan a irme bien algo tiene que salir mal y arruinarlo todo llevándome directamente al principio.

—Aproximadamente ¿Cuánto tiempo estaremos aquí?, mi vuelo sale dentro de quince minutos —compruebo la hora en la pantalla de mi móvil y mi corazón da un vuelco asustado.

—No lo sé, no soy un especialista en tráfico señorita —responde sarcásticamente.

Para mi suerte el atasco se disuelve en menos de cinco minutos y acertamos el camino cuando nos metemos en la autopista principal. En cuanto paramos frente al abarrotado aeropuerto tiro el primer billete que pillo sobre la mano del conductor y salgo disparada del coche. Corro velozmente por las resbaladizas baldosas blancas de la moderna zona de facturación y mi cuerpo choca varias veces con las personas que caminan a mi alrededor, pero no puedo detenerme. Los clientes protestan indignados al ver que me he saltado la larga fila en la que llevan esperando por mucho tiempo.

—¡Soy secretaria en FARS Company! —exclamó tirando mi credencial sobre el mostrador de acero

—La estábamos esperando, necesito su documentación, por favor —la castaña me observa impasible desde sus grandes ojos oscuros.

Torpemente Rebusco el sobre con mi documentación debajo de todas las cosas innecesarias que guardo en mi bolso y le enseño el pasaporte.

—Nuestra azafata la llevará directamente al avión faltan cinco minutos para las diez, dese prisa señorita Sanders el piloto ya está en la cabina. —dice

señalando a una risueña mujer de mediana edad.

Frunzo el ceño extrañada ¿En qué clase de vuelo comercial no piden billete de embarque?

—Buenos días, señorita Sanders, yo soy Mirian, su asistente aérea —saluda extendiendo su mano la cual acepto dándole un apretón.

—Buenos días, encantada de conocerla.

La azafata me lleva a la parte privada del aeropuerto contoneando sus prominentes caderas dentro de la falda roja de tubo que lleva puesta. Sonrío y me pregunto cuál será su secreto para mantener una figura tan perfecta con la edad que tiene. La azafata pasa su tarjeta por un lector y empuja la pesada puerta blindada que nos da paso a la pista de aterrizaje. Debería de haber deducido que viajaríamos en avión privado, es un hombre multimillonario.

—¿No tiene equipaje? —pregunta con curiosidad. Yo abro los ojos desmesuradamente y me llevo las manos a la cabeza ¡Mierda! Con las prisas me he dejado la maleta en el taxi. Soy una tonta.

—No he traído equipaje. —Miento avergonzada.

Mis zapatos planos se arrastran por el húmedo asfalto de la pista, no sé qué voy a hacer sin mi equipaje, solo espero encontrar un hueco libre para poder ir a comprar algo de ropa. Paso una mano por mi rostro retirando el agua que se acumula sobre él y mi mandíbula cae al suelo al divisar un jet de brillante fuselaje blanco con FARS. CO escrito en la aleta con letras plateadas.

—Señorita Sanders debería de subir, ya llevamos bastante retraso.

—Sí —murmuro poniendo un pie sobre las escalerillas del avión.

La sofisticada cabina es de caoba roja y piel de color blanco. Mirian me lleva a uno de los suaves asientos de cuero blanco y me acomodo en él.

—¿Desea tomar algo? El jefe está en el servicio, saldrá en unos minutos.

—Me gustaría tomar un café cargado con tres de azúcar ¿Sabe si está muy enfadado por mi retraso? —la uniformada azafata asiente y hago una mueca resigna viendo cómo se va desapareciendo por el estrecho pasillo del jet.

No puedo negarlo, la curiosidad me está matando por conocer al misterioso hombre que se hace llamar mi jefe. Betty me contó que él despidió a su última secretaria por ser impuntual. Suspiro, que sea lo que Dios quiera. Escudriño mi reflejo en la ventanilla del avión e intento en vano arreglar mis encrespados rizos. Mirian vuelve en tiempo récord y me entrega mi añorada taza de café, no he desayunado nada. El versátil aroma del café me ayuda a relajarme y cierro los ojos disfrutando la suavidad de su sabor sobre mi

lengua. Distraídamente repiqueteo las uñas contra la porcelana. No quiero ni imaginarme el reproche que recibiré por parte de mi jefe, si conservo el trabajo ya puedo rezar para no cometer ningún error porque estaré bajo la mira del buitre.

Escucho unos firmes pasos acercándose y me encojo en el asiento, no tengo ganas de mirar. La persona se detiene a mi izquierda y solo veo unos elegantes zapatos negros, muerdo mi labio inferior a la espera de la resolución de mi destino.

—¿Acostumbra a llegar tarde? —interroga una aterciopelada voz masculina.

Por la impresión la taza se resbala de mis manos y el café caliente se derrame sobre mis piernas. —¡Joder! —pego un salto soltando un grito agudo. Comienzo a sacudir desesperadamente la falda crema de mi traje nuevo, pero es inútil, la gigante mancha de color marrón no se irá de la tela.

El ardor por la quemadura se me olvida, mi mente se traslada a las miles de circunstancias que han ocurrido durante mis sueños con él, mi cuerpo se estremece y mi respiración se vuelve irregular ante el efecto Eros Vryzas. No obstante, me enfurece darme cuenta de la batalla está teniendo lugar entre mi parte racional y mi traicionero cuerpo. Más dudas se apoderan de mis pensamientos, creí que habíamos dejado las cosas claras, él me dejaba en paz y yo seguía sus absurdas advertencias; y entonces me entero de que es mi jefe ¿Por qué sigue apareciéndose hasta en mi sopa?

—Lo siento mucho, ¿Está bien, señorita Sanders? —por primera vez después de tanto tiempo conecto con sus ardientes ojos mieles quedándome atrapada en ese infierno que aparenta ser el cielo.

—Sí, estoy bien. —contesto revisando los círculos rojos que han empezado a aparecer en mis muslos, no son quemaduras mayores, un poco de pomada y listo.

El magnate me mira preocupado y traga saliva, contemplo como su tentadora manzana de Adam baja para volver a subir. —Vamos, hay un lugar donde puede cambiarse.

Murmuro una maldición tras su espalda, ese traje negro le queda como anillo al dedo. Umm... es una exquisitez de la que debería privarme antes de que me abalance sobre él.

¡Por Dios, Genova, contrólate! Tengo que recordar que aún sigo enfadada con el griego, lo que pasó el otro día fue agridulce, el beso me dejó satisfecha, pero sus últimas palabras me dejaron con mal sabor de boca.

Llegamos a la cola del avión y cupido abre la puerta descubriendo nada más y nada menos que un dormitorio. Esta habitación está decorada igual que la cabina a excepción de la cama matrimonial que viste un bonito edredón de color crema y unos cojines rojos que se esparcen en su superficie.

—¿Traigo sus pertenencias? —Él se apoya con naturalidad sobre el marco de la puerta ¿Cómo puede estar tan tranquilo? Yo estoy que me como las uñas.

—Se me ha olvidado la maleta en el taxi. —Le confieso jugueteando con mis dedos. A Vryzas se le escapa una carcajada contagiosa y sonrío de lado.

Mis confusos sentimientos hacia Eros siguen allí estancados, incluso después de haber intentado una y otra vez olvidarme de todo esto. Hace cuatro días fui a una incómoda cita a ciegas con un atractivo inglés que no paraba de hablar sobre la calidad de su semen y los hermosos hijos que tendríamos si nuestros genes se unieran, hui despavorida en cuanto se fue al baño. Estoy tan ensimismada que ni siquiera he notado que el magnate ya no está en la habitación.

—Tome, esto es lo único que tengo que quizás le valga. Puedo pedirle a Mirian que lave su falda, pero tardará un poco en secarse.

—¿Pretende que me ponga su ropa interior? —cojo la prenda con las cejas levantadas y el rubor invadiendo mis mejillas.

—¿Tiene otra cosa?

Bufo, rendida, ante sus inquisitivos ojos mieles meto las piernas en los *boxers* blancos y los subo hasta tener la cinturilla a la altura de mi ombligo, luego desabrocho mi falda y esta se arremolina rápidamente sobre mis bailarinas negras. ¡Oh! Me estoy sonrojando, llevar justo esta prenda de ropa sabiendo que Eros la ha utilizado anteriormente es una tortura para mi potente imaginación.

Él se moja los labios con la lengua y recorre mis piernas con los ojos haciendo el momento aún más incómodo. Se acerca lentamente con el elegante caminar de un felino y yo retrocedo trastabillando con mis propios pies.

«¿Qué haces? ¡No te acerques por favor!» grito como una posesa para mis adentros.

Eros se posiciona a unos pocos centímetros de mi persona y continúa avanzando hasta llevarnos al borde de la cama. Contengo la respiración, su perfume es demasiado hechizante.

—¿Por qué ha llegado tarde? —pronuncia con una firmeza perturbadora.

—Esta... Estaba en el ginecólogo.

¡Joder, todo él me pone los nervios de punta!

Eros frunce el ceño y ladea la cabeza apretando su afilada mandíbula, si paso un dedo por ahí estoy segura de que terminaré cortándolo ¡Porque, chico!

—¿Por qué? —indaga rozando mi mejilla con su nariz. Mi boca se seca y me muerdo el labio interior sintiendo ese leve y excitante cosquilleo sobre mi piel.

—No es de su incumbencia, señor Vryzas —él toma una respiración profunda, sus pupilas se dilatan y sus iris toman un profundo color ámbar.

—Todo sobre usted me concierne. —Eros parece sopesar sus palabras y —. Es decir, ahora trabaja para mí y su deber es explicarme las razones de su tardanza.

Junto los labios en una fina línea, no logro descifrar los matices que bañan su tono de voz.

Decido sacar mi última estrategia. —Tengo un retraso menstrual y las citas de especialistas en la sanidad pública son muy difíciles de conseguir — hablo, bueno, miento sin titubear.

Eros no se incomoda e intenta cambiar de tema como supuse que lo haría, él entrecierra los ojos y me escudriña con furia ¿Cómo se me ocurre utilizar un truco infalible para irritar a un hombre normal en uno que se aleja mucho de lo corriente?

De repente caigo rebotando sobre el mullido colchón de la cama y en un ágil movimiento el griego se sube ahorcadas sobre mis caderas. Un vergonzoso jadeo se escapa de mis labios cuando mis muñecas son aprisionadas por sus grandes manos. Mi corazón inicia un fuerte martilleo contra mi pecho. Una vena palpitante se muestra en la frente del magnate y la furia llamea en su mirada.

¡Madre mía, pero qué he despertado!

—No me gustan los mentirosos. —susurra contra la piel sensible de mi cuello.

Un estremecimiento me recorre y me retuerzo bajo su pesado cuerpo. Tener nuestras anatomías a tan poca distancia una auténtica tortura. Ninguna protesta sale de mis labios, sigo intentado hablar, pero un balbuceo es lo único que sale de mi boca.

—Dijo que no estaba en una relación. No obstante, podría estar embarazada de algún gilipollas irresponsable ¿Por qué no me contó la verdad?

Me sobresalto al sentir la suavidad de sus labios dejando un beso húmedo sobre mi clavícula y reprimo un gemido. No entiendo por qué lo sigue

haciendo, él mismo expreso su animadversión hacia las relaciones, entonces ¿Qué quiere de mí? Clavo los ojos en el curvado techo del avión como si él fuera la solución a mis problemas y exhalo cerrando los parpados por unos segundos.

—No estoy en ninguna relación ni tampoco estoy embarazada y si lo estuviera no es un tema que trataría con usted —expongo haciendo acopio de toda mi escasa paciencia.

¡Ah! Gimo abriendo los ojos como plantas cuando Eros mordisquea el inicio de mi escote, tiemblo entre sus brazos y su lengua recorre el sendero entre la línea de mis pechos, como respuesta mi vientre se contrae. ¡Esto se está saliendo de control!

—Por favor, suélteme. —suplico entre suspiros.

—Mientras sea mía todo sobre usted me interesa.

¡Mierda! ¿Por qué esas palabras suenan tan seductoras saliendo de su tenaz boca?

—No sabía que me había convertido en una pertenencia. —contraataco moviendo mis brazos entumecidos.

—No juegue, sabe perfectamente a lo que me refiero.

Su boca se arrastra sobre mi cuello y aprieto los muslos mientras el placer burbujeante empieza a acumularse entre ellos. No me está dando tregua, él está jugando con mi cordura.

—Me dice que soy suya, pero no me quiere cerca ¿Qué clase de relación es esa? —pregunto con vehemencia.

Inesperadamente el magnate se detiene a unos centímetros de mi boca.

«¡No! Esta es la mejor parte que continúe.» protesta la parte insensata de mi cerebro.

—Señorita Sanders, no confunda las cosas nosotros no tenemos ni tendremos una relación, esto es simple deseo carnal. —sus palabras caen como un balde de agua helada sobre mí apagando la llama de la pasión. La atmósfera se vuelve gélida y el cólera punza contra mi pecho tratando de tomar las riendas de la situación.

Fulminándolo con la mirada retuerzo mis muñecas. —¡Suélteme! —Eros parece retomar la compostura y me deja en libertad bajándose de la cama.

—¿Por qué me ha montado una escena de celos? —escruto dos octavas más alto de lo normal, algo que suele pasarme cuando estoy muy molesta.

—No ha sido una escena de celos, simplemente me gusta mantener las cosas bajo control. —dice en voz baja y por una milésima la sombra de una

mirada perdida cruza por sus ojos.

—Se ha dado cuenta de que yo no soy una cosa ¿cierto?

El avellanado asiente metiendo sus largos dedos entre los sedosos mechones de su cabello. —Deberíamos de centrarnos en lo laboral, señorita Sanders. Le pido perdón por el incidente de hace un momento, he perdido los estribos y le prometo que no sucederá otra vez. El avión va a despegar en unos minutos.

—Sí —musito sentándome sobre el arrugado edredón.

Mientras más alejada esté de Eros Vryzas más protegidos estarán mis sentimientos.

Por unos segundos me quedo observando el umbral por el que cupido se ha ido mientras mi furia se va aplacando lánguidamente.

—Ven Genova déjame jugar con tu cuerpo un ratito hasta hacerte enloquecer, pero realmente lo lamento y no lo volveré a hacer. Genova eres mía ¡oh! Espera, no podemos estar juntos. Genova soy el señor sabiondo y debes obedecer todas mis órdenes. Genova ven, ¡no! Vete —murmurando imito su varonil voz y le saco el dedo del medio.

Es desesperante ¿Por qué no puedo fijarme en un hombre normal? Al parecer soy más de cierto griego carismático con complejos de caja misteriosa.

Eros me ha demostrado cuanto le importo, sería únicamente un polvo de una noche para él. Sin embargo, la idea no me desagrada porque sé que aún no estoy preparada para iniciar una relación con nadie.

Regreso a la cabina y me siento frente a él abrochando mi cinturón. Mis ojos se centran en la opaca ventanilla del avión para no tener que verle la cara.

—¿Sabía que yo iba a asistir a aquella entrevista de trabajo? —pregunto rompiendo el hielo.

—Es una de mis empresas, por supuesto que lo sabía y no puede negar que es una gran oportunidad. Está terminando sus estudios y se quedará con el puesto de secretaria.

—¿Intervino para que me dieran el puesto?

—¿Por quién me toma? Por supuesto que no lo hice. —Suena tan ofendido que la carga sobre mis hombros disminuye, no podría soportar la humillación de saber que no estoy ahí por mis propios méritos.

Me quedaré con el puesto por una sencilla razón, estoy al tanto de que no conseguiré una oportunidad como esta en otra parte. Yo quiero progresar y este

es el paso que debo de dar para hacerlo. No quiero volver al pesado trabajo en el que estaba, mi salario era una mierda y llegaba exhausta a casa por lo que no tenía tiempo ni para pensar en mi propia vida. No sé qué hare para mantenerme alejada de los encantos de Eros, tal vez una actitud beligerante me ayude. Quiero centrarme únicamente en mí y en los propósitos que tengo. Será difícil ya que al parecer no podemos mantener nuestras manos alejadas del otro.

—Señores pasajeros les informamos que estamos a punto de iniciar con el despegue. —Notifica el piloto justo antes de que el avión empiece a moverse.

Cierro los ojos como si hacerlo me pudiera trasladar a un lugar seguro en el que solo me encuentre yo y Eros no me puede ver.

El jet vibra mientras sus ruedas recorren la pista empieza y el pánico hace que me olvide de la persona sentada en frente de mí. Me aferro con fuerza a los reposabrazos de cuero, le tengo un miedo irracional a los movimientos que hacen estos aparatos al despegar y aterrizar. Me hacen sentir insegura y al borde de la muerte aun sabiendo que tengo más probabilidades de morir comiéndome una salchicha que en un accidente aéreo. Continuo con los ojos apretados incluso después de que el avión se estabiliza en el aire y mi vértigo cesa. Me dejo llevar por el leve murmullo de los motores y me calmo.

Una voz lejana me llama, está hablando, pero no entiendo lo que dice. Estoy demasiado cansada, entreabro los ojos y una sombra difusa se cierne sobre mí. Siento que estoy en el aire, mi almohada es dura y cálida. Aspiro el dulce aroma que me rodea y los hilos del sueño vuelven a enredarse a mi alrededor.

Mis ojos se abren y una lámpara redonda es lo primero que ven. Me siento apoyando mi espalda sobre las barandillas blancas del espaldar y contemplo la amplia habitación en la que me encuentro, las paredes están pintadas de blanco marfil y una moqueta trenzada se apodera del suelo. La amplia cama doble en la que estoy es la más confortable en la que he dormido, no hay muchos muebles a parte de esta; solo una cómoda de madera de arce, dos mesitas de noche y un diván de cuero negro que frente a él tiene un gigantesco ventanal cubierto por dos cortinas blancas.

Frunzo el ceño y me froto los ojos desperezándome ¿Dónde estoy?

—Veo que ha despertado, le he traído un zumo de naranja. —Volteo bruscamente la cabeza divisando el angelical rostro del magnate, él se sienta sobre las nacaradas sábanas de seda y me tiende el vaso que acepto con una

sonrisa.

—¿Dónde estamos? —pregunto tomando los primeros sorbos del dulce zumo.

—Estamos en Grecia, creo que la señora Peterson le explico el motivo de nuestro viaje. —Él observa su sofisticado reloj de muñeca con una mano metida en el bolsillo de su pantalón—. Tenemos una junta a las diez de la mañana en una ciudad que está a media hora de aquí y son las nueve en punto. La dejaré para que pueda vestirse, su ropa está en las bolsas.

Eros sale cerrando la puerta y me muerdo el labio inferior avergonzada, me ha visto en mis horrorosas fachas mañaneras. Me termino el zumo y dejo el vaso en la mesita para revisar las bolsas azules que están al pie de la cama. Saco un suntuoso vestido de seda negro y lo levanto delante de mí sorprendiéndome ante el revelador escote que tiene. La segunda bolsa contiene dos elegantes trajes de falda y americana, uno gris y otro negro. Las únicas dos cajas guardan dos extravagantes pares de tacones; los negros son de cuero y tienen un tacón de infarto mientras los otros son unas sandalias cubiertas de brillante pedrería. Mi boca no cae al suelo hasta que descubro los seis conjuntos blancos de lencería de encaje que me ha comprado, tiro la bolsa a un lado y me sonrojo al darme cuenta de que mientras estemos aquí siempre sabrá lo que llevo bajo la ropa. No tengo ganas de saber el precio de todo eso, no señor.

Mis pies descalzos tocan la suavidad de la moqueta y me alegro al ver que he dado a la primera con el pulcro baño de azulejos blancos. Esto es una reproducción exacta de un servicio victoriano, creí que Eros se decantaba más por el estilo moderno.

La poca ropa que llevo puesta cae al suelo y me llevo una mano a la boca atónita, tengo un notorio chupetón rosáceo en la piel de mi pecho. Mis manos empiezan a temblar y por un momento veo a esos vacíos ojos azules mirándome con malicia. Contengo el grito que quiere escapar de mi garganta y me niego a dejar que las lágrimas descendan por mis mejillas.

—Él no está aquí, Eros no es igual a él. —Murmuro como un mantra y me llevo las manos a la cabeza asustada.

Esas marcas sobre mi piel me recuerdan al peor momento de mi vida, no me gusta verlas. Tomando respiraciones profundas me meto en la ducha y abro el grifo dejando que el agua se lleve todas mis preocupaciones. Mi baño se limita a cinco minutos y salgo envuelta en una toalla de Algodón. Sopeso la idea de darle la vuelta a mis braguitas y ponérmelas así, pero la rechazo con

rapidez. Nunca he utilizado un tanga y no se ven muy cómodas que digamos. Con ganas de salir de aquí y ver un poco de Grecia me visto con el traje gris y los tacones de cuero.

Me adentro en un amplio pasillo repleto de cuadros abstractos y salgo a una refinada sala de estar donde como no dominan los colores neutros. Una estatua griega yace sobre la elaborada alfombra hindú que ocupa la mayor parte del lugar, la chimenea a mi derecha me llama la atención y entonces veo a Eros sentado en un largo Chase Long de cuero negro mientras sus manos entrelazadas se apoyan sobre el mármol de la mesa de té.

—¿Nos vamos? —pregunto y trago saliva cuando sus ardientes ojos mieles se clavan en mí.

—Claro.

Salimos juntos por las altas puertas doble y sonrío maravillada al sentir la calidez del ambiente. Siempre he querido venir a Grecia y ahora que estoy aquí no puedo esperar para conocer un poco del país. Varias filas de pinos frondosos rodean la maravillosa arquitectura de la casa del magnate, seis altas columnas corintias y un conjunto de amplios ventanales adornan la fachada rectangular de la estructura.

Vryzas abre las puertas de su despampanante Lamborghini blanco y me adentro acomodándome en el suave asiento de cuero marrón. El potente motor ruge haciendo un ruido ensordecedor y salimos disparados hacia una desolada carretera repleta de altos árboles perennes. A medida que nos adentramos en una carretera más transitada me doy cuenta de que nos encontramos en la costa y contemplo anonadada el movimiento de las olas, el sol pega con fuerza reflejándose sobre las cristalinas aguas del mar. Durante el viaje ninguno de los dos rompe el silencio y aunque de vez en cuando siento su penetrante mirada sobre la nuca no me atrevo a girarme. El camino se me hace eterno ya que la tensión es tan intensa que se podría cortar con un cuchillo y suspiro aliviada cuando por fin llegamos a la ciudad donde los altos edificios comerciales se alzan. El deportivo entra en un aparcamiento subterráneo y el magnate salta del coche para abrirme la puerta. Lo persigo hasta el moderno ascensor de acero, su semblante se endurece y sus ojos se vuelven calculadores en cuanto pisamos la recepción del lugar. Por extraño que parezca esta es una réplica exacta de la recepción canadiense, suelto una risilla, veo que alguien por aquí no se devana los sesos en buscar un nuevo diseñador de interiores.

Una alta mujer rubia de cuerpo exuberante se planta frente a nosotros con

una gran sonrisa en el rostro. Ellos comienzan a hablar y de sus bocas salen un montón de palabras griegas de las que no entiendo ni pio, pero lo que si entiendo son las miraditas que le da la señorita a Vryzas. Pongo los ojos en blanco, allí donde va vuelve locas a las mujeres.

—¿Van a hablar todos en griego? —pregunto cuando la rubia vuelve a su puesto.

El avellanado tuerce la boca en una media sonrisa. —Sí, to léaina mou.

—¿Y qué se supone que voy a hacer sino entiendo nada?

—La he traído para que observe el funcionamiento de la empresa y tome nota de los puntos importantes que le iré traduciendo. —contesta entrando en una pulcra sala de juntas en la que ya se encuentra un grupo de hombres trajeados.

¡Por Dios! Todos son jodidamente altos, fuertes y atractivos. Me muerdo el labio inferior sin poder creérmelo, este es el paraíso de toda mujer. Los ojos de Vryzas queman sobre mi espalda, levanto la cabeza para encontrármelo con el ceño fruncido y la mandíbula tensa, tiemblo y mis mejillas se sonrojan como si alguien me hubiera pillado con las manos en la masa.

—No ha sido una buena idea traerla. —sisea cerca de mi oído.

Suelto un suspiro. —Yo creo que sí.

¡Joder, el de pelo negro no me quita el ojo de encima! Me quiero mudar a Grecia.

—Bien, será mejor que me espere fuera.

—¿Qué? —musito cruzándome de brazos desconcertada. El griego pone sus grandes manos sobre mis hombros y me empuja fuera de la sala sin responderme.

Me quedo atónita frente a la puerta de cristal sin comprender nada ¿Qué he hecho ahora?

Capítulo 9. Tan abrupta como hermosa.

Es el segundo día que paso en la casa de Eros Vryzas y aún estoy viva para contarlo. Ayer después de que me echara de su oficina no volvimos hablar y cuando llegamos a su hogar cada uno se fue a refugiarse en una habitación diferente. Realmente no tengo ni la más mínima idea y de porque se enfadó conmigo, soy yo la que debería de estar enfadada. Agradezco mucho que me haya traído a este bonito país, pero se supone que he venido a trabajar y si me saca de las juntas ¿Qué me queda?

Decir que estoy nerviosa es un eufemismo, me siento como si estuviera de camino a mi ejecución. Los padres del griego lo han invitado a cenar y según Vryzas él siempre presenta sus secretarias en casa de sus progenitores.

Eros dobla en una curva cerrada y un cosquilleo se instala en mi estómago por la velocidad del deportivo, suelto una risita y por unos segundos el avellanado me mira de una manera indescifrable.

—Le gustarán mis padres, he hablado sobre ellos con usted y deduzco que obtuvo una buena impresión.

«Claro que sí, pero eso no relaja mis nervios.»

Observo el degradado de colores cálidos que el ocaso nos regala y me emociono cuando empezamos a adentrarnos en un pequeño pueblo.

—¿En qué parte de Grecia estamos? —curioso quitándome de la cara los mechones rebeldes que se empeñan en opacarme la visión.

—En el municipio Zagori, pueblo Papingo.

Las viviendas no son pequeñas casas de un piso que se aferran a la ladera del acrópolis pintadas en blanco y azul como las que he visto en fotos; estas son algo más rústicas, hechas de piedra con tejados, ventanas y puertas de madera. Las casas en este pueblo son más grandes podría afirmar que la mayoría cuentan con dos plantas.

Las calles empiezan a ser más estrechas e incómodas y el deportivo no tiene mucho margen para pasar. Eros se detiene en la boca de una calle sin asfalto, se desabrocha el cinturón y me escudriña pausadamente como si estuviera buscando algo en mi cara ¿Se me habrá corrido el rímel?

—A partir de aquí tenemos que caminar, la casa de mis padres no está muy lejos. —Avisa inclinándose para desatar mi cinturón, mi cuerpo entero se tensa cuando sus dedos rozan mi pierna y me hundo más en el asiento de cuero.

—Yo puedo hacerlo sola.

—¿Sí? —pregunta con sarcasmo bajándose del vehículo.

Bufo restándole importancia. Con mi bolso en mano busco sin éxito una manija en la puerta, el magnate se asoma por el cristal de la ventana y me da esa típica sonrisa que aparece en los labios de alguien cuando quiere gritar «te lo dije», hago un mohín frustrada y adopto una posición más cómoda para continuar con mi exploración.

—¡Ugh! ¿Por dónde se abre esta bendita puerta? —resoplo presionando un botón, la ventana baja y Eros suelta una estruendosa carcajada que baila acariciando mis oídos.

—¿Problemas técnicos, señorita Sanders?

—No puedo abrir la puerta. —Admito avergonzada y el rubor calienta mis mejillas.

Eros se muerde el labio inferior para contener la risa y me invaden unas ganas casi incontrolables de atrapar sus labios entre mis dientes. Es irracional, pero ¡Quiero volver a probar sus labios!

Seguro es muy hábil con la boca, después de probar sus besos no puedo negarlo, me pregunto que más podría hacerme con ella, con tan solo imaginarlo un escalofrío recorre mi cuerpo.

—¡Eh! Mis ojos están aquí arriba. —se burla apoyando los brazos sobre la puerta. Suspirando dirijo la mirada al maravilloso lago dorado de sus iris.

—¿Podría ayudarme, señor Vryzas?

No sé con exactitud donde toca para que la puerta se abre en dirección vertical, ya veo que este coche y yo vamos a tener bastantes problemas. Esta clase de situaciones demuestran que tan diferentes somos, mientras él cada día va en un coche deportivo de último modelo moderno yo cojo el transporte público.

—Gracias—murmuro estabilizándome sobre los altos tacones que están matando mis tobillos. Eros cierra la puerta y un pitido anuncia que el coche está bloqueado.

Me acomodo los tirantes del vestido sintiéndome repentinamente más insegura de lo normal y tomo una gran bocana de aire percibiendo el fuerte olor a lavanda que nos rodea.

—Vamos— El magnate extiende el brazo y yo envuelvo el mío a su alrededor. Es algo extraño, su contacto me intimida e incómoda, pero al mismo tiempo me hace sentir como en casa, segura y protegida.

Iniciamos la caminata e intento acompañar mis torpes pasos con los apresurados de él. Contemplo como una niña curiosa los extraños recintos y calles del pueblo. Si bien no hay mucha gente en la calle los pocos que nos ven nos sonríen genuinamente. Nosotros vamos adentrándonos en un lugar con una naturaleza tan abrupta como hermosa de pastos verdes llenos de pequeñas flores coloridas y frondosos árboles altos. Puedo escuchar el sonido tranquilizante del agua corriente. Creo que el único defecto que le encuentro a este maravilloso pueblo es el camino de tierra que está obstaculizando mi andar.

Doy un paso en falso y tropiezo soltando un quejido, las manos de Eros se envuelven rápidamente alrededor de mi cintura deteniendo la inminente caída y me atrae hacia su duro pecho.

—Usted es muy torpe —susurra sobre mi mejilla, su respiración me hace cosquillas provocando que me estremezca por completo entre sus fornidos brazos.

—Usted es muy obstinado si me permite recordárselo —indico volviendo a establecerme sobre mis temblorosas piernas

—Mi tenacidad es lo que me tiene donde estoy ahora, no la considero una cualidad perjudicial, sin embargo, su torpeza le puede costar la vida, señorita Sanders. —Contraataca con frialdad y ¿enfado? no logro descifrar muy bien el tono de voz que utiliza.

«¡Lo único perjudicial para mí eres tú!» grito para mis adentros.

—¿Se ha hecho daño?

—Estoy perfectamente.

¿Cómo puede hablar con tanta naturalidad después de haber estado tan cerca de mí? Sencillamente con estar a unos metros de él comienzo a oscilar y soltar incoherencias.

¡Me ha sentido temblar entre sus brazos! Lo más probable es que no le afecto en absoluto, sin embargo, aún queda ese ápice de esperanza en mi interior diciéndome que Eros siente por mí lo mismo que yo siento por él.

¿Qué siento? Ni yo misma lo sé, mis sentimientos son un misterio tan

enigmático como lo es el magnate. Lo único que sé con seguridad es que no dejaré que ningún hombre vuelva a jugar conmigo, en todo caso yo jugaría con él.

Eros ladea la cabeza con indecisión y agarra mi mano, algo que me toma desprevenida. Las palmas de sus manos son tan suaves como la seda, y niego avergonzada cuando las mías comienzan a sudar.

—Mire allí viven mi familia. —Señala hacia una casa grande y solitaria casi en medio de la nada—. No tiene de que preocuparse, ellos hablan su idioma y saben que usted viene conmigo.

La casa no es como las demás, la estructura está hecha al puro estilo barroco, algo magnífico. Levanto una ceja, la gente rica es bastante peculiar ¿Por qué se han mudado tan lejos?

La entrada del hogar está iluminada por muchas luces amarillentas y una fuente de agua con un cupido en el punto más alto que acapara toda mi atención, sonrío ante lo irónico de la situación.

Me preparo mentalmente para lo que vine mientras vamos subiendo las escaleras de color marfil, antes de llegar a la ancha puerta de madera de roble cruzamos un arco sostenido por cuatro altas columnas jónicas. Eros presiona el timbre y el «ding, dong» toca sus notas para recordarme que me estoy metiendo en la boca del lobo.

Una risueña pareja se asoma por la puerta y contengo la respiración tensándome como un tronco ¿Por qué estoy tan inquieta?

—¡Bienvenidos! —exclama entusiasmada la alta señora de cabello cobrizo, sus facciones angelicales están salpicadas por una que otra arruga y su piel pálida se podría competir con la de Blanca nieves. Soy capaz de notar que los ojos de Eros son el vivo reflejo de los de su madre.

Axelia me sorprende abrazándome y luego estrecha a su hijo entre sus finos brazos e intercambia algunas palabras en griego con él, estoy empezando a odiar la barrera de idiomas. Me río cuando Dion me da la seductora sonrisa de medio lada que tanto caracteriza a Eros Vryzas, el magnate parece ser la mezcla perfecta entre ambos; tiene el sedoso pelo avellanado de su padre, la delgada nariz de su madre y la combinación de los labios de ambos. El padre del griego me da un delicado beso en la mano y la tensión inicial se va disipando.

—Estás en tu casa pequeña. —Pronuncia dulcemente la joven madre de Cupido.

—Muchas gracias, señora Vryzas.

—¡Oh no, señorita! Tutéame, trátame como si fuera tu madre.

¡Joder! La vulnerabilidad me golpea haciéndome sentir completamente desolada, pensar en mi madre o escuchar que la mencionan no es algo agradable para mí.

—Mamá, la estás agobiando será mejor que entremos —expresa Eros rodeando mi cintura con su brazo, doy un respingo y lo miro dubitativa.

La pareja ingresa al interior de la casa y los sigo con el corazón palpitándome como si estuviera en una maratón. Le echo un corto vistazo al vacío recibidor por el que estamos pasando, en una de las azuladas paredes se encuentra la fotografía de un sonriente mini Eros, calculo que tendría cinco o seis años cuando la hicieron.

—¿Te encuentras bien, Genova? —pregunta lo suficientemente bajo como para que sus padres no puedan escucharlo. Yo hago un gesto de afirmación y Vryzas me acerca más a su costado brindándome toda la seguridad que necesito para no derrumbarme delante de todos ellos. Al parecer Eros tiene un sensor integrado que le indica cuando soy susceptible y cuando estoy bien.

Al entrar en el comedor la sofisticada decoración del lugar me cautiva, la lámpara de araña ilumina una larga mesa cubierta por un mantel turquesa de bordes dorados ocupa el medio de la sala, las sillas hacen juego con el mantel y las dos vitrinas de cristal están repletas de suvenires que se han traído de sus viajes.

Mi estómago ruge ante el olor a cordero asado y me doy la vuelta cuando dos pequeños torbellinos avellanados hacen acto de presencia.

—¡Hermanito! —gritan las niñas al unísono y el griego las recibe agachándose para abrazarlas con afecto.

Si Eros tuviera quince años menos los hermanos podrían pasar perfectamente como trillizos, son idénticos desde las puntas de los pies a los pelos de la cabeza. El magnate inclina la cabeza y me señala incitando a las niñas para que vengan a saludarme.

—Hola, yo soy Eileen —se presenta la del pomposo vestido rosa—. Y ella es mi hermana Effie, pero es un poco tímida. —Effie sonríe y continúa jugando con el pelo de su muñeca.

—Hola, niñas, me llamo Genova —me presento risueña.

—Sentaos ahora vuelvo con el primer plato. —La señora Vryzas sale del comedor arreglándose la falda de su floreado vestido veraniego.

Cupido retira la silla para mí y me siento reposando las manos sobre mi regazo, él se acomoda a mi lado mirándome atentamente con el ceño fruncido,

me pregunto en que está pensando.

—¿Qué eres? Mi hermano nunca trae chicas a casa. —Escruta Eileen despertando mi habida curiosidad.

—Yo soy Genova la se....

—Mi novia —me interrumpe.

Exhalo y lo observo boquiabierta ¡Está loco! ¿Por qué ha dicho eso? Primero me dice que no tenemos ni tendremos una relación y ahora dice que soy su novia.

¡Te odio, jodidamente sexi y enigmático Eros Vryzas!

—¿En serio hijo? ¡Ya era hora! Axelia, que nuestro hijo tiene novia otra vez. —Dion exclama entusiasmado.

No tengo la valentía para mirarlos, no creo que se merezcan que les mintamos ¿Cuántas novias ha tenido? ¿A todas sus secretarias las presenta como sus novias?

Trago saliva y me oculto apenas tras la cortina que han creado mis oscuros rizos.

—Eros, me alegra saber que estás bien, espero que seáis una pareja feliz. —Felicita su madre poniendo frente a cada uno los platos con costillas de cordero asadas y guarnición de ensalada.

¿Pareja? ¿Feliz? ¿En qué lio me has metido esta vez Vryzas?

Los padres del griego se sientan a cada extremo de la mesa y comenzamos a comer; el sabor del tomillo y el orégano pululan libremente sobre mis papilas gustativas junto a la jugosa textura de la carne. Gimo disfrutando mi comida ¡Está buenísima!

—Cúidalo mucho, este hombre era todo un rompecorazones en su juventud.

—Sin embargo, tú fuiste la única que logró cautivarme. —El señor Vryzas toma la mano de su esposa y deposita un dulce beso sobre esta.

Me encantaría encontrar a alguien que me mire con la misma intensidad y amor que Axelia mira a su pareja.

—¿Cómo os conocisteis? —interroga la griega con entusiasmo.

Reprimo una sonrisa y decido que ya es hora de darle a probar de su propia medicina.

—Nos conocimos en una cita a ciegas, él me contó sobre sus problemas de disfunción eréctil y quedé cautivada por su honestidad. —cuento manteniendo a raya mi nerviosismo. Calmadamente tomo un trago de vino y toso atragantándome cuando una cálida mano da un apretón en mi muslo. La

pareja se mira entre sí y suelta una risilla divertida.

—¿Estás bien Genova? —los ojos celestes de su padre me examinan. Yo asiento rápidamente y vuelvo centrarme en mi plato.

—Interesante y ¿estáis pensando en hacerme abuela pronto?

—No lo sé, mamá, es demasiado pronto.

Ignoro que su mano sigue ahí, apretando mi carne con fuerza. No voy a dejar que su juego intimidante tenga efecto sobre mí. Pero como dice el dicho el que juega con fuego se quema o en este caso el que juega con Eros.

Su gran mano continúa subiendo con lentitud por la suave piel de mi muslo y el aire se atasca en mis pulmones. Estoy temblando como una hoja y coger el cubierto se me hace una tarea imposible. No obstante, me muerdo la lengua, quiero saber hasta donde es capaz de llegar con tal de fastidiarme.

—No me gusta tu respuesta, sabes que siempre he querido ser abuela joven. —

Pronuncia haciendo un puchero. El magnate hace una mueca y se arregla el tupé con su mano libre.

—Axelia, no los presiones, estoy seguro de que eso pasará tarde o temprano.

Yo les doy una mirada de soslayo a los demás integrantes de la mesa, pero ellos no se han dado cuenta de lo que está pasando debajo de esta. Los dedos de Eros se clavan en mi piel y, hábilmente pasa por debajo del vestido de seda. Clavo mis ojos en él quien se encuentra en su zona de confort hablando entusiasmado con sus familiares.

Las yemas de sus dedos rozan el dobladillo de mis bragas y una ráfaga de calor me recorre. Mi pulso incrementa drásticamente y cuando retira el encaje aprieto la servilleta blanca tensándome por completo. Me echo para atrás en la silla al sentir que sus dedos hacen contacto con la piel de mi lugar más recóndito, muerdo mi labio conteniendo un gemido travieso que quiere escapar de mis labios.

Su madre se pone de pie sobresaltándome y me asusto agarrando con fuerza la muñeca de Eros para retirarla; algo que no consigo. Axelia se va a por los postres.

Vryzas acaricia mi punto más sensible y mis piernas tiemblen, aplica más presión sobre mi manojito de nervios y cierro los ojos alucinada.

¡Para por favor! Es demasiado, nunca había sentido algo así en mi vida. Mi cuerpo se sensibiliza percibiendo aún más su toque. Sabe perfectamente lo que tiene que hacer para que yo enloquezca. Pero este no es ni el lugar ni el

momento adecuado.

—¡No! —susurro suspirando cuando un hormiguelo se instala en mi vientre y el fuego recorre esa remota zona, me siento tan cerca de algo, el movimiento de sus dedos cambia y se hace más veloz, cierro los muslos y mis músculos se contraen, él me está torturando dulcemente ¡Joder, se siente muy bien! El avellanado se detiene justo cuando siento que estoy a punto de terminar y lo fulmino con enfado ¡Joder!

—¿Pasa algo Genova? —Eros pregunta roncamente en mi oído. —¿Sabes que tienes un cuerpo bastante receptivo? Me fascina, en cuanto quieras puedo mostrarte que no sufro de disfunción eréctil. —Suspiro ante sus palabras y observo sus profundos ojos mieles desafiándolo.

—¡No lo vuelva a hacer nunca más! —protesto entre tartamudeos, su cercanía me pone los nervios de punta.

—No me pida eso cuando en realidad no es lo que quiere —contesta socarrón. Sin decir nada más me concentro en mi postre ignorándolo a él y a la electricidad que aún mana de mi ser.

¡Maldita tensión sexual!

El pastel de leche está exquisito, Axelia me explica que es un postre tradicional del Grecia. Tan pronto como la bruma de lujuria desaparece de mi cuerpo la furia toca las puertas y se instala en él como si fuera su nuevo hogar. Las niñas se sientan frente a mí y Effie se va desenvolviendo lentamente mostrándome su lado más dulce. Suspiro y me entretengo contando los cristales de la araña

—Mamá, es hora de irnos, gracias por la cena. —Notifica mi perdición poniéndose de pie.

¡Oh, no, no, no! No me quiero quedar a solas con él.

—¿Genova? —me levanto como un resorte abrazo efusivamente a su familia y salgo apresuradamente sin esperarlo, una vez en la calle respiro el aire fresco y la tranquilidad que tanto necesitaba.

—¡Vamos! Caperucita, espera por mí que no soy el lobo feroz, no aún. — Presiento que todo esto es un maldito juego para él.

Eros me atrapa cogiendo mi antebrazo, ni siquiera me doy cuenta de que estoy corriendo con los puños apretados hasta que su mano se cierne sobre mi brazo deteniéndome.

—Suélteme—advierdo

—Genova...

—¡No tiene ningún derecho, ni a detenerme ni a tocarme como lo hizo

hace unos minutos! —grito en voz alta apuntando con mi índice sobre su pecho. —¡Me tienes harta con tu voluble temperamento! Te dije que no permitiría que jugarás conmigo, pero de alguna forma subliminal lo estás haciendo sin pensar en lo que yo siento o el daño que puede hacerme. —su semblante se ensombrece y se aleja de mí con recelo.

—No puede sentir nada por mí —habla desconcertándome aún más.

—Entendido.

Eros camina cuesta abajo. Cierro los ojos y respiro pausadamente para recuperar la compostura mientras me voy por la misma dirección que él lo ha hecho. La noche casi ha tomado el pueblo por completo y el paisaje se ha vuelto un poco siniestro, lleno de sombras y sonidos de animales nocturnos. Me acaricio los brazos, hace más frío del que me esperaba. Apresuro mi paso hasta llegar al deportivo y encuentro a Vryzas situado sobre su asiento con el motor encendido.

—No lo puedo evitar, me atraes de una manera que no podría explicar —confieso mirándolo de reojo. El magnate tiene la mandíbula tensa y una vena resalta sobre su cuello mientras aprieta el volante hasta que sus nudillos pierden el color.

—Genova ¡Joder! Has venido a mi vida queriéndote adueñar de ella, eres un torbellino y estás arrasando con todo— se queja arrastrando los dedos entre los lisos mechones avellana de su cabello.

«Yo no soy la complicada aquí, tú y todo tu misterio habéis puesto mi mundo patas arriba.» Quiero gritarle todas esas palabras, pero otra vez mi lengua desaparece. Muerdo mi labio inferior al percibir que una sonrisa de satisfacción pretende formarse en mi rostro ¿quizás siente algo por mí?

—Mañana solucionaré las cosas para trasladarte a otra de mis empresas en Toronto, no es conveniente que estemos juntos—explica atendiendo a la oscura carretera.

Me acongojo sobre el suave asiento de cuero y aprieto mis labios en una fina línea, tal vez esa es la mejor solución para ambos; él se mantiene sumergido en su mundo de misterio y yo apartada de toda su imponente y atractivo.

Cuando llegamos a su casa salto del coche y espero impacientemente a que abra la puerta, realmente necesito un momento a solas para ordenar el revoltijo de emociones y pensamientos que están cruzando mi cuerpo. Entramos al salón y la suave fragancia de la vainilla llena la estancia, creo que ha venido alguien a limpiar la casa.

Entro a mi habitación temporal tirando los tacones a un lado y retiro las cortinas, el alto ventanal enmarca las vistas preciosas de un pequeño lago que besa con lentitud al reflejo de la luna, el agua brilla como si estuviera repleta de diamantes incrustados. Bajo la cremallera de mi vestido y lo dejo a un lado para coger una toalla. Necesito relajarme y un baño en las frías aguas de ese lago no me vendría mal. Deslizo la ventana y salgo acariciando la húmeda hierva con mis pies, mi piel se eriza sintiendo el repentino cambio de temperaturas.

En mi vida solo hubo un hombre y ese hombre rompió mi corazón, las cosas con Eros se han salido de mis manos y no quiero que la historia de Adam se repita porque sé que terminaría emocionalmente destruida. Se siente como algo pasajero, sin embargo, cada vez que estoy a su lado las mariposas revolotean furiosamente en mi interior, tengo mucho miedo. En tan solo unas semanas Eros me ha enseñado todo lo que mi cuerpo puede sentir con unos simples roces, con el hermano de Amanda nunca experimenté deseo, pasión o siquiera un ápice de lujuria, pero con Eros todos los ingredientes se juntan formando un cóctel explosivo y embriagador. Lentamente me voy sumergiendo en el helado lago y parpadeo permitiendo que mi cuerpo se relaje bajo la hermosa luz de la luna.

—Tenemos que hablar. —Me sobresalto al escuchar su voz—. Dije que eras mi novia porque mi madre lleva insistiendo con los mismo por meses, los griegos solemos formar una familia bastante pronto y como pudiste notar ella está impaciente por ser abuela.

Cierro los ojos y me quedo de espaldas escuchando el chapoteo del agua cuando él entra. Puedo percibir que no está muy lejos de mi cuerpo y me sumerjo hasta cubrir mi desnudez bajo el agua, no tengo la intención de que me vea en ropa interior y menos en esta.

—Yo no soy un hombre de sentimientos, Genova y tú parece ser una mujer dulce y apasionada que está dispuesta a dar todo de sí. —Cupido retira el pelo empapado de mi espalda y lo posiciona sobre mi hombro derecho. —Entregué mi corazón una vez, pero no valió la pena. Yo no quiero una relación amorosa, eso no es lo mío, sin embargo, eres tan inocente que temo dañarte. Genova, eres como una hechicera que ha logrado cautivar me, me he vuelto adicto a tus besos y tus hermosas sonrisas. Me encanta sentir las reacciones de tu cuerpo, ahora parece un corderillo asustado. A veces no puedo resistirme y cedo a tus encantos. Esto que está sucediendo entre nosotros es superior a ambos. Te quiero para mí, quiero que seas mía en cuerpo y alma, y eso me

hace el ser más egoísta de este universo. Deberías de alejarte de mí antes de que sea demasiado tarde.

Me estremezco asombrada por el efecto que tienen sus palabras sobre mí. Por fin se ha abierto, pero es como si me hablara en lenguaje de claves, se contradice con cada frase que sale de su boca ¿Debería de rendirme ante él y permitir que me muestre todo aquello que esconde sin pensar en las consecuencias?

—Si tanto quieres que me aleje ¿Por qué no lo haces tú? —pregunto fijando los ojos en el reflejo de nuestros cuerpos en el agua.

—¿Crees qué no lo he intentado? —espeta—Lo he intentado desde que te conozco, pero tu sigues ahí indagando en mis pensamientos, to méli mou.

—Yo no sé qué decir, nunca había sentido algo igual. —murmuro dándome la vuelta para mirarlo de frente, sus ojos toman un brillo inigualable cuando la luna se refleja en ellos.

—Me estás volviendo loco. —Eros acaricia mis mejillas con sus manos mojadas y cierro los ojos bajo su toque.

Sus labios rozan los míos y la danza entre ellos comienza, nos besamos con intensidad dando todo lo que tenemos y entregándonos por completo al momento. Su boca saborea la mía con deseo y la pasión explota en nuestro pequeño espacio. Subo mis manos a su pelo y lo humedezco con las gotas de agua que caen sobre él. Me cuesta seguir el despiadado ritmo de sus labios, los dedos del griego se entierran en mi cadera desnuda atrayéndome contra su duro cuerpo. Puedo sentir cada detalle, es solo piel contra piel. Tímidamente mi lengua toma la iniciativa y se introduce en su boca saboreando las especias de la cena y el excitante sabor a Eros. Un gutural gemido escapa de su garganta cuando mis dedos tiran de los mechones de su cabello y jadeo porque la intensidad del beso aumenta a niveles alarmantes. Es una batalla, es imparable. Mis manos exploran los fuertes pectorales del magnate y bajan hasta recorrer el chocolate que guarda su vientre. No podemos detenernos, necesitamos del dulce néctar que desprende cada uno. Sus dientes chupan y mordisquean mi labio inferior, me quejo en silencio, no quiero que termine nunca.

—Yo no amo, espero que sepas eso —mis labios tiemblan en un mohín y mi estomago cae empicado. Con lentitud me voy separando del griego.

—Es bueno saberlo. —Mi voz suena fría y distante ¿Pero por qué si yo a él no lo amo?

Nunca he creído en el amor a primera vista y me niego rotundamente a

hacerlo ahora.

Salgo del lago y toco mis labios con las yemas de mis dedos preguntándole al universo que es lo que está pasando conmigo. La toalla de algodón se ciñe sobre mi desnudez y me doy la vuelta encaminándome hacia mi habitación.

—¿Te vas? —pregunta con inseguridad.

¡Oh! No creo que el mundo haya visto la mirada insegura de Cupido, esto es inédito.

—Sí, tengo sueño, —respondo e ingreso en mi dormitorio con la respiración desbocada y el corazón en un puño.

Mi cuerpo cae lánguido sobre la cama y rebuscando entre mis desordenados pensamientos me duermo. Entrando en un mundo de asfixiantes bosques con árboles doradas donde Vryzas, sus besos y sus manos recorren cada centímetro de mi piel.

Al día siguiente el magnate me sorprende llevándome a un puerto que enmarca las vistas más hermosas. El sonido del mar mediterráneo y el olor del agua marina me encierran en un trance infinito. Eros mantuvo en secreto el lugar al que íbamos y la incertidumbre aumento mi euforia.

Hace un día estupendo, las parejas, los amigos y las familias han aprovechado el momento para salir a dar un paseo por el extenso puerto griego.

—Sube, Genova. —Indica Eros señalando a un lujoso yate de acero y madera oscura con una amplia cabina; un largo mástil domina sobre la cubierta de la nave, los cascos de madera barnizada relucen reflejándose en el agua.

Lo escudriño ladeando la cabeza y él me sonrío con la felicidad grabada en esos cristalinos ojos mieles que han logrado cautivar me.

—¿Es tuyo?

—No, el mío está en Canadá.

Pongo una mano sobre mi frente para protegerme de los abrasadores rayos del sol y lo admiro asombrada con una amplia sonrisa grabada en el rostro.

—¿Sabes navegar? —pregunto distrayéndome por un segundo en la extraña mujer que está paseando a un gato con una correa frente al restaurante del pueblo.

—Tengo muchas cualidades, pero esa no es una de ellas.

—Eso lo apuntaré en mi agenda. —contesto subiendo al lujoso yate mientras el magnate mantiene una de sus manos en mi espalda.

Ambos nos quedamos apoyados sobre las barandillas de metal y un espero

experimentado capitán desancla el yate.

—Te he traído aquí para disculparme, sé que no debí de haberte tocado de esa manera, pero es que me sacas de mis casillas con una facilidad impresionante —murmura contra mi pelo, me muerdo el labio inferior sonrojándome furiosamente. No podría negar que me gustó la sensación, sin embargo, no era ni el lugar ni el momento adecuado.

—Me basta con que no vuelva a hacerlo, no me gusta que me toquen sin mi consentimiento. —expongo tragando saliva con tristeza, nostalgia e impotencia. Sé que el desconoce todo lo que me pasó y eso hace las cosas aún más complicadas.

Mi estomago da un vuelco agitándose cuando el motor del yate se enciende y nos vamos alejando rápidamente del muelle. La brisa marina empieza a humedecer mi piel y suspiro apoyando la cabeza sobre su pecho. Estamos en una posición sumamente íntima, sin embargo, ninguno de los dos quiere interrumpir nuestra unión. Lo estuve cavilando y aunque es una idea un tanto descabellada es lo mejor para ambos, cero compromisos, nada que nos involucre en algo más de lo carnal; pienso que no sería muy difícil ya que él no cree en el amor y yo no confío en ese sentimiento por lo que se diría que somos tal para cual.

—Quiero conocerte —hablo

—No hay mucho que contar a parte de las banalidades, to méli mou.

—Pues entonces empecemos por ahí.

Escucho la melodiosa risa del magnate y la calidez pulula en mi pecho ¿Por qué me gusta tanto escucharlo reír?

—Tengo veinticinco años y soy el fundador de un gran imperio. Mi color favorito es el blanco y mi comida preferida son tus labios —numera con la voz enronquecida, suelto un leve jadeo por su insinuante confesión y el placentero cosquilleo del deseo vuelve a recorrer mi interior.

—Ahora háblame sobre tus banalidades, Genova.

—Mmm... Mi color favorito es el rosa y creo que ya sabes todo de mí —contesto torciendo las comisuras de mis labios

—Nunca me dijiste nada sobre tu padre.

—El hombre que me dio la vida no se merece que lo llamen padre, él es

una persona irresponsable y sin escrúpulos que ni siquiera se tomó la molestia de ir a las visitas concertadas cuando tenía ocho años —confieso naturalmente.

El magnate me da la vuelta y clava su penetrante mirada vacía sobre mí. —Es un gilipollas ¿Cómo te sientes sobre eso? —inquire acariciando mi mejilla con suavidad.

—No me molesta, nunca estuvo ahí por lo que no le cogí afecto —sin poder evitarlo mis ojos recaen sobre sus rosados labio y vuelven esporádicamente a sus pupilas.

El magnate cumple su promesa de llevarme a ver los delfines y pasamos una maravillosa tarde nadando en las aguas profundas de una reserva de esos animalitos que tanto amo. La emoción no cabe en mi pecho, sentir la suave piel de los delfines bajo mis dedos y escuchar los sonidos que hacen es la mejor experiencia que estoy viviendo.

Bajo los rayos del ocaso sus labios vuelven a encontrar los míos y me doy cuenta de que este misterioso, confuso y carismático hombre va a ser mi perdición.

Capítulo 10. Tan enigmático como el vino.

Me remuevo incomoda en la cama tapando mi cabeza con la aterciopelada sábana, acabo de despertarme de una escena que estaba muy cerca de convertirse en una pesadilla. Yo intento concentrarme para conciliar otra vez el sueño, pero una tenue melodía me impide seguir durmiendo.

Desde que tengo la edad suficiente como para retener los recuerdos me es casi imposible dormir con ruido y vivir en una calle poco transitada es un beneficio, lo curioso es que el sonido de las voces no me molesta.

Retiro la sábana a un lado y lentamente abro los ojos encontrándome con un reloj de mesa que marca las cuatro menos cuarto de la madrugada. Bufando me siento en el borde de la cama y mis pies descalzos tocan la suave moqueta beige, estiro el cuello y mi pelo todavía húmedo roza mi cintura. He cogido la costumbre de darme baños nocturnos en el lago, lo encuentro reconfortante y muy fresco. Con todo el revoltijo de pensamientos que tengo en la cabeza he olvidado secarme y ponerme algo de ropa antes de dormirme. Suspiro resignada, será imposible meter un peine en la maraña que me he provocado en el cabello.

Me pongo de pie y cierro el albornoz alrededor de mi cintura bajo la sombría oscuridad de la habitación. La tenue melodía se hace más audible mientras camino por el amplio pasillo blanco en busca de la fuente de aquel sonido. Tras cruzar el salón y meterme en un nuevo pasillo me doy cuenta de lo poco que he explorado la bonita casa del magnate. Las luces en esta zona están encendidas y al fondo diviso una entrecerrada puerta blanca, estoy segura de que la melodía sale de allí.

Me voy acercando con sigilo con los pies de puntillas sobre las baldosas blancas y negras del suelo. Esto es absurdo, pero la curiosidad me pica por saber lo que está haciendo Eros allí dentro, es absurdo luchar contra algo que no puedo controlar. Naturalmente, Cupido despierta cosas indescriptibles en mí y hace que mis hormonas femeninas pululen salvajemente en mi interior. El día que pasamos con los delfines decidimos que por el bien de ambos los besos, caricias y miraditas se acabarían ¿Qué tan conforme estoy con eso? Al

principio todo iba bien, pero en el segundo día del acuerdo las cosas se descontrolaron y ambos terminamos besándonos salvajemente contra un árbol del jardín, después él se fue enfurecido llevándose la puerta en la mano y dejándome a un completo desastre.

Echo un vistazo en el interior de la habitación, es un estudio de baile pintado en blanco como todo lo que le pertenece al señor Vryzas y con una pared repleta de espejos empotrados en dirección vertical además de algunas barras hechas de la misma madera que el suelo. La melodía que me ha atraído hasta aquí es una canción que no he escuchado en mi vida, los acordes tienen un ritmo lento y contagioso, la voz masculina de fondo es hermosa con un toque profundo que la hace sensual y atrayente.

Capto un movimiento en el medio de la sala y me echo a un lado con tal de no revelar mi paradero ¿Desde cuándo espío a la gente? Trago saliva duro y me muerdo el labio inferior cuando un jadeo involuntario sale de la parte más profunda de mi garganta. El emblemático griego no lleva camiseta, curiosa sigo las pequeñas gotas de sudar que bajan desde su cuello, recorren su duro pecho y sus marcados abdominales hasta perderse en el pantalón de algodón gris que cuelga sobre sus caderas mostrando el dobladillo de su ropa interior.

Él está bailando perdido en los acordes de la música siguiendo el tempo con pasos sueltos y energéticos, está sumergido en sus pensamientos como en una especie de hipnosis. Toda mi atención está anclada en Erosland y su imponente porte.

Sus movimientos son fluidos y se coordinados a la perfección con la canción. Cupido se desliza a la derecha y abro los ojos como platos al verlo tan cerca de mí. Me siento como una intrusa voyeur observándola aquí, oculta detrás de la seguridad de esta puerta. Eros hace una erótica curva con las caderas, la burbujeante excitación se levanta de sus cimientos y conecto con unas dilatadas pupilas en el espejo. Asustada me pego a la pared como si esta fuera mi salvación, creo que no me ha visto.

¡Oh, Dios! Volveré a ocultarme en los agradables confines de mi habitación, me dispongo a iniciar mi camino cuando la aterciopelada voz del griego suena sobre la música.

—¿Pretendes seguir espíandome desde tu rincón oscuro? llevas ahí bastante tiempo, te he notado desde que llegaste, no eres muy sigilosa que digamos. —Me rasco la parte trasera del cuello y como una cobarde me predispongo a ocultarme detrás de las cortinas. Sino lo veo él tampoco me

verá.

—Ven aquí —dice con exigencia, bajo su ardiente mirada y su expresión seria e impecable me voy acercando hasta detenerme a una distancia prudente para ambos.

Mi corazón sabe lo que está pasando y como todas las veces que me acerco a él este empieza a latir descontroladamente. El magnate se ve más guapo que nunca, su pelo cae mojado sobre su frente dándole cierto aire de chico malo.

—Yo... no.... Estaba espiándolo, es que escuché la música.

—Claro ¿Me concedes un baile? —ladeo la cabeza dudando de mi autocontrol, ¿Podré resistirme a sus encantos?

«No» responde burlonamente mi conciencia.

—Bailar no es lo mío ¿Recuerdas?

—Solo déjate llevar.

¡No, eso es exactamente lo que debo evitar!

Pierdo de vista a Eros por unos segundos y las primeras notas tocadas por un piano salen de los altavoces que están en cada esquina del lugar. Una voz dulce y femenina inicia con los primeros versos de la canción.

Eros viene hacia mi encuentro posicionándose detrás de mi espalda, pasa un brazo por mi cuello y con su otra mano acaricia mi barbilla obligándome a mirarlo. Jadeo nerviosa y expectante sin despegar la mirada de nuestro reflejo en los espejos. Su pálida piel hace un contraste perfecto con la tonalidad oscura de la mía.

—Algo siempre me devuelve a ti—canta su grave voz acariciando mi oído, haciendo que me estremezca y añore sus besos—. Nunca se toma mucho tiempo —continúa armoniosamente y tomando mi mano me hace girar hasta tenerme de frente a él.

¡No puedo hacerlo! Presiono la palma de mi temblorosa mano sobre su pecho, lo empujo suavemente y me alejo de él despavorida. Como si de una persecución se tratase viene detrás de mí empleando sus felinos y elegantes pasos. Yo retiro nerviosamente el pelo de mi cara y suelto un grito cuando sus grandes manos rodean mi cintura tirando de mí hasta tenerme completamente pegada a su cuerpo.

—No importa lo que diga o haga —susurra para mí al compás de la lenta melodía. El griego enarca una ceja mientras me apoyo sobre sus trabajados bíceps para deshacerme de su férreo agarre.

¡Joder, está buenísimo!

Me alejo a pasos torpes sin darle la espalda. Eros sonríe de lado y me escudriña atentamente, no est  nervioso ni se siente intimidado como yo lo hago.

Abro los ojos como platos al ver la velocidad que toma su fornido cuerpo para llegar has donde estoy, cree que estoy bailando o siguiendo el juego del gato y el ratón  No se da cuenta de que estoy huyendo?

Yo pongo mis manos delante de mí para detenerlo, no obstante, él niega levemente, agarra mis muñecas y las pone por encima de mi cabeza acorral ndome contra la pared. La música sigue sonando envolvi ndonos en un ambiente de obstinada lujuria, es como una anaconda hambrienta.

—Seguir  sinti ndote aquí hasta el momento en que me vaya. — l entona agachándose un poco para pegar nuestras frentes,  Estoy jodida! suspiro sobre sus labios y con valentía me impulso para atraparlos, pero Eros me lo impide volviéndose a erguir con una expresión risueña plasmada en el rostro. Entrecierro los ojos enfadada por su rechazo y me deslizo a la derecha una acción bastante inútil ya que él sigue con mis muñecas en su poder.

—Me sostienes sin tocarme. —tararea, Eros me levanta del suelo obligándome a envolver las piernas alrededor de su cadera y mis brazos alrededor de su cuello. Muerdo mi labio interior hiperventilando y gimo al percatarme de lo cerca que estamos. Mis pechos están fuertemente presionados contra sus atléticos pectorales, vientre contra vientre, pero hay algo en particular que transporta las cosas a otro nivel: su entrepierna presionando la mía.

—Me tienes atrapado sin cadenas. Tengo que declararte que eres una tentación. —canta con un matiz extremadamente sexi. Vuelvo a ver como un ápice de la vulnerabilidad cruza su mirada y eso me hace sentir afligida.

La canción ha finalizado. Cupido me suelta y mi cuerpo se desliza lentamente tocando cada centímetro del suyo, sintiendo el excitante calor que emana.

—Genova, nena —murmura antes de aturdirme por completo con un beso hambriento y despiadado.

Cierro los ojos y acaricio su afilada mandíbula mientras nuestros besos se enfrasca el uno en el otro, están perdiéndose en un mar repleto de deseo desenfrenado. Las manos del griego recorren mi espalda y se arriesgan a pellizcarme el trasero, jadeo mordisque ndole el labio inferior, nadie sabe cuánto he deseado hacer eso.

Eros me libera. Sus ojos brillan como el sol en verano y me tientan con la

profundidad que se encuentra encerrada en ellos. Mis piernas tiemblan tanto que por un momento creo que me voy a caer.

—Quiero enseñarte algo —su mano se cierra sobre la mía y caminamos juntos hasta el pasillo.

—Espera aquí, iré a mi habitación a por una toalla, no huyas —habla saliendo del pasillo

Espero por él con una febril inquietud martilleando en mi pecho, cada palabra que ha cantada, cada toque que me ha dado, Eros es una tortura para mis débiles sentimientos. Exhalo acomodándome el pelo detrás de la oreja.

El magnate vuelve en un santiamén y tira de mi posicionándome delante de su cuerpo sin retirar sus manos de mi cintura. Me gustaría saber por qué me siento así, todas las advertencias que me grita mi parte sensata se esfuman. Huele tan bien, tan picante y seductor. Solo volvemos al salón y giramos a la derecha quedándonos al pie de una rustica puerta de madera rojiza. Él estira su mano y le da la vuelta al picaporte dorado, las incandescentes luces automáticas están iluminando un ancho tramo de escaleras inclinadas.

—No te tropieces al bajar las escaleras. —bufo ofendida ante su insinuación ¿Todavía sigue con eso de que soy la torpeza personificada?

—No te tropieces al subir las escaleras de tu ego —refunfuño.

—Menuda lengua más inteligente tienes —ríe burlándose de mí.

Bajo minuciosamente cada escalón de mármol rozando las paredes de piedra con los dedos. Cuando llegamos al final y miro lo que hay a mi alrededor literalmente alucino. Es como un paraíso, es el cielo. Sin salir de mi asombro miro cada una de las estanterías de madera repletas de botellas de vino, contemplo con más atención las que están expuestas individualmente detrás de una caja de cristal. Doy unos pasos y una alfombra *Flokati*^[1] de color almendra pálido me recibe. Sonrío extasiada ¡Ya me gustaría a mí tener una bodega como esta!

—Te ves jodidamente preciosa cuando sonrías —enrojezco como si sus palabras hubieran encendido un Interruptor, sus cumplidos causan cosas indescriptibles en mí, me dejan sin habla.

—Me he acordado de que te encanta el vino. —Pronuncia rozando la piel expuestas de mi cuello con las puntas de sus dedos, tiemblo bajo su toque y recargo la cabeza sobre su cálido pecho desnudo. Al levantar la mirada me encuentro al típico gesto patentado por Eros Vryzas; media sonrisa acompaña por una ardiente mirada capaz de arrasar con tu cuerpo.

Esta vez soy yo la que inicio el beso y al parecer lo tomo desprevenido,

sin embargo, me sigue la corriente y las chispas saltan entre nosotros sin control alguno.

Al fin y al cabo, no sabemos el futuro o cuanto tiempo estaremos con una persona quizás debería de dejarme llevar y entregarme por completo al Carpe diem y al implacable griego. Aunque el beso ha sido interrumpido todavía sigo con los ojos cerrados rememorando cada segundo.

—¿Quieres vino? —¡Jesús, su voz es como un bálsamo moja bragas! Solo puedo asentir anonadada.

—Siéntate, por favor. —pide señalando la alfombra, lo hago sintiendo la lana mullida rozar la piel desnuda de mis piernas.

Espero que Eros no se haya dado cuenta de que solo estoy en ropa interior bajo este albornoz. Él se toma su tiempo en escoger una botella y vuelve mostrándome una expresión de satisfacción pura. Con una sola mano se quita las deportivas y los calcetines mostrando sus largos pies de dedos perfectamente alineados ¡Hasta sus pies son una maravilla! Eros adopta el lugar frente de mí y llena las copas del espeso líquido rojo para entregarme una. El versátil aroma del vino mima a mi olfato y su seco sabor afrutado recorre mi boca deleitándome.

El magnate arrebató la copa de mis dedos dejándome confundida. Se pone de rodillas y con decisión baja la manga del albornoz desnudando mi hombro. Me muerdo el labio inferior viendo el llameante deseo en los ambarinos ojos del magnate ¡Vaya, yo también lo quiero!

—No sabes lo que provocas en mi cuando haces eso —gruñe metiendo los dedos en mi pelo.

«¡Oh chico si quieres volver a ver tu mano será mejor que no hagas eso!»

Eros acaricia mi mejilla y tira de mi barbilla hacia él para empezar a besarme de manera persuasiva, su lengua me invade marcando un ritmo lento y delicioso. Sus manos abandonan mi cara y se empeñan en desatar las tiras de mi albornoz, cuando lo consigue baja la prenda con desesperación hasta dejarme semidesnuda frente él. Acalorada me arrodillo y acaricio su vientre sintiendo las durezas bajo mi tacto ¡Qué maravilla! Eros se aferra a mi cadera, al hacer contacto con mi piel desnuda termina el beso mordisqueando mi labio inferior y enviando una tormenta eléctrica al sur.

Él mira mi cuerpo con excitación y una emoción inescrutable. Yo estoy temblando como una hoja, contengo la respiración y jadeo mientras sus dedos recorren un camino invisible que va desde el valle de mis pechos hasta mi ombligo.

—Tienes una piel exquisita, es tan suave y dorada. —pronuncia guturalmente pegándose más a mí.

Mis ojos se salen de sus orbitas cuando siento como su erección presiona insistentemente contra mi vientre y mis mejillas queman encendidas. Sus labios conectan con mi cuello dejando un sendero de calientes besos seductores, gimo alto y hecho el cuello a un lado ¡Quiero más, mucho más!

Eros me aprieta contra su cuerpo y acaricio con mis manos titubeantes sus anchos hombros. Cupido saca la cabeza del hueco de mi cuello para besarme con agresividad, entierro levemente mis uñas en su piel y Eros gime sobre mis labios; es un sonido maravilloso que me incita a seguir explorando. Vryzas me acuesta con delicadeza sobre la calidez de la alfombra, sin embargo, sus labios no se apartan de los míos ¡Lo deseo!

Sus codos se apoyan a cada lado de mi cabeza y sus duras piernas separan mis entumecidos muslos.

Me incorporo un poco al percibir su intención, el magnate desabrocha mi sujetador liberando mis hinchados pechos y finaliza nuestro candente beso. Me observa con determinación, bajo sus largas pestañas sus ojos están de una tonalidad más oscura y brillante. Cuando tiene el pelo alborotado se ve aún más sexi, si es que eso es posible. Sus dedos rozan uno de mis turgentes pezones y me arqueo balbuceando.

—Soy virgen —susurro con la voz ronca y empapada de deseo. El magnate se detiene en seco y su semblante detona ansiedad, en silencio le ruego que no se detenga.

Una sonrisa fugaz aparece en su rostro brindándome una cálida y desconcertante tranquilidad. —Eres perfecta, no tienes ni idea de todo lo que quiero hacerte. —advierde sobre mi pezón derecho antes de atraparlo entre sus labios. Suelto un grito y me retuerzo bajo su cuerpo, una sensación dulce y caliente punza en mi vientre bajo. Eros rodea mi otro pezón con sus dedos índice y pulgar tirando de él, la misma sensación golpea mi botón sensible ¡Ah! me he rendido ante la tentación.

—No me hagas chupetones —pido en voz baja.

Suelto un quejido cuando él abandona mis pechos. Eros se arrodilla entre mis piernas y con una lentitud desesperante arrastra mi braga desde mis caderas hasta sacarla por mis tobillos dejando un rastro de calor bajo su toque. Me contempla cautivado. Trago saliva atónita al ver la dirección que toman sus manos, pero no puedo parar de mirar. El avellanado baja su pantalón junto a su ropa interior y jadeo cuando su erección salta libre ¡Vaya,

eso es ser superdotado! Sigo cada uno de sus movimientos, el deseo está en el aire, nuestras respiraciones son erráticas y la tensión sexual baila a nuestro alrededor. Estoy segura de que toda mi piel está enrojecida. Eros abre un paquetito morado y desenrolla el condón sobre su largo miembro ¿Va preparado para la acción hasta en su bodega?

«Estoy lista.» me auto consuelo mientras mi cuerpo se estremece por la anticipación.

Eros se cierna sobre mí otra vez, siento uno de sus dedos rozar mi hendidura y mis piernas tiemblan ¡Ah! Gimo al sentir como su dedo entra en mí y comienza a moverse con lentitud, la palma de su mano hace círculos sobre mi manojito de nervios acompañando la velocidad de su intruso dedo. Mi pecho sube y baja rápidamente, su dedo me sigue atormentado de manera pausada y sensual.

—¡Por favor! —suplico arqueándome y agarrando los pelos de la alfombra como si ellos fueran a salvarme.

—Estás muy húmeda, déjate llevar —sus palabras desencadenan algo extraordinario, mi vientre se convulsiona estallando en miles de partículas, gimo como una posea con los ojos fuertemente cerrados.

¡Madre mía, de lo que me he perdido! ¡Joder! es algo indescriptible ya entiendo las insistencias de Amanda.

—Déjame hacerte el amor. —Utiliza un tono ronco cargado de deseo y se lleva el dedo a la boca chupándolo, dejándome boquiabierta.

—No es hacer el amor cuando no hay sentimientos de por medio. — respondo apartando de un manotazo los pensamientos destructivos de inmediato.

—Entonces ¿Qué quieres? —hace una pausa—. ¿Qué te folle? —me dirige una sonrisa socarrona y me sonrío excitada ¿Se pueden tener orgasmos con solo escuchar una voz? porque creo que acabo de experimentar uno.

No me deja responder, simplemente separa aún más mis lánguidas piernas y desliza sus manos sobre mis caderas para acercarme a él, su ardiente mirada no se aparta de la mía.

—Dulzura—susurra colocando la punta de su miembro sobre mi sensible intimidad—. Esto tiene un significado—sisea y me penetra pausadamente.

—¡Oh! —grito ahogándome al sentir el ardor que se instala en mi entrepierna cuando Eros desgarró la última fracción de mi virginidad. Él se mantiene quieto mientras me adapto a las dimensiones de su poderosa invasión, me observa desde arriba con una mirada cargada de lujuria y

orgullo. El avellanado está jadeando entrecortadamente y pequeñas gotas de sudor perlan su rostro, sus labios se encuentran rojos e hinchados por nuestros besos.

—Sigue, ¡Por favor! —suplico respirando con dificultad.

Eros se retira de mi interior a un ritmo enervante y grito otra vez cuando entra.

—Te sientes tan malditamente bien—gime en mi oído.

¡Madre mía, madre mía!

Nuestros cuerpos encajan a la perfección.

¡Oh Dios! Eros vuelve a retroceder, me embiste y pongo los ojos en blanco aferrándome a su espalda. Ambos estamos bañados en sudor, pero eso no importa lo único que importa es lo que estamos experimentando.

Siento su peso sobre mí, ya no hay espacio entre nosotros. Vryzas comienza a penetrarme despacio, pero a medida que pasa el tiempo y mi cuerpo se acostumbra a él como si fuera parte de mí sus embestidas aceleran. Muevo mis caderas para llegar a su encuentro, los movimientos de Cupido son implacables y energéticos.

Me besa, es un beso brusco y salvaje entregado por completo a la pasión y las sensaciones que estamos sufriendo. No sabía que esto iba a ser así, tan gratificante y agradable, tan satisfactorio y desconcertante.

La misma sensación de antes comienza a crecer en lo más profundo de mi ser, mi anatomía se tensa en su totalidad y sus embestidas son más rápidas. Eros está tocando lugares que ni siquiera sabía que existían ¡Me encanta! Me arqueo extasiada mientras me penetra una y otra vez sin compasión alguna.

¡Mis sueños no se pueden comparar con esto!

De repente todo a nuestro alrededor desaparece y solo estamos él y yo cabalgando sobre las feroces olas del placer.

—Vamos nena—ronronea respirando sobre mi cuello.

Un hormiguelo me recorre de pies a cabeza y me dejo llevar por el arrollador clímax temblando entre jadeos, sin embargo, el griego no se detiene y las persistentes embestidas prolongan las contracciones de mi orgasmo.

Eros se tensa. —¡Méli! —gruñe temblando mientras se vacía por completo y cae lánguido sobre mí.

Nos mantenemos en la misma posición hasta que nuestras respiraciones vuelven a la normalidad y los escalofríos del clímax desaparecen, Eros se retira de mi interior dejándome una extraña sensación de vacío.

—¿Estás bien? —pregunta tirándose a mi lado y arrastrándome hasta que

mi cabeza yace sobre su pecho. Mi cuerpo es inservible en este momento.

—Quiero más —respondo depositando un casto beso sobre su tersa piel pálida, su risa retumba contra su pecho y se me escapa una sonrisa.

¿Por qué es tan perfecto?

—Alto ahí señorita, ¿No crees que es suficiente para ti? —hago un mohín —por hoy—añade en tono de promesa.

—¿Por qué tenías un condón en tu pantalón?

—Genova prácticamente estabas en llamas, lo cogí cuando fui a secarme. —Me aferró más a su cadera pasando una de mis piernas entumecidas entre las suyas.

—Ya que estamos preguntando ¿Por qué seguías siendo virgen? ¿Eras de esas mujeres que prefieren llegar castas y puras al matrimonio?

—Las cosas nunca se dieron hasta ahora.

—Pero si eres hermosa —su confesión es como la brisa primaveral. Yo cierro los ojos, estoy agotada.

—No podemos dormir aquí —asiento sobre su pecho, no creo que pueda mantenerme sobre mis piernas por más de dos segundos.

Veo como Eros se pone de pie y retiro la mirada escandalizada ¿Por qué esa timidez a verlo desnudo después de todo lo que hemos hecho? Él se quita el preservativo para anudarlo y tirarlo en un cesto cercano.

El magnate ágilmente me recoge de la alfombra cargándome al típico estilo nupcial, por el rabillo del ojo capto una mancha de sangre en la alfombra y me ruborizo. ¡Mierda!

Eros sube las escaleras, cierro los ojos y solo escucho el constante martilleo de su corazón. Ha sido extraordinario y lo repetiría sin titubear.

Una puerta es abierta y el griego me deposita sobre un mullido colchón acostándose a mi lado con sus brazos rodeándome. La sábana que ha tirado sobre mí irrita mi sensibilizada piel dejándome una sensación de incomodidad.

—Sueña con los angelitos, to méli mou. —habla dejando un beso sobre mi pelo.

¿Con cuáles angelitos? ¿Con los que llevan pañal y un arco con flecha?

Capítulo 11. Sombras que encadenan.

Creo que llevo veinte minutos mirando a un punto fijo en el techo, no sentir su calidez cerca de mí me ha desvelado. Quizás todo ha sido uno de mis sueños otra vez o tal vez estoy delirando. Sonríó como una tonta, estoy segura de que mis ojos brillan como faroles y mis pupilas están dilatadas al máximo, dicen que cuando ves o piensas en la persona que amas, aunque no lo confieses quienes te delatan son tus pupilas ¡Joder ya no puedo seguir negándolo! ¡Estoy enamorada de Eros Vryzas!

Ha sido tan rápido y arrollador, odio darle la razón a Amanda Milani, pero creo que su teoría del amor a primera vista es cierta. No sé exactamente que me ha enamorado de él, tal vez sus inexpresivos ojos mieles o su media sonrisa encantadora, tal vez ha sido su misterio o la profunda oscuridad que puede percibir algunas veces, tal vez ha sido su lado tierno, ese que muestra cuando se siente vulnerable.

Es liberador, me siento llena de júbilo y vida, me he desecho de un peso aplastante que no sabía que estaba llevando. Cuando sus manos tocaron mi cuerpo no estaba asusta ni sentía repulsión, siempre creí que cuando me animará a tener relaciones sexuales el fantasma de Pablo seguiría torturándome, pero no es así. Siento el escozor de las lágrimas en los ojos, sin embargo, son lágrimas de felicidad absoluta.

Hacer el amor con él solamente ha sido el incentivo final para ordenar mis sentimientos, pero ¿Es hacer el amor si la otra persona solo siente lo mismo por ti? No sé si es lo correcto poner en juego a mi corazón otra vez; no obstante, sé perfectamente que quiero vivir el momento y experimentar cada uno de los toques mágicos del carismático griego. Con tan solo pensar en todo lo que me hizo ayer en la bodega de vino la lava caliente se forma entre mis piernas, fue tan tierno y cuidadoso incluso cuando su lado depredador salió al acecho.

—¡Qué hombre! —murmuro suspirando.

La luz del sol entra por los altos ventanales iluminando por completo la amplia habitación de Eros, las cuatro paredes son blancas y únicamente adornada por cinco cuadros pequeños y coloridos. Creo que el blanco y el dorado se convertirán en mis colores favoritos.

Dos simples burós blancos con pequeñas lámparas de mesa sobre ellos adornan cada extremo de la moderna cama en la que me encuentro. Yo me incorporo apoyando la espalda en el cabezal blanco de piel, esta habitación desenchaja por completo del resto del estilo tradicional de la casa, es como si dos personas diferentes se hubieran encargado de la decoración. Una larga alfombra *patchwork* negra está a unos metros del final de la cama y los grandes ventanales están ocultos tras unas cortinas blanca que llegan hasta el techo.

Envuelvo el suave tejido de la sábana a mi alrededor para tapar mi desnudez, abandono el mullido colchón y planto los pies en el frío suelo. Un leve ardor en mi entrepierna es el resultado de toda la acción que tuvimos ayer, es como si aun estuviera martilleando en mi interior. El entumecimiento en mi cuerpo se siente extrañamente gratificante. Hay dos puertas en el final del dormitorio e intuyo que la más cercana es el baño, pero me equivocó y encuentro un amplió armario rodeado de espejos con algunos trajes casi idénticos colgados pulcramente en las barras y varios conjuntos casuales de colores neutros deliberadamente colocados en una escala del más claro al más oscuro ¡Menuda organización! Casi todo el espacio está vacío, se nota que no pasa mucho tiempo en esta casa. Como curiosa que soy abro un cajón presionando la madera y me encuentro varias filas de *boxers* blancos doblados con precisión. Me ruborizo levantando uno en el aire y recuerdo el suceso en el Jet privado. Antes de irme cojo una de sus camisas y un bóxer para vestirme.

Salgo del lugar entrando por la puerta de la derecha a un baño moderno de baldosas grises y relucientemente limpio con un leve aroma a limón. Dejo caer la sábana al suelo y me escudriño en el espejo, me veo diferente, como si fuera una persona nueva, pero es que en realidad me siento como alguien totalmente distinta a la Genova de hace unas semanas; mis ojos tienen un nuevo brillo y mis mejillas siguen teñidas de un tenue color durazno.

Me meto dentro del plato de baño recogiendo mi pelo en alto, abro el grifo sintiendo como el agua me moja por completo llevándose toda sustancia pegajosa de mi cuerpo, tomo una ducha rápida con un gel de baño que me impregna del masculino aroma a madera y vainilla de Eros. Tiro de una de las

acolchadas toallas que se encuentran en el estante y la envuelvo a mi alrededor.

Yo hago un desastre buscando algún cepillo de dientes de sobra, pero solo encuentro uno y creo que es el de él, me encojo de hombros, no creo que los escrúpulos sigan siendo un problema entre nosotros. Abrocho los botones de la impecable camisa del magnate y me subo su ropa interior para abandonar la estancia.

¿Dónde estará Eros? Me hubiera gustado despertar a su lado, sin embargo, no podía esperarme un desayuno en la cama y a un romántico Eros acariciándome hasta el cansancio, sé de ante mano que ese no es su estilo.

Camino por toda la casa y me sorprendo al no verlo por ningún lugar, ni siquiera en su estudio de baile, una molesta sensación de abandono me embarga e intento controlarme, me estoy apegando demasiado a él.

Justo en frente de la moderna cocina hay un tramo de escaleras que dan directamente a un pasillo con una única puerta. Subo apresuradamente y titubeo poniendo la mano sobre el pomo ¿No estaré invadiendo demasiado su espacio? Aparto las dudas y empujo la pesada puerta. En cuanto entro noto su imponente presencia rebosante de sensualidades un gimnasio de colores grises con varias máquinas y pesas para entrenar. Diviso a Eros enfundado en un pantalón corto pegándole furiosamente a un saco de boxeo con las manos desnudas. Contengo el aire tragando en seco, nunca había visto tal agresividad acumulada en una persona, la vena de su es notoria, tiene la piel enrojecida, el pelo mojado por el sudor y sus músculos se tensan cada vez que le atiza al saco.

Él sigue golpeando sin parar, mi presencia es tan irrelevante que ni siquiera se ha dado cuenta de que estoy aquí, parece estar descargando todas sus frustraciones sobre el inanimado objeto, me siento completamente consternada.

—¡Joder! —grita desgarradoramente. El griego se aleja del saco y da un golpe en seco sobre la dura pared de hormigón. Doy un respingo observándolo boquiabierto y corro hacia él para detenerlo aferrándome a su cintura.

—Basta, por favor. Te vas a hacer daño —suplico en su oído, pero no me hace caso. Siento el impacto de cada uno de los golpes sobre sus hombros, aprieto más mi agarre y finalmente él se detiene poniendo sus manos sobre las mías.

—Vete —susurra firmemente apartando mis brazos de su cintura, niego contra su espalda y dejo un tierno beso sobre su piel. Puedo escuchar su

corazón acelerado. La incertidumbre me está matando ¿Por qué lo hace?

—¡Maldita sea, Genova, vete! —grita con frialdad asustándose.

Muerdo mi labio inferior para contener las lágrimas de frustración y un nudo se forma en mi garganta mientras me apresuro bajando las escaleras, sus firmes pasos hacen acto de presencia y sé que está pisándome los talones ¿No me ha pedido que me vaya?

—Genova —mi nombre sale como un suspiro de sus labios.

Eros tira de mi brazo y me detengo sin ganas de mirarlo, yo solo intentaba ayudar ¿Por qué tuvo que tratarme de esa manera? Pestañeo varias veces apartando las lágrimas de mis ojos, pensé que nuestra relación había avanzado, pero solo hemos dado dos pasos hacia delante para retroceder cinco. Bueno nuestra relación no, lo que sea que somos ahora.

Eros me da la vuelta y nos empuja hacia una de las blancas paredes dejándome acorralada.

—Mírame por favor —suplica, levanto los ojos encontrándome con el torturado mar denso y ambarino de sus iris.

—Preciosa, me haces sentir vulnerable, te entregaste a mí por completo y no creo poder alejarme de ti ¿Eres una maldita adicción! Debiste huir de mí desde el primer día, pero eres demasiado testaruda ¿No ves que no te puedo dar nada más que una buena follada? No me gusta ver el dolor en tus ojos. Sin embargo, aunque huyas lo más lejos posible de mí, cruzaría el mundo para encontrarte. Nunca había sentido esto por nadie. No merezco tu afecto, tampoco sé lo que siento por ti, es muy confuso. Estás sacándome de mí zona de confort y metiéndome en un sin fin de lagunas sin respuestas, no sé lo que quieres de mí. Yo no puedo amar.

Verlo frágil no es una sensación grata, mi pecho se oprime sintiendo su dolor y más dudas emergen en mi cabeza, me gustaría confesarle que me he dado cuenta de que lo amo, pero no creo que esté preparado para una declaración de ese tipo ¿Por qué no puede amar? ¿Qué te han hecho?

¡Oh! Una sensación de calidez me golpea al sentir como me abraza, tal vez tengo esperanzas con él, quizás solo necesita sentir que otra persona externa a sus familiares lo ama. Suspiro tristemente mientras acaricio su suave cabello ¿Qué voy a hacer contigo Eros?

Entonces mi lengua se suelta. —¿Por qué no puedes amarme? —pregunto disfrutando de su dulce toque, él magnate para y me tenso esperando que se alejé de mí y se encierre en un cascarón como siempre lo hace. —Yo...te prometo que no te haré daño. —Añado presionando mis labios en una línea.

—No puedes dañar algo que ya está destruido. —Eros me da un dulce beso sobre la frente y la desesperación empieza a destruirme ¿Qué significa eso? ¿Simplemente me va a dar una respuesta en acertijo? La paciencia es una virtud que pocos poseen y yo no soy uno de esos afortunados poseedores.

—¿Por qué estabas pegándole a la pared? —su semblante se ensombrece y me suelta, haciéndome sentir insegura y desprotegida.

—No me presiones. —contesta negando con la cabeza—. Simplemente eres tú y tu intento de romper todas mis barreras. Me di cuenta de lo que había pasado y todos los recuerdos llegaron como un Tsunami.

Me abstengo de seguir preguntando y mi subconsciente protesta inconforme ¡Madre mía este hombre guarda más secretos que el Vaticano!

—¿Estás bien? —ladeo la cabeza frunciendo el ceño. —Ayer no fui muy cuidadoso. —explica con el tenue rastro de una sonrisa plasmada en su hermoso rostro.

Levanto las cejas, me sorprende la rapidez con la que su humor puede cambiar, tal vez es su forma de defenderse.

—Yo estoy bien, nada que no pueda soportar.

—¿Te gustó? —el tono de su voz se torna más grave y sensual, un espasmo me recorre de pies a cabeza y me ruborizo.

—No me preguntes eso —protesto cohibida empujándolo. Su estridente y maravillosa risa inunda el lugar, sus expresiones faciales se relajan y sus ojos se entrecierran dándole un aire fresco y despreocupado.

—Por como gritaste debajo de mí la noche anterior tomaré eso como un sí, eres toda una fiera, léaina mou. —Me gusta el Eros bromista y extrovertido.

—¿Qué significa eso?

—No te lo diré, me gusta las expresiones que hace tu rostro cuando te digo algo que no entiendes.

—¡Oh, vamos! —pongo los ojos en blanco y Eros acaricia el dorso de mi mano entrelazando nuestros dedos.

—¿Hacemos el desayuno?

—No parece tener madera de cocinero —hago un gesto de incredulidad.

—Tú no parecías ser una inocente virgen y sin embargo lo eras, por lo menos hasta ayer. —contraataca dejando un mojado beso detrás de mi oreja. Me muerdo el labio inferior con fuerza sintiendo el temblor que me invade.

Juntos nos adentramos en la moderna cocina acero inoxidable y armarios de roble que hacen juego con las encimeras y la barra que se encuentra en el centro. Todo está tan limpio, al parecer alguien viene a hacer todo esto y yo

nunca me doy cuenta.

—¿Waffles? —asiento poniéndome en frente de la encimera.

Eros saca todos los ingredientes de la nevera y coloca los utensilios necesarios delante de mí, se posiciona a mis espaldas presionando toda su anatomía contra la mía y pasa sus brazos por encima de los míos.

—No deberías de usar cosas tan provocativas en mi presencia, dulzura —dice en voz baja y ronca cascando un huevo para echarlo en el recipiente—. Porque entonces tendríamos que lidiar con esto. —añade restregando su prominente erección contra mi trasero, toso atragantándome con mi propia saliva y mis hormonas femeninas inician su danza. —Aunque debo de admitir que mis camisas lucen mejor en ti que en mí. —Vryzas pone el batidor manual en mis manos y coloca las suyas sobre las mías para comenzar a mezclarlos huevos y la leche.

—Me apetece tirar todo al suelo y tomarte sobre esta encimera —expresa acariciando mi cintura con su mano libre y presionando más su dureza contra mí, me quedo sin habla y un familiar cosquilleo de excitación traza su camino hacia mi lugar más recóndito.

Cuando terminamos ponemos la mezcla dentro de la máquina para hacer Waffles [\[2\]](#) y la cerramos.

—¿Cómo crees que sabrá el chocolate si lo como directamente de tu perfecto cuerpo? —insinúa poniéndome frente a él, desabrocha los primeros botones de la camisa y roza con las yemas de sus dedos mi piel expuesta.

¡Oh por Dios! Aprieto mis entumecidos muslos con fuerza al ver como su mirada se torna en pura lujuria.

—Basta, deja de provocarme —protesto entrecortadamente.

—Detenme —me desafía subiéndome sobre la encimera y colocándose entre mis piernas abiertas.

Sin aviso alguna se apodera de mis labios robándome un suspiro de satisfacción absoluta, nuestros labios se mueven de forma salvaje y hambrienta mostrando la necesidad que sentimos el uno por el otro, expresando todas aquellas palabras que no nos atrevemos a confesar. Eros roza nuestros sexos y gimo sin poder evitarlo. Separamos nuestros labios y yo acaricio la cálida piel de su pecho.

—Genova, te necesito —gime guturalmente y yo asiento dándole toda mi aprobación, sabiendo que yo también lo necesito. Desesperadamente lleva sus manos a la cinturilla de mis *bóxers* y se aparta de mí para bajarlos hasta dejarlos caer sobre el suelo de la cocina.

—¡Oh, madre mía lo siento tanto, señor Vryzas! —exclama una voz femenina interrumpiéndonos.

Espantada escondo mi rostro en el pecho de Eros quien suelta una carcajada, le doy un leve empujón manteniendo la mirada fija en mis manos ¡Que bochorno! El griego sube mi ropa interior y me ayuda a bajarme de la encimera.

—Buenos días Etna, esta es la señorita Sanders, mi secretaria. Genova ella es Etna mi ama de llaves. —el magnate oculta su evidente estado de excitación colocándose frente a él.

Una delicada mano se extendida en mi dirección, subo la mirada y muestro una sonrisa tensa mientras le devuelvo el saludo. Menuda manera de conocernos, que vergüenza ¡por Dios! ¿Qué clase de secretaria profesional se acuesta con su jefe?

Su inoportuna aparición ha sido un beneficio, estábamos a punto de mantener relaciones sexuales sin protección.

¡Todavía no estoy lista para ser madre! Hasta las cosas más importantes se me olvidan cuando estoy a su lado.

—Encantada señorita Sanders, espero que sea una secretaria duradera — utiliza un tono alegre y amigable, le respondo con un asentimiento haciendo caso omiso a su insinuación.

—Puede decirme Nova. —Etna es una mujer de mediana edad con macados rasgos asiáticos.

—¿Están cocinando algo? Porque creo que se está quemando.

—¡Mierda! —exclama Eros desconectando la Waflera, me río burlándome de nuestro descuido.

—¡Es tu culpa! ¡Sino estuvieras distrayéndome con tus movimientos de sirena! —el calor sube a mis mejillas y la señora me brinda una cálida sonrisa.

—No se preocupe, yo prepararé el desayuno.

Eros y yo salimos de la cocina y el poco autocontrol que tenía se pierde, río histéricamente, nunca pensé que algo así me ocurriría, es pura adrenalina ¡Pobre señora!

—¿Suele pasarte a menudo? —pregunto recuperando el aliento y la compostura. Imaginarlo a él con otra mujer me afecta indudablemente.

—No, solo contigo —suspiro sintiendo como una oleada de alivio y paz recorren mi cuerpo.

—¿Satisfecha? —Eros abre la puerta con una sonrisa efímera y me da un

pequeño empujón para que ingrese en el dormitorio donde la cama está impoluta otra vez y las cortinas retiradas para darle paso a la luz del sol.

—Supongo.

Al ver que desde aquí también se puede ver el lago me estremezco, el magnate pudo haberme visto cada vez que salía semidesnuda a darme un baño ¿Pero, qué caso tiene? Él ya conoces cada centímetro de mi cuerpo.

Desearía no haber visto nunca su sonrisa, es mi perdición y me tiene atrapada en un laberinto sin salida.

—¿Hay algo más que pueda hacer para alimentar tu persistente curiosidad? —su expresión es vacilante. Me debato internamente, tengo tantas preguntas sin respuestas.

—¿Las responderás todas? —Eros se sienta sobre la cama, apoya los codos sobre sus muslos acentuando cada uno de sus músculos y adoptando la pose más sexy que he visto en mi vida. Mi piel cosquillea pidiendo a gritos el toque del avellanado. Cupido levanta dos de sus dedos haciendo la característica seña de ven aquí ahora mismo.

Cautelosamente me acerco bajo su atenta mirada inquisitiva y cuando estoy a unos pocos centímetros de él, tira de mi brazo sentándome sobre su regazo.

—¡Oh! —grito por la impresión, es una postura bastante íntima ¿Qué es el pudor después de lo que acaba de ocurrir en la cocina?

—Dispara.

Tomo una respiración profunda y me entretengo acariciando sus largos dedos.

—¿Con cuántas mujeres has estado?

—¿En qué sentido, en la cama o en una relación estable? —inquire atrayendo mi cabeza hasta tenerme reposando sobre su pecho, luego apoya la barbilla en mi pelo.

—¿En la cama? —creo que es más sensato preguntar sobre las cosas sin compromiso, no quiero llegar a tocar otra fibra sensible del griego.

Él carraspea aclarándose la garganta.

—Tú eres la tercera.

Lo oigo y no lo creo, pensaba que era un hombre promiscuo que es lo habitual en los hombres de entre veinte y treinta años me sorprende la noticia ¿A cuántas les habrá roto el corazón? Y lo más importante ¿Por qué me ha elegido a mí?

—Esto.... ¿Estás bromeando? —su barbilla se mueve sobre mi cabeza

cuando el niega.

—¿Por qué solo tres?

—Eso no lo voy a responder, es un tema inabordable —me rindo con un encogimiento de hombros. —Será mejor que te des prisa con tu interrogatorio, a las dos y media tenemos una reunión y ya son la una menos veinte, además el desayuno estará listo en unos minutos

—¿Por qué tus padres viven en el medio de la nada?

Eros comienza a enrollar la punta de mis rizos en su dedo formando tirabuzones para luego soltarlos.

—Mis padres solían tener una pequeña granja con la que subsistíamos, fue una herencia de parte de mi abuelo paterno. Recuerdo que en verano subíamos a la casa de la pradera para que las vacas se alimentaran y en invierno volvíamos a bajar. Cuando mamá tenía quince años se quedó embarazada, mi padre tenía diecisiete y no estudiaba ni trabajaba. En esa época la gente pegaba el grito al cielo al enterarse de una noticia como esa «Una jovencita soltera y embarazada.» y más en un pueblo tan pequeño como lo es Papingo. Mis abuelos trataron de obligarlos a casarse, pero se negaron, ellos preferían esperar el momento indicado y no contraer matrimonio para obtener la aprobación de la opinión pública. Planearon su escape el mismo día en que se realizaría la boda, cuando estuvieron solos y a una pared de distancia corrieron fuera de las habitaciones de la casa y escaparon. Nadie supo de ellos hasta mi nacimiento y cuando cumplí un año decidieron casarse, pero mi abuelo murió y regresaron a Papingo para asentarse en la granja. Tuve una infancia maravillosa corriendo detrás de los conejos y los colibríes. Cuando cumplí quince años mis hermanas nacieron. Quise que vinieran a vivir conmigo e intente comprarles una casa nueva más cerca de la capital, pero se negaron y llegamos a un acuerdo: derrumbar la granja y construir la casa en la que viven actualmente. —me quedo fascinada ante la historia de sus padres es como una novela romántica hecha realidad.

—¿Cómo llegaste a Canadá? —Eros hace círculos sobre la piel de mi cadera, espero pacientemente por su respuesta, pero el tono de llamada de mi teléfono nos interrumpe.

«Número desconocido.» leo en la pantalla iluminada, titubeo con desconfianza. Nadie a parte de Amanda y la empresa de Eros tiene acceso a mi número telefónico.

—¿No vas a contestar?

—No lo sé, es un número desconocido —son tan insistentes que termino

contestando la llamada.

—Buenos días.

—¿Hablo con Genova Sanders?

—Sí, soy ella.

—Señorita la llamamos del hospital St. Joseph en Toronto —mi pulso se acelera y la preocupación empieza a punzar en mi pecho.

—¿Que ha pasado? —pregunto con voz temblorosa, Eros se pone de pie y acaricia mi espalda reconfortándome.

—Hemos intentado contactar con el familiar más cercano, pero no tuvimos éxito. Su hermano el señor Anthony Sanders ha tenido un accidente, requerimos su presencia inmediatamente. —El móvil se desliza de mi mano y cae provocando un sonido sordo al golpear el suelo.

Un mareo hace que mi cabeza de vueltas, la respiración me falta y escucho el sonido lejano de la voz de Eros. Mis oídos emiten un molesto y aturdidor pitido.

Siempre hay algo en algún momento de tu vida que hace que los instantes más felices se ensombrezcan.

Capítulo 12 ¿Qué es la vida?

Lo más pequeño existente son las partículas. Nosotros formamos parte de un universo al que desconocemos, somos la parte insignificante de él.

¿Quiénes somos? En realidad, no sabemos responder a esa simple pregunta, solo somos.

La cantidad de preguntas sin respuestas es mayor al número de seres humanos sobre la Tierra. No sé si después de aspirar un poco de aire moriré, la vida es impredecible, cada segundo es una lucha para prolongar la derrota final.

A veces tengo la sensación de que mi cuerpo en realidad no me pertenece, es un préstamo, algo temporal.

Siento que somos parte de un juego y que en realidad no estamos aquí, que somos los títeres del destino y el futuro.

La muerte es nuestra sombra y no estamos a salvo en ningún lugar.

Cada uno de nuestros días es especial, cada segundo, cada minuto; sin embargo, los gastamos en banalidades y el tiempo no perdona, él pasa a una velocidad impresionante.

Las dudas no paran de merodear en mi cabeza.

¿Por qué morimos?

¿Por qué se nos da la oportunidad de vivir para después arrebatarnos la vida?

El ciclo es simple: nacer, nutrirse, reproducirse y morir.

No importa que no estemos de acuerdo, siempre será igual.

Solía tirarme de espaldas en la cama y mirar a un punto fijo en el techo de mi habitación, la sensación de que no estaba en mi cuerpo era extraña y abrumadora, yo me ponía a pensar sobre la muerte y terminaba llorando.

Le tengo miedo a la muerte, no quiero dejar de ver la luz del día o sentir la brisa acariciar mi piel. No quiero dejar de escuchar los sonidos del mundo, la música, los pajaritos, las voces o incluso el murmullo del tráfico. No quiero dejar de sentir la calidez de los rayos del sol, tampoco quiero dejar de

percibir la explosión de sabores que provoca la lasaña en mis papilas gustativas, ni dejar de oler el aroma que provoca la lluvia al mojar la tierra.

Pero creo que lo que más me aterra es no poder estar con mis seres queridos, me asusta incluso más que mi propia muerte.

—Nova, estás obnubilada.

—¿Eh? —salgo de mis pensamientos y recuerdos cayendo dolorosamente en la realidad.

—Te he llamado varias veces, el coche nos está esperando. —Eros habla de forma cautelosa y me mira con ternura desde el asiento de en frente.

¿Ya han pasado las diez horas de vuelo?

El terminó la llamada con el hospital, pero no quisieron darnos mucha información hasta comprobar mi identidad, me necesitan para firmar una autorización ya que no está casado con su novia y sus hijos son aún muy pequeños.

Me lo he perdido todo, tengo sobrinos y una cuñada a los que no conozco. Solo sé que mi hermano mayor ha sufrido un accidente laboral. Anthony es y ha sido mi pilar siempre. Cuando éramos pequeños jugaba conmigo a el hospital, yo era la doctora y el mi paciente. Mi hermano me animaba a perseguir mis sueños y en cuanto llegue a la secundaria alardeaba de su hermanita pequeña la que lo curaría cuando estuviera enfermo, sin embargo, no puedo hacerlo. Me siento tan impotente.

Sin darme cuenta rompo a llorar, las saladas lagrimas calientes resbalan por mis mejillas, los sollozos desgarradores salen de mi garganta. Mis manos tiemblan frenéticamente y me muerdo el labio hasta que el sabor metálico de la sangre toca mi lengua.

Eros quita mi cinturón y me obliga a ponerme de pie para abrazarme con ímpetu dándome la notable seguridad que siento cuando estoy a su lado.

—No quiero que se vaya. —hipo aferrándome a su camisa, el llanto histérico me entrecorta la respiración y el magnate acaricia mi espalda en un vano intento de calmarme.

Me siento culpable, podía haberlo buscado hace años, podía haber pasado más tiempo con él, pero en lugar de eso decidí alejarme. Durante algunas semanas recibí llamadas de Anthony y no las contestaba, al cabo de dos meses las llamadas cesaron, él se había rendido.

—Todo va a salir bien. —murmura depositando un beso sobre mi pelo. —Nena, tenemos que irnos —asiento sobre su pecho escuchando el reconfortante martilleo de su corazón y sorbiéndome los mocos.

Eros me libera lentamente con cautela ¿Tiene miedo de mi reacción? No creo que el griego lidie a menudo con una mujer a la que consolar o con un humano en general. Me pregunto si tiene amigos, parece una persona bastante solitaria.

Es como si una grieta se estuviera formando en el muro de diamantes tras el que se esconde Eros, como consecuencia ha dejado escapar parte de su esencia, poco a poco estoy consiguiendo que su recio comportamiento mengüe abriéndose más a mí y mostrándome al verdadero Eros Vryzas.

El magnate da unos pasos alejándose y un vacío me invade. —No te vayas —musito, él se da la vuelta y me observa con sus hipnotizan tés ojos dorados.

—Ven aquí. —acepto la oferta y Eros pasa un brazo por mi cuello atrayéndome a su costado. Necesito esto, un ancla al mundo real que no deje que me pierda en el profundo fondo de la oscuridad.

No me perdonaré jamás el haberme alejado de mi hermano.

Eros me cede el paso sin perder el contacto conmigo, bajamos por las escaleras desplegadas de su *jet* privado y el viento húmedo de Toronto se ciñe sobre nosotros.

Al llegar al suelo un hombre de penetrante mirada azul enfundado en un traje nos recibe con una amigable sonrisa.

—Buenos días Franklin. —El magnate le da un apretón de manos. —Genova este es mi jefe de seguridad. Franklin ella es la señorita Sanders, mi secretaria.

Franklin me saluda con un asentimiento de cabeza y desanimada, repito su acción.

—Lo siento mucho, espero que su hermano mejore pronto —frunzo el ceño extrañada ¿Cómo lo sabe? Estoy segura de que ha sido Eros. Cupido está en todo, no se le escapa ni una.

Después de hablar con el hospital él mismo me ayudo a vestirme, estaba demasiado aturdida como para hacerlo yo sola. Eros hizo un par de llamadas en las cuales no paró de ladrar ordenes de manera diplomática hasta que un helicóptero nos recogió en un helipuerto cercano y nos llevó al aeropuerto de Atenas.

Franklin nos conduce hacia a uno de los coches blancos del magnate, él es un hombre caucásico bastante apuesto de facciones duros, pelo rapado y ojos azules; diría que pasa de los treinta, pero se mantiene en forma.

—Nada debería de apagar esa hermosa sonrisa. —Halaga Eros

limpiando con delicadamente con sus pulgares las lágrimas de mis mejillas.

Me concentro en su apuesto rostro como si lo estuviera memorizando, tiene el pelo despeinado, le ha dado tiempo a penas para darse una ducha y vestirse. Yo no paso por alto la connotación de preocupación en su semblante.

El guardaespaldas abre la puerta del vehículo para nosotros y entramos acomodándonos en los mullidos asientos de cuero. Intento abrochar mi cinturón, pero mis trémulas manos no me dejan. Cupido lo hace por mí y pone su mano sobre la mía dándole leves caricias. El coche sale del Aeropuerto Pearson y se adentra en la autopista cuatrocientos uno.

—¿Cuánto tiempo puede resistir sin la cirugía? —pregunto débilmente, no me quiero resignar a la idea de su muerte.

—Lo mantendrán estable en la UCI hasta que lleguemos.

Él está en estado crítico —el carismático griego presiona sus labios en una fina línea y aprieta mi mano con firmeza.

Siento de nuevo el escozor del llanto y las lágrimas reaparecen. La impotencia me está consumiendo ¡Son casi dos jodidas horas de camino!

—Te ves preciosa incluso cuando lloras, tus ojos brillan como una noche estrellada y tus mejillas tienen el tierno color coral que me vuelve loco.

Creo que está utilizando los halagos para tratar de reconfortarme, si supiera que solo con que sostenga mi mano es suficiente. Reprimo un sollozo, la vida de mi hermano pende de un hilo y no puedo hacer nada.

La incertidumbre es insoportable, solo sabemos que está muy grave y que ha sido un accidente laboral pero no sabemos los detalles cruciales.

Me he perdido su graduación, se supones que yo sería su pareja en la fiesta.

Me sumo en un mar de lágrimas y lamentos mientras cruzamos el cristalino río Niagara por la autopista de peaje.

Si Anthony no sobrevive yo tampoco lo haré, es una sensación indescriptible, como si algo te desgarrara por dentro y te quitara una parte esencial de tu ser. El tiempo está acorde con mis emociones, en el cielo reinan las nubes oscuras cargadas de agua condensada a punto de precipitarse.

Mi montaña de arena está demasiado saturada, presiento que falta poco para que se derrumbe. Apoyo la frente contra la venta y muevo el pie izquierdo con desesperación.

Con tan solo quince años me vi cara a cara con un futuro incierto e inesperado, su voz fue el ápice de esperanza que necesitaba. Me acostumbre a repetir una y otra vez el mensaje de voz en el que me decía «Te quiero,

pequeña.»

Yo tenía todo minuciosamente calculado, terminar el instituto a los dieciocho y empezar a estudiar medicina en alguna universidad cerca de casa, no obstante, las cosas dieron un giro brusco que sigue repercutiendo en mi día a día.

Cierro los ojos y empiezo rogar por la vida de mi hermano, nunca he sido alguien muy religioso, pero sí soy creyente.

—Estoy aquí para lo que necesites —confiesa Eros dulcemente, asiento dándole una sonrisa forzada y él me atrae hasta tener mi cabeza apoyada en su fornido pecho.

Nunca lo había escuchado tan indeciso, se dirige a mí como si fuera una niña pequeña indefensa y asustadiza que va a erupcionar como un volcán en cualquier momento, tal vez no se aleja tanto de la realidad.

Hoy hay buen tráfico y no hemos entrado en ningún atasco, pasamos el último tramo del mortificante y largo camino llegando al aparcamiento subterráneo del enorme hospital de ladrillos rojos.

Eros moja su labio inferior con su lengua y deposita un corto beso colmado de ternura sobre los míos tomándome completamente desprevenida.

—Mírame, dulzura, él estará bien. Los médicos de este hospital son muy competentes.

Hago un gesto de afirmación y reposo mi mejilla contra la palma de su mano cerrando los ojos en el acto. El magnate sale del coche lo rodea a paso firme y abre mi puerta brindándome su mano la cual cojo con gusto entrelazando nuestros dedos.

Eros en tan solo un mes se ha convertido en alguien muy importante para mí, me doy cuenta de que cupido está profundamente enterrado en mi corazón y no creo que logre sacarlo de allí.

Nos encaminamos hacia el ascensor bajo las tenues luces del aparcamiento, mi pulso se acelera saltándose un latido cuando llegamos a la recepción del hospital.

Arrastrando a Eros conmigo prácticamente corro hacia la recepcionista. Al igual que en todos los hospitales el color blanco es el predominante y el olor a desinfectante está impregnado en el lugar.

—¿Anthony Sanders? —exijo en voz alta, ahora mismo no tengo la suficiente paciencia como para utilizar una conducta más educada.

—¿Genova? —suenan una voz entrecortada detrás de mí, volteo el rostro encontrándome con una exótica joven de tez negra y pelo liso hasta la cintura.

Ella está sosteniendo a un bebé regordete entre sus brazos que se amamanta con los ojos cerrados y se aferra a la piel de su madre con sus pequeñas manos. La chica tiene sus grandes ojos grises hinchados y rojos de tanto llorar, debo de verme igual o peor que ella.

—¡Mami, mami! —una niña que ronda los tres años corre hacia ella y le enseña un juguete. Tan pronto como la familiar mirada de la infanta se dirige a mí lo comprendo todo, esa pequeña es la viva imagen de Anthony, ellos son su familia.

—Sí, soy Genova —respondo mordiendo mi labio inferior al sentir el insistente nudo en mi garganta.

¡No quiero llorar, ahora no por favor!

Su gesto es el de una mujer devastada y extremadamente cansada.

—¡Gracias a Dios que has llegado, yo soy Amina la prometida de Anthony! —lloriquea apretando al bebé contra su pecho y él se remueve incomodo soltando un quejido.

—Mami no llores ¡Para! vas a espachurrar a mi hermanito—riñe la niña cruzándose de brazos, Eros suelta una risa baja que es música para mis oídos. Él se desenvuelve bastante bien con los niños, le agradan.

La canosa señora al otro lado del asimétrico recibidor gris llama mi atención.

—Señorita el doctor vendrá en unos minutos para informarles sobre la situación del señor Sanders y para que firme la autorización de la cirugía.

—Muchas gracias —habla Eros llevándonos hacia los asientos cerca de Amina, el magnate se acomoda a mi lado sin soltar mi mano.

—¿Qué ha pasado? —interrogo moviendo la pierna con impaciencia.

—Anthony trabaja en una constructora, es albañil. Hoy estaban terminando la cuarta planta del edificio y él resbaló del andamio, nada amortiguó la caída. Ellos no quieren decirme que está pasando porque aún no figuro como su esposa y según la política de seguridad del hospital está prohibido. Llevo aquí doce horas y no han tenido compasión alguna, Sé que él está muy mal —cuenta indignada limpiándose las lágrimas.

A él Siempre le ha gustado trabajar con las manos y construir cosas, mi hermano es demasiado predecible ¿Por qué justamente albañil? ¿No podía haber elegido algo menos peligroso?

Trato febrilmente de contener mi llanto, pero no puedo luchar contra algo que no puedo controlar y el agua comienza a salir de mis lagrimales. Eros me envuelve entre sus brazos murmurando palabras alentadoras en mi oído.

Una castaña mujer en bata blanca se planta en frente de nosotros y nos ponemos de pie.

«Yo solo quiero que todo esté bien.» pienso empuñando la tela de la falda de mi vestido veraniego.

Eros se había encargado de pedir más ropa para mí, varios trajes de falda y algunos conjuntos casuales además de unos cuantos pares de zapatos.

Le enseño mi documento de identificación a la mujer y ella hace un gesto de afirmación.

—El señor Sanders tiene un hematoma subdural y sufre de tórax inestable, se ha fracturado las costillas tres, cuatro y cinco, también se ha fracturado el radio. Hemos tenido que entubarlo, pero su estado es crítico, su corazón se ha detenido en dos ocasiones y no resistirá una tercera, sino lo operamos es probable que muera en las próximas horas. —explica pausadamente y de forma neutra, como si no tuviera sentimientos—. Procederemos a hacer una craneotomía, es una cirugía sencilla y poco invasiva de noventa minutos. Tome. —cojo el tablero que me está tendiendo y comienzo a leer la primera página haciendo oídos sordos al hecho de que han tenido que resucitar a mi hermano.

Craneotomía

La craneotomía es un procedimiento quirúrgico que permite entrar al cerebro a través del cráneo.

Posibles riesgos:

Problemas con el habla, la memoria, la debilidad muscular, el equilibrio, la visión, la coordinación y otras funciones no mencionadas. Estos problemas pueden ser temporales o permanentes.

Coágulo de sangre o sangrado en el cerebro.

Convulsiones.

Accidente cerebrovascular.

Coma.

Infección cere...

Tomo una gran bocanada de aire y firmo la autorización dejando la lectura a medias, no quiero perder tiempo, su vida pende de un hilo.

La doctora desaparece por el pasillo y el ensordecedor llanto de Amina

se escucha en toda la sala. Volvemos a nuestros asientos y el magnate tira de mí con delicadeza hasta tenerme recostada sobre sus muslos. Él acaricia mi pelo, me relajo y cierro los ojos.

Me gustaría que hiciera eso para siempre.

Sentimientos que jamás he experimentado antes me aturden, son oscuros y me provocan un sufrimiento indescriptible. Respirar se convierte de repente en una acción pesada y fatigante.

Tictac suenan las agujas del reloj de pared marcando las siete y media de la noche, ha empezado a anochecer. Faltan sesenta minutos para que salga del quirófano.

¡Joder! La espera es un calvario, una tortura dolorosa e incesante.

—Nena, te voy a traer algo de comer y a hacer algunas llamadas importantes.

Niego con la cabeza —No tengo hambre.

El magnate ha comido en el avión, pero mi estómago está cerrado y llevo todo el día sin alimentarme. Eros frunce el entrecejo y bajo sus largas y espesas pestañas me mira acusadoramente.

—Es un tema indiscutible, tienes que estar fuerte para darle apoyo a tu hermano y sino comes es probable que te tengamos que internar a ti —yo chasqueo la lengua y pongo los ojos en blanco. A este hombre no hay quien le lleve la contraria.

—Que sea algo ligero, por favor —respondo incorporándome en la dura silla de plástico.

—Como usted diga, señorita Sanders —bromea esbozando una seductora sonrisa.

Vryzas empieza a caminar y curiosamente la niña lo persigue sin que se dé cuenta ¡Eros cautiva hasta a las más pequeñas, es encantador! Cuando están a punto de salir de la sala él se agacha y coge a la risueña infanta en brazos enfrascándose en una energética conversación llena de mímicas con ella.

La angustia es un sentimiento amargo y desagradable. Rozo mis brazos intentando entrar en calor, aunque estoy tiritando no tengo frío, el silencio sepulcral de la sala es lúgubre y desalentador. Amina ha dejado al bebé en su cochecito y está dormida en una posición bastante incomoda.

Estoy furiosa conmigo misma, si tan solo hubiera seguido a su lado quizás podría haberlo convencido de trabajar en algo menos peligroso, pero mi madre me había alejado y estaba demasiado dolida por ello como para ver que no solo importo yo.

¡Soy una jodida egoísta!

Mis lágrimas no se le tienen siguen bajando y nublándome la visión, es sofocante.

La pena y el dolor comienzan a encerrarme, él no puede morir.

¡No se irá, no se irá, no se irá!

Me pongo de pie con la intención de ir a buscar al hombre que se roba mis suspiros, no me gusta la soledad.

¡Oh Dios, lo necesito más que nunca!

Quiero que me aprisione entre sus fornidos brazos y que no me suelte jamás.

Deseo que tararee con su gutural voz en mi oído, que me haga bailar al son de la música.

Quiero que vuelva a hacerme ver la parte más satisfactoria de la vida.

Quiero que acaricie cada parte de mi cuerpo como solo él sabe hacerlo.

Escucho unas fuertes pisadas que me sacan de mi ensimismamiento, mi respiración se vuelve errática y pestañeo frenéticamente.

¿Realmente creí que con un poco de suerte no tendría que verla? Pues estaba bastante equivocada.

Está muy cambiada, se ve mayor de lo que es y luce demacrada. Maira porque no se merece que la llame madre tiene unas notorias ojeras oscuras debajo de sus abismales ojos marrones, las canas están presentes en cada mechón de lo que antes era un sedoso y castaño cabello, y las arrugas estropean su piel acaramelada.

¿Qué le ha pasado? Solo tiene cuarenta y seis años.

La impresión me mantiene estática en mi sitio, mis pies están estancados en algún tipo de arena movediza invisible. El mundo se detiene a mi alrededor cuando cruzamos miradas y su semblante se entristece aún más.

Mi madre da pasos cautelosos en mi dirección, consigo tomar el control de mi cuerpo retrocediendo, pero ella me atrapa y me abraza con amor. Muerdo mi labio inferior consternada envolviendo mis brazos a su alrededor y suelto algunas lágrimas. Ella se rompe y su cuerpo se sacude por el llanto.

—Lo siento tanto —susurra entrecortadamente.

Un movimiento a su derecha capta mi atención haciendo que mi pulso se ralentice, la rabia llega dándome un fuerte golpe en el estómago, creo que estoy perdiendo los estribos.

¿Por qué sigue con ese gilipollas?

Aprieto la mandíbula y cierro los puños a mis costados separándome a

trompicones de mi madre ¿Aún no me cree? Ese hombre estuvo a punto de destrozarme la vida en más de una ocasión, las imágenes se reviven en mi cabeza y siento sus asquerosas manos recorrer mi cuerpo, tiemblo perdida.

¿Por qué no me creíste mamá?

Todavía recuerdo como lloraba en el baño después de ver en el espejo los moretones y chupetones que dejaba sobre mi piel. Él está enfermo, me siento atemorizada, no debería de estar aquí.

—¿Está todo bien? —Eros Incluso con su presencia puede calmarme, suelto un suspiro aliviada dándome la vuelta para no tener que lidiar con ellos.

Asiento, no creo que mi voz tenga la fuerza suficiente para salir.

—Siéntate te he traído los Waffles que no pudimos comer esta mañana y un café.

Me establezco en la silla más cercana y Eros se sienta a mi lado dejando un vaso de cartón junto a un plato entre mis brazos. Tomo el primer bocado del waffle y la dulce masa se derrite en mi boca, forzosamente lo trago con un sorbo de café templado.

—He concluido los últimos arreglos de la campaña de marketing de una nueva firma, la reunión de hoy era para eso —asiento sin darle mucha importancia, no sé mucho de las funciones de sus empresas y es curioso porque trabajo en una de ellas, no obstante, debo de ejercer mis prácticas como secretaria de FARS en cuanto nos incorporemos al trabajo.

¿Será sensato que él sea mi jefe después de todo lo que ha pasado entre nosotros?

—Las pruebas libres para la adquisición del graduado de secundaria son dentro de un mes, cogerás las clases necesarias para poder obtenerlo —parlotea, nunca lo había visto tan hablador, pero sé que lo hace para mantenerme distraída.

Eros en sus empresas crea a sus empleados. El magnate tiene salas equipadas con el material necesario y a los mejores profesores para formar a los profesionales más competentes. Me parece una iniciativa bastante buena que da oportunidades a aquellos que están desempleados o no han terminado los estudios, yo soy ambos casos y le estaré eternamente agradecida.

La doctora entra en la sala y casi tiro el café en mis piernas al ponerme de pie.

—La operación ha sido un éxito, aunque lo mantendremos en la UCI por las próximas veinticuatro horas y dos días más en una habitación normal. La recuperación de esta cirugía puede ser desesperante tanto para el paciente

como para los familiares y el señor Sanders no puede recibir mucho estrés. Hemos tenido que enyesar su brazo. En cuanto a las costillas fracturadas, él está utilizando la ventilación mecánica y varillas de acero como fijación externa. No sabremos las secuelas hasta que la anestesia se vaya de su cuerpo y despierte. Lamentablemente no está en condiciones para recibir visitas. — Amina llora agradeciéndole a la doctora y a mí el alivio me embarga brindándome paz y felicidad.

Me desahogo enterrando la cara en el pecho de Eros, su aroma es pura masculinidad y me encanta.

—Te dije que todo iba a salir bien. —Él agacha la cabeza para llegar a mi oído

—Gracias por quedarte conmigo —deposito un beso en su camisa de lino y hago círculos con mis dedos en su espalda baja.

—Estás muy guapa Genova —canturrea la voz socarrona de Pablo, me tenso contra el cuerpo del magnate y no le respondo. Quiero salir de este lugar no soporto ni un minuto más con ese monstruo a tan solo unos metros de mí.

—¿Nos podemos ir? Quiero dormir algunas horas y volver lo más pronto posible.

—Por supuesto, Franklin ha dejado el coche fuera.

Esta vez salimos por la entrada principal del hospital, la oscura y estrellada noche fría nos da la bienvenida.

—¿Quieres mi americana?

—Sí, por favor, me estoy helando. —Vryzas me guiña un ojo y coloca su enorme chaqueta sobre mis hombros.

—Espero que ahora todos sepan a quien le perteneces.

—Eres un descarado —bufo siguiéndolo.

—Dice la mujer a la que le gusta pasearse por mi casa en uno de mis *boxers*. —Me ruborizo bajo su pícara mirada y él me ayuda a sentarme en el asiento del copiloto para después rodear el coche y posicionarse frente al volante. Eros enciende el coche y el motor ruge potentemente.

—¿Qué coche es este? —pregunto con curiosidad.

—Es un Lamborghini Urus.

—¿Y por qué no lleva placa?

—Está detrás, seguro no te has fijado bien —me encojo de hombros abrochando mi cinturón.

El coche zigzaguea entre el tráfico nocturno y yo escudriño con el rabillo del ojo al flamante griego.

No sé de qué manera agradecer que la vida de mi hermano haya salido del riesgo mayor, aunque aún nos quede un largo camino de recuperación.

Caigo en cuenta de algo cuando entramos en una carretera poco transitada cerca de mi casa, no llevo llaves encima.

¡Joder!

Incómodamente saco el móvil del bolsillo trasero de mi pantalón y espero hasta que se encienda para llamar a Amanda, el pitido suena una y otra vez, pero ella no coge la llamada ¿Qué estará haciendo? Realmente necesito mantener una seria charla con mi mejor amiga.

—Eros no tengo llaves y mi compañera de piso no coge mis llamadas ¿Podrías acercarme a algún hotel? —por suerte he traído una tarjeta de crédito conmigo.

—Puedes quedarte en mi casa, si lo deseas. —Su respuesta me toma por sorpresa y asiento mecánicamente.

¡Madre mía! Otra noche a solas con Vryzas, no sé si mi débil cuerpo podrá resistirlo, aun así, en alguna medida me entusiasma la idea.

La distancia entre mi casa y la suya no pasa de los treinta kilómetros y tras media hora llegamos a un lugar precioso redundante de árboles perennes y naturaleza, vive totalmente alejado de la zona urbana.

Las luces se encienden y dos portones de metal se abren dándonos el paso a un espacioso garaje, desde el parabrisas puedo ver una gran cantidad de diferentes modelos de coches; desde los clásicos hasta los más modernos.

—¿Eres coleccionista de coches? —cuestiono maravillada.

—Se podría decir así.

Bajamos del vehículo y salimos del garaje dando directamente a un inmenso jardín.

Mi boca forma una «o» perfecta al ver la casa de hermoso diseño vanguardista, es una maravilla de la arquitectura.

—Quien haya diseñado esta casa tiene un talento inigualable.

—Es gratificante saber que te gusta. —Comenta mordiendo su labio inferior ¡Señor ten piedad!

Cruzamos el jardín por un pequeño camino de piedras hasta la gran puerta principal. Eros abre mostrándome un precioso recibidor, mientras vamos caminando observo cada detalle, paredes blancas, suelo reluciente de cerámica gris y una excelente iluminación. Pasamos por un exuberante salón moderno conformado por dos sofás de cuero negro, una sofisticada chimenea empotrada y varios elementos decorativos de muy buen gusto. La cocina está

tan solo dividida por un muro y es el paraíso para cualquier ama de casa. Nos adentramos en un largo pasillo lleno de puertas y Eros abre una de las primeras, dando lugar a un espacioso dormitorio que es una réplica de la personalidad del magnate.

—Esta es mi habitación, puedes tomar un baño e irte a dormir, todavía tengo algunos asuntos que resolver —trato de ocultar mi decepción, yo quería que se quedará conmigo.

Eros me ve expectante y une nuestros labios den un beso que me deja completamente extasiada e insatisfecha ¡Dame más no seas egoísta! ¡Amo cuando me roba los besos!

—Buenas noches—murmura cerrando la puerta detrás de él.

Estoy exhausta, me doy un baño para meterme rápidamente a la cama, pero hasta que no noto a Vryzas aprisionándome contra su cuerpo no logro dormirme.

Me encanta como me siento cuando estoy a su lado.

Capítulo 13. Poco pensar y más actuar, méli.

Creo que esta es la sensación más cálida y agradable que he experimentado, es incluso más exquisita que un vino Duckhorn Merlot Napa Valley.

Rozo la punta de su nariz con la yema de mi dedo índice, verlo dormido es aún más tentador de lo que creía. Los rayos del sol logran entrar como intrusos por las persianas de la habitación del magnate iluminando su sedoso cabello castaño claro, sus largas pestañas descansa sobre sus mejillas.

Se ve tan relajado no parece el implacable empresario que se despertará dentro de unas horas a imponer sus deseos. Delineo la forma de sus labios y el esboza una sonrisa de lado que acentúa uno de sus hoyuelos. Suelto mi labio inferior ni siquiera me he dado cuenta de que lo estaba mordiendo, pero es que su boca me incita a besarlo.

Mi otra mano está presionada contra su pecho sintiendo cada uno de los latidos de su corazón, no sé cómo hemos terminado en esta posición, los dos de frente sin ninguna distancia entre nosotros con nuestras piernas entrelazadas de forma retorcida y sus brazos aprisionándome fuertemente por la cintura.

Entierro mis dedos en su pelo y tiro con delicadeza probando la suavidad de sus mechones, si pudiera permanecer así con él para siempre no dudaría en hacerlo.

Su embriagador y varonil aroma impregna las sábanas ¡Joder! No me puedo creer que he vuelto a dormir en la cama de Eros Vryzas. Quizás llegue a lamentarme, pero ya es demasiado tarde para arrepentirme.

Acaricio su lánguido brazo sintiendo sus músculos bajo mi tacto, trago saliva recordando como se tensaban cada vez que arremetía en mi interior, estoy dispuesta a volver a sentir todo otra vez.

Llego a su mano y entrelazo nuestros dedos ¿Es sensato que me sienta así

cuando estoy a su lado? Es como si nada más importara, todo lo demás pasa a un segundo plano cuando estamos juntos.

Examino el dormitorio en busca de un reloj, quiero ir a ver a mi hermano, ha pasado tanto tiempo, solo quiero que me abrace como solía hacerlo, quiero que acaricie mi pelo y me diga cuán inteligente soy o lo orgulloso que está de mí. Nadie del hospital ha contactado conmigo por lo que asumo que todo está bien.

Con Eros he vivido todo lo que había dejado en la caja de deseos imposibles en tan solo unas semanas, creo que ya es hora de recuperar el tiempo perdido a lo grande.

Se supone que deberíamos de estar en Grecia por lo que no sé si tengo que ir a clases, a trabajar o quedarme en el hospital con Anthony

Doy un respingo cuando el despertador comienza a sonar, los párpados del griego se abren lentamente mostrándome sus iris doradas y las pupilas dilatadas que rápidamente se contraen por la claridad.

—Buenos días, señorita Sanders —dice con un tentador tono gutural llevando nuestras manos unidas a sus labios para depositar un beso sobre el dorso de la mía.

Creo que Dios se quedó agotado después de haber otorgado tal perfección a Eros y no pudo seguir repartiendo.

—Buenos días —murmuro roncamente sin despegar los ojos de su intensa mirada, negro contra miel algo explosivo.

Eros extiende su brazo por detrás y tantea hasta apagar el molesto despertador.

—¿Llevas mucho tiempo despierta?

—No. —miento, he perdido la noción del tiempo que llevo observándolo, tal vez han sido quince minutos o tal vez dos largas horas, aun así, nunca será suficiente.

—Hoy tenemos que ir a la empresa en Toronto creo que la mejor opción es concretar las reuniones por videoconferencia. No estarás mucho tiempo por lo que le puedes pedir a Franklin que te lleve al hospital para ver a tu hermano y cuando termines puedes regresar aquí.

—Una idea bastante tentadora, pero debo contactar a mi amiga, necesito ropa.

Tengo que sacar una parte de mi liquidación para comprar ropa adecuada toda la que tenía la perdí en aquella maleta.

Eros levanta su pulcra ceja con desdén como si estuviera midiendo mis

palabras.

—Puedo llevarte de compras.

¿Quiere que me quede con él?

—No, ya has hecho suficiente por mí.

—Tú ropa nueva se quedó en Grecia. Se podría decir que la pérdida de tu equipaje fue culpa de la empresa ya que estabas en tu horario laboral. — murmura alternando la mirada entre mis ojos y mis labios, suelto un jadeo casi imperceptible

¿Quiere besarme? Realmente nunca sé cuáles son sus intenciones, su temperamento es algo impredecible.

—Eso no está estipulado en el contrato o las reglas de moral de Fars Company— refunfuño obnubilada por el movimiento que hace su hábil lengua sobre su labio inferior.

—¿Ah no? Eso puedo solucionarlo, en cuanto entremos en el edificio lo añadiré al libro de normas, al fin y al cabo, soy tu jefe pequeña testaruda. — añade golpeando levemente mi nariz.

Entreabro la boca y la vuelvo a cerrar sin encontrar ninguna respuesta coherente y lo suficientemente ingeniosa como para discutir con Vryzas.

—No lo harías —Cupido mordisquea su jugoso labio inferior.

Yo suelto un grito ahogado cuando de imprevisto separa mis piernas y tengo a toda su maravillosa estructura aprisionándome contra el mullido colchón.

Piel contra piel solo estamos en ropa interior, un escalofrío recorre mi espina dorsal al sentir su erección pugnar contra mi vientre bajo. Eros guiña un ojo de manera juguetona y apoyándose solo con un brazo agarra mi mentón.

—¿Es esto lo bastante atrevido como para superar sus altas expectativas, señorita Sanders? —escruta a unos escasos centímetros de mis labios antes de presionar nuestras bocas en un beso primitivo y salvaje.

¡Oh, por favor ten compasión de mí!

El deseo empieza construirse en mi interior, nuestros labios se mueven al unísono como una bandada de pájaros, su lengua trata de dominar a la mía con un baile eficaz y provocativo. Es un beso tan arrollador como una ola de calor veraniega. No importa que estemos recién levantados, pero ¿Quién puede pensar en una banalidad como esa bajo la influencia del carismático Eros Vryzas?

El magnate chupa mi labio inferior haciéndome gemir y lo suelta con un sonido húmedo dándole fin a nuestro apasionado beso mañanero.

Los mechones alborotados de su pelo rozan mi frente, sus cristalinos ojos mieles brillan mientras me miran inquisitivos, sus labios están hinchados y rojos como evidencia de nuestros actos; se ve incluso más atractivo cuando se acaba de levantar.

—¡Por Dios! —exclamo con la respiración entrecortada, el magnate levanta las cejas risueño.

—Creo que me he contenido por bastante tiempo, te necesito.

Una chispa se enciende en mi pecho ante la anticipación y las especulaciones de lo que podría pasar.

—No obstante, sino comenzamos ahora a prepararnos no llegaremos nunca al trabajo, una sola vez no sería suficiente para satisfacer mis ganas de ti, peirasmós —añade levantándose de la cama. La chispa se apaga a gran velocidad desilusionada. ¡Necesito más de ti cupido!

Peirasmós, tengo que buscar esa palabra en el diccionario, sé que es su lengua materna y también sé que no me lo va a decir. Cuando utiliza ese acento griego su voz suena mucho más sexi de lo que es.

—¿Qué tal una ducha juntos? —ofrece dándome una esplendorosa vista de su esculpida espalda y de sus esbeltas y largas piernas mientras busca algo en un cajón.

—¿Solo una ducha juntos? —insinúo ladeando la cabeza.

Eros se da la vuelta y la lujuria llamea como un incendio en sus ojos. Dirijo la mirada hacia su estrecha cadera notando la tensión ejercida sobre sus *boxers* ¡Madre mía!

—Nena ¿Sino vamos únicamente a ducharnos que crees que podemos hacer allí dentro? —Vryzas comienza a caminar en mi dirección con el semblante de un depredador y prácticamente me levanta por la cintura, me aferro a sus brazos sintiendo el vértigo repentino que me invade.

—¡Eh no hagas eso! —protesto dando un golpe en su hombro y envolviendo las piernas alrededor de sus caderas para obtener un mayor soporte. El magnate ríe melodiosamente haciendo que unas mariposas inexistentes pululen en mi estómago.

—Poco pensar y más actuar, dulzura.

Lo daría todo para que se mantuviera con esta actitud tan distendida y alegre. Cupido entra en el pulcro baño de mármol blanco y me deposita sobre el frío lavamanos del lavabo. Después camina hacia la moderna bañera, presiona un botón y el agua empieza correr.

Vuelve a mi encuentro y se posiciona entre mis piernas abiertas. Nuestras

miradas se enfrascan en un silencioso duelo, Eros acaricia mi muslo subiendo con lentitud hacia el dobladillo de mis bragas y mi piel hormiguea reaccionando a sus caricias.

—Quizás podemos ir directamente a la acción y prescindir de los preliminares, señorita Sanders.

Cada uno de mis poros se contraen por los estremecimientos ¿Es un juego para él? Tal vez le excita llamarme por mi apellido, niego soltando una risita ante tan absurda conclusión.

El griego hunde sus dedos en mi muslo. —¿Le parece gracioso lo que provoca en mí? —

doy por sentado que está enfadado por la seriedad que desprende, pero todo cambia cuando el ademán de una sonrisa lo traiciona.

—Me parece perfecto, los preliminares están sobrevalorados, señor Vryzas —sigo su juego.

—Sube ese precioso culo para mí. —pongo las manos sobre el mármol y me elevo, Eros desprende las bragas de mis caderas bajándolas por mis piernas hasta sacarlas por mis tobillos.

—Tienes unos pies hermosos. —murmura arrastrando las uñas por mi empeine lo cual envía un placentero cosquilleo a mi centro fundiéndolo como al chocolate caliente. Jadeo extasiada ¿Cómo lo hace?

Sus profundas pupilas me observan desde abajo, verlo así agachado es demasiado para mi generosa imaginación sin límites.

¿Cómo se sentirá el sexo oral al puro estilo Eros Vryzas? Cierro los ojos guardando la imagen en mi memoria cuando los abro el magnate se encuentra otra vez frente a mi rostro.

Enredado los dedos detrás de su nuca y lo atraigo hacia mí, muerdo su carnoso labio inferior, las ganas por hacerlo me estaban matando desde hace bastante tiempo. El magnate suelta un gutural gemido que activa cada terminación nerviosa de mi anatomía.

—Genova —suspira iniciando la danza entre nuestros labios hambrientos por el deseo, traspaso la banda elástica de su bóxer blanco y pellizco sus glúteos sonriendo en medio del beso. Eros no se queda atrás, desabrocha mi sujetador soltando mis pechos y tira de uno de mis turgentes pezones haciendo que arquee la espalda por la satisfactoria sensación. Me deleito con sus dulces labios ¿Cómo pueden saber así sin haberse cepillado?

Con desesperación bajo su ropa interior quiero disfrutar de cada parte de él. Los labios de Vryzas me reclaman posesivamente sin darme descanso

alguno. El avellanado rueda mi pezón entre sus dedos índice y pulgar, gimoteo, no aguantaré mucho tiempo, me siento como una caldera a punto de ebullición.

¡Joder!

—Espero que estés preparada —advierte jadeante abandonan mis labios. Él abre la puerta de un pequeño armario colgado cerca del largo espejo y saca un paquetito metálico.

—Por favor. —suplico con la voz más ronca de lo que me esperaba, el magnate me atrae más cerca del borde dándome una mirada cargada de deseo y abre el preservativo para desenvolverlo sobre su miembro erecto.

—Algún día tenemos que hacerlo sin esto, será más receptivo para ambos. —¿No usar condón sería dar el siguiente paso? Según mi punto de vista depositar la confianza en otro de esa manera es algo más íntimo.

—Eros —grito cuando su longitud me invade sin previo aviso haciendo que me contraiga a su alrededor.

—¡Oh joder, méli! —gruñe ocultando la cabeza en el hueco de mi cuello—. Esto será rápido, to léaina mou. —me estremezco entre sus brazos sintiendo cada palpitación de su mástil, él arremete contra mí sin misericordia.

—¡Ah! —gimo intentando analizar el abrumador poder del deseo que se concentra en mi vientre.

Esto no se puede comparar con lo que hicimos la primera vez, no es dulce y delicado, es simple y llanamente sexo duro, pero me encanta. Sus jadeos masculinos aumentan todo a un nivel superior provocando una tormenta entre mis hormonas femeninas.

Cada firme embestida es feroz, lo siento en lo más hondo de mi ser. Eros hace círculos con las caderas tocando el lugar preciso para volverme loca, estoy tan cerca, solo un poco más para saciar las novedosas exigencias de mi cuerpo. Araño su espalda cuando un nuevo torrente de dulce placer me atraviesa como una daga.

—Por favor —vuelvo a suplicar extasiada poniendo los ojos en blanco.

—¡Joder! —ruge el griego fascinado enterrando sus dedos en mi cadera. Entra y vuelve a salir, el gozo es mutuo, creo que estoy rozando los confines del paraíso prohibido.

Eros retrocede despacio y me penetra de golpe empujándome hacia delante, mis piernas se entumescen, voy a su encuentro con las caderas acompasando sus movimientos en un va y ven delicioso. El sonido de nuestras pieles chocando y nuestras respiraciones entrecortadas hacen eco en el baño.

¡Oh, que calor hace! El sudor comienza a mojarnos, la fricción entre

nuestros cuerpos es territorial como si fuéramos una parte primordial de cada uno.

Sus gemidos son un potente afrodisiaco para mí. Es una experiencia tan jodidamente seductora, él hace que mi cuerpo reaccione necesitando sus caricias.

Grito arqueando la espalda cuando Vryzas mete una mano entre nuestras pelvis y hace presión sobre mi clítoris. Mis entrañas empiezan a contraerse anunciando mi inminente orgasmo.

—Vamos Nena —ronronea elevando mis piernas para colocarlas sobre sus hombros, ciño mi agarre en su cuello con el fin de no caer de espaldas.

—¡Sí! —gimo.

La nueva posición es incluso más placentera, es como un dos por uno, con cada arremetimiento roza mi botón sensible con su pelvis y toca el punto más activo de mi interior.

El lago dorado de los ojos de Eros brilla, sus pupilas están dilatadas y la mirada que me dirige bajo sus frondosas pestañas es ardiente.

—No te resistas. —sisea iniciando una serie de embestidas toscas, la mete hasta el fondo y vuelve a retirarse. Mi cuerpo responde a sus palabras.

La bomba está a punto de explotar en mi interior arrasando con todo a su paso.

Mis piernas tiemblan y grito su nombre de manera incomprensible cuando un clímax imparable me atraviesa robándome el aliento. Me contraigo a su alrededor, pero él no se detiene, sigue con sus estocadas largas y pausadas estoy tan sensible que siento un segundo orgasmo con más potencia acercándose.

¡Jesús es demasiado! Mi cuerpo está agarrotado y no resistiré a otro clímax sin derrumbarme por completo. Eros baja mis piernas y me besa con sus apetecibles labios antes de gruñir mi nombre y derramarse en mi interior.

—¿No veníamos solo a ducharnos? —pregunto afónica, él ríe besando mi hombro con ternura.

—¿No crees que esta es la mejor manera de empezar un ajetreado día de trabajo? —contraataca, suelto una tonta carcajada pasando los dedos por sus definidos abdominales. Vryzas detiene mi mano y la suelta a mi lado negando con la cabeza.

—¿Quién podría resistirse a ti? —El griego frunce el entrecejo y me mira de forma inescrutable.

—Creo que la pregunta debería de ser a la inversa —propongo

arrastrando mis uñas por su cuero cabelludo, un ápice fugaz de dolor cruza su semblante, sin embargo, el griego lo oculta como un actor profesional de Hollywood

—El agua se está derramando —avisa en tono neutro saliendo de mí y dejando un frío vacío en su lugar. Desconcertada me bajo del lavamanos y no me suelto hasta estabilizar mis débiles piernas, el alivio post coital nubla mis sentidos haciéndome torpe.

Él anuda el preservativo y lo tira en un cesto pequeño al lado del retrete.

¿Qué he hecho ahora? Quito la goma elástica de mi muñeca y me recojo el pelo en alto. No estoy segura de que debería de decir o hacer ¿He herido sus sentimientos?

Me concentro en él notando las líneas rojas que cruzan sus omoplatos ¡Madre mía! Me he pasado un poco, parece que un felino salvaje acaba de atacarlo.

Me siento vulnerable, me encantaría saber en qué está pensando, resoplo frustrada jugueteando con mis dedos ¿Cómo voy a saber cuáles son los temas intratables sino quiere responder a mis preguntas?

El agua salpica desbordándose por la bañera cuando el magnate entra en ella. El olor de la miel rodea toda la estancia.

¿Me meto con él o no? Muerdo mi labio inferior.

—¿Pretendes quedarte ahí parada, Sanders?

Cuidadosamente me voy acercando a la bañera, no me atrevo a hacer contacto visual.

Meto un pie en el agua templada y me siento en la bañera con las rodillas pegadas al pecho. Escucho un bufido a mis espaldas y Eros me arrastra hasta tenerme tumbada sobre su torso. El nivel del agua roza hasta mis costillas, pincho varias burbujas a mi alrededor. El silencio es sepulcral ¿La gente es así después del sexo o solo nos pasa a nosotros?

—¿Puedo lavarte? —la cautela inunda su voz. Asiento relajándome contra él.

Eros echa el gel de ducha con aroma a miel en la esponja y restriega mis hombros delicadamente.

—¿Qué ha pasado con la puntualidad?

—Soy el jefe, me lo puedo permitir.

—Y yo soy la empleada no debería de llegar tarde —afirmo poniendo los ojos en blanco, la incomodidad inicial se está esfumando.

—Pues yo su jefe le permito llegar tarde siempre y cuando satisfaga mis

necesidades. —exprime la esponja sobre el valle de mis pechos y la espuma recorre su camino hacia mi ombligo.

—¿Cuáles son esas necesidades?

—Tiene que utilizar su inteligencia que es la esencia de su belleza, debo de admitir que es una joven brillante, pero sobre todo tiene que dejarme follarla... —me sonrojo furiosamente. —...Duro, en cualquier lugar y momento requerido —añade en un susurro antes de morder el lóbulo de mi oreja, suelto un suspiro apretando mis muslos juntos.

—Es una oferta tentadora hábleme de las cláusulas trampa del contrato.

—No hay trampas señorita Sanders, solo un hombre y una mujer con ganas de explorar. —aclara frotando mi vientre, suelto una pequeña carcajada.

No me parece una mala idea, los diferentes escenarios que podríamos vivir empiezan a construirse en mi cabeza.

—¿La señora de ayer es tu madre? —me tenso notoriamente y el deja de pasar la esponja por mi cuerpo.

—Sí, lo es.

—No tenéis una relación muy amena ¿cierto? —por un momento me planteo salir corriendo y no responderle, pero si pretendo que se abra a mí yo tengo que dar los primeros pasos.

—No, nos distanciamos hace algunos años —respondo juntando mis labios en una tensa línea.

—¿Puedo saber las razones?

—Me echó de casa —el magnate apoya su barbilla en mi cabeza.

—¿La rebeldía de la adolescencia?

—Se podría decir así. —Todavía no estoy lista para hablar de Pablo, después de que mi madre me tachara como la mentirosa de la familia no le encontraba sentido a contárselo a otra persona, nada puede cambiar el pasado y el daño ya está hecho.

—Nunca hubiera creído que la tierna señorita Sanders oculta a una rebelde empedernida en su interior —bromea zanjando el tema.

Las dudas eligen el momento menos indicado para invadir mis pensamientos.

¿Realmente tenemos una relación? Creo que no somos más que un idilio pasajero. Suelto un suspiro cayendo en la cruda realidad. Quiero soltarle la pregunta, pero me muerdo la lengua cohibida, no sé si en realidad saber la respuesta será la solución a mis miedos.

Me gustaría saber quién es esa mujer con la que tuvo una extensa relación

¿Cuánto tiempo habrá pasado? Si yo soy la tercera no creo que más de unos pocos meses, no es algo habitual en el ser humano mantener un compromiso únicamente con dos personas. Sin embargo, tal vez el magnate ha tenido más relaciones serias lo único que me aclaró es que ha mantenido relaciones sexuales con dos mujeres más a parte de mí.

—Creo que es mi turno de preguntar ¿Quién es la otra mujer que mencionaste?

—No fue algo formal, Pattie y yo tuvimos una relación de amigos con beneficios por algunos meses. —¿Seré solo una amiga para él? Trago saliva, la idea no me es atractiva.

—¿Griega?

Hace círculos con sus dedos sobre mi plano vientre. —Ella es canadiense.

—¿Cómo llegaste aquí? —pregunto para salir del terreno escabroso en el que me estoy metiendo.

—Mis padres vendieron unos kilómetros de la granja para pagar el viaje, ellos querían que buscara una mejor estabilidad y que estudiara una carrera universitaria. Cuando llegue a Canadá apenas acababa de cumplir los dieciocho, fue un cambio muy brusco, yo no hablaba el idioma y me costó bastante encontrar trabajo. Me rendí, no quería que mis padres sacrificaran más por mí y yo no cobraba el dinero suficiente como para costear una Universidad. En mi segundo año en el país conseguí entrar en una formación profesional, me gradué con la nota más alta de mi clase en marketing y comunicaciones. Decidí invertir parte de mis ahorros en acciones y las cosas fluyeron de maravilla, con mis primeros veinte mil dólares fundé una pequeña empresa que ha crecido hasta ser lo que es hoy. No obstante, solo es insignificante dinero. Todos buscamos la felicidad, pero nadie tiene la fórmula exacta para alcanzarla —cuenta mientras suelta mi pelo, creo que está obsesionado con él.

Eros es la viva imagen de todo lo que el ser humano desea conseguir, el éxito.

—¿Qué somos? —pregunto irguiéndome con los nervios a flor de piel. En algún momento tendremos que aclararlo, no podemos posponerlo para siempre.

—No hace falta que tengamos una relación para poder estar juntos, ese no es mi estilo Genova. —responde tajante.

Mi ánimo desciende empicado y mis ojos pican por las lágrimas que se

están acumulando ¿Por qué esa animadversión a las relaciones?

Apoyo las manos a cada lado de la bañera y me inclino hacia delante soltando un suspiro. —Es bueno saberlo —contesto esforzándome para no titubear, no quiero que se dé cuenta de cuanto ha logrado afectarme su confesión.

¿Hay vuelta atrás? Me parece que es una opción imposible, ya estoy metida en esto hasta el fondo, él ha conseguido calarse en cada parte de mi ser. Yo quiero todo no solo la parte al desnudo quiero que me muestre al verdadero Eros.

—¿Genova? —mi labio inferior tiembla y salgo de la bañera esquivando su mirada. Parece que interpreta muy bien las expresiones corporales, un punto a su favor y uno menos para mí tablero.

—Me voy a vestir —le dirijo una sonrisa tensa intentado que la situación se vuelva más amena.

Sus ojos queman en mi espalda mientras me seco, la tensión se podría cortar con un cuchillo sin lugar a dudas. Cepillo rápidamente mis dientes y salgo del cuarto de baño cerrando la puerta detrás de mí.

¿Cobardía? Si eso se pudiera representar en una sola persona yo sería la elegida.

Me siento frustrada, como si estuviera dando vueltas en un laberinto sin salida.

Arreglo mi pelo frente al gran espejo redondo de su habitación y me sorprendo al ver la deslumbrante chica de oscuros ojos tristes que me devuelve la mirada.

«Carpe diem.» enfatizo repitiendo la frase en mi mente.

Pero ¿Hasta cuándo será válido el Carpe diem?

No me gusta conformarme, eso es sinónimo de quedarse estancado. Yo quiero más, quiero que me dé y me muestre todo lo que tiene, quiero que sienta lo mismo que yo siento por él. Eros sale del baño justo cuando estoy terminando de abrochar el último botón de mi vestido. Me siento en la cama y me pongo las cómodas bailarinas.

Escucho sus pies descalzos chocar con el suelo y la puerta del armario siendo deslizada. Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo.

¡Si tan solo pudiera decirle todos los abrumadores sentimientos que tengo por él sin que se aleje de mí! Sin embargo, es una tarea complicada, por no decir imposible.

El magnate es como un tren en marcha que está a punto de desviarse en

cualquier momento, me tiene totalmente a su merced.

—¿Estás lista? —recorro su atuendo con los ojos, lleva un sofisticado traje negro que lo hace ver dominante y magistral. La corbata roja le da el toque masculino final para derretir a todas las féminas que estén a un radio menor de cinco kilómetros.

Eros me mira con una ceja levantada y todas las preocupaciones se esfuman por unos segundos.

—Eh...claro —tartamudeo asegurándome de que no me dejo nada.

Juntos abandonamos la estancia en su coche, zigzagueando entre los vehículos del molesto tráfico matutino. El sol brilla con fuerza dándole vida a la extensa ciudad de Toronto.

—¿Y Franklin? —pregunto intentando entablar una conversación. Creo que nuestro campo fuerte es el sexo, es lo único en lo que conectamos por completo sin obstáculo alguno.

—Ya está allí, quería que estuviéramos solos —una pequeña sonrisa se asoma por las comisuras de sus labios y mis neuronas chispean reanudando su vinculación.

—¿Para qué necesitas seguridad? —sé que no le gusta cuando mi alter ego curioso sale a la luz, pero es la única manera de distraerme para no pensar en su confesión.

—Te sorprendería saber cuántas personas sin escrúpulos existen ahí fuera —frunce el ceño y aprieta las manos sobre el volante hasta que sus nudillos se ponen blanco.

Nos adentramos en la calle principal y los nervios me carcomen ¿Qué pasará si se dan cuenta de lo que hago con el jefe? Es simple cuestión de moral, nunca debí de dejarme llevar, pero totalmente imposible resistirse a Vryzas.

No puedo renunciar sería una estupidez hacerlo. Seguramente en cuanto se canse de mí pondrá fin a todo esto ¿Debería de sentirme aliviada? Yo no quiero que se acabe nunca.

Eros aparca en el subterráneo y abre la puerta para mí. Una de sus manos reposa sobre mi espalda baja mientras caminamos hacia el ascensor.

—Bienvenida a Fars Company señorita Sanders —habla sonriendo y le devuelvo el gesto.

Siento una de sus manos apretando mi trasero y como deja algunos besos en mi cuello haciéndome soltar un jadeo.

—Es usted un jefe muy osado, señor Vryzas.

—¿Usted lo cree? —el sonido del ascensor nos interrumpe, sobresaltada me separo del magnate como un resorte.

Cada uno está enfrascado en su trabajo y ni siquiera se dan cuenta de que Eros ha llegado. Pasamos a una amplia sala de juntas vacía y el griego saca un portátil de su maletín. El Eros concentrado es un ser de otro mundo.

—Solo tienes que apuntar las fechas, lugares y sectores.

No es algo complicado para ti —asiento cogiendo el iPad que me tiende.

Cupido inicia una video llamada con un grupo de empresarios, es tan frío y calculador con ellos, pero así se ve jodidamente hermoso. Trato de escribir todo a la perfección y cuando la conferencia termina Vryzas me despide con un apasionado beso en una de las esquinas.

—¿Tienes mi número? —niego con la cabeza. El avellanado logra sacar mi móvil del bolsillo trasero de mi falda y se agenda entre mis contactos.

—¡Eso es una falta de respeto! —protesto juguetonamente, él suelta una carcajada y le hago un gesto para que guarda silencio.

—¿Paso por usted señorita Sanders? —pregunta acompañándome al ascensor.

—¿Dónde quedó el Nova? —susurro para que nadie nos escuche.

—Mientras estemos aquí es mejor que no nos tuteemos —me encojo de hombros restándole importancia.

—No hace falta que me busques, Amanda ya estará en casa. —su mirada muestra decepción y pulsa el botón de la planta cero dejándome desconcertada.

—Adiós, Eros.

—Adiós, Nova. —Consigue decir antes de que las puertas se cierren.

Una vez fuera del edificio cojo el primer Taxi que encuentro y emprendo mi camino hacia el hospital, peleando contra los pensamientos destructivos.

Mi madre y Pablo ya no está en el lugar cuando llego y la prometida de mi hermano me recibe con una calurosa bienvenida.

—¿Y las niñas?

—Mi suegra se las ha llevado, estaban muy cansadas. —dice encogiéndose de hombros.

—¿Anthony? —su semblante se entristece al instante y un vacío golpea mi corazón.

—La anestesia se ha ido de su cuerpo hace unas horas, pero aún no ha despertado. Los doctores dicen que va progresando muy bien para el estado en el que se encuentra. —cierro los ojos ¿Qué ha hecho él para merecerse esto?

Siempre ha sido un buen chico.

—¿Ya podemos entrar a visitarlo? —ella niega con la cabeza y nos sentamos en la sala de espera.

Estoy varias horas haciéndole compañía a mi cuñada e intentando que Amanda me coja el teléfono, pero solo recibo un mensaje de su parte.

De: Amanda

Las llaves están en el buzón.

Estoy harta de sus evasivas hemos llegado a un punto en el ya no la reconozco.

Cuando entro en casa me siento completamente desolada, ya me había acostumbrado a la potente presencia de Eros y a dormir junto a él.

Es una necesidad, como el aire o el agua.

Capítulo 14. Una detective poco eficiente.

—Sí equis es igual a noventa y tres entonces el valor de «y» es.... ¡Ugh! —paso una mano por mi pelo soltando el bolígrafo sobre el cuaderno frustrada.

Me he levantado dos horas antes para poder repasar un poco, tengo un examen de matemáticas hoy y no estoy concentrada, Vryzas ha contratado a un profesor particular que viene todos los miércoles para prepararme para el examen del título de secundaria y no, no consulto conmigo su decisión. Tengo tanto tiempo sin hacer esto que me está costando horrores y el hecho de que Eros este rondando en mi cabeza no ayuda en absoluto.

Lleva evitándome una semana, me envía correos con la información necesaria para que le recuerde las cosas que tiene que hacer en el día, concretar sus citas y reuniones o para que archive la información de sus clientes entre otras cosas. Es como un fantasma, no me doy cuenta de cuando llega o de cuándo se va, las pocas veces que lo he visto han sido por casualidad y ni siquiera se ha molestado en mirarme únicamente suelta un: «Buenos días Señorita Sanders.» mientras deja el rastro de su exquisito perfume.

¡Joder, sí, me molesta! Lo extraño y odio su indiferencia.

«No hace falta que tengamos una relación para poder estar juntos, ese no es mi estilo Genova.» Sus palabras son como un disco rayado que no para de repetirse una y otra vez sin dejarme descansar. No dejo de darle vueltas a lo mismo intentando entenderlo.

He tratado de animarme e ir a tocar la puerta del griego, pero si él no quiere verme no puedo obligarlo a hacerlo. Creo que ya se ha cansado de mí. Mi viaje al paraíso a penas a durado unas pocas semanas y es mi culpa por haber sucumbido a sus encantos, fue bonito mientras duró.

¡Sino hubiera abierto la jodida boca!

Lo necesito, necesito que esté aquí y me abrace reconfortándome como solo él sabe hacerlo, necesito un hombro en el que llorar, alguien que me diga que todo estará bien. Mi hermano ya lleva ocho días en el hospital y aún no ha despertado, los médicos dicen que está en coma, ellos no pueden hacer nada. Voy todos los días, desde que permiten las visitas me siento a su lado y le hablo sobre las cosas que me han pasado en estos años. Amina está destrozada, no quiere comer ni dormir y apenas sale del hospital. Me quedé una tarde con mis sobrinos son un encanto; Ania es una alegre niña de tres años y su hermano Aleph un bebé de dos meses tranquilo que pasa la mayor parte del día durmiendo, al parecer ellos han decidido empezar una tradición y llamar a sus hijos con la letra «A».

No pierdo la esperanza, sé que Anthony va a volver.

Bufo y borro el ejercicio para volver a empezar, pero el insistente timbre me interrumpe, hago caso omiso y arrastro el lápiz por el papel escribiendo las fórmulas necesarias.

—¡Ya voy! —grito poniendo los ojos en blanco.

Echo un vistazo por la mirilla de la puerta y la abro encontrándome con un joven cartero malhumorado.

—Buenas tardes un paquete para la señorita Amanda Milani, firme aquí por favor —firmo en el papel del tablero y le devuelvo el bolígrafo.

—Adiós.

—Adiós —digo entrando con la caja.

Amanda con esta son dos semanas sin verla, la última vez que supe de ella fue hace unos días cuando vino mientras estaba en el trabajo, se llevó parte de su ropa y me dejó una nota en la cama:

«Me quedaré un tiempo con mi novio.

No extrañes, tu mejor amiga.»

No sé dónde está o si se encuentra bien, desde que somos mejores amigas hemos hecho todo juntas y ahora parecemos extrañas que acaban de conocerse. Por supuesto, la señora no me responde los mensajes o llamadas. Amanda me preocupa y estoy comenzando a pensar que algo va mal en su relación.

¿Quizás la está maltratando? Me desahogo rápidamente de esas suposiciones, Amanda es una mujer inteligente y sabe lo que hace, aun así, necesito asegurarme de que todo esté bien con ella y su bebé. Si supiera lo que está pasando con Anthony pegaría el grito al cielo, en cierta manera me siento traicionada le he enviado cientos de mensajes pidiéndole que venga porque

necesito su apoyo y ha pasado de mí por completo. Es como si ya no existiera para ella.

Leo la información impresa en el paquete en busca de algún indicio sospechoso o alguna dirección para ir a buscarla.

No soy una intrusa, solo me estoy preocupando por mi mejor amiga, será un vistazo y ya está. Es una pequeña invasión a su privacidad.

Doy vueltas a la caja, pero no hay ningún remitente en la etiqueta. Cojo el primer lápiz que encuentro y corto la cinta adhesiva, me estoy arriesgando a recibir una bronca monumental de parte de Amanda Milani, no obstante, si encuentro algo valdrá la pena aguantar a la señorita no toques mis cosas.

Es hermoso, nunca había visto algo empaquetado de tal manera; por fuera parece una simple caja de color marrón, pero por dentro es totalmente diferente. Un papel de seda color blanco perla con detalles en plata protege su contenido y una carta cerrada con un sello redondo de cera dorada se encuentra sobre este.

¿Debería o no debería? Desecho mis dudas y rompo el sello abriendo la carta. Que caligrafía más sofisticada y limpia.

«Querida Amanda,

No sabes cuan feliz estoy de que hayas aceptado mi oferta, eres todo lo que necesito y me gustaría expresarte mis sentimientos a través de esta carta, pero se haría infinita.

Nuestra hija será amada sin importar las condiciones. Siempre estaré aquí para ti.

PD: Si no me encuentras en el apartamento hay una llave de repuesto enterrada en la maceta de los geranios.

Con amor, Stephan.»

Abro el recibo que ha estado escondiendo todo este tiempo detrás de la carta y leo rápidamente cada apartado hasta encontrar lo que buscaba.

¡Bingo! Ya te tengo querida.

«Dirección de facturación:

Stephan Marlon

825 Church St

Toronto, ON»

Saco el móvil de mi bolsillo y apunto las indicaciones en él. Hoy es miércoles por lo que trabajo tres horas y después tengo el examen de

matemáticas. Por suerte salgo antes de las cuatro y ese es tiempo suficiente para ir a la dirección del apartamento. Sino la encuentro allí por lo menos ese tal Stephan sabrá algo sobre su paradero.

¿No estaré llevando mi paranoia al extremo? Puede que Amanda se encuentre perfectamente bien y disfrutando de su tiempo con quien sea que esté.

Realmente tengo que encontrar la manera de olvidarme de todo lo que respecta a Eros Vryzas. Si él ha logrado olvidarse de mí ¿Por qué yo no puedo?

Soy un caso perdido que no para de caer en el abismo del magnate.

Pongo las cosas otra vez en la caja y guardo los cuadernos en mi bolso, ya me tengo que ir, el autobús pasa dentro de diez minutos.

Como lo he estado haciendo todos estos días mi único desayuno es un plátano recién madurado, con lo impredecible que está siendo mi vida no tengo el estómago suficiente para comer de forma más nutritiva.

Mi transporte llega puntual, a la misma hora de todos los días. Mientras voy sentada en el duro asiento de plástico me concentro en cada uno de los detalles del camino; los rayos del sol danzan alrededor de las pocas nubes blancas que salpican el cielo azul y las amarillentas hojas de los arboles están empezando a caer. Nadie sabe las ganas que tengo de volver a sentir los labios del griego o de escuchar su gutural risa.

Chasqueo la lengua molesta, Eros me afecta de tal manera que es inexplicable ¿De qué me vale decirle lo que siento por él si cuando le hablo sobre una relación desaparece?

Mis deseos han cambiado drásticamente desde que admití que me he enamorado de él, antes no me importaba que no tuviéramos nada, sin embargo, ahora siento un deseo febril por formalizar una relación, quiero sentirme segura y no pender de un hilo, quiero sentir que es completamente mío.

Es un jodido misterio, si bien sé que podría destruir mi corazón sigo amándolo. Siempre creí que lo que sentía por Adam era amor verdadero sin embargo tras sopesar me he dado cuenta de que era simplemente cariño. Él y yo nos encerramos por años en una relación disfuncional que terminó decepcionándome y provocando que rechazara a todos los hombres que se me acercaban hasta que llegó Eros.

¿Quizá solo estaba acostumbrada a Adam y no lo quería dejar ir?

El marcó parte de mi vida, nuestra relación fue bonita mientras duró, pero no terminó de la mejor manera. Creo que lo que más me dolió fue sentirme

traicionada, yo le había dado todo de mí y Adam quería a otra mujer. Debí de haber notado las señales, nunca pasábamos de los besos o sentía el arranque de deseo que el magnate provoca en mí ¿Qué se podría esperar de una niña tonta y soñadora de apenas quince años?

Me pongo de pie y camino rápidamente hacia la puerta de salida, casi me paso de la parada correcta por estar mirando a las musarañas. Está haciendo un poco de frío y pronto tendré que sacar el paraguas, es lo que trae el hermoso otoño.

—Buenos días Genova ¿Cómo sigue tu hermano? —pregunta alegre Jeremy el recepcionista de la empresa.

—Buenos días, no hay nada nuevo —él y yo tenemos una pequeña amistad en ascenso, es una persona bastante amigable que le puede alegrar el día a cualquier, también es el único con el que hablo en este lugar.

Cuando llego a la planta correspondiente me acomodo en mi escritorio de madera a tan solo unos metros del jefe, es una tortura no poder entrar ahí y perderme en el mar dorado de sus ojos. Sería ridículo ir a reclamarle, al fin y al cabo, no tenemos una relación que nos una.

Mientras hago mi trabajo tengo la esperanza de que salga por esa puerta y me derrita con una de sus carismáticas sonrisas, pero eso no pasa y lo único que recibo es un correo electrónico.

«De: Eros Vryzas

Para: Genova Sanders

Asunto: Reunión

Fecha: 01/09/2018 10:03 am

Buenos días señorita Sanders, necesito que haga espacio en mi agenda para convocar la próxima semana una reunión con la empresa alemana. No se olvide de hacer los arreglos necesarios para que el Jet privado esté listo a tiempo.»

Me toma unos pocos minutos contactar con la empresa de Alemania que firmará un contrato con Fars Company, en cuanto escuchan el apellido Vryzas las cosas se mueven más rápido. Por suerte su *Jet* privado siempre está listo para cuando él tenga que viajar.

«Para: Eros Vryzas

De: Genova Sanders

Asunto: Reunión

Fecha: 01/09/2018 10:15 am

Buenos días señor Vryzas, He concertado su reunión para el viernes tres a las nueve en punto de la mañana. Su vuelo sale del aeropuerto de Toronto el jueves dos a las tres de la tarde y llega a Berlín a las tres de la mañana (zona horaria CEST)»

Es tan desesperante, es una agonía. Hemos pasado de compartir la cama a enviarnos correos electrónicos llenos de palabras frías y monótonas.

Me pregunto si tendré que viajar junto a él, realmente lo dudo, no me ha mencionado en su mensaje.

El tiempo pasa lentamente y me concentro en hacer mi trabajo que hoy está más aburrido de lo habitual.

Cuando el reloj marca las once y media doy por terminada mi jornada laboral y bajo a la última planta para iniciar mis clases.

El profesor Marlon es un cuarentón imponente que se mantiene en forma. Él es un hombre bastante apuesto de tez bronceada, pelo castaño y expresivos ojos grises que harían suspirar a cualquier mujer, menos a mí.

El aula es un amplio rectángulo de paredes blancas, con un escritorio de madera y repleto de pupitres. Aquí no utilizamos pizarra ya que todo lo hacemos a través de unos iPads que provee la empresa.

—Alumnos, guarden todas sus pertenencias —grita la ronca voz de Marlon—. Tienen dos horas para completar las preguntas del examen — recalca aumentando mi nerviosismo.

El examen inicia inmediatamente, no parece ser tan complicado y lo termino antes de

lo que me esperaba con media hora de sobra. Alguien da unos firmes golpes en la puerta, el profesor Marlon sale de la clase y tras unos pocos segundos vuelve a entrar.

—¿Genova Sanders?

—Soy yo —respondo apartando el bolígrafo de mis labios.

—Entrégueme el examen por favor, alguien la está esperando en el pasillo. —

Desconcertada le entrego el examen conectando con sus grises ojos que se me hacen genuinamente familiares.

¿Quién será? Podría ser alguien del hospital que ha venido porque algo grave está pasando y yo tengo el móvil apagado, con el corazón en la boca me

apresuro a salir al pasillo.

De improvisto unos fuertes brazos me acorralan contra la pared, el miedo está empezando a hacer estragos en mi sistema, no logro ver quien es, estoy a punto de gritar en auxilio cuando los labios del sujeto chocan con furia contra los míos y lo reconozco al instante.

Es un beso posesivo e implacable que lentamente me lleva al borde del acantilado, nuestros labios se moldean adaptándose y nuestras lenguas juegan como dos conejos salvajes. El aroma que tanto extrañaba inunda mis sentidos ¡Oh joder, resístete Genova! Me remuevo intentando escapar de la bruma de excitación que empieza a recorrer mi torrente sanguíneo. Sus labios son tan suaves, son una delicia.

Gimo en medio del beso, nada importa, todo lo que está a nuestro alrededor desaparece, solo estamos él, yo y la pelea entre nuestros labios. Llevo mis manos a su pelo y enredo los dedos entre sus mechones recibiendo un jadeo de su parte cuando arrastro mis uñas suavemente sobre su cuero cabelludo.

¿Es qué no se da cuenta de donde estamos?

El magnate mordisquea mi labio inferior y nos separamos con la respiración entrecortada.

Conecto con sus brillantes ojos mieles, se ve nerviosos como si estuviera enfadado por alguna razón.

—¿Qué haces aquí? —pregunto intentando emplear mi mejor tono de desinterés.

Eros levanta una ceja con incredulidad —Es mi empresa.

No estoy dispuesta a permitir que continúe jugando conmigo ¿Me ignora durante días y después vuelve?

—¿Por qué me besas sino te importo lo suficiente como para si quiera pararte a saludarme? —su semblante cambia drásticamente y se contrae por la tristeza, él lo oculta con rapidez tras una máscara de neutralidad.

—No sabes lo que estás diciendo, estar juntos no es bueno para ninguno de los dos, pero tampoco lo es estar separados.

—Te necesito. —susurra mordisqueando el lóbulo de mi oreja. —No sabes las ganas que tengo de poseerte, pero no llevo preservativos encima —sus largos dedos acarician mi piel.

Por un momento sus palabras me recuerdan que debo de concertar una cita con el ginecólogo aun no estoy lista para ser madre y al parecer hemos vuelto a la carga.

Frunzo el entrecejo y lo observo con incredulidad—Ósea, me ignoras durante toda la semana y no vienes a buscarme hasta que quieres acostarte conmigo—chillo enfadada gesticulando con las manos.

Él me observa perdido y se apoya sobre la madera del escritorio. —No es solo sexo, siento que te necesito junto a mí a cada segundo del día. Te has convertido en algo esencial en mi vida y me siento abrumado. Eres una intrusa que se ha metido en mi mundo sin pedir permiso, méli. Yo necesito cerrar las puertas del pasado antes de dejarte entrar en mi vida —dice besando mi frente.

—Yo no quiero seguir con este juego

—No es un juego, solo dame tiempo, por favor.

Mi corazón late apresuradamente y sus palabras me conmueven, se ve tan afligido. Saber que se está abriendo a mí aviva mis esperanzas.

Acaricio su hermoso rostro y poso mis labios con lentitud sobre los suyos. Sus manos bajan a mis glúteos y los aprieta con fuerza. El enfado que fluía por mi cuerpo desaparece por completo.

—Yo estoy hecho un lio y necesito de ti, no te alejes por favor. Eres especial para mí —me muerdo el labio inferior y una batalla interna tiene lugar en mis pensamientos, una batalla que es interrumpida por los labios del griego

El griego posa una mano sobre mi cadera y con la otra tira de mi coleta hasta tener mis labios a su merced. Es un beso brusco y satisfactorio propio de un hombre como Vryzas. Yo no logro resistirme a su dominancia es un potente relámpago decidido a terminar conmigo ¡Oh madre mía, como estaba deseando volver a saborear su boca! Su lengua empuja en mi interior iniciando un baile seductor. El avellanado empieza a dar pasos llevándome con él hacia una puerta y la abre introduciéndonos a los dos en el lugar. Interrumpimos el beso por la falta de aire. Lentamente va depositando húmedos besos sobre mi mandíbula haciendo que me estremezca entre sus brazos.

—¿Has hecho antes una felación? —su pregunta me toma por sorpresa, examino la habitación a mi alrededor, es un salón de clases vacío, un lugar poco común para ese tipo de prácticas.

—Yo...esto ¿qué? —mis mejillas arden por la vergüenza y boqueo como un pequeño pez fuera del agua sin saber que decir ¿Qué le está pasando? Sus acciones son muy impulsivas.

—Nena, ¿Lo has hecho o no? —niego con la cabeza repetidas veces.

—¡Joder! ¿Dónde has estado todo este tiempo, to méli mou?

Estoy segura de que no hay nada más cautivador que el acento griego incluso cuando no entienda lo que me está diciendo.

—No te preocupes, yo te voy a enseñar. Ponte de rodillas —dice en tono autoritario apoyándose contra la pizarra. Acato su orden y me arrodillo aferrándome a la tela de su pantalón.

La idea de hacer lo que me está pidiendo me parece algo excitante, trago saliva viendo como muerde su labio inferior. Mi curiosidad se despierta.

—Quítame el pantalón —gruñe el magnate alborotando su pelo sensualmente.

Mis manos están temblando como una hoja y se me dificulta un poco desabrochar su cinturón, pero lo consigo, torpemente quito el botón y engancho mis dedos en el dobladillo de su pantalón.

—Hazlo —su voz suena desesperada.

Tomando cada gramo de valentía que tengo bajo su pantalón junto a su bóxer blanco dejando libre su prominente erección.

¡Por Dios! Se supone que todo eso tiene que entrar en mi boca.

El magnate me brinda una sonrisa de medio lado y cierra su mano alrededor de su miembro iniciando un movimiento lento en el que recorre cada centímetro de su longitud. Yo junto mis muslos, el deseo está empezando a bullir en mi vientre y no puedo apartar los ojos de lo que está haciendo. La respiración de Eros se acelera y desde aquí puedo ver como sus ojos se oscurecen.

Al parecer ya he perdido otra batalla contra Vryzas.

—Es tu turno —dice apretando la mandíbula y soltando su virilidad.

Trago saliva y titubeante atrapo su cálida erección en mi puño, es una sensación extraña, es dura y firme, pero a la vez es suave como la seda. Siento cada una de sus palpitantes venas bajo la palma de mi mano, Eros se tensa y podría jurar que empieza a temblar. Muevo mi mano arriba y abajo mientras voy cogiéndole más confianza.

Entreabro los labios y paso la punta de mi lengua recogiendo las primeras gotas del salado líquido pre seminal, no tiene un sabor desagradable, pero es algo exótico.

—¡Oh, Genova! —El griego suelta un ronco gemido que me incita a seguir con lo que estoy a punto de hacer.

Abro un poco más la boca y chupo sin apartar la mirada de su rostro el cual se contrae por el placer. Tiene los ojos cerrados y pequeñas gotas de sudor perlan su frente.

Es como si estuviéramos haciendo algo prohibido y el hecho de que alguien pueda entrar en cualquier momento le agrega más adrenalina al asunto.

Eros empuja su cadera levemente hacia delante y más de su masculinidad ocupa mi boca, intento introducirlo hasta el fondo y cuando una arcada contrae mi garganta me detengo.

Me concentro otra vez en la punta arrastrando levemente los dientes allí y el magnate se estremece extasiado. Tener el control me hace sentir poderosa

¡Puedo acostumbrarme a hacer esto! Me gusta cuando los roles se invierten.

Nunca me hubiera imaginado que el sabor de Eros Vryzas sería tan delicioso.

Lo hundo hasta la mitad de mi boca y me retiro siendo cuidadosa de no hacerle daño con los dientes.

—Jesús nena, ¡cómo lo haces! —Su boca está entreabierta y su respiración es irregular.

Giro la lengua alrededor de su erección y más de su sabor inunda mi paladar. La vena en su cuello sobresale y su cara está roja, creo que está intentando contenerse.

Traviesamente empiezo a hacerlo más lento y profundo tomándome mi tiempo en succionar la cabeza de su miembro. Verlo entregado por completo al placer carnal es una maravilla, como un sueño hecho realidad y saber que yo soy la culpable de lo que está sintiendo es lo más excitante que he experimentado.

Eros enreda su mano en mi coleta y empuja contra mi boca, continúa explorando cada detalle de su miembro con mi lengua como si me estuviera comiendo mi helado favorito. Sus jadeos son música para mis oídos, en todo caso son música para mis hormonas.

—Por favor para —suplica.

Oh no querido, no siempre vas a tener el control.

Hago caso omiso y vuelvo a arrastrar los dientes sobre su palpitante glándula para después presionar mi lengua contra su hendidura. Vryzas pierde el control, su cuerpo se tensa por completo liberando la esencia caliente y salada que baja rápidamente por mi garganta sin poder detenerla.

¡Me ha encantado! Es algo nuevo que no pensé que me atrevería a hacer.

—Eres increíble —murmura jadeante ayudándome a ponerme de pie.

No hace falta buscar la definición de la perfección sabiendo que ya la tengo delante.

Me sostengo de sus bíceps y mojo mi labio inferior.

—Deberías de haber parado cuando te lo pedí —riñe con el ceño fruncido, me encojo de hombros ¿Se supone que no debería de habérmelo tragado?

—No ha estado mal, lo repetiría —el magnate suelta una carcajada ronca y pone un mechón suelto detrás de mi oreja.

—Prometo que te lo devolveré.

—No sé si lograré sobrevivir, pero no me niego a la oferta.

Eros me pega a su anatomía y aprieta mis glúteos dándome una mirada ardiente llena de promesas. —He creado a una adicta sexual. —sonrío ante la realidad, Soy adicta a él.

—¿Por qué actuabas así? —Solo lo he visto en ese estado en dos ocasiones y la primera vez terminó con moretones en los nudillos.

—Problemas en el trabajo —responde vacilante. —Eres mi único escape de la realidad.

Me asombra saberlo y un cálido sentimiento emerge de mi corazón. Tal vez tenemos una oportunidad para estar juntos. Pero las dudas son implacables y empiezan a agobiarme, sin embargo, no digo nada temiendo que vuelva a alejarse de mí.

Soy una tonta enamoradiza.

—Somos un caso caótico —expresa subiendo sus pantalones.

Trazo con la yema de mis dedos el pequeño tatuaje de una mariposa dibujada en la piel de su cadera, no lo había notado antes. Ladeo la cabeza asombrada, Eros no parece ser del tipo de persona que se tatúa, por lo que esa mariposa tiene que tener un gran significado oculto.

—¿Por qué una mariposa? —él atrapa mi mano apartándola y junta sus labios en una fina línea. No me va a responder, ya el tema está zanjado.

—Creo que su horario de clases ha concluido señorita Sanders. Espéreme dentro de diez minutos en la recepción. —Vryzas deja un casto beso sobre mis labios y me acompaña a recoger mi bolso para dejarme en el ascensor. —Por cierto ¡No flirtee con el recepcionista! —advierte antes de que las puertas se cierren.

¿Flirtear yo? ¿Eran esos celos? Por supuesto que lo eran ¡Eros Vryzas celoso! Siempre aprendo algo nuevo de este hombre.

Me pregunto cómo sabe de mis conversaciones con Jeremy.

En cuanto llego a la recepción la bruma de lujuria se esfuma por completo y sin dudarle salgo a la calle, no tengo tiempo para esperarlo quiero

llegar lo antes posible a la dirección del paquete, Amanda es mi prioridad ahora mismo.

Como si la suerte estuviera de mi parte logro que un taxi pare en menos de lo que me esperaba, suele ser muy complicado atrapar un taxi en esta parte de la ciudad.

Deduzco inmediatamente que es un fumador empedernido, el agobiante olor a cigarrillo que inunda el interior del vehículo y su voz ronca son prueba de ello.

¿Por qué los humanos tendemos a destruirnos a nosotros mismos? Es un enigma bastante difícil de descubrir. Destruimos cada una de las cosas que tocamos sin importarnos nada. No pensamos en las consecuencias de nuestras acciones.

—¿A dónde señorita? —pregunta el desgarbado conductor.

Rebusco mi móvil en las profundidades de mi desordenado bolso y le muestro la nota con la dirección.

—Hemos llegado, serán seis dólares con cincuenta centavos —entrego el dinero y salgo del coche dándole un asentimiento de cabeza como despedida al señor.

Tal vez debería de haberle pedido a Eros que viniera conmigo, si las cosas se salen de control yo no sé si tendré la fuerza suficiente para detener un ataque físico.

Frunzo el ceño pulsando el botón automático que abre las puertas al lujoso recibidor del lugar. En realidad, no hacía falta coger un taxi podría haber recorrido los pocos metros entre la empresa y el edificio de apartamentos a pie.

Como si lo hubiera invocado su nombre se ilumina en la pantalla de mi teléfono.

—¿Por qué coño te has ido? —brama desde el otro lado de la línea. Pongo los ojos en blanco soltando un largo suspiro. Es mejor guardar la calma si se está tratando con Eros Vryzas alias el déspota.

Eros puede engatusarme y atraparme dentro de las deslumbrantes motas verdes de sus ojos dorados, pero es un jodido grano en el culo cuando no consigue lo que quiere.

—Era una urgencia tenía que irme —murmuro leyendo las placas de los buzones hasta dar con Stephan Marlon.

¡Ugh! No puede reclamarme nada después de haber dejado en claro los

términos de lo que tenemos ¿cierto? Ha fingido que soy invisible durante una semana y se atreve a arremeter contra mí como un tren de carga en marcha, creo que no se da cuenta de lo vulnerable que soy ante él.

—¿Dónde estás? —pregunta en un tono de preocupación enmascarado por la exigencia. —¡Joder! Te dije que me esperarás, pero tu maldita tenacidad siempre gana.

Resoplo haciendo volar uno de mis rizos, si quiero hacer esto necesitaré ayuda. —Realmente este no es el momento para discutir Eros, te enviaré mi dirección por mensaje. —Y cuelgo echándole un incentivo a la bestia que desencadena la furia de Vryzas.

No estoy segura de hacer esto si algo sale mal y Amanda no está aquí puedo meterme en serios problemas, no obstante, si mis sospechas son ciertas no sé si podré controlarme para no terminar en la cárcel por agresión física. Estoy dispuesta a darle una lección a ese tal Stephan o Christofer o como sea que se llame si resulta ser un maltratador.

Impacientemente espero a que Eros llegue en la acera del edificio, no despego los ojos de la hora, Amanda ya ha salido de trabajar y si viene hacia aquí no tardará mucho en llegar. Quiero pillarlo con las manos en la masa y pasar desapercibida es mi prioridad. Ella no puede ver que me encuentro aquí. Mi plan es asaltarlos por sorpresa.

Un reluciente coche blanco se estaciona en frente de mí y Vryzas sale pasándose los dedos entre los mechones de su pelo con los ojos llameantes por la ira.

¡Hombre sexy a las doce en punto!

He de admitirlo, incluso cuando parece un depredador con la amenaza pintada en su rostro es el hombre más caliente que he visto en mis veinte años. Eros es mejor que una dulce sandía cuando una ola de calor azota.

Se posiciona justo delante de mí sin apenas dejar espacio entre nuestros cuerpos, inclino la cabeza ante la notoria diferencia de estatura. Está enfadado, muy enfadado.

—No vuelvas a irte así, Genova —espeta colérico, pongo los ojos en blanco mordiendo mi labio inferior.

—No tengo que decirte todo lo que hago —respondo sobre el fuerte sonido del tráfico.

—Soy tu jefe

—Solo cuando estoy en mi horario de trabajo, Cupido —escucho un bufido de su parte y una pequeña sonrisa se escapa por las comisuras de sus

labios.

—Te has empeñado en llamarme así ¿Eh?

Entrelazo nuestras manos tomándolo por sorpresa y entro al edificio de acero y hormigón.

—¿Qué haces aquí? —tengo una pequeña batalla interna, no sé si contarle lo que está pasando con Amanda.

—Necesito comprobar si mi mejor amiga está bien, ella no...— me callo de repente al ver a Amanda entrar junto a Christofer, ya se nota el pequeño abultamiento de su vientre. Ella parece alguien totalmente diferente, se ve rebosante de felicidad.

Yo empujo a Eros contra una esquina bajo su desconcertada mirada.

—No hagas ruido —susurro espantada.

Christofer le da un apasionado beso a mi amiga que haría sonrojar a cualquiera, pero eso no tiene nada de malo o sospechoso hasta que poco después un hombre maduro sale del ascensor y abraza a Amanda dejando un beso en su cuello. ¿Qué está pasando aquí?

—Me encantaría verte en un disfraz de enfermera sexy este uniforme es muy soso —dice él antes de mirar a su novio y besar a mi amiga con dulzura, algo totalmente diferente al beso de Christofer.

Me hubiera esperado cualquier cosa, amenazas, infidelidad o incluso abusos, todo menos esto ¡Joder! estaba a punto de allanar una propiedad privada arriesgándome a una demanda o a pasar unos meses en prisión ¿Por qué no me lo dijo? me siento de cierta manera traicionada. Siempre creí que prefería la monogamia, pero al parecer la conozco menos de lo que pensaba. Tengo ganas de reír históricamente hasta quedarme afónica. Se esfuma durante semanas sin contactar conmigo haciendo que los peores escenarios se monten en mi cabeza, cuando en realidad está viviendo su mejor momento. No soy nadie para juzgar su peculiar relación.

Eros levanta una ceja apoyando sus manos sobre mi cadera.

—¿Te gusta espiar a las parejas querida voyeur? —susurra en mi oído, doy un pequeño golpe en su duro abdomen notando cada uno de sus músculos a través de la camisa de lino que lleva hoy.

—No sabía que el profesor Marlon se decantaba por los tríos —abro los ojos desmesuradamente al reconocerlo. Las pistas siempre estuvieron ahí, creo que voy a empezar a creer en las coincidencias.

—¿Genova? —Amanda palidece apartando a Marlon de su lado.

—Hola— digo acercándome cautelosamente a ellos.

—Hola— saludan Christofer y Marlon, no puedo evitar compararlos, tienen cierto parecido entre ellos que los hace ver como una versión diferente de cada uno.

—Yo...esto. te lo puedo explicar.

—No hace falta que me expliques nada eres una mujer adulta que puede tomar sus propias decisiones —no puedo evadir el tono hostil que inunda mi voz, no estoy enfadada por el tipo de relación que lleva, estoy enfadada por la barrera de distancia que ha creado entre nosotras.

—¿Podemos hablar en otro sitio? —inquire formando una tensa línea con su boca, me encojo de hombros asintiendo.

Por el rabillo del ojo diviso al magnate saludando a los novios de mi mejor amiga, me pregunto si tiene amigos, nunca lo he visto con ninguno.

Amanda pulsa el botón del ascensor y todos nos subimos en la amplia caja metálica. Durante el viaje al quinto piso la tensión en el ambiente y el silencio sepulcral nos rodean. Vryzas deja un casto beso sobre mi pelo y frunzo el ceño ¿No le importa que uno de sus empleados nos vea juntos?

Marlon abre la puerta dándonos entrada a un espacioso departamento de estilo rústico con paredes de ladrillos y muebles exagerados. Sigo a mi amiga hacia la pequeña cocina y nos sentamos frente a frente en una mesa de madera.

—¿Sabes lo preocupada que estaba? No hemos hablado en semanas, pensé que algo malo te estaba pasando y vi mi oportunidad de encontrarte en el paquete que llegó hoy.

Amanda suspira apoyando los codos sobre la madera. —Yo no sabía cómo contártelo, todo esto es nuevo para mí también, Genova. Nunca había sentido lo que siento por ellos, son maravillosos, pero nuestra relación no está bien vista para la sociedad. No quería decepcionarte —sus ojos brillan como dos estrellas fugaces cuando habla de los chicos, está enamorada.

—A mí no me importa con quien estés, pero no desaparezcas. Hacer una llamada solo te quita unos minutos —protesto gesticulando con las manos.

—¿Tienes algo con el multimillonario? —¡ahí está la Amanda que yo conozco!

Muerdo mi labio inferior mirando hacia la nevera de acero.

—No lo sé, es alguien muy complicado —murmuro con nostalgia ¿Será que algún día conseguiré que me cuente sus razones?

—Pero os habéis acostado ¿A que sí!

—Uhm. —oculto mi rostro tras mis manos ahuecadas y escucho la estridente risa de Amanda.

—¿Ahora vives aquí? —me gustaría preguntarle quién es el padre de su hija, pero no quiero incomodarla de ninguna manera.

—No te preocupes, volveré cuando estos hombres me dejen— explica ondulando sus cejas de forma insinuante, reímos al unísono.

Ella aprieta mi mano llamando mi atención a sus iris color esmeralda.

—Anthony está hospitalizado, en coma —informo tragando el nudo que se forma en mi garganta.

Mi amiga se queda muda por unos segundos y sus ojos se cristalizan.

—Lo siento tanto —expresa con la voz entrecortada y el rostro contraído por la tristeza.

—¿Qué le ha pasado?

—Es albañil y cayó de un andamio, lo han operado, llevamos una semana esperando a que despierte. Tiene dos hijas ¿te lo puedes creer? —sin opción alguna las lágrimas comienzan a resbalar por mis mejillas y mi cuerpo se sacude por el llanto

Amanda me envuelve en un cálido abrazo y me aferro a la realidad con fuerza.

—Todo va a estar bien, él es un chico fuerte —susurra acariciando mi espalda, cierro los ojos.

—Siento mucho la interrupción, pero me tengo que ir ¿Quieres que te lleve a casa Genova? —Eros entra en la cocina con las manos en los bolsillos de su pantalón y me hace recordar lo que pasó en el aula, el magnate me guiña un ojo como si supiera en lo que estoy pensando.

—No, gracias, me quedaré un rato más con Amanda.

Echaba de menos hablar con mi mejor amiga y sentir que sigue estando ahí para mí sin importar las consecuencias. Es a lo que estoy acostumbrada, a una amistad incondicional.

Capítulo 15. Muéstrame que brillas más que el sol.

Mentiría si dijera que estoy bien, el dolor sigue punzando en mi pecho abriendo una grieta inmensa que no sé si lograré cerrar. Ayer Anthony tuvo una recaída y lo han vuelto a trasladar a la UCI, no dormí más de una hora y las ojeras bajo mis ojos son un recordatorio de ello. Con el ánimo por los suelos abro el portal y salgo a la calle. Hace un día espléndido, el sol brilla en el cielo azul, los pájaros cantan desde las copas más altas de los árboles y las familias están comiendo en el cuidado césped del lago Avon; solo hay un problema y es que yo no me siento espléndida, yo solo siento un cortante frío que entumece mis extremidades

Me aferro a la tela suelta de mi camisa y suspiro pestañeando las lágrimas que se acumulan en mis ojos. Al girar un jadeo se escapa de mi irritada garganta.

Eros está recargado sobre el reluciente capo de un descapotable rojo, desde allí me escudriña con sus oscuras gafas de sol sobre sus ojos. Trato de sonreír, pero lo único que consigo es una mueca desagradable. Con ese polo rosa y esas bermudas blanco crema él se parece a un modelo de portada, a un pastel recién sacado del horno.

Vryzas camina firmemente sobre la acera y se planta frente a mí. Por un momento creo que me voy a derrumbar y suspiro cuando su aroma se convierte en un bálsamo calmante para mis emociones. El llanto arde en mis ojos y mi garganta se seca. Me molesta no poder ver el brillo de sus ojos dorados. Los suaves labios del griego presionan los míos en un tierno y reconfortante beso. Los latidos de mi corazón aumentan.

—Buenos días, to méli mou —saluda con la incertidumbre impregnada en su grave voz.

Consigo que una simple frase salga de mis labios después de más de doce

horas sin hablar. —Buenos días.

Los suaves dedos del griego acarician mis mejillas y cierro los ojos maravillada—¿Qué anda mal?

Mi labio inferior tiembla y mi rostro se contrae por la frustración, tristeza e impotencia que estoy sintiendo

—Anthony, no está bien —musito con voz pastosa.

—¡Oh, nena!

Cuando sus brazos se envuelven a mi alrededor y mi cabeza descansa sobre su pecho me desvanezco llorando descontroladamente con el corazón en un puño.

—He venido a llevarte a un sitio que es muy importante para mí, creo que allí lograras que tu animo suba un poco.

Asiento, nada puede subirme el ánimo, yo solo quiero que él despierte para poder ver sus ojos color canela otra vez. Como si fuera un zombi el magnate me ayuda a subir y abrocha mi cinturón, la suave tapicería de cuero se paga a la piel desnuda de mis muslos y contemplo fascinada los detalles en madera que tiene el interior del vehículo.

Nadie dice una palabra y puedo notar que el griego está tenso tratando de contener sus impulsos, me acongojo en el asiento blanco y el motor del coche gruñe mientras salimos disparados por la carretera. El viento comienza a desordenar mi cabello y yo me relajo poniendo me mi mente en blanco. Las hojas de los arboles están tomando tonalidades amarillas y rojizas. No sé a dónde estamos yendo, pero confío plenamente en Cupido. Pasamos bajo un rustico puente de piedra gris y salimos en a una calle que cuenta con altos maizales a cada lado, de vez en cuando los ocultos ojos de Eros se clavan sobre mí para después volver a la carretera. Curiosamente no nos adentramos en ninguna carretera con mucho ruido y seguimos por la tranquilidad que nos da la bella naturaleza. Me está llevando a un lugar muy importante para él ¿significa eso que el muro de diamante que ha construido sobre su corazón se está destruyendo? Entonces decido aferrarme al amor que siento por Eros para que la oscuridad no me lleve a sus confines.

El coche se detiene frente a un edificio de una planta, blanco y con un arcoíris pintado en la fachada, varias hileras de ventanales lo recorren. El magnate me da un casto beso en los labios que me deja con ganas de más, salta del coche y abre la puerta entrelazando nuestros dedos. Exhalo agarrándome con fuerza a su brazo.

Las puertas automáticas se abren dándonos pasos a una recepción de

azulejos coloridos que cuenta con un recibidor de cristal y acero además de varias sillas de plástico pegadas a una pared.

—Buenos días. —Saluda Eros a una recepcionista joven que no despega los ojos de él.

—Buenos días, Señor Vryzas ¿Ella es la nueva integrante? —el tono de voz meloso y el silencioso coqueteo que inicia con los movimientos de sus pestañas y su índice jugueteando con un mechón de su pelo rubio me incomoda. Los celos atraviesan mi corazón como miles de afiladas agujas y comprendo que estoy jodida.

Realmente nunca había sentido celos por nadie, es un sentimiento agri dulce, difícil de explicar.

—No señorita Montero, Genova es mi invitada —ladeo la cabeza como saludo observando con triunfo la decepción en el semblante de la rubia.

—Vamos —el magnate rodea mis hombros con su brazo y besa mi pelo dulcemente mientras nos movemos en un amplio pasillo iluminado por luces fluorescentes.

¿Por qué está actuando con tanta ternura? ¿Quiere seguir enamorándose tan cruelmente?

—¿Un momento bastante hostil señorita Sanders? —pregunta tratando de sacarme una sonrisa.

—Le gustas a la recepcionista. Bueno, tú le gustas a todas las mujeres.

—Pero usted, señorita Sanders, es la única que me gusta a mí.

¡Oh, madre mía! Una “*cosquilleante*” calidez se instalan en lo más profundo de mi alma y las esperanzas resurgen de las cenizas ¡Le gusto! Me siento satisfecha, el sentimiento es reciproco.

—¿Dónde estamos? —indago examinando el lugar en busca de algún cartel.

—Estamos en la fundación MaJo, creé este lugar para ayudar a todas las madres jóvenes que necesitan ayuda. Usualmente las recogemos de las calles en estado crítico y las traemos aquí. Tenemos un hospital con las mejores instalaciones que permiten la recuperación de las chicas. Pueden estar aquí hasta que encuentren su camino en una vida estable. Es lo primero que hice cuando inicié la empresa, las personas piensan que solo soy un donante de la fundación, tú eres la única que sabe que soy el fundador. Todo esto lo hice por mi madre, ella es un pilar muy importante para mí —envuelvo mis brazos alrededor de su cintura y lo abrazo con fuerza.

Mis ojos se cristalizan nublando mi visión ¿Cómo una persona tan buena como él ha estado escondida tras una máscara de dureza y frialdad todo este tiempo?

La realidad puede golpearte sin piedad, no comprendo que ha podido ocurrirle para que actúe así y dudo mucho que me lo cuente.

—Eso es asombroso —expreso en voz baja quitándole las gafas de sol para poder ver la perturbada expresión de su mirada

Entramos en una sala de juegos con las paredes repletas de dibujos y el suelo abarrotado de juguetes, lo único visible es la lámpara de ositos que está colgada en el techo azul. Varias madres que no pasan de los diecisiete años cogen a sus hijos y nos saludan entusiasmadas. El magnate se pone a jugar con los bebés desenvolviéndose como si estuviera muy acostumbrado a tratar con ellos. Eros más bebé es igual a una mezcla explosiva de sensualidad y ternura.

Las chicas son muy simpáticas y en poco tiempo me cuenta las tristes experiencias que han tenido que soportar a tan corta edad o parlotean sobre las cosas que quieren hacer.

—Y tú Genova ¿crees qué es una buena idea?

—¿Cómo? —dejo de mirar hacia el avellanado y me vuelvo a centrar en Clara la más joven de ellas.

—Déjala, está soñando con el señor Vryzas —susurra Marina alegremente, tuerzo los labios en una sonrisa y me encojo de hombros con desdén.

—Espero que paséis un buen fin de semana, la señorita Sanders y yo nos tenemos que ir. —Ellas sonríen con la insinuación pintada en sus rostros y frunzo los labios antes de salir junto a él de la habitación.

—No sabes cómo me arrepiento de lo que pasó el otro día en el aula, no te traté como la mujer que eres. Ese día estaba fuera de mí ser, enfurecido, no estaba pensando con claridad. Por favor si me vuelves a ver en ese estado no aceptes ninguna de mis peticiones. —explica detonando preocupación y ese algo más que todavía no logro descifrar. Sus manos cogen las mías y sus jugosos labios besan mis nudillos

—Yo lo hice porque así lo deseaba no porque tú me lo dijiste —confieso sintiendo el rubor teñir mis mejillas.

Y De repente me acuerdo de que yo iba a trabajar cuando Eros me abordó en la acera, estoy tan perdida en mis pensamientos y el dolor insistente que no me abandona.

—Esto es parte de lo que soy, quiero que sepas todo lo que importas para

mí Nova, aunque no soy exactamente el hombre con el que deberías de estar. No soy capaz de mantener una relación con nadie ¿lo entiendes? —niego repetidas veces. De nuevo la sensación de euforia se difumina por sus palabras finales.

—¿Por qué? —pregunto con la voz entrecortada y la mirada fija en la ventana cuando en realidad no estoy observando a nada en concreto.

—Genova, por favor, no me preguntes algo que no te puedo responder.

Cierro los ojos dolida y presiono los puños a mis costados. Las paredes empiezan a cernirse sobre mí como si estuvieran dispuestas a protegerme dentro de un cubo. Retiro bruscamente mis manos de su agarre y bajo su desconcertada mirada ambarina me giro caminando con prisa para llegar lo antes posible a la salida.

Estaría dispuesta a coger un taxi, pero por lo que veo no hay mucha gente en este pueblo Inspiro llenando mis pulmones de la fresca brisa otoñal

—¡Genova! —grita, no me doy la vuelta.

Estoy cansada de lo mismo, trato entenderlo y ponerme en su lugar, sin embargo, todo esto me está volviendo loca. Solo quiero que nos dé una oportunidad, no puedo soportar a otro Adam en mi vida. No estoy preparada para contarle todo lo que me ha pasado, pero lo amo y eso es lo más importante.

Cupido se posiciona a mi lado. —¿Me quieres Eros? —la expectación se aviva en mi interior como un fénix resurgiendo de las cenizas y se apaga rápidamente cuando él aparta la mirada sin responderme. Estaba dispuesta a tomar la valentía suficiente para decirle que lo amo.

Me pellizco el puente de la nariz con molestia y miro al cielo buscando la inspiración divina, bufo exasperada al no encontrarla.

—Las relaciones son tan importantes para mí porque nunca he tenido una estabilidad emocional y yo necesito sentirme.... Segura.

Eros se estremece casi imperceptiblemente y su mirada lo hace lucir perdido, como si se hubiera ido a otro lugar por unos segundos, un lugar oscuro y perturbador. Sus labios se entreabren y se cierran de nuevo.

—No sabes por todo lo que he tenido que pasar, Nova. —Pronuncia con una dureza que me hace temblar.

No lo dudo ni por un segundo, pero él tampoco sabe por todo lo que he tenido que pasar yo. Somos tal para cual dos almas destruidas que han perdido el rumbo y tratan de encontrarlo de su propia manera retorcida.

—Ilumíname.

La manzana de Adam del magnate se mueve velozmente cuando traga duro, sus dedos tiran de su cabello con nerviosismo y la sombría expresión de su rostro me aturde. Silencio, simple y llanamente silencio.

—¿Esto es lo que pretendes que seamos? Dos extraños que se buscan para satisfacer sus deseos sexuales. Entonces no te molestaría que salga ahí fuera y me acueste con el primero que encuentre ¿Cierto? — chillo asustada cuando Vryzas tira toscamente de mi brazo y me hace chocar con su duro cuerpo, su rostro está contraído por la furia y por primera vez siento miedo hacia él. Tiene la misma expresión que tenía aquel día en el gimnasio.

—¡Joder! No te atrevas a hacer esa mierda —brama enterrando sus dedos en mi cadera.

—No somos nada, puedo estar con quien a mí me da la gana —me sorprende que mi voz no haya temblado, lentamente me estoy metiendo en la boca del lobo. Parece que se da cuenta de lo que está haciendo y afloja su agarre sobre mi cadera.

—No estoy bromeando, Sanders —gruñe contra mi cuello, un escalofrío recorre mi espalda y extendiendo mis manos sobre su pecho para apartarme de él.

¿Soy suya? ¡Madre mía! debería de enfadarlo más a menudo. Las pequeñas demostraciones de que significo algo para él disminuyen mis inseguridades y miedos, me encantaría saber qué es lo que realmente soy para Eros. Tal vez solo es posesivo por naturaleza.

Eros suspira tocando su nuca y lentamente se va relajando hasta dejarme libre —Por favor, te necesito —susurra acariciando mi mejilla. Me derrito ante sus palabras y mi cuerpo es una masa confusa de emociones.

—No podemos seguir así para siempre —hablo en voz baja clavando la mirada en sus ojos que bajo la luz del sol se tornan verdes.

Las manos de cupido se posan a cada lado de mi rostro. —Entonces, vivamos cada segundo como si fuera el último, disfrutémoslo, hagamos que cada día sea eterno mientras estemos juntos.

Esto es totalmente nuevo, su faceta romántica es algo excepcional e inigualable.

Beso su barbilla sintiendo un leve pinchazo en mis labios por la barba incipiente que la cubre. El enfado y la tristeza se han esfumado dándole paso a la calidez del cariño. No creo que pueda salir de Erosland jamás. Me trae con la cabeza en los pies.

—Haces que se vea más simple de lo que es.

El griego hace una mueca con la boca en el momento que mi teléfono

suena, espero a que él diga algo, sin embargo, toma la llamada como una excusa para evitarlo. Saco el móvil del bolso sintiendo como la sangre abandona mi rostro dejándome la tez pálida, mis manos empiezan a sudar y mi corazón martillea furiosamente contra mi pecho, deslizo mi tembloroso dedo por la pantalla contestando a la llamada del hospital.

—Buenos días, señorita Sanders, soy la enfermera de Anthony, pidió que le informaras si había algún cambio respecto al estado de su hermano. Él ha despertado.

—¡Oh por Dios! Muchísimas gracias —ríe felizmente sintiendo como todas las preocupaciones se alejan dejándome con una profunda sensación de paz y regocijo.

¡Por fin! Ya puedo respirar tranquila.

—¿Él está bien?

—Sí, todo está perfecto no hay ningún daño visible. Su hermano es un hombre muy fuerte, no muchos sobreviven a daños de esa magnitud. —Carmen es un amor de persona, ha tratado a mi hermano como parte de su familia, se dedica a su trabajo por completo.

—Gracias por todo lo que ha hecho por Anthony.

—No hay por qué darlas, es mi vocación, lo que siempre he deseado hacer. Hasta luego, tenga un buen día —termina la llamada.

—¡Anthony ha despertado! —grito a todo pulmón impulsándome y rodeando su cuello con mis manos consiguiendo que él me sostenga por las piernas.

Vryzas me muestra su blanca dentadura. En un arranque de euforia chupo su labio inferior como si fuera una dulce fruta, la fruta prohibida. Escucho el jadeo que suelta y lo beso con la cabeza ladeada obteniendo un mejor absceso a su embriagadora boca, la llama del deseo se enciende entre ambos. Me olvido de todo y me centro solo en él. Una sensación efervescente recorre mi cuerpo concentrándose en mi vientre. Sus labios acarician con ternura los míos, me aferro al momento, desearía que nunca terminara. Me tomo todo el tiempo del mundo recorriendo cada milímetro de su boca, sintiendo su respiración mezclándose con la mía, nuestras lenguas juegan entre sí. Mis manos se pierden en su suave cabello, las suyas acarician mis piernas desnudas y desaparezco deshaciéndome en el candente estremecimiento que me atraviesa. Yo solo soy capaz de sentir el calor de su cuerpo, mi mente se encuentra en un universo paralelo. Me alejo un poco y sus brillantes ojos dorados se abren transmitiendo los sentimientos más profundos que he visto.

El magnate empieza a formar un sendero de pequeños besos en mi mejilla y cuello.

—Eros— gimo aquí, en medio de la acera, pero nada importa, únicamente estamos él y yo. suspiro acariciando su pómulo. Me olvido de que nuestra conversación anterior ha quedado en el aire.

Con delicadeza el griego me deja sobre la dura acera y me río con más euforia llevándome las manos a la cara. Para mí el día ha empezado a brillar como ningún otro.

—¿Quieres que vayamos primero a comer o directamente al hospital?

—Al hospital. —Eros saca las llaves del descapotable y pongo los ojos en blanco cuando abre la puerta para mí.

—Tendrás que lidiar con ello, to méli mou.

El magnate coge el camino más corto hacia el hospital metiéndose por la vía principal y saliendo por la avenida the Queensway. Sorprendentemente el MaJo está a menos de diez kilómetros del hospital y llegamos en tan solo nueve minutos. Con cada paso que damos hacia el interior mis ansías por verlo aumenta, ha pasado tanto tiempo.

No le desearía a nadie que pasará por todo esto, te debilita tanto mental como físicamente. Es una pesadilla hecha realidad. Me preparo para lo que viene, no sé cuál será su reacción tal vez no quiere verme y lo mejor es que me vaya del hospital.

Limpio el sudor de mis manos sobre la tela de mi falda gris y tomo profundas respiraciones buscando la seguridad y apoyo que necesito en el avellanado.

Trago el nudo que se ha formado en mi garganta al ver a mi madre abrazando a su pareja, la aflicción trata de atravesar la superficie de mi piel y aprieto mi mano alrededor del brazo de Eros. En cuanto diviso la recepción pregunto por el número de habitación de mi hermano.

—No sé cuánto tiempo estaré ahí dentro, si necesitas irte puedes hacerlo —le notifico jugando impacientemente con mis dedos.

—No te preocupes, te espero en la sala de espera. —Eros deja un suave beso sobre mi pelo, le sonrío y después se va dejándome en medio del escéptico pasillo blanco.

Prácticamente arrastro los tacones por las baldosas como si mis pies estuvieran pegados al suelo, llego a la puerta 256 e intento tocarla, pero me acobardo.

¡Vamos! tú puedes hacerlo Genova. Inhalo, exhalo y doy tres golpes secos

en la puerta.

—Pase. —Mis ojos empiezan a escocer cuando escucho su débil voz.

Empujo la puerta adentrándome en la insípida habitación esterilizada y todo se detiene en el momento en que conecto con sus oscuros ojos rojizos. Se ve totalmente diferente, está mayor e incluso se ha dejado crecer el bigote. Los moretones sobre su piel y el vendaje en su cabeza me matan recordándome que estuvimos a punto de perderlo para siempre.

—¿Genova? —asiento como si mi cabeza tuviera en resorte y las saladas lágrimas de felicidad ruedan por mis mejillas.

Anthony extiende su brazo sano y corro hacia él refugiándome en el abrazo que tanto había deseado.

—Pequeña. —musita con la voz rasposa por encima del constante pitido que emite el monitor

—Lo siento mucho Anthony —sollozo besando su mejilla con cariño.

He sido tan insensata, podían haberlo buscado hace años, pero hasta que no estuve a punto de perderlo.... Sacudo la cabeza negándome a pensar en ello otra vez.

—No hay nada que perdonar Nova, todo lo que importa es que ahora estás aquí. —contesta acariciando mi cabello, sonrío cerrando los ojos. Estoy en casa, él es real, él está aquí.

—Te he echado mucho de menos hermanito.

—No más que yo, ¿Has conocido a mi familia? —pregunta con ilusión.

—Sí, tienes una familia maravillosa. Creí que no te gustaban los niños.

Él se encoge de hombros restándole importancia, todavía me acuerdo de cuando decía que los niños no estaban en sus planes de vida.

—Amira es la culpable. Por cierto ¿Has hablado con mamá?

Carraspeo incomoda y desvío la mirada por unos segundos al esponjoso sillón azul de la esquina. —No, hálame sobre lo que has hecho —centro nuestra conversación en otro sitio, sé que tarde o temprano intentará obligarme a hablar con ella.

Nos metemos en una extensa conversación sobre anécdotas del pasado poniéndonos al día con nuestra vida de adulto, me cuenta emocionado que está a unos meses de terminar de pagar su casa. Aunque me cuesta hacerlo consigo desenvolverme y explicarle todo lo me ha sucedido desde que dejé la casa de mi madre con lujo de detalles esquivando a Eros, no puedo contarle sobre mi...lo que sea con él. Anthony no toleraría algo así, es un hermano bastante sobreprotector y estamos empezando con muy bien pie como para arruinar las

cosas. Nos perdemos entre las agujas del reloj y el tiempo pasa rápidamente sin darnos cuenta.

Capítulo 16. ¿Por qué nadie me ayuda?

¿En qué estaba pensando cuando acepté esa invitación? Le doy una y otra vez vueltas a lo mismo, sin embargo, no encuentro la respuesta. Es que, no podía decir que no. Necesitamos recuperar todo el tiempo perdido y esto es importante para él.

A mi hermano le dieron de alta diez días después de que despertara y yo lo acompañé a su casa. Al principio creí que se había mudado cerca de nuestra madre, pero vive en Ottawa a tan solo media hora de mí.

Anthony me enseñó entusiasmado cada rincón de su vivienda, estoy muy orgullosa de él. Vive en una pequeña casa familiar con un jardín increíble, lleno de flores y frutas que ellos mismos cultivan. Nunca había visto un lugar tan hogareño y acogedor. Su hogar está situado en una avenida con acceso a los lugares principales de la ciudad. Anthony y Amira están muy enamorados, ellos son la pareja ideal, el amor verdadero que cualquiera querría tener.

Ese mismo día mi madre había llamado para invitarnos a una cena familiar, a la que no hubiera ido si Anthony no me hubiera convencido, como siempre lo hace.

«Somos familia, Nova y has estado lejos durante mucho tiempo. Ella solo quiere arreglar vuestra relación, hazlo por mí. Yo estaré allí para apoyarte.» Fueron sus palabras exactas, no pude negarme, él no sabe los verdaderos motivos por los que mamá me echó de casa y creo que lo mejor es dejar las cosas como están. Si llega a enterarse nada terminará bien, Anthony es un hombre bastante impulsivo. Tampoco quiero que nadie más sepa lo que ocurrió con Pablo en el pasado, es un capítulo de mi vida que preferiría mantener enterrado en el olvido.

Lamentablemente tendré que aferrarme a todo mi autocontrol esta noche, el ahora marido de mi madre estará en esa cena y no quiero tener un ataque de pánico en frente de ellos. Las opciones estaban claras, o asistía a esa cena o declaraba ante Anthony y la primera fue la más tentadora.

Me encantaría ir con Eros a esa cena porque sé que me sentiría totalmente protegida, no obstante, llevándolo me arriesgaría a tener a Pablo soltando gilipolleces y a mi madre diciendo que él solo quiere protegerme.

¿Por qué las cosas tienen que ser así?

—Genova ¿estás aquí? —pregunta el avellanado acariciando mi mano, mi piel se eriza al instante como si el estuviera ejerciendo algún tipo de magia sobre mí.

Vuelvo a mi realidad en el fastuoso despacho del señor Vryzas.

Eros me ha llevado y traído de casa al trabajo estos últimos días, unos viajes en coche en los que no podíamos apartar nuestros labios, era como si nuestros pensamientos estuvieran conectados. He aprendido mucha más sobre sus gustos y pasiones, sin embargo, solo fueron preguntas banales que nos mantuvieron en un territorio neutro.

Cierro los ojos y los vuelvo a abrir intentando centrarme en mi trabajo.

—Sí, entonces quieres descartar a esta empresa.

—Es muy inestable.

—Pensé que te gustaba arriesgarte —digo observando lo imponente que se ve sentado en esa silla de cuero con las manos unidas sobre el escritorio de cristal.

—Su dispositivo tiene muchos defectos y no presenta un proyecto innovador. Perderíamos más de lo que invertiríamos y seríamos propensos a demandas por parte de los clientes. Esto se trata de ganar, dulzura, para ser exitoso tienes que calcular cada uno de los pasos que das. No te arriesgues si sabes que no valdrá la pena.

Todavía no me acostumbro a que use esos apodos. Él está metido en mi cabeza, atrapado y no logro sacarlo de allí.

—¿Está todo bien? —cuestiona poniéndose de pie y caminando hacia mí para rodear mis hombros con sus brazos. Yo asiento guardando todos los documentos inservibles en mi carpeta.

—Por supuesto, dentro de cinco minutos es la reunión con el equipo de administración. Deberíamos de irnos —contesto esquivando la mirada inquisitiva de sus ojos dorados.

—Genova —la advertencia se escucha en cada sílaba que pronuncia.

—Hoy tengo que cenar en casa de mi madre —pongo los ojos en blanco.

—Todo estará bien, si algo te molesta y ya no quieres estar allí solo tienes que llamarme e iré a buscarte —besa mi mejilla haciéndome cosquillas sobre la piel, sonrío.

—Gracias —murmuro antes de que suelte mi mano en la puerta de su exuberante oficina. Sus ojos brillan y me brinda una sonrisa al puro estilo Eros Vryzas.

Hemos evitado lo máximo posible que los empleados nos vean juntos. Me gustaría gritar en frente de todos que lo amo, pero ¿Cuáles serían las consecuencias?

No sé si soportaría que se apartara de mí para siempre.

No importa si rompe mi corazón en dos, sé que en cuanto sane volverá a latir por él. No tengo el control de mis emociones y es jodidamente frustrante.

A veces me gustaría saber qué es lo que viene después ¿Qué tiene el futuro preparado para mí?

Me digo a mí misma que tengo que terminar con este juego, pero en cuanto sonrío lo olvido todo.

¿Qué has hecho conmigo Eros Vryzas?

El aire en el ascensor se trenza a nuestro alrededor acercándonos poco a poco, sumergiéndonos en un trance embriagador, su varonil aroma está por todas partes. Nuestros ojos conectan, dorado contra negro un contraste impresionante. Sus labios tocan los míos por unos escasos segundos y mi cuerpo grita por más.

Las puertas se abren y salimos separados como dos desconocidos unidos únicamente por una relación laboral. Cuando entramos en la sala de juntas todos se ponen de pie; el lugar es un rectángulo hecho básicamente de cristal ya que los ventanales recorren la mayor parte de la sala, la única pared que tiene es blanca y está repleta de certificados y premios que ha ganado la compañía.

—Buenas tardes, señores. Podemos empezar con la reunión —saluda el avellanado sentándose en la silla principal frente a la gigantesca mesa de cristal, yo me quedo de pie a su lado sosteniendo un iPad entre mis dedos.

—Buenas tardes, señor Vryzas —responde el grupo de empresarios al unísono como si fueran robots programados con ese comportamiento. Lamentablemente estos no son igual de guapos que los de Grecia.

Las persianas descienden y yo enciendo el proyector mostrando la diapositiva.

—Podemos ver un incremento del diez por ciento en el área de comunicaciones —señala un joven a la gráfica y así inicia una tediosa reunión en la que escribo cada una de las palabras y sugerencias de los presentes.

Cuando las agujas del reloj marcan las cuatro en punto recojo mis

pertenencias para salir del gran edificio. Mi turno ha terminado.

—Me encantaría llevarla, señorita Sanders, pero me queda mucho trabajo que hacer aquí. Buena suerte y no dude en llamarme —dice Eros asomándose por las puertas dobles de su despacho, yo asiento sonriente y me doy la vuelta encontrándome con la simpática recepcionista de esta planta. Ella me guiña un ojo con complicidad y muerdo mi labio inferior avergonzada.

No hace falta que me cambie de atuendo ya que esta mañana decidí ponerme un vestido rojo para la ocasión. Las calles ya están repletas de las hojas secas que trae el otoño y aunque falta un mes para Halloween las tiendas ya están decoradas con la temática. Me dirijo directamente hacia la abrumadora estación de trenes bajo el suave silbido del viento y compro el billete correspondiente. Realmente agradezco la puntualidad de los trenes de esta zona. Mi madre sigue viviendo en el lugar de siempre. Por suerte unos de los asientos dentro del tren están libre y durante las siguientes dos horas de viaje no despego los ojos de los árboles que pasan a gran velocidad por la ventana. Una indescriptible sensación de incomodidad se instala en mi estómago. Los recuerdos luchan por resurgir y eso me asusta.

¿Por qué no logro gritar al mundo lo que siento? ¿qué es lo que me detiene?

«¡Los estás haciendo por tu hermano, los estás haciendo por tu hermano!» repito en mi cabeza.

Creo que he madurado bastante y lograré soportar esto sin derrumbarme en el intento. Mis pies tocan la acera del lugar del que hui hace unos años y es como si viera otra vez a aquella niña de ochos riendo mientras corría detrás de sus amigos. Puedo saborear la nostalgia en mi boca.

Cuando era pequeña fui al colegio del pueblo vecino, aquí no teníamos uno. En ese lugar conocí a Adam y a Amanda sus padres solían buscarme en el coche una o dos tardes por semana para ir a jugar a su con ellos.

Nada ha cambiado en este lugar todo sigue exactamente igual.

Diviso a mi hermano y justo en ese instante mi corazón empieza a martillar en mi cabeza aturdiéndome por completo, la sangre corre a gran velocidad hacia cada rincón de mi cuerpo, mis manos tiemblan y me aferro al asa de mi bolso para disimularlo.

Ya es hora de luchar contra todo eso que me atormenta. Ya es hora de afrontarlo y ponerle fin de una vez por todas.

—Hola, pequeña —nos abrazamos con fuerza

—Hola —murmuro analizando su expresiva mirada, está muy feliz y me

alegra contribuir con esa felicidad.

—Mamá está muy emocionado. Ya sabes, ha montado una de sus cenas para ocasiones especiales e incluso ha sacado la vajilla de la abuela ¡Te lo puedes creer! —sonrió ralentizando mi paso para ir a su lado, no debería de estar aquí caminando, pero conociendo lo terco que es....

Su progreso ha sido increíble, aunque se quedó más tiempo de lo normal en el hospital. Él ya no lleva ningún vendaje en su cabeza y las costillas rotas están casi recuperadas, dentro de dos semanas o tres estarán como si no se las hubiera fracturado. Todavía lleva el yeso en su brazo y tendrá que ir a rehabilitación una vez por semana en cuanto se lo quiten.

—Ella dice que debes perdonar, Nova. Realmente no sé lo que pasó entre vosotras y no es algo agradable —frunzo el ceño indiferente, mi madre solo quiere que perdone a su esposo.

Estoy de acuerdo con que ella merece ser amada y amar a alguien, sentirse especial y estar con esa persona que la vuelve loca.

La vida de mi madre no ha sido nada fácil, tuvo a Anthony poco tiempo después de venir de San Cristóbal, su ciudad natal. Ella solo tenía veinte años y no había terminado el bachillerato en su país, sus padres no pudieron pagar por sus estudios, pero ella consiguió el dinero suficiente para pagarse una formación profesional en hostelería. El padre de Anthony fue su primer novio, él nunca pudo contribuir con la manutención de su hijo por su situación económica y lo veía solo cuando mi madre iba a San Cristóbal, sin embargo, Anthony y su padre tienen una relación bastante amena.

Cuando yo nací su situación financiera había empeorado por lo que empezó a viajar a otros países en los que recibía un salario mayor. Ella siempre quiso lo mejor para nosotros, sé que mientras nosotros comíamos hasta cinco veces al día mi madre a penas comía una. Un día la escuché decirlo y eso rompió mi corazón. Desde que cumplí tres años las niñeras entraban y salían por la puerta de nuestra casa, no solían soportar más de un mes cuidándonos. Nuestra Madre venía cada seis meses a vernos. Por desgracia perdió su trabajo y bailarina gogó fue la primera opción que encontró. Muchos estarían avergonzados de tener una madre con ese trabajo, pero yo estoy muy orgullosa de ella, es una mujer luchadora que no se rinde ante nada.

Pablo fue su soporte económico y por eso decidió que ya era hora de establecerse en un lugar, ella lo ama con todo su corazón y el amor logra deshabilitar tus sentidos, puedo decirlo por experiencia propia.

Sobre mi padre no sé mucho. Ellos no eran novios en realidad, fui el resultado no planeado de una noche candente. Sí, yo soy aquel regalito indeseado. Él nunca estuvo durante el embarazo de mi madre y apareció de la nada en el día de mi nacimiento, unos meses después lo metieron en la cárcel por vandalismo. Mi madre me llevaba a verlo en las visitas, no obstante, él empezó a amenazarla y una lucha por mi custodia inició. Llegamos a tener contacto una sola vez cuando tenía doce años, mi madre lo encontró por la calle y le dio nuestro número de teléfono, la llamada no terminó bien y desde entonces no he sabido nada más de ese sujeto, ni tengo ganas de hacerlo.

Mi infancia ha sido bastante inusual, pero después de todo estoy muy agradecida con mi progenitora.

Me preparo mentalmente para lo que está por venir cuando entramos en el portal, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve aquí. Inhalo y exhalo repetidamente, Anthony palmea mi espalda brindándome una sonrisa comprensiva.

La puerta se abre y mi madre me recibe con un beso en la mejilla.

¿Es está la misma mujer que me regañaba cada vez que dejaba la cocina hecha un desastre?

—Entrad, ya está todo listo —alardea emocionada.

Quando ingreso me sorprende dame cuenta de que mi madre no remodelado nada, el color hueso sigue bañando las paredes del salón, el desgastado sofá verde continúa estando al lado del viejo perchero y las vitrinas que le regaló la vuela se encuentran en las esquinas.

—Puedes dejar tus cosas en el sitio de siempre, hija —asiento colgando mi bolso en el perchero.

—Hola, Amira ¿qué tal los niños?

Los vibrantes ojos grises de Amira me escudriñan —Es un gusto volverte a ver, Aleph está durmiendo y...

—Yo estoy aquí, tía —dice Ania alzando sus brazos, la cojo y dejo un beso en su oscuro cabello. Escucharla decir tía despierta una sensación cálida en mí, creo que es el llamado instinto maternal. Me he acostumbrado a esto e incluso me estoy planteada tener al menos un hijo.

—¿Sabías que voy a ir al cole? —chilla agudamente moviéndose entre mis brazos.

—¿En serio? Ya eres una niña muy grande. —Mi sobrina asiente sonriendo.

—¿Dónde está el príncipe? —susurra en mi oído. Suelto una pequeña carcajada, Eros el cautivador se ha robado el corazón la pequeña. Le está haciendo justicia a su nombre.

—No ha podido venir, está resolviendo los asuntos de su reino. —secreteo en su pequeña oreja siguiéndole el juego.

—¿Qué tanto cuchicheáis por ahí? —Anthony levanta una ceja en nuestra dirección.

—¡Nada! —grita Ania negando rápidamente con la cabeza. Ella se escurre de mis brazos para salir corriendo con su padre persiguiéndola por detrás.

—¡Anthony acabas de salir del hospital!

La sonrisa que abarca a mi rostro tiene que llegar hasta mis orejas ¿Eso es tener una familia propia? Bueno, creo que eso es tener a Anthony de padre y novio.

—Podemos ir al comedor, la comida se va a enfriar. —Seguimos a mi madre hacia la pequeña mesa de madera que con suerte tendrá suficientes sillas para todos.

Mmm...el delicioso olor de la lasaña entra por mis fosas nasales.

¿Es mucho desear querer que desaparezca de una vez por todas?

—Genova, querida, te hemos echado de menos por aquí. —Pablo extiende su mano y yo le doy un apretón asqueada, estoy tratando de llevar la noche lo más agradable posible. Él no se conforma con eso y tira de mí hasta tenerme contra su pecho. Mi cuerpo se tensa y retengo la respiración cerrando mis ojos, su toque se siente tan desagradable como siempre.

¿Por qué me toca? No quiero que lo haga. Cada segundo parece una hora, él no me quiere soltar y no lo soporto más.

—Sabía que volverías a mí. —susurra lo suficientemente bajo como para que solo yo lo escuche, tiemblo involuntariamente y mis ojos amenazan con soltar algunas lágrimas. Parece que las cosas nunca cambiarán. Lo empujo apartándome con brusquedad y miro a mi madre quien está complacida.

—Bueno, todos a la mesa —aplaude Maira.

Tal vez si hubiera sido un poco más rápida estaría sentada al otro lado de la mesa, pero mis pies estaban congelados en el suelo. Sé que Pablo lo ha hecho intencionalmente, él está sentado en un extremo de la mesa a mi lado derecho.

Sus ojos azul eléctrico me observan amenazantes y yo me encojo en la silla como si eso pudiera hacerme desaparecer.

Presto toda mi atención al plato que tengo en frente, ha hecho lasaña, mi comida favorita. Suspiro cortando un trozo y llevándolo a mi boca sintiendo la explosión de sabores de todos los condimentos.

—¿Qué has hecho estos años, Nova? —pregunta mi madre observándome con interés y cariño.

—Estoy estudiando para ser secretaria en una de las empresas más influyentes del país.

Ella levanta las cejas sorprendida —Eso me hace muy feliz, hija. Me has hecho mucha falta —responde con la voz ronca, creo que está a punto de echarse a llorar.

—Yo también te he echado de menos, mami. —Suspiro tragándome el nudo que se está formando en mi garganta.

—¿Alguna relación? —pongo los ojos en blanco, siempre ha sido una curiosa empedernida.

—No

—¿Y él hombre del otro día? Ese que llevaba un traje —indaga el esposo de mi madre. Yo aprieto el cuchillo entre mis dedos hasta que mis nudillos se ponen blancos.

—Es irrelevante para ti —suelto un «A ti qué coño te importa» de forma sutil.

—¡Genova! Solo se está preocupando por ti. —Lo defiende Maira como siempre lo ha hecho.

Asiento y sigo comiendo. Yo escucho la conversación entre ellos como si fuera un murmullo lejano en el que no logro distinguir ni una sola palabra.

Mi apetito ha disminuido drásticamente, pero consigo comerme toda la porción de lasaña con la mente en blanco.

—Hija ¿Puedes traer el postre? Está en la mesa de la cocina.

—Claro— Me levanto como si la silla tuviera un resorte incorporado, quiero que esta cena termine.

Pablo no hará nada con todos en la misma casa, él no se arriesgaría a manchar su hermosa reputación de caballero. La cocina está recubierta de azulejos amarillos y los muebles de esta son de madera y acero inoxidable. El pastel que está encima de la mesa no engaña a nadie, esto no lo ha hecho mi madre, ella es un desastre haciendo estas cosas. Lo recojo de la mesa y se resbala de mis manos al sentir la presencia detrás de mí.

—Mmm...hueles muy bien, ya estás hecha toda una mujer —canturrea él dejando un asqueroso beso en mi cuello, mi respiración se entrecorta.

El miedo me invade y se retuerce como un gusano en mi interior.

—Lo deseas tanto como yo ¿cierto?

El terror no deja que me mueva, nada sale de mis labios y todos están fríos, muy fríos.

Pablo restriega su entrepierna en mi trasero y una arcada contrae mi estómago.

¿Por qué sigue haciéndolo? ¿No se da cuenta de que no me gusta?

—¿Has esperado por mí? —aspira los mechones de mi pelo.

Me estoy ahogando, no quiero volver a ese lugar oscuro.

Sus repulsivas manos recorren mi cintura.

¡Ayuda! ¡Ayúdenme! ¿Por qué nadie me escucha?

Mi pecho arde como si mis pulmones estuvieran siendo quemados por ácido. Lágrimas silenciosas bajan por mis mejillas, me duele. La angustia me desgarras.

—¡Respóndeme! —gruñe hundiendo los dedos en mi cadera hasta dañar mi piel.

La habitación da vueltas a mi alrededor, me estoy quedando sin aire, pero no importa solo quiero irme.

—¡Basta! ¡No me toques! —consigo gritar liberándome de él y toda la rabia acumulada.

—Yo sé dónde vives. —el miedo sigue llenando el vaso sin detenerse, la balanza entre la realidad y la ficción se está perdiendo ¿Siempre ha sabido dónde estoy?

—¿Por qué tardáis tanto? —mi madre entra a en la cocina, sin embargo, no le da tiempo a ver nada porque él se aparta rápidamente.

—Se le ha caído el pastel de chocolate.

Aspiro volviendo a restablecer mi ciclo respiratorio, mi labio inferior tiembla mientras las lágrimas de impotencia no paran de bajar.

Aclaro mi garganta sin darme la vuelta. —Ma...mañana trabajo, me tengo que ir —musito saliendo apresuradamente de la cocina y llego al salón para recoger mis cosas.

—¿Habéis hecho las paces? —Mi madre provoca que el asfixiante dolor aumente, sin más salgo al pasillo y bajo las escaleras de dos en dos, necesito tomar aire fresco.

Estoy en un trance, ha sido como lo recordaba y no quiero volverme a sentirme así. Sus manos, su aliento y su voz son el infierno para mí. Recuerdo lo que sentía cuando entraba en mi habitación y me obligaba a desnudarme

para poder tocar mi cuerpo. Cada día agradezco que solo haya sido acoso sexual y no abuso, no creo poder aguantar algo como una violación sin atentar contra mi vida.

Un taxi me lleva hasta mi casa bajo un silencio sepulcral y en el momento en que piso mi apartamento dejo que los sollozos escapen de mi garganta desahogando toda la frustración que estoy sintiendo, estoy muy asustada. Él puede aparecer en mi casa y no podré hacer nada para detenerlo. Saco mi móvil y marco a la única persona que puede ayudarme, se siente como un *deja vú*.

—Hola— puedo escuchar mi errática respiración chocando con el micrófono del teléfono.

—Eros, Ven, por favor —suplico entre sollozos ocultando la cabeza en mis rodillas

—Genova ¿Qué pasa? ¿Dónde estás? —vocifera con preocupación.

—Tengo mucho miedo, él sabe dónde estoy —mi cuerpo se sacude frenéticamente y el aire empieza a faltarme.

—¿Quién sabe dónde estás? ¡Joder! Espérame nena voy a estar allí en poco tiempo. Dime tu ubicación.

—Mi casa. —susurro aspirando por la nariz.

—Muy bien, nena, estaré allí en menos de quince minutos —su voz es un bálsamo calmante que me mantiene en el presente.

—Por favor no cortes la llamada.

—Vale, te prometo que no lo haré.

Asiento como si pudiera verme. Me encuentro temblando en una esquina de la sala de estar. No entiendo las razones por las que esto tiene que ocurrirme a mí, nunca he hecho nada malo. Los quince minutos pasan muy lento, lo necesito aquí conmigo.

—Estoy casi llegando, no le abras la puerta a nadie hasta que yo esté allí.

Limpio las lágrimas de mi rostro acercándome a la puerta cuando el timbre suena, abro el portón de abajo y luego la entrada de arriba. Eros sube rápidamente su cara está roja y su pelo despeinado, me tiro a sus brazos manchando su camisa con mis lágrimas.

El magnate acaricia mi cabeza sin soltarme y entra a la casa.

Me deshago ante él oscilando con un llanto desgarrador que me ensordece, tenerlo a mi lado aplaca mi sufrimiento, me hace sentir protegida e invencible. No quiero que se vaya.

—¿Tu habitación? —pregunta en tono grave y con la preocupación

impregnada en su voz

—Primera puerta a la derecha —hipo, el avellanado me coge en brazos y nos guía a mi dormitorio.

Me suelta sobre la cama y muerdo mi labio inferior, quiero aferrarme a él y nunca dejarlo ir.

—Siéntate. —Le hago caso obnubilada y me siento en el borde de la cama estrujando la tela de mi vestido rojo entre mis dedos.

Vryzas se agacha, me quita las bailarinas y después se quita sus zapatos.

—¿Quieres hablar sobre lo que ha pasado? —niego, no puedo revivirlo otra vez.

Eros besa mi frente y levanta mi barbilla para darme una dulce mirada de color miel.

—No pasa nada, cuando quieras estaré aquí para escucharte.

—Quédate conmigo. Te necesito —murmuro poniendo mi mano sobre la suya.

El magnate saca la sábana de mi cama y se mete debajo de ella señalando al estrecho espacio a su lado para que lo acompañe. Cuando llego a él me acurruco contra su torso, buscando calor y consuelo. Lentamente caigo en un sueño profundo y liberador.

Capítulo 17. Su dulce melodía.

Estoy despierta, pero no quiero abrir los ojos, escucho el sonido del timbre y aunque solo ha sonado una vez este sigue retumbando en mi cabeza, no se detiene es incesante como un eco.

¿Eros sigue aquí o se habrá ido ya? Estoy segura de que quiere saber por qué lo llamé ayer por la noche en ese estado. No quiero que lo sepa, mi paranoia no deja que hable. Siento que el esposo de mi madre está aquí mirándome desde algún punto en mi habitación, sin embargo, sé que eso es mentira, es el cruel producto de mi imaginación.

¿Cuáles serían las nefastas consecuencias de contarle a Eros Vryzas sobre lo que pasó anoche? Yo no quiero perjudicar a nadie y mucho menos al hombre al cual amo, porque sí, lo amo con todo mi corazón y ya no me quedan razones para negarlo.

Haré lo único que sé hacer para protegerme, encerrar todas las cosas malas en un cofre dentro de mi cabeza y tirar la llave al mar para que no puedan volver a salir.

Me tapo hasta el cuello con mi sábana y meto los brazos debajo de la almohada.

Tal vez puedo ocultarme aquí para siempre aspirando el tentador perfume que ha dejado el magnate en mi cama.

Me gustaría escapar por completo de todo, romper las cadenas para sentirme finalmente libre.

Los pasos livianos del griego se hacen presentes en mi dormitorio y el colchón a mi lado se hunde. Retengo mi respiración como una cobarde tratando de evitar que se dé cuenta de que estoy despierta. Mi mejilla siente su suave tacto y mi corazón se derrite entusiasmado. La dulce melodía de su voz aviva mis sentidos, nunca lo había escuchado cantar a capela antes, es hipnotizante.

—Saldría de mi camino para vivir por las palabras que dices. —Tararea en mi oído rodeando mi cintura con sus brazos. Su cálida voz enronquecida hace que los escalofríos me recorran poniéndome la piel de gallina.

—No quiero ser el mismo, tal vez podrías cambiarme. Tal vez podrías ser la luz que abre mis ojos.

¿Es una confesión o solo es parte de la canción? Me muerdo la lengua si hablo dejará de cantar y su voz es lo más hermoso que he escuchado.

—Haces que todos mis defectos sean buenos. Cámbiame, cámbiame.

Dejo que cada nota entonada baile en mi oído. Siento que está hablando directamente conmigo como si su subconsciente me estuviera suplicando que lo ayude, pero ¿Cómo puedo hacerlo sino me deja acercarme?

—No peles fuego contra fuego. Entendimiento y paciencia, siente el dolor que estoy enfrentando se mi serenidad.

¡Oh, Eros! Mis manos pican por tocarlo.

—Ayúdame a ordenar mi mente, arriégate, haz la diferencia en mi vida porque tal vez podrías cambiarme, tal vez podrías cambiarme —canturrea dejando un beso en mi sensible cuello.

¡Yo por ti haría todo Cupido!

—Fingir no es tu vocación, méli mou —abro los ojos cegándome por unos segundos con la luz que entra por las ventanas ¿Realmente pensé que podía engañar a don intuición?

—Déjame entrar, danos una oportunidad Eros —pido girándome para mirarlo a sus preciosos ojos mieles.

El avellanado sale ágilmente de la cama dándome un primer plano de su torso desnudo y sus piernas enfundadas en un pantalón de traje.

Espero ansiosa por su respuesta que como me lo había esperado es evadida como la peste borbónica.

Él besa mi barbilla y se aleja. —He hecho el desayuno que te prometí en Grecia, puedes comer sin mí, voy a tomar una ducha —pronuncia saliendo por la puerta. Muerdo mi labio inferior y el rubor sube a mis mejillas al recordar lo que hicimos en aquella cocina.

Niego con la cabeza, Cupido no para de plantar pensamientos contradictorios en mi cabeza.

Yo bufo incorporándome sobre la cama, al menos mi fatídica noche ha sido recompensada con una hermosa canción mañanera.

La paciencia tiene que ser mi mejor aliada, no obstante, me costará mantenerla.

Me pongo de pie encontrándome con mi despeinado reflejo en el espejo de mi armario. En cuanto él salga del baño me doy la ducha que llevo necesitando desde ayer. Eros me ha puesto su camisa, sonrío sintiendo la

suavidad del algodón bajo mi tacto. Es como si me estuviera tocando todo el tiempo.

Sobre la pequeña mesa en mi cocina se encuentran un plato de Waffles tostados y una ensalada de frutas junto a dos tazas de café, un imprescindible en mi día a día.

Es gratificante saber que todavía se acuerda de mi desayuno favorita. He dormido bastante y me parece que Eros ha bajado a comprar las frutas, con todo el ajetreo aún no he tenido tiempo para hacer la compra.

Me gustaría esperarlo para que desayunemos juntos, pero probablemente se mantendrá oculto en el baño por al menos una hora.

¿Estará pensando en mí?

Me siento en una de las sillas y pruebo el café que ha hecho, está exquisito y al punto de azúcar. El sabor del café se mantiene hasta el final y no puedo evitar soltar un suspiro de satisfacción, lo que daría para que él me hiciera un café todas las mañanas.

Muerdo un trozo de los waffles Y la masa se deshace en mi boca, este hombre tiene un buen repertorio de habilidades.

Alguien toca el timbre, pensé que se habían equivocado de puerta la otra vez. Nadie más aparte de Amanda y Eros saben dónde vivo probablemente es otro paquete de Amanda. Y entonces recuerdo las palabras de ese cerdo.

Dejo mi deliciosa comida para ir a mirar quién es por la mirilla de la puerta, en el instante que reconozco sus facciones todo se detiene y cada partícula en el aire se mueve a cámara lenta. Mis ojos están abiertos como dos platos.

¿Qué hace él aquí? Ah, que hemos vuelto a ser amigos.

Titubeando desbloqueo la puerta y el pelirrojo sonrío de medio lado al verme,

—Hola —lo saludo con dos besos en las mejillas y lo invito a pasar.

—Hola.

—Amanda no está aquí, pero puedo llamarla si quieres. —me siento extraña, cohibida y mayormente insegura con Adam aquí. Es un punto a mi favor que la camisa del magnate llegue hasta la mitad de mis muslos, ya es lo suficientemente tedioso que Adam me vea semidesnuda.

—¡Venga ya, Nini! Hemos vuelto a ser amigos ¿cierto? Y he venido a invitarte a conocer a mi hija, acaba de nacer —inquiere mirándome perspicaz.

—Supongo, necesitamos trabajar sobre eso. Se siente.... extraño

—¿Aún sientes algo por mí o ya tienes a alguien que robe tu aliento? —

bromea poniendo los ojos en blanco.

Muerdo mi labio inferior evitando su mirada, si algo tienen los hermanos Milani en común es eso, tienen un arte increíble para descubrir todo lo que se proponen.

¡Jesús! No me da tiempo a reaccionar, ni siquiera me he dado cuenta de que ha entrado en el salón. Lo único seguro son sus labios sobre los míos y sus manos peligrosamente dirigiéndose hacia el sur. Me besa posesivamente introduciendo sin preámbulos su lengua en mi boca, sabe a menta fresca con un toque de Eros Vryzas. Yo me aferro a su estrecha cadera, creo que en cualquier momento caeré, sus besos son mi debilidad. Siento su piel desnuda bajo mis manos y el deseo empieza a recorrer cada una de mis terminaciones nerviosas. Alguien carraspea detrás de nosotros y abro los ojos, el magnate continúa besándome con los suyos cerrados e ignorando a Adam quien vuelve a aclararse la garganta. Vryzas se separará a regañadientes.

—Sí, tiene a alguien que robe sus suspiros, me tiene a mí —levanto las cejas sorprendida, así que me ha besado así, arrancándome el aliento y haciendo que mis hormonas tiemblen solo para protagonizar una escena de ¿celos? Es inigualable.

—Creo que me he dado cuenta de eso. Soy Adam, su ex. Y mejor amigo.

—Yo soy el señor Vryzas, su novio.

¿Qué? ¡Oh, vamos! va a utilizar otra vez esa estrategia. No sé escucha tan mal, me encantaría que fuera mi novio, algo bastante lejano a la realidad.

Ambos se dan un tenso apretón de manos, pero en ningún momento el avellanado retira su brazo de mi cintura. Adam está a punto de romper a reír lo noto en las arrugas que se están formando en sus ojos.

—Muy bien, señor Vryzas, espero que trate a mi amiga como se lo merece.

—¿Me lo está diciendo el mismo que la dejó destrozada? —suelta el avellanado con aspereza dejándome boquiabierta. El pelirrojo palidece y nos observa a ambos. Eros mantiene una postura firme y calculadora.

—No estoy aquí para buscar problemas, ella ya me ha perdonado. Nos vemos otro día Genova, estaremos en Canadá hasta finales de agosto, quiero que conozcas a mi hija. —Adam me da una tenue sonrisa de ojos tristes y abandona mi casa cerrando la puerta.

Me mantengo mirando a la puerta como si ella tuviera todas las respuestas que necesito.

—¿Por qué lo has tratado así? Por un momento pensé que empezarías a

golpear tus pectorales con los puños —pregunto girando el rostro, Eros suelta una estridente carcajada y se encoge de hombros.

—Él no me gusta, dulzura. El perdón no es lo mismo que la confianza — el magnate pasa su nariz por mi cuello y sonrío al sentir como tiemblo entre sus brazos.

—¿Hay algo que pueda hacer para cambiar eso señor yo Vryzas tú fuera? —murmuro acariciando su pecho.

Al Señor Vryzas le pareció una buena idea salir llevando únicamente unos *boxers*. Podría decir que es un bombón, pero en realidad es el buffet completo.

—No lo creo, señorita tentación ¿Ya has terminado de desayunar?

—No, pero si lo he probado y está buenísimo.

—Me alegra que te agraden mis habilidades culinarias. —Alardea llevándome de la mano hasta el comedor para sentarnos.

—Adam y yo fuimos mejores amigos por años y él quiere recuperar eso —explico cogiendo mi taza de café frío.

El griego hace una mueca con la boca. —Sigue sin ser de mi agrado, sin embargo, verte con mi camisa es algo que me agrada, bastante. —suelto una risita espontánea negando con la cabeza.

—Mi hermano se casa el veintisiete de agosto ¿vendrías como mi acompañante?

Anthony está eufórico por la boda, dos días después de que despertara empezaron a organizar los preparativos con una asesora en línea. Amira va a utilizar el vestido de novia de su madre y planean hacer una boda pequeña entre el círculo familiar. Las invitaciones llegaron hace tres días y saber que estuvieron esperando a que volviera todo este tiempo hará las cosas más especiales y memorables.

—Por supuesto que iré si me prometes que llevaras puesto el collar que te regalé. —me había olvidado totalmente del exuberante collar de diamantes que cuesta más que mi sueldo anual, lo tengo guardado en mi joyero, llevar eso por las calles es claramente un llamado hacia los problemas.

—Vale —respondo recogiendo mi pelo en la parte alta de mi cabeza.

—Por cierto, me encanta escucharte cantar, tienes una voz hermosa.

El magnate sonrío de medio lado y me guiña un ojo sensualmente.

La alarma en mi móvil suena y me levanto para tomar mi píldora anticonceptiva con Eros escudriñando cada movimiento que hago. Había tomado su sugerencia de probar otro método contra el embarazoso y fui al

ginecólogo hace menos de una semana para hacerme mi primera revisión rutinaria y pedir la receta de las píldoras.

Cuando dejo el vaso en el fregadero y miro al magnate me encuentro con sus pupilas dilatadas y una expresión que conozco perfectamente.

—¿Desde cuándo las estás tomando? —pregunta con la voz rasposa.

—Desde hace cinco días— él hace un gesto con el dedo para que me acerque, tan pronto como llego a su lado tira de mi hasta sentarme ahorrajadas sobre su regazo y acaricia mis piernas desnudas.

—¿Sabes que me encantas? —susurra mordisqueando mi labio inferior, el calor empieza a fluir en mi interior producto del efecto Vryzas.

Cumplo mis deseos y paso mis manos con lentitud sobre sus marcados abdominales hasta llegar al llamado camino de la felicidad, él gime y me atrae hacia su boca por la nuca.

Es tan diferente me gusta cuando él me toca, no siento asco, miedo o repulsión.

Los besos hacen estragos con mi cuerpo y en poco tiempo me encuentro apretando mis muslos para contener en vano mi excitación. Es la gloria y no pretendo bajar de ella. Nuestros labios se mueven de manera salvaje, combatiendo una guerra de la que nadie sale triunfador. Sus dedos se enganchan en el dobladillo de mis bragas y me empuja hacia delante haciendo que nuestras ingles se rocen placenteramente. Suelto un jadeo abandonado sus labios.

—No podemos, tengo que esperar una semana hasta que mi cuerpo se acostumbre a las hormonas. —murmuro besando su barbilla, el griego hace un mohín decepcionado y yo me pongo de pie recibiendo una sonora nalgada de su parte.

—¡Oye! —chillo risueña.

—¿Tienes lavavajillas? —niego, sorprendentemente él me ayuda a recoger las cosas de la mesa y a lavarlos en el fregadero. Nunca me hubiera imaginado a Eros Vryzas haciendo los quehaceres del hogar, pero al parecer le gusta la tarea y por eso no suele contratar a amas de llaves para el mantenimiento de su casa.

Terminamos bastante pronto y volvemos a sentarnos para mantener una conversación amena y fluida con algunos chistes malos que nos hacen reír sin remedio.

—Muchas gracias por venir anoche. —No sé qué hubiera hecho si él no hubiera estado aquí conmigo.

—Me vas a contar que pasó —interroga cruzando su pierna izquierda sobre la derecha y toda mi atención recae en su entrepierna me sonrojo mirando a otro lado.

¿Cómo se supone que voy a Eludir sus preguntas?

—Fue una discusión con mi madre.

—Genova, me llamaste llorando y diciendo que un hombre sabía dónde estabas. —mi pulso incrementa alarmantemente y empuño la tela del mantel con nerviosismo.

—Eh... creo que no escuchaste bien, estaba muy aturdida como para decir cosas coherentes.

El chirrido de la silla al ser arrastrada bruscamente me sobresalta.

—¿Qué coño pasó ayer? Tienes moretones recientes en tu cadera. Sino me lo dices yo mismo haré las averiguaciones necesarias —brama soltando un tosco golpe sobre la mesa.

Cierro los ojos y me concentro en tranquilizarme.

Quiero gritar todo al aire y que las palabras se las lleve el viento, pero no puedo. Soy un manojo de emociones descontroladas.

—Te amo. —Dejo salir esa frase de mis labios como si se tratase de la cosa más simple.

No se escucha nada más que nuestras respiraciones erráticas ¿En qué estaba pensando?

Conecto con sus inexpresivos ojos, se ha quedado estático mirando a la nada. Una punzada de dolor me atraviesa.

¿Qué me esperaba? ¿Un yo a ti también?

Muerdo el interior de mi mejilla, lo he arruinado todo, se va a ir y me va a dejar sola. ¿Por qué no dice nada?

Tanto le desagrada saber que lo amo.

—No me digas eso por favor —todo cae como un trago amargo quemando mi garganta.

Empieza a pasarse nerviosamente los dedos por su sedosa cabellera.

—No puedes amar a alguien que no puede amarte. Genova, no me siento capacitado para amar a nadie, no otra vez.

Me pediste que me abriera a ti ¡bien lo haré!

Cuando vine aquí me enamoré perdidamente de Selene, mi universo empezaba y terminaba con ella. Le di todo de mí, me entregué por completo a ella, en cuerpo y alma. La ame como nunca había amado a nadie, era todo lo que necesitaba. Yo quería formar una familia con ella, quería que nos

casáramos y envejeciéramos juntos. Solo tenemos una vida y yo quería compartirla con ella. Amaba despertar cada mañana y verla a mi lado. Creo que yo era el único con esas expectativas.

¿Por qué crees que soy el empresario más reconocido de norte América?

Selene me dejó por un hombre con mejores recursos económicos, simplemente nuestro amor no fue suficiente para aplacar su avaricia. Se llevo todo de mí dejándome sin nada, estoy roto por dentro y las piezas se han perdido. Fue algo desgarrador, yo confiaba en ella, fue como si ella hubiera arrancado mi corazón para estrujarlo entre sus manos. Todos mis sueños y esperanzas se fueron con Selene. Se fue sin darme explicaciones o la oportunidad de hacerla cambiar de idea. Me sentía muy confundido por no saber en qué momento dejó de quererme.

No puedo amar a nadie sino puedo entregarme por completo Genova, no puedo brindarte mi corazón sino tengo todas las piezas juntas. No soy nada y no deberías de amarme. La soledad ha sido mi compañía durante mucho tiempo. No quiero hacerte daño, eres alguien muy importante para mí, pero no logras entenderme.

¿Crees que esa es la única razón por la que no debes amarme? Pues estás muy equivocada, alguien como yo no merece ser amado, no sabes lo que he hecho, a penas me conoces. ¡Este es el gran Eros Vryzas, un hombre vacío! ¿Eso es lo que querías escuchar Genova? —cuenta entre gritos de furia.

La tristeza resurge de su escondite ¿Por qué alguien haría algo así? Me siento una persona egoísta y sin empatía, prácticamente lo he obligado a revivir una parte muy dolorosa de su vida, creo que he metido la pata hasta el fondo.

¿Por qué duele tanto saber que ha amado a alguien más?

No es un sentimiento agradable o reconfortante y creí que así me sentiría cuando Eros me abriera las puertas.

No puedo hacer nada mientras él siga pensando que no hay otra solución, más dudas pululan en mi cabeza. Tengo miedo de no volver a verlo, se ha metido debajo de mi piel, domina cada una de mis células.

Sus largos dedos acarician mi mejilla y la mirada que me da rompe mi corazón.

¿Tengo yo amor suficiente para los dos? Lo único que quiero es estar con él a mi lado. Desde que lo conozco me siento totalmente diferente.

—No me perdonaría el hacerte daño y soy propenso a destruir todo lo que toco.

—No me harás daño —susurro con la voz entrecortada.

—No sabes lo que dices, solo con el hecho de que me ames te estoy haciendo daño.

—Podríamos intentarlo, por favor —sugiero formando una fina línea con mis labios juntos.

—Genova —un sollozo ahogado queda atrapado en mi garganta.

—¿Es tan importante para ti que oficialicemos una relación? —asiento escuchando el suspiro que suelta el griego.

Eros entra en la habitación y en menos de un minuto sale vestido de ella.

¡Joder no voy a llorar!

—¿Vas a desaparecer otra vez? —pregunto observando mis largas uñas.

—Solo necesito tiempo, lo que tenemos entre nosotros es más que una simple atracción y quiero que sepas eso. No te prometo nada. No soy el hombre indicado para amar. Tampoco sé si puede haber un nosotros. Solo sé que quiero que vivamos el momento sin mirar hacia el futuro.

—Entonces quédate —suplico tomando la valentía para mirar a su esculpido rostro.

—En cuanto vuelva intentaremos resolver esto, es una promesa y yo nunca rompo mis promesas.

—¿A dónde vas? —mi voz sale desesperada y suspiro para tranquilizarme.

—Eres mi secretaria deberías de saber que hoy por la tarde viajo a Ottawa —frunzo el ceño extrañada y me encojo de hombros. Él besa mi pelo antes de irse dejándome con un popurrí de sentimientos que no encuentran su camino.

Ha dicho que volverá ¿significa eso que está dispuesto a que tengamos algo más?

Capítulo 18. Las mil islas.

Cierro los ojos y recogiendo agua del lavabo mojo mi cara sintiendo el frescor en mi piel. Necesito relajarme y tomarme las cosas con calma ¡Pero me es imposible!

Incluso he tomado un baño caliente durante media hora con algunas velas aromáticas en las esquinas de la bañera ¿Y qué he conseguido? nada, sigo igual, si todavía tuviera el hábito de comerme las uñas hoy mis dedos sufrirían bastante.

Se me había olvidado la desagradable sensación que te consume cuando tienes un examen final de esos que definen lo que pasará.

¿Cuánto he estudiado? Puf, con decir que llevo tres noches sin dormir lo resumo todo en una frase.

Conseguir el título de secundaria será un gran logro para mí, tendré veinte años, pero sigue siendo un mérito, la edad no debe de obstaculizar las metas de las personas.

Sino hubiera entrado en el proyecto educativo de FARS Company hoy no estaría de camino a dar un paso pequeño que cambiará toda mi vida tanto en lo laboral como en lo personal. Lo que más me entusiasma es obtener mi diploma de secretaria ejecutiva, nunca estuvo en mis planes estudiar esa carrera, pero ahora que tengo la oportunidad de hacerlo no la desaprovecharé en ninguna circunstancia.

Mi semana libre de vacaciones otoñales empezó ayer por lo que solo tengo que asistir a las clases y no a trabajar, por suerte tuve tiempo para organizar la agenda semanal del magnate. Una extensa sonrisa se planta en mi cara al recordar el mensaje de buena suerte que me envió esta mañana.

—¡Genova, Christofer ya ha llegado! Al parecer este bebé nacerá antes de que tú salgas del baño —protesta Amanda golpeando varias veces la puerta. Pongo los ojos en blanco, no tiene remedio.

En cuanto abro la puerta mi mejor amiga tira de mi brazo y cuelga mi bolso en el para empezar a arrastrarme fuera de la casa.

Ayer salimos los cuatro juntos a comer y me permití conocer un poco más

a los dos poco convencionales novios de Amanda. Son personas realmente encantadoras con personalidades totalmente opuestas, uno es pasivo y cariñoso en cambio el otro va directamente al grano sin preámbulos. Ellos son como el azúcar y el café, sé que ella no podría estar en mejores manos.

—Buenos días, campeona ¿Estás preparada? —pregunta Christofer asomándose por la ventanilla del copiloto con su característica sonrisa socarrona en el rostro.

—Estoy todo lo preparada que se puede estar.

—Eso no te servirá de nada si llegas tarde —riñe mi mejor amiga acercándose a la puerta con un objetivo en mente, besar a su amado.

—Gracias por llevarla, amor y Genova, buena suerte.

Entro en el coche de Christofer acomodándome en uno de los asientos traseros y Amanda se aleja despidiéndose con la mano. La verdad es que se ve radiante embarazada y está sacándole el máximo partido a eso.

El novio de mi amiga enciende el coche y deja libre el lugar donde se encontraba.

Suspiro apoyando la cabeza sobre el cristal de la ventanilla, aunque he estudiado basten la mayor parte del tiempo estaba distraída y solo hay un culpable de nombre celestial.

¿Por qué somos tan complejos? El ser humano tiene la capacidad de expresar sus emociones con tan solo una mirada, el problema es que él es un enigma indescifrable.

Mis nervios aumentan a medida que nos acercamos al centro donde se realizan las pruebas, tengo todas mis esperanzas puestas en mis capacidades.

—¿Crees que la relación que tenemos con Amanda funcionará? —la pregunta de Christofer me desconcierta.

¿No está seguro de lo que está haciendo?

—Soy la menos indicada para dar consejos sobre relaciones —digo soltando una risita, si tan solo él supiera.

—No me siento cómodo en este tipo de relación, pero sin duda el sexo es increíble

Amanda, un sándwich de Amanda ¡Jesús, no!

—¡Oh vamos no había necesidad de decir eso! —exclamo levantando las cejas, Christofer suelta una gutural carcajada.

—Quiero casarme con ella y se lo he propuesto, pero se niega rotundamente. Ni siquiera quiera sabemos quién es el padre biológico del bebé.

—¿Qué es lo que te hace sentir incómodo? —curioso.

—Me gustaría pasar tiempo a solas con ella, cuando estamos los tres juntos realmente me siento como la mierda. Él tiene todas las cualidades perfectas y yo, bueno yo soy yo. No me había sentido así hasta que he descubierto que la amo, antes me daba igual —sus ojos me ven desde el retrovisor y por el brillo en ellos sé perfectamente que no me está mintiendo.

¿Por qué el amor es tan jodido? Yo no estaría dispuesta a ver como otra mujer toca a Eros y saber que él está enamorándose de ella sería la tortura de cada día.

En ese tipo de relación hay que ser una persona abierta y sin inseguridades, hay que estar dispuesto a todo incluso sino formas parte de ese todo.

Trato de pensar en la solución más viable, pero sino encuentro una solución para lo que sea que somos Eros y yo no encontraré una para los problemas de otros.

El coche se detiene en la puerta del instituto donde ya se encuentra un gran grupo de personas esperando. Mi estómago se contrae incómodamente, me siento igual que aquel día en el que actúe para los padres en la obra de teatro de sexto curso.

¡Basta ya, es solo un examen!

—Menuda relación más complicada. No sé qué decir Christofer, si la amas quédate con ella, tal vez con el tiempo te acostumbrarás y lo desagradable se irá de lado. Muchas gracias por traerme —opino dándole un apretón en el hombro y salgo del coche.

—Es un placer. No puedo venir a buscarte porque hoy Amanda tiene control prenatal.

—No pasa nada, encontraré algún taxi.

Suelto una risita nerviosa dándome la vuelta.

De repente me han entrado unas ganas increíbles del ir al baño, el efecto secundario de la ansiedad.

Me coloco en la fila de personas con impaciencia y poco después sale una señora mayor sosteniendo una hoja.

—Por favor vayan entrando en orden de llegada y mantengan su documento de identidad al alcance.

La fila comienza a reducirse lentamente, mi turno llega y le entrego mi DNI, para mi pesar la mujer tarda un rato en encontrarme en el listado.

¿Es qué no se da cuenta de que ya no puedo más?

—Genova Sanders, aquí estás, bonito nombre, por cierto —halaga entregándome una pegatina con el aula a la que debo ir. Murmuro un gracias y me apresuro a entrar en el pasillo del inmenso recinto, no puede ser tan difícil encontrar las aulas aquí.

Tras girar a la derecha en varias ocasiones encuentro el aula correspondiente y sin prestar mucha atención a nadie me siento en la primera fila.

Hoy es un día caluroso y al parecer ellos se lo han tomado en serio, el aire acondicionado está tan frío que mis piernas desnudas se erizan rápidamente, veo que mi elección de atuendo no ha sido la más adecuada pero ya era hora de estrenar la falda de estampado floral que lleva casi un año abandonada en mi armario.

—Buenos días señores, yo soy el profesor Friedman. Por favor dejen todas sus pertenencias a un lado y su identificación junto a la pegatina que les han dado en la entrada. Tienen cuarenta minutos para rellenar cada examen. En el primer tiempo tendrán lengua y literatura e inglés, después de diez minutos de pausa volverán a entrar y harán las pruebas de matemáticas e historia o biología. —Tiene el típico aspecto de profesor intimidante y estirado.

—No se olviden de poner su nombre y el código de la pegatina —añade entregando los exámenes.

Las hojas se encuentran en frente de mí con sus complejas preguntas, ya estoy aquí y lo voy a conseguir.

Todo fluye de maravilla y logro plasmar lo que he aprendido en cada examen y cuando por fin terminó el último de ellos, me siento completamente realizada.

Tal vez no fue mi mejor decisión dejar el colegio antes de terminarlo sin ni siquiera pensar en lo que vendría después. No es fácil meterse de lleno en un mundo laboral en el que no tienes experiencia, es aún más difícil si eres una mujer y no eres caucásica. La sociedad ha avanzado bastante, pero allí fuera todavía existen un montón de personas que no tienen respeto ni por ellas mismas. He tenido varias experiencias poco placenteras con ese tipo de personas mientras trabajaba, lamentablemente no podía hacer nada si quería conservar mi trabajo. Ahora tengo la oportunidad de ejercer como secretaria en un lugar mejor con un salario digno creo que un poquito más generoso de lo que debería y un horario que me permite tener tiempo para realizar diferentes actividades.

Salgo del centro educativo despidiéndome del conserje en la puerta. Ya

solo queda esperar y tengo la sensación de que voy a sacar un notable alto.

Esta parte de la ciudad no la conozco bien, en realidad no conozco ni el cinco por ciento del territorio canadiense.

—¿Necesita un taxi, señorita Sanders? —mi pulso se acelera a un ritmo impresionante descontrolándose por completo en el momento en que su voz llega a mis oídos. Es como el canto de los ángeles.

—Sí —murmuro en un hilo de voz.

El amor es exactamente esto, es el sentimiento que hace que pierdas la cabeza y el control sobre tu cuerpo y emociones, es algo mágico que te hace volar sin tener alas. El amor te incita a tomar decisiones sin pensar en las consecuencias, es lo más intenso que el ser humano puede sentir. El amor te enseña lo que es la empatía, es irracional y genuino. Sin embargo, el amor puede llegar a ser injusto y despiadado, no te permitirá huir de sus garras. El amor puede ser mi peor perdición porque es sin duda el más dulce veneno.

¿Cuánto ha pasado desde la última vez que lo vi? Creo que han pasado cuatro días desde la primera vez que le confesé mis sentimientos por lo que verlo me trae una extraña mezcla de emociones, la felicidad y la desilusión reinan entre ellas.

Aun así, no puedo despegar la mirada de su esplendor es magnífico. Es increíble lo sexy que se ve apoyado sobre esa moto llevando una vestimenta casual, es un paisaje digno de observar por varias horas consecutivas.

Como si el magnate tuviera algún imán atrayente comienzo a caminar hacia él.

—Estás excepcionalmente preciosa hoy —halaga tomando mi rostro con sus manos.

—Gracias. —me ruborizo, sí, yo la que no se había sonrojado en su vida por nada. Él es el único que ha conseguido ver como mis mejillas se enrojecen cada vez que estoy a su lado.

—No sabía que te gustaban las motos. —El griego niega con la cabeza antes de dejar un casto beso sobre mis labios. He empezado a odiar ese tipo de besos, siempre me dejan con ganas de más.

—No me gustan ni tampoco se conducirlas. La moto es para ti. Quería hacerte un regalo y como tienes el carnet de conducir aquí están las llaves —explica depositando un llavero en mi mano.

Suelto un bufido escudriñando la moto blanca detrás de él, es enorme. —Gracias, es un detalle muy bonito, pero...

—Sin objeciones. No puedes rechazarla. Te la estoy regalando porque te

lo mereces, eres una secretaria muy eficiente y tus notas son excelentes, además sé que dentro de poco tendrás tu certificado de secundaria. —Habla con el orgullo parpadeando en sus pupilas doradas.

—¡Eros! —canturreo molesta dejando caer mis hombros. ¿Dónde meto yo algo así?

—Pero si es una belleza ¿No te gusta?

—Sí me gusta. —contesto mordiendo mi labio inferior consternada, yo nunca podré regalarle algo así.

—Entonces. ¿Cuál es el problema?

—Aunque me niegue a aceptarla la llevarás de alguna manera hasta mi casa ¿Cierto? —cuestiono recordando lo que pasó con el collar.

—Creo que ya me vas conociendo mejor, dulzura. Ahora sube tu bonito culo a la moto antes de que me arrepienta y vaya a por mi coche.

—¿Nunca has subido en moto? —he de decir que me siento bastante emocionada en estos momentos. El griego frunce el ceño encogiéndose de hombros.

—No, estoy poniendo mi vida en tus manos, Nova. Quiero que sepas que confío en ti.

¿Confía en mí? Una sonrisa tonta se escapa de mis labios, estoy muy impaciente por saber si hemos avanzado en nuestra inexplicable relación.

—Te prometo que no te arrepentirás —declaró entregándole mis cosas para subirme en la moto.

Eros se monta detrás de mí y me pongo uno de los cascos que se encontraban en los manillares pasándole al griego el otro.

—¿A dónde vamos? —pregunto introduciendo la llave para encender el rugiente motor.

—Solo sigue las indicaciones del GPS, te prometí que resolveríamos las cosas y estos días fuera me han servido para reflexionar —responde aferrándose a mi cintura en el momento en que la moto sale disparada por la calle.

Mi subconsciente aplaude emocionada ¿nos dará una oportunidad?

Acelero adentrándome en la autopista, cada vez que doblo en una curva siento como Eros se tensa empujando su cuerpo contra el mío y sin evitarlo suelto una que otra carcajada. Me encanta como se siente ir en moto y como la adrenalina aumenta cuando la motocicleta se inclina hacia los lados, poder zigzaguear entre los espacios pequeños que deja cada coche es un privilegio.

—Un poco más lento. —Grita Vryzas contra el viento. Tiene que ser

bastante cómica la imagen que estamos dando al público, él que quizás mide más de un metro ochenta detrás de mí metro con sesenta y cinco.

—No me vuelvo a montar en esto, es muy peligroso— río disminuyendo la velocidad.

«¡Tú eres un peligro Eros Vryzas! Un peligro para mí.»

En algún momento Cupido coge un poco más de confianza y sus brazos se aflojan. Amo la libertad de sentir el viento en contra de mí cuando voy en una moto.

Vamos dejando los kilómetros atrás y acercándonos cada vez más a nuestro destino, no quiero que el viaje termine nunca, amo sentirlo contra mi anatomía y saber que yo tengo el control. Tengo ganas de contemplar el bello paisaje que nos brinda el atardecer de la costa, pero las cosas podrían salir muy mal si despego la mirada de la carretera. Esta es la primera moto de este modelo que conduzco.

Llegamos a nuestro destino y paro la moto directamente en la tierra, un lugar bastante extraño a unos pocos metros del muelle.

Nos bajamos y ponemos los cascos encima de la moto, dándome la vuelta conecto con sus brillantes ojos y el avellanado me brinda una hipnotizante sonrisa.

—Estamos en las mil islas —si mi mandíbula pudiera despegarse del resto de mi cara ahora estaría en el suelo.

—¿En serio? —la emoción denota en mi voz, siempre he querido venir aquí.

—Sí. Vamos, puedes dejar la moto ahí, Franklin no está muy lejos. — Vryzas extiende su mano y entrelazamos nuestros dedos caminando hacia el muelle en el que solo se encuentra una lancha acuática. Mientras más nos acercamos más de las islas puedo ver, es un lugar majestuoso compuesto por un archipiélago de más de mil islas de diferentes tamaños. Están tan cerca que logro ver algunas casas desde aquí.

¡Es un paraíso!

Eros entra en la lancha y me ayuda a subir, un chico rubio nos saluda desde la parte delantera y enciende la lancha para cruzar el río San Lorenzo.

—¿Te gusta? —Asiento apoyando mi cabeza en su hombro, cuando se lo propone puede ser muy romántico.

El viaje por el agua a penas dura dos minutos. No sé exactamente en cuál de las islas bajamos, pero no hay ningún turista cerca, algo muy extraño en esta zona.

Continuamos caminando bajo un pacífico silencio que nos permite escuchar el ruido de los grillos y los animalitos que se encuentran escondidos por todo el lugar. Curioso sin perderme los detalles de la pequeña isla, está todo lleno de árboles y flores.

¿Lo tenía planeado? En frente de nosotros hay una manta junto a una fuente de cristal repleta de frutas diferentes.

Ambos nos sentamos en la suave manta de lana mirándonos mutuamente.

—Esto es muy bonito Eros, gracias —murmuro besando su mejilla. Mis ojos pican, tengo ganas de llorar de alegría. Nadie había hecho algo así por mí. Me siento el ser humano más especial de este planeta.

Vryzas me guiña un ojo poniendo una fresa en mi boca la cual muerdo disfrutando de su dulce sabor.

—Realmente quiero que las cosas cambien, to méli mou. No será fácil para mí, pero creo que valdrá la pena intentarlo. —Mi cuerpo entero se estremece al escucharlo y la calidez del amor que siento por este hombre fluye por mis venas.

—Sé que las relaciones significan mucho para ti —toma una gran bocanada de aire y deja salir la bomba—. ¿Quieres ser mi novia?

Mi respiración se detiene y todo a mi alrededor explota en cientos de colores diferentes. Mi corazón palpita cabalgando las olas de la felicidad y un hormigueo recorren todo mi cuerpo, la conexión boca cerebro se ha interrumpido por completo y casi puedo ver las estrellas volando a su alrededor. Es como si me hubiera transportado a un universo paralelo en el que el tiempo se ha detenido, solo él y yo reinamos en ese universo. No obstante, una punzada de culpabilidad golpea mi pecho, ambos tenemos secretos que no queremos desvelar.

—Yo...sí— acepto como en un trance. El semblante del magnate se relaja notablemente. Aún no me lo puedo creer.

Eros se pone de rodillas antes de cernirse sobre mis labios, el contacto de su boca es suave y me besa tiernamente como si tuviera miedo a que desapareciera entre sus brazos. Sus manos acarician mi cadera y yo hundo mis dedos en su suave pelo, amo hacer eso. Con paciencia explora mi boca de una forma agónicamente lenta, la necesidad empieza a llegar a mi cuerpo. Es como si Eros tuviera un botón especial para activar mis alborotadas hormonas femeninas. Trato de que profundice el beso y siento como sonrío sobre mis labios, lo está haciendo a propósito, él sabe perfectamente lo que provoca en mí. Nuestras respiraciones se aceleran y nuestros cuerpos se acercan aún más

en busca de un contacto mayor, mordisqueo su labio inferior notando como un gruñido ahogado sale de su garganta. Todo cambia drásticamente y el beso se vuelve algo implacable, profundo y lujurioso. Es algo que nos deja sin aliento y se vuelve la mecha que enciende nuestros cuerpos.

¡Oh por Dios esto es demasiado!

La mirada que me dirige cuando nos separamos es capaz de quemar medio bosque y dejarlo en cenizas.

Yacer contra la persona a la que amas bajo un atardecer es la mejor experiencia que puedes vivir.

Capítulo 19. Empoderamiento

Me levanto sobresaltada sentándome en el colchón, mi piel se eriza cuando la brisa fría que entra por la ventana me envuelve. Suspiro limpiando las lágrimas que ruedan por mis mejillas como secuela de la pesadilla que acabo de tener, más que un mal sueño fue un recuerdo; fue el recuerdo de aquel día en el que casi me convierto en otra víctima de abuso sexual.

Mi corazón martillea con fuerza en mi pecho como si las cosas estuvieran pasando otra vez, pero no es así, me encuentro en mi oscura habitación escuchando a las gotas de lluvia chocar contra el cristal de la ventana.

Siempre he amado el olor que deja la lluvia cuando se mezcla con la tierra. Trato de hacer que mi respiración vuelva a su estado natural, todo se sintió tan real que aún sigo temblando asustada.

El magnate se despreziza a mi lado ¿Qué tan descabellado se escucha decir que Eros Vryzas es ahora mi novio?

Él vino a visitarme anoche, pero la tormenta torrencial que acababa de entrar en Toronto estaba en pleno apogeo y se quedó a dormir conmigo, algo de lo que no me quejo.

—¿Está todo bien? —pregunta Eros atrayéndome delicadamente hasta que mi cabeza reposa sobre su cálido pecho.

—Lo siento, no era mi intención despertarte. Solo fue una pesadilla — respondo roncamente disfrutando de sus caricias en mi espalda desnuda.

—Está bien, to méli mou ¿Con qué has soñado?

Mi cuerpo se tensa y me quedo en silencio durante unos segundos, titubeando ante la idea de contarle lo que he soñado.

Me encantaría decirle todo sin que eso tenga consecuencias, si hablo sobre ello también tendré que volver a recordarlo y no es agradable regresar a esa época tan sombría de mi vida. Si tuviera la capacidad de borrar esa parte de mi memoria lo haría sin rechistar.

Creo que ya es hora de dejar que el pasado se quede en el pasado, ya es hora de pasar página y alejarme de todo lo que me hace daño.

—Soñé que él venía otra vez a hacerme daño —mi voz sale tan débil que

es casi inaudible.

Siento como el griego se estremece y estoy segura de que está frunciendo el entrecejo.

—¿Quién es él? —Indaga con notoria preocupación enredando uno de mis rizos en su índice.

Respiro profundamente percibiendo la picante esencia del sexo que probablemente quedará impregnada en mi cama por mucho tiempo. Huele a él y a mí, una extraña mezcla cautivadora.

—¿Estás hablando de la misma persona por la que me llamaste histérica el otro día? —Asiento aferrándome a la tela del cubrecama con nerviosismo intentando evitar que mi mente me juegue una mala pasada y provoque que tenga un ataque de ansiedad frente a Vryzas.

—Yo...No me siento bien hablando sobre esto.

Eros levanta mi barbilla entre sus dedos y a penas logro distinguir el definido arco de cupido de sus labios.

—Puedo esperar hasta que estés preparada para contármelo, aunque si tardas mucho tiempo encontraré la manera de investigar la identidad de ese sujeto y nuestro encuentro no será precisamente agradable. Sabes que no soy muy bueno controlándome mi temperamento. —Amenaza con furia haciendo que un escalofrío recorra mi espina dorsal.

Realmente no está bromeando y sé que nada podría detenerlo, desde que lo conozco ha sido bastante protector conmigo. Tal vez tiene problemas de ira, su comportamiento en el gimnasio de su casa fue muy agresivo y brusco, incluso llegué a asustarme pensando que podría hacerme daño, él estaba totalmente fuera de control.

—Nunca te conté las razones por las que mi madre me echó de casa con tan solo quince años. Su pareja me acosó sexualmente por meses, utilizó mi cuerpo para complacer sus enfermas fantasías sexuales, yo...Sentí que mi vida dejó de pertenecerme. Mis días pasaron a ser mi peor pesadilla, no importaba si cerraba la puerta con llave o me escondía, él siempre encontraba la manera de llegar a mí. No quería que mi hermano fuera a la cárcel por lo que nunca le dije nada, tampoco quería denunciarlo y terminar en una casa de acogida. Cuando me di cuenta de que su comportamiento no era fraternal fui a hablar con mi madre, pero ella pensó que estaba interpretando mal las cosas ya que había crecido sin una figura paternal. Ella era la persona en la que más confiaba. Sufrí en silencio hasta que ya no lo pude aguantar más. Él día que casi...Que casi. —Trago el nudo que se está formando en mi garganta y dejo

que las lágrimas viajen libremente por mis mejillas reviviendo cada momento como una película en el interior de mi mente. La angustia quema mi piel y el miedo empieza a hacerse lugar en mi estómago. —Sino hubiera sido por la llegada de mi hermano hoy sería otra víctima de abuso sexual. El otro día en la cena familiar él me siguió hasta la cocina y comenzó a tocarme, tuve un ataque de pánico, no conseguí defenderme, no fui fuerte como me lo había prometido, simplemente me quedé quieta esperando a que todo terminara. Yo quería gritar por ayuda, pero mi voz estaba apagada y solo escucha los gritos en mi cabeza, no podía faltar a esa cena, pero debería de haberlo hecho. No me gusta contarle esto a nadie porque revivo frente a mis ojos cada desesperante segundo, Eros. —Siento que me libero por completo, ya no está ese peso sobre mis hombros que me empuja a ser asustadiza y caminar con cautela. Ahora ya no podrá hacerme daño nunca más, soy libre.

Sé que los recuerdos seguirán en mi mente hasta que deje este mundo, pero ahora ya no podrán hacerme daño. Quizás esto era lo que necesitaba, necesitaba contarle a alguien más sin tener miedo. Necesitaba confiar en otra persona, mi propia madre destruyó mi capacidad de confiar y no sé si lograré recuperarla del todo.

¿Si tu propia madre no te ayuda por qué otra persona lo haría? Llevo mucho tiempo preguntándome lo mismo sin hallar respuesta. Eros es el arte de lo que soy ahora y presiento que juntos lograremos llegar muy lejos.

El magnate suelta un gutural gruñido que sale del fondo de su garganta y acaricia mi mejilla con lentitud. Muerdo mi labio inferior conteniendo el sollozo que lucha por escapar de mis labios.

—¡Por Dios, Nova! Me siento impotente, soy un jodido inútil. Estoy intentando contenerme, quiero ponerme de pie y destruir todo hasta llegar a ese cerdo. Te prometo que esto no se va a quedar así, buscaré la manera de hacer que lo metan en prisión por al menos veinte años ¿Cómo pudo hacerte algo así? —Escupe con frialdad mientras me aprieta más contra su costado.

—No tienes pruebas que lo incriminen —musito encogiéndome de hombros.

—Tampoco quiero que te metas en problemas que puedan perjudicarte. No sé qué clase de plan está creando tu mente inteligente pero no irás a pelear con él, por favor no lo hagas.

—No te puedo prometer algo que probablemente incumpliré. —Habla encendiendo la lámpara de mesa a su derecha, la furia llamea en sus brillantes ojos dorados y su semblante no muestra ni una pizca de compasión. En ese

momento comprendo que hará caso omiso a mis suplicas.

¿Qué pasará si no se puede controlar y termina dejando a Pablo en muy mal estado? Nunca me perdonaría si termina tras las rejas por mi culpa. Me niego a pensar que algo así podría pasar, tapo mi cuerpo con la manta y me concentro en escuchar el melodioso latido de su corazón.

—¿Te sientes igual cuando yo te toco? Si tan solo me lo hubieras dicho antes... —Por primera vez trastabilla al hablar rompiendo un poco su fachada de hombre calculador y despiadado.

—No, me gusta cuando tú me tocas, es diferente porque yo puedo elegir —murmuro llevando mi mano a su pelo para enredar mis dedos entre sus sedosos mechones. El griego suspira y desde aquí observo como se mueve su manzana de Adam al tragar con alivio.

—Me dijiste que él sabe dónde vives, pondré un equipo de seguridad a tu disposición.

—¿No crees que eso es un poco exagerado? —preguntó bostezando. — No me agrada la idea de tener a una persona extraña siguiéndome por todas partes durante todo el día.

—Nada es exagerado si se trata de tu seguridad. Puedes protestar todo lo que quieras, pero seguirás teniendo a un par de guardaespaldas protegiéndote, Franklin seleccionará a los más capacitados y no serán extraños. No quiero que ese bastardo vuelva a acercarse a ti. Además, soy tu novio y debo protegerte.

Suelto una risita y me resigno sabiendo que no hay nada que pueda hacer para cambiar su testaruda decisión. Él es Eros Vryzas alias el imparable ¡ah! Y mi novio.

Con una sola mano Vryzas maniobra en su móvil para llamar a alguien y junto mis labios en una fina línea rogando para que no cometa ninguna insensatez.

¿Quién coge una llamada a las tres y media de la madrugada?

—Buenas noches, Franklin. Podría investigar a la pareja de la madre de la señorita Sanders y envíeme un informe completo a mi oficina por la mañana. Quiero que dos miembros de mi equipo de seguridad protejan a la Señorita Sanders a partir de mañana. Encárguese de contratar a alguien para que siga a ese hijo de puta las veinticuatro horas del día, ellos deben reunir las pruebas... —su voz vibra en su pecho y aunque sé que está enfadado me siento tranquila en una nube cálida de paz burbujeante, lentamente mis ojos se van cerrando hasta que me dejo llevar por los tentadores hilos del sueño.

Cuando vuelvo a despertarme el intenso aroma del café me golpea y mi boca se hace agua. Eros no está junto a mí y en su lugar hay un trozo de papel doblado con mi nombre escrito en el frente. Me parece que no se fue hace mucho tiempo.

Diviso la taza roja en la mesita de noche y la cojo para tomar el primer sorbo del sublime café templado y empezar a leer la nota.

«Espero que te sientas mejor, pasaré por allí en cuanto salga de trabajar, pretendo acortar mi turno para poder pasar más tiempo contigo. Beadles y Butler son tus nuevos guardaespaldas, ellos esperan por ti en la entrada para llevarte a donde deseas.»

PD: Te he hecho un café, mira a tu derecha. —El novio de la señorita Sanders.»

Sonríó releendo la firma varias veces. He de decir que tiene una caligrafía exquisita, es muy delicada y pulcra.

Siempre he dicho que la hora del café es un momento para reflexionar, las mejores ideas llegan en ese momento que tu mente está completamente en blanco y logra pensar con efectividad. Es como si una pequeña bombilla se hubiera encendido justo encima de mi cabeza.

Creo que ya sé que puedo hacer con la moto, tal vez es la llave para empezar el proyecto de independencia con el que siempre he fantaseado.

Me encantaría prescindir de mi trabajo y ser autónoma, depender de mí misma y poner mis propias reglas. Realmente no tengo ni idea de cómo funcionan los negocios y apenas estoy aprendiendo un poco de economía en el curso de secretaria. Pero por primera vez quiero tirarme a la aventura y probar cosas nuevas incluso si fallo en el intento.

Me pongo de pie dejando la taza vacía en la mesita de madera pitada en blanco y busco una toalla entre los desordenados cajones de mi armario para envolverla en mi cuerpo.

Saco los papeles que se encuentran dentro de mi desgastado bolso de trabajo y doy con el informe de la compañía que Eros rechazó hace unas semanas. Quizás el avellanado piensa que invertir en esta empresa sería una pérdida monumental dinero, pero yo creo que puede tener un gran potencial, le estaban vendiendo el ochenta por ciento de la compañía a un precio bastante razonable. Puede que aún este en venta, si vendo la moto y pido un préstamo al

banco a lo mejor consigo el dinero suficiente para comprar al menos un cuarto de ella.

Sería un gran paso, sonrío excitada por la idea de ser uno de los propietarios de esa empresa. He aprendido mucho de Eros y sé que una pequeña contribución puede dar inicio a un gran imperio.

Impacientemente me doy una ducha rápida y me pongo un vestido azul de tirantes finos con unas sandalias plateadas, toda cortesía de Eros Vryzas. Hago poco con mi pelo y simplemente lo trenzo con desdén.

En el momento en que piso la acera me arrepiento de no haber cogido un cárdigan, el clima ha cambiado drásticamente en estos últimos tres días y hemos pasado de treinta grados a dieciséis. Lamentablemente Toronto tendrá que despedirse de los días soleados y darle la bienvenida a la sobriedad del otoño.

—Buenos días, señorita Sanders. Soy Beadles, uno de sus guardaespaldas.

—¡Ay por Dios! —Grito asustada llevándome una mano al pecho. — Puede hacer más ruido cuando se acerque por favor.

El hombre posa su robusto porte en frente de mí y ladeo la cabeza para escudriñar su rostro. La barba insípida rodea sus finos labios rosados, tiene una nariz recta y bronceada como el resto de su piel, su cabeza está afeitada y los pelos han empezado a salirle, sus ojos están ocultos detrás de unas oscuras gafas *Ray-ban* y el traje que lleva puesto se ciñe a sus prominentes músculos. La profesión que ejerce va completamente acorde con su aspecto intimidante. No creo que nadie se atreva a meterse conmigo si voy acompañada de este mastodonte.

—Por supuesto, señorita ¿quiere que la llevemos a algún lugar? —Su voz es áspera y profunda.

—No hace falta puedo ir sola —digo saliendo de mi asombro.

—Pero el señor Vryzas nos pidió explícitamente que no nos alejemos de usted en ninguna circunstancia.

¡Jesús! Pongo los ojos en blanco, Eros puede ser jodidamente exasperante cuando se lo propone.

—Como sea ¿Tiene algo para llevar la moto en el coche? —

Le tiendo la llave de mi moto.

—Por supuesto, tenemos un remolque pequeño. Sígame.

—Puedes tutearme, soy Genova. —Hablo cruzando la calle detrás de él hasta un Range Rover blanco.

—Eso no sería apropiado, señorita Sanders ¿Dónde está la motocicleta?
—Beadles abre la puerta del exuberante coche para mí.

—Está encadenada en un árbol al lado del aparcamiento de bicicletas. —
Me acomodo en el asiento de cuero marrón abrochándome el cinturón y cierro
la puerta conectando con unos grandes ojos azules en el retrovisor.

—Es un poco gruñón ¿cierto? —Bromea el rubio del tupé sonriéndome
desde el asiento del conductor.

—Creo que sí. —Me encojo de hombros analizando sus angelicales
rasgos, nunca había visto a alguien tan pálido como él, por lo que puedo ver
desde mi posición sus mejillas redondeadas tienen un tono rosáceo y sus
labios pequeños forman un corazón, la punta respingada de su nariz hace que
luzca como un tierno corderillo ¿Ha salido de algún cuento de princesas?

—Está a unos días de cumplir los cuarenta, eso le está afectando. Yo soy
Butler, pero puede decirme Ryan. —Me carcajeo, él y yo nos vamos a llevar
muy bien.

—Yo soy Genova.

El muchacho que ronda los veintitantos es mucho más simpático y risueño
que Beadles, dos personalidades que seguramente chocan entre si a menudo.

Beadles regresa y se mete en el lugar de copiloto haciendo que Ryan tome
una postura recta y seria. Muerdo mi labio inferior para no echarme a reír y
ponerlo en evidencia.

—¿A dónde desea ir señorita Sanders? —Interroga Beadles señalando al
volante con sus grandes dedos llamando la atención de Ryan quien encienda el
coche.

—A un concesionario de motocicletas o a algún lugar en el que pueda
vender la mía.

Las ruedas del moderno automóvil se deslizan suavemente por la húmeda
calle. Observo los tonos grisáceos del cielo y las nubes que anuncian la
tormenta que se avecina, los relámpagos parpadean desapareciendo entre las
copas de los árboles más altos.

Nos adentramos en la autopista principal y en menos de lo que canta un
gallo llegamos a un alto edificio de cristaleras transparentes desde las que se
asoman varias filas de motocicletas.

Beadles baja mi moto y la empuja cerca de la entrada del concesionario.
Paso las puertas automáticas adentrándome en una amplia recepción donde nos
recibe un sonriente señor calvo.

—Buenas tardes. —Saludo dándole un apretón de manos.

—Buenas tardes, señorita.

—Me gustaría vender mi moto. —Declaro poniendo todos los documentos sobre el mostrador de madera.

El señor concentrado comienza a leer los papeles girando un bolígrafo entre sus dedos.

—¿Está segura de que desea venderla? Es un modelo exclusivo que solo se puede adquirir en Europa. —Suspiro apartando las dudas de sopetón, puede que Eros se enfade cuando se entere de lo que voy a hacer con su regalo, pero conseguiré mejores beneficios si vendo la moto. Yo seré por una vez egoísta y solo pensaré en mí misma y en lo que es más conveniente para mí.

—Estoy segura.

—Perfecto, necesito su documento de identidad. ¿cuánto kilometraje tiene?

—Menos de quinientos kilómetros, solo la he utilizado una vez. —Contesto sacando mi DNI del viejo monedero en forma de corazón que me regaló Anthony cuando cumplí catorce años.

—¿Quiere que realicemos el pago por transacción bancaria o cheque?

—Transacción

—Perfecto, señorita, vuelvo en uno momento. —El señor desaparece detrás de un muro gris y yo apoyo los codos sobre el mostrador.

¿Y si hiero sus sentimientos? No había pensado esa posibilidad, tal vez esa moto tiene un valor sentimental para el magnate ¡Para Genova, no te echas para atrás!

Un grupo de páginas grapadas se deslizan delante de mí.

—Rellene los datos y firme al final de cada página. —Explica él tendiéndome un bolígrafo.

Me tomo la molestia de leer cada párrafo minuciosamente, no quiero tener problemas legales por no firma en la letra pequeña de un contrato. Silbo sorprendida al llegar a la cifra que me van a dar por la motocicleta, nada más y nada menos que ciento cincuenta mil dólares. No quiero ni imaginarme cuanto le costó a Eros.

—Listo. —Sonrió pasándole el contrato y cogiendo el recibo que me está dando.

—Ha sido un gusto, que tenga un buen día, señorita Sanders.

—Hasta luego. —Me despido antes de abandonar el lugar para reunirme con mis nuevos vigilantes.

—Butler nos está esperando a una calle de aquí, no ha encontrado

estacionamiento.

Beadle me guía caminando a mi lado por la lujosa calle de este barrio rico, como es habitual en mí no sé dónde estamos. Si a mí me dejan el medio del bosque probablemente moriría en menos de una hora después de haber pasado mil veces por el mismo arbusto.

Pasamos por un quiosco y me quedo atónita al verme en la portada de una revista de cotilleo, sin mirar la cantidad tiro el primer billete que pillo en el mostrador y empiezo a leer el artículo de la revista «Cupido ha flechado a cupido: Al parecer la secretaria de Eros Vryzas ha logrado cazar al multimillonario. Hace unos días captamos a la parejita besándose apasionadamente en medio de la calle. Parece que la cosa se está poniendo seria y ya están comprometidas. Las campanas de boda suenan a sí como lo hará el bolsillo de la afortunada cuando la fortuna Vryzas llegue a sus bolsillos.»

Me río, me río porque es lo más absurdo que he leído en mi vida, pero mi risa para al darme cuenta de que también es lo más humillante que he leído.

¡Yo no soy una jodida caza fortunas!

—Deberíamos de entrar en el coche, está lloviznando. —Asiento sintiendo las frías gotas de agua salpicando mi piel.

A unos pocos pasos se encuentra el automóvil.

—No vale la pena hacerles caso a las revistas del corazón, suelen ser muy incoherentes, señorita Sanders. —Aconseja cerrando la puerta cuando estoy totalmente acomodada en el coche. Aspiro el fresco olor a pinos recién cortados del ambientador que perfuma el interior del vehículo y apoyo la cabeza contra la ventanilla.

Me paso todo el viaje encerrada en mis pensamientos ¿eso es lo que seré para todos? Una caza fortunas sin escrúpulos dispuesta a todo para adueñarse del capital de Vryzas ¿Y si su familia piensa lo mismo? Esa duda carcome mi cabeza.

Eros nos espera fuera del parta y cuando me bajo corre hacia mí bajo la fuerte lluvia protegiéndose con un paraguas

—Hola ¿Qué has hecho hoy? —dice dejando un desesperante y casto beso sobre mis labios.

—He vendido la moto y estoy en la portada de una revista de cotilleo —murmuro conectando con sus expresivas pupilas doradas.

Él frunce el ceño y envuelve su brazo sobre mi hombro para incitarme a caminar hacia la entrada.

—Ya también la he visto, salimos bastante bien en la foto, creo que ahora eres la señora Vryzas— Bromea cerrando el paraguas.

—¡Eros, no es gracioso!

—No te preocupes por eso, encontraré la manera de que retiren ese artículo ¿Qué vas a hacer con el dinero? —Espera un momento ¿no está enfadado? Me esperaba a un furioso griego regañándome por haber vendido su regalo.

—Voy a invertirlo en acciones. —Respondo abriendo el portal.

—Una elección bastante inteligente, estoy muy orgulloso de ti. —Me abraza cálidamente y siento que estoy otra vez en casa. Él es mi hogar con todos sus defectos y virtudes.

El miércoles por la mañana admiro el pequeño edificio de ladrillos rojos frente a mí. Por su puesto con Beadles y Butler a mi lado, por más que tuvimos una acalorada discusión sobre la privacidad no conseguí que Eros torciera el brazo.

Hoy es el gran día, tengo la reunión con la empresa y estoy segura de que este es un nuevo comienzo a lo grande. Ellie es mi abogada y como no otro de los contactos de Amanda. Ella es una rubia alta de al menos un metro setenta y cinco con pocas curvas y muy delgada, en conclusión, parece una modelo.

—¿Usted es la señorita Sanders? —pregunta una chica castaña con más o menos mi edad cuando entro.

—Sí, ella es mi abogada Ellie, está aquí para ayudarme con todos los trámites legales.

—Encantada de conocerlas, yo soy Olivia Prescott, la dueña de Prix — dice colocando la credencial de invitados en el bolsillo de mi chaqueta y entregándole otra a Ellie.

—Igualmente —sonrió Intentando seguir su energético paso por el largo pasillo de coloridos azulejos.

—No sabe lo agradecida que estoy de que se haya animado a formar parte de este proyecto. La mayoría nos han rechazado y estábamos a punto de tirar todo por la borda. —Parlotea abriendo una pequeña sala de reuniones.

—Siéntese por favor. —Tomo asiento en una de las acolchadas sillas al lado de mi abogado y miro a Olivia justo a sus oscuros ojos marrones.

—Allí está el contrato, le ofrecemos el sesenta y cinco por ciento de la empresa por ciento cuarenta y ocho mil dólares. Puede llevárselo a casa y

analizarlo si así lo desea.

Busco la aprobación en el rostro de Ellie y cuando la obtengo me vuelvo a centrar en la castaña.

—No, está bien ¿en qué dispositivos están trabajando?

—Estamos trabajando en la creación de un Smartphone que no necesita tener conexión wifi o datos móviles para poder navegar por internet. Es un proyecto muy arriesgado porque realmente no sabemos si lograremos lo que nos estamos proponiendo. No le voy a mentir la empresa pende de un hilo y sino sacamos el dispositivo al mercado dentro de seis meses tendremos que cerrar. —Frunzo el entrecejo extrañada, me pregunto por qué Eros rechazó esta oferta. Parece bastante fuera de lo común y creo que puede tener el potencial para romper el mercado, al menos yo lo compraría.

El contrato no es muy extenso sin embargo está lleno de cláusulas legales que no entiendo, Ellie me explica pacientemente cada una de ellas y cuando terminamos pongo mi firma en el papel que dará comienzo a una gran aventura.

Capítulo 20. Pandora es sombría.

Rasgo el sobre de papel con una sonrisa de puro júbilo surcando mi rostro. Lo primero que saco son los resultados de los exámenes y sorprendentemente he llegado al notable alto en cada asignatura.

«¡Por fin!» grito para mis adentros leyendo mi nombre en el certificado que acredita que he finalizado la enseñanza secundaria.

—¡Trae para acá anda que esto hay que celebrarlo! —refunfuña Amanda arrebatándome bruscamente el boletín de notas.

—¡Oye!

Por su puesto que estaba a punto de recriminar a mi amiga por su molesta impaciencia, pero la melodía de Love, es decir el tono de llamada que le he puesto al contacto de Eros se ha adelantado actuando como una campana de salvación.

—¡Oh por Dios! ¿En serio le has puesto esa canción? —ríe ella haciendo que ponga los ojos en blanco mientras cojo la llamada.

—Buenas tardes, señorita Sanders. —Siento como el calor sube por mi cuerpo y se concentra en mis mejillas al escuchar el sensual tono de voz que emplea el magnate

—Buenas tardes, señor Vryzas.

—¡Felicidades! Me encantaría estar allí y darte la enhorabuena en persona, to méli mou. —Me fascina escuchar cuando sus labios sueltan alguna palabra griega, su acento es jodidamente caliente.

Al parecer esta semana ha sido todo un caos en la sede de Chicago, el centro de procesamiento de datos colapsó por completo causando una gran pérdida de dinero para la empresa y el avellanado tuvo que viajar antes de ayer para solucionar los inconvenientes. Nos hemos mantenido al día entre mensajes y llamadas, por primera vez he probado el fogoso *sexting* ^[3] a media noche y fue, cómo decirlo, ¡sombroso!

—¿Llegas hoy? —pregunto paseándome sin rumbo por el salón.

—Sí, llego a las ocho. Estoy muy contento por el gran paso que vas a dar, sin embargo, va en contra de mis principios dejarte ir sin terminar el curso de

secretaria. El sistema dual de enseñanza que tenemos en la empresa selecciona a una cantidad limitada de candidatas, sino lo terminas le habrás quitado a otra persona la oportunidad de obtener una profesión y un buen puesto de trabajo. —Explica recordándome que dentro de tres días vuelvo a reincorporarme en mi puesto.

—No te preocupes, lo haré.

—Pídele que venga con nosotras —murmura Amanda moviendo las cejas insinuadamente.

—Amanda y yo iremos esta noche a algún sitio a festejar ¿Quieres venir con nosotras? —La línea de repente se queda en silencio y despego el teléfono de mi oído para comprobar que aún sigue conectado en la llamada.

—Lo siento, Nova, en cuanto llegue tengo que hacer algo muy importante ¿Tal vez otro día? —Frunzo el ceño intentando analizar la voz que ha utilizado ¿Era eso melancolía?

—No pasa nada, otro día será. Te escuchas umm.. Raro ¿Estás bien?

—Desde luego, solo tengo ganas de verte —contesta aclarándose la garganta.

—Yo también, Cupido. —Él suelta una sonora carcajada sacándome una sonrisa tonta.

—No te rindes ¿cierto?

—Tú me pones sobre nombres que no entiendo y cupido te queda como anillo al dedo ¿Algún día me dirás qué significa to méli mou? —contraataco disfrutando del repentino olor a galletas recién hechas que está entrando por alguna ventana abierta.

—Señor Vryzas, ya la hemos localizado. —Oigo una voz de fondo al otro lado de la línea, el griego murmura algo que no logro escuchar.

—Te lo dejo como tarea, dulzura. El jet está a punto de despegar, nos vemos luego.

—Adiós. —Contengo mis ganas de gritarle que lo amo, aunque hemos avanzado bastante y tenemos una relación formal él no lo ha dicho aún, eso hace que me sienta un poco insegura, pero estoy dispuesta a esperar hasta que se sienta preparado, no quiero presionarlo en nada. Yo sé perfectamente lo duro que está siendo para él dejar que traspase los muros que ha estado creando durante años y no es fácil confiar después de que alguien destruyera tu confianza, ambos estamos trabajando lentamente en eso.

Un pitido me notifica que la llamada ha sido terminada y suspiro cerrando los ojos por unos segundos.

—No me puedo creer que aún no me hayas presentado al único hombre que ha logrado meterse entre tus piernas —parlotea Amanda sin pelos en la lengua volviendo de la puerta principal. Estoy tan distraída que ni siquiera me he dado cuenta de que ya no estaba aquí.

—Lo viste en Punta Cana y hoy no puede venir con nosotras, tal vez otro día podrás conocerlo.

—Lo entiendo, está muy ocupado aumentando los ceros en su cuenta bancaria. Por cierto, un repartidor ha traído esto. —Amanda se retira el pelo de los hombros con desdén y pone una caja pequeña entre mis manos.

Desato el moño de satén negro y destapo la caja encontrándome con una delicada agenda de color rojo. Con mis dedos acarició la reluciente abeja dorada que está incrustada en la cubierta y al abrirla la agenda la primera página está escrita.

«Para mi ocupada pequeña empresaria: Espero que esto le sirva para organizar su nueva y apretada agenda, señorita Sanders. —De parte de su encantador novio.» Las palabras me roban una sonrisa y un agradable cosquilleo se apodera de mi estómago. Vryzas cada día me sorprende más.

—¡Por Dios! Deja de suspirar por tu sexy millonario y ponte los zapatos que nos vamos de juerga —grita entusiasmada mi amiga meneando las caderas mientras se acaricia su vientre de embarazada.

Niego con la cabeza riéndome. —¿Llamas juerga a ir a comer helados?

—¿Prefieres una discoteca?

—No me gustan ese tipo de lugares, sabes que odio pasar entre los cuerpos sudorosos de las personas que probablemente están borrachas hasta las trancas y ni hablar del volumen de la música —respondo metiendo los pies en unas desgastadas deportivas Converse.

—¿Estás segura de que quieres ir con ese collar que grita róbame?

—Sí, hoy tengo ganas de llevarlo puesto. —digo acariciando la tortuga.

Amanda se pasa veinte minutos en busca de la camiseta perfecta y despotricando sobre lo injusto que es que ya no le valga su blusa favorita. Cuando finalmente se decide por una camisa de estampado floral salimos de casa.

—¿Te ha puesto guardaespaldas? —inquire lanzándome una mirada incrédula.

Yo me encojo de hombros divisando a Beadles y Butler caminando hacia nosotras bajo los últimos rayos del sol.

—Buenas tardes. Amiga, ellos son Ryan y Beadles.

—Yo soy...

—La señorita Milani, tenemos informes de todas las personas cercanas a la señorita Sanders —la interrumpe Beadles abriendo la puerta trasera del Range Rover.

Entro sorprendida después de Amanda con la boca por los suelos. Me parece que esto se le está saliendo de las manos al magnate.

—Creo que tu hombre no está bromeando cuando dice que quiere protegerte —susurra ella cerca de mi oído.

—Pablo sabe donde vivimos.

Amanda suelta un grito ahogado y aprieta mi mano.

—¡Joder! Entonces no está siendo exagerado, Nova, no podemos confiar en nadie, no sabemos hasta dónde puede llegar ese sujeto —las palabras de mi amiga me ponen a pensar ¿cómo habrá averiguado nuestra dirección? Solo unas cuantas personas conocen el lugar en donde vivimos y todas son amigas. Un escalofrío me recorre al imaginar que quizás ha estado siguiéndome desde hace tiempo.

—¿A dónde desean ir señoritas? —interroga Ryan en un falso tono formal, estoy segura de que Beadles le ha dicho algo.

—A la mejor heladería. —Amanda vuelve a centrar su intensa mirada verdosa en mí.

—Olvidémonos de él un momento y centrémonos en lo más importante. Me enorgullece ver que estás a unos pasos de cumplir uno de tus sueños y como siempre quiero que sepas que estoy incondicionalmente aquí para ti.

—Muchas gracias, te quiero —hablo tratando de darle un abrazo con los cinturones de por medio. A veces el mejor impulso es tener a una persona que te empuja a dar lo mejor de ti.

—¿Cuándo termina el papeleo para pasar la empresa a tu nombre?

—La empresa no será completamente mía y según la abogada puede tardar unas cuantas semanas. —Artículo sacando algunos hilos de mi desgastado pantalón de mezclilla.

El vehículo se detiene justo en frente de un local pintado en rosa pastel con un helado gigante de tres bolas como letrero. Por lo que veo Ryan se conoce la ciudad entera y tiene una gran habilidad con los atajaos.

Mi amiga camina de forma graciosa delante de mí, a penas llega a los cinco meses de embarazo y doy por sentado que está exagerando.

La calle en la que nos encontramos tiene locales de hostelería por todas partes y la mayoría están llenos.

—¿Cómo es tu apuesto griego en la cama? —cuestiona mi amiga en el momento en que nos sentamos en la acogedora terraza de la heladería.

Me muerdo el labio inferior esquivando su inquisitivo escudriño y me ruborizo recordando varios de nuestros candentes encuentros.

—Es fantástico —musito soñadoramente.

Amanda suelta una risilla cómplice. —Eso lo dices porque no has probado un trío.

—¡Amanda!

No es nada agradable imaginarte a tu amiga en medio de dos tíos, me estremezco sacando esas imágenes de mi cabeza.

—Buenas tardes ¿desean algo de tomar? —pregunta la camarera dejando las cartas del menú sobre la mesa.

—Yo quiero dos bolas de sorbete exótico ¿y tú Amanda?

—¿Tenéis brownie?

—Lamentablemente no, pero en el restaurante de en frente tienen una muy buena receta. —Expone amablemente la camarera apuntando en su libreta para posteriormente irse.

Mi amiga frunce los labios y se pone de pie. —Voy a por mí brownie.

—Siéntate, yo voy a por él y de paso veo si hay algo que me guste —le digo entregándole mi bolso, últimamente sus pies se han hinchado mucho y si puedo evitar que vaya hasta allí lo haré.

—Que no tenga frutos secos por favor —asiento encontrándome con mis niños al darme la vuelta.

—Solo voy al restaurante de en frente, no necesito que nadie me persiga.

—Señorita Sanders, en el único lugar que la podemos dejar sola es en el interior de su vivienda —manifiesta Beadles colocándose a mi lado.

Yo pongo los ojos en blanco molesta, tendré que discutir los límites con Eros otra vez.

—Por favor, solo será un momento. —Beadles parece tener un debate interno, pero al final termina accediendo a mi petición.

Aunque el clima ha mejorado notoriamente aún el viento sigue soplando con fuerza.

Cruzo la calle llegando al sofisticado restaurante. El mantenimiento de este lugar debe de costar una fortuna teniendo en cuenta que parece estar hecho de caoba, la estructura es un poco inusual ya que parece una rústica cabaña rural.

Varias parejas están reunidas en los sillones de la terraza bajo la tenue luz de las farolas, se podría decir que es la velada romántica perfecta.

Al pasar por la mesa de una de las parejas no puedo evitarlo y escucho su conversación pasiva agresiva.

—¿Por qué me pides el divorcio después de tanto tiempo? —pregunta la pelinegra sin demostrar ni un ápice de sufrimiento haciendo que me pregunte si realmente quiere a su pareja.

Hago una mueca con los labios, no me gustaría verme en una situación como esa. Ciertamente cuando te casas lo haces porque sientes que esa persona es la indicada y es la misma con la que deseas pasar el resto de tu vida. Por desgracia no tenemos la capacidad de saber lo que nos depara el futuro y cada una de nuestras decisiones influyen en la creación de este. No sé exactamente que es lo que hace que dejemos de amar a alguien a quien juramos amar para siempre porque incluso después de que nos dañan continuamos amándolos. Muchas veces no hay un conflicto mayor y simplemente la llama se va marchitando hasta apagarse por completo.

—He conocido a alguien y quiero enterrar el pasado para siempre ¿Estás bien con eso?

Cuando la otra persona habla mi cuerpo se sube en una montaña rusa de emociones amargas. Mi pulso desciende drásticamente y mi cabeza comienza a dar vueltas. Es como si todo estuviera pasando en cámara lenta, ya no escucho el bullicio y las risas de la gente a mi alrededor. Mi corazón se comprime dolorosamente y mi estómago da un vuelco. Cierro los ojos intentando despertarme de la pesadilla, pero eso no ocurre y sigo plantada en el mismo lugar. No parece real, soy incapaz de moverme, quiero huir y refugiarme en el lugar más recóndito del planeta. La conversación se repite varias veces como un disco rayado en mi cabeza, una y otra vez sin detenerse. Quiero que todo sea un mal sueño e ir directamente a sus brazos, sin embargo, haciendo eso me opondría drásticamente a todos mis principios.

Escucho un ensordecedor sollozo, pero me doy cuenta muy tarde de que he sido yo.

—¿Genova? ¡Oh, Mierda! —Eros se pone de pie con rapidez y se acerca a mí haciendo el amago de tocarme, me retiro drásticamente y ya nada detiene a las lagrimas que descienden a borbotones por mis mejillas.

Intento que todos los sentimientos vehementes que siento por él se transformen en algo más, en algo violento, en algo que me permita alejarlo de mí rápido. Todo se desmorona en un solo segundo, teniéndolo en frente de mí, mirando directamente a los ojos de la persona a la que le he entregado mi corazón. Si me quedo me ahogaré en el dolor y la desesperación. Veo el

desconcierto en sus pupilas y escucho como en el fondo de mi alma algo se rompe.

—¿Por qué me has mentado? —susurro en un hilo de voz como si me estuviera haciendo la pregunta a mí misma.

—No es lo que piensas —dice pasándose los dedos por el pelo, por primera vez lo veo vulnerable y no es una sensación grata.

—Estás casado y me dices que no es lo que pienso —mi labio inferior tiembla al igual que todo mi cuerpo.

—Vamos a un sitio más privado para explicarte mejor las cosas. Por favor. —Niego con la cabeza limpiando por brusquedad mis lagrimas, estoy tan abrumada que no logro colocar mis pensamientos en orden.

—Sabes por todo lo que he pasado y aún así has jugado con mi confianza ¿Por qué?

—Genova, por favor, vámonos. —Suplica tratando de acortar la distancia entre nosotros.

Miro a las personas a nuestro alrededor, ellos han dejado de lado las cosas que estaban haciendo para centrarse en nosotros. Una parte de mí me pide a gritos que me aleje inmediatamente, pero la otra me suplica que busque respuestas.

—Está bien. —accedo con la voz rota abrazándome a mí misma.

Cuando me subo en su coche ni siquiera me acuerdo de que he dejado a Amanda esperando por mí. El viaje pasa en un silencio absoluto, no me gusta el silencio, él deja que los pensamientos que van a mil por hora en mi mente se escuchen más alto. El dolor quema cada fibra de mi ser y no quiero mirarlo, no quiero sentir esto, no entiendo nada. Solo quiero desaparecer y dejar de sufrir.

El camino pasa tan lentamente, se siente como una eternidad y parece que la lujosa carrocería del Lamborghini se está cerrando a mi alrededor. Lo único que se escuchan son mis sollozos. Ni siquiera me importa la velocidad a la que conduce, se pasa los semáforos y escucho sus maldiciones. El magnate aparca el coche en su casa y no espero a que abra la puerta para mí simplemente salgo dando un portazo.

Pierdo la estabilidad y el suelo a mis pies tiembla. Observo con los ojos cristalizados como abre la puerta de su casa y lo persigo hasta el salón.

—¿Soy tu amante? ¡Y no quiero más mentiras! —inquiero con amargura.

—No, exactamente, me he divorciado para poder estar contigo. Cuando vine de Grecia me casé con Selene para poder traerla conmigo, te dije que la amé y siempre lo haré porque ella fue mi primer amor y eso nunca se olvida.

—Sus palabras me empujan sin piedad por un acantilado, me tapo la boca y cierro los ojos para no verlo.

¿Por qué sigo aquí?

—Entonces deberíamos de terminar con todo esto —confieso titubeante sin saber realmente lo que quiero.

De un momento a otro se posiciona delante de mi y me aprisiona entre sus fuertes brazos.

—No nos hemos visto durante años por lo que te conté hace unas semanas, hoy he tenido el valor de pedirle el divorcio. No me dejes por favor. —ruega mirándome con sus ojos color miel cristalizados y el aire se escapa de mis pulmones, se ve débil, vulnerable y vacío como un niño pequeño que acaba de perder a su madre ¿Dónde está Eros Vryzas?

—Tú... la amas a ella. —Tartamudeo sin querer decirlo realmente.

—Yo te amo a ti, Genova. —Y entonces todo cambia drásticamente, mi corazón late con irregularidad, mi mente no sabe que está pasando exactamente, la información tarda en procesarse y aunque me hace feliz la espina ya se ha clavado en mi alma.

Vryzas choca sus labios con los míos y empieza a besarme con desesperación. Justo en ese momento me odio, me odio porque aún me siento en casa cuando me toca, me odio por amarlo incondicionalmente y me odio por no haber detenido esto a tiempo.

Intento detenerlo no obstante mi cuerpo piensa lo contrario y dejo que sus manos deambulen libremente por mi cuerpo, dejo que sus labios se apoderen de los míos. El beso es una bruma de sensaciones diferentes y mi mente desconecta por completo quedándose en blanco. Nuestras lenguas luchan por conseguir el trono del más dominante. Nos separamos para tomar una gran bocanada de aire y continuar con el candente balanceo de nuestros labios, ya no hay dolor, no hay sufrimiento, solo está el fuego ardiente que viaja por mi cuerpo hasta centrarse en mi punto más sensible. Acaricio su rostro con anhelo y desasosiego. Saboreo la menta en su boca y gimo satisfecha.

Eros me eleva por la cintura y envuelvo los muslos alrededor de sus estrechas caderas, no hay espacio entre nuestros cuerpos, sus labios descienden por mi cuello y jadeo excitada sintiendo mis pechos más pesados. El magnate camina hacia su habitación y me deposita sobre el mullido colchón donde su picante aroma me golpea, está por todo el lugar.

Con desesperación desabrocha mi pantalón y lo desliza fuera de mis piernas. Empieza a dejar mojados besos desde mi empeine hasta mi ingle

mirándome con lujuria, arqueo la espalda respirando entrecortadamente. Con las manos temblorosas desabrocho los botones de su camisa blanca y la retiro de sus hombros bajándola por sus fornidos brazos.

—No puedo más —gimotea quitándome la camiseta para atrapar mis pechos entre sus grandes manos. Suspiro sintiendo la burbujeante sensación del deseo.

La barrera entre ambos desaparece ya no hay ropa solo están nuestras pieles desnudas rozándose entre sí. Miro sus brillantes pupilas doradas y mis ojos vuelven a cristalizarse. Vryzas juguetea con mis turgentes pezones entre sus labios y un latigazo de hormonas revolucionarias retumba en mi débil cuerpo. Él se cierne sobre mi y su prominente erección punza contra mi monte de Venus. Estoy ardiendo en llamas y sé que no aguantaré mucho.

—Te amo. —Susurra en mi oído antes de invadirme con lentitud.

—¡Oh Dios! —gimo cuando se retira tocando cada una de mis terminaciones nerviosas.

Entonces las lagrimas deciden caer por mis sienes.

Vuelve a arremeter en mi interior rozando ese punto tan dulce. —No me dejes por favor, no lo hagas —ruega saliendo casi por completo para penetrarme de repente haciendo que tiemble bajo su cuerpo. Mi corazón se derrite consternado al ver como el gran Eros Vryzas se derrumba.

El glorioso sonido de nuestras respiraciones entrecortadas y nuestros cuerpos chocando resuena en toda la habitación. Sus embestidas son lentas y constantes, el clímax se arremolina a una velocidad vertiginosa en mi vientre. Él gime en mi oído y un placentero hormigueo empieza a recorrer su camino desde la punta de mis dedos hasta los últimos pelos de mi cabeza.

Gotas de agua comienzan a caer sobre mis mejillas, él está llorando y el dolor insistente desgarrar mi pecho desde el interior.

—Dime que me amas —pide roncamente embistiéndome con más ímpetu.

—Te amo. —Murmuro arrastrando las uñas por su espalda. Estoy tan cerca, casi puedo saborearlo.

Uno, dos, tres, no se detiene, es implacable. Me retuerzo lloriqueando intentando calmar todas las sensaciones que me están invadido. Él está arrasando conmigo, no tiene compasión, aprieto mis talones en sus glúteos y me tensó poniendo los ojos en blanco. Mis muslos tiemblan y los dedos de mis pies se encogen, el universo se detiene por unos segundos y es ahí cuando ambos explotamos al unísono volviéndonos uno, entre jadeos, lagrimas e inteligibles suplicas.

Eros sale de mí dejando un inconfundible vacío en su lugar y se tira a mi lado abrazándome por la cintura. ¿Es así como vamos a solucionar todo? El velo de pasión se desvanece tras unos pocos segundos. Me ha dicho que me ama y no sé si estaba diciendo la verdad.

Como una tonta he vuelto en confiar en alguien más y mi confianza ha sido ultrajada y pisoteada, como una tonta he vuelto a amar y las piezas de mi corazón se han perdido. Muerdo mi labio inferior atrapando un sollozo en mi garganta.

—Prométeme que no te vas a ir, nena. —Nunca pensé que vería a alguien como él llorando, pero hoy lo he hecho.

—Te lo prometo. —Sé que estoy mintiendo y que esto ha sido definitivamente una despedida, esto ha sido nuestro último día.

En poco tiempo Vryzas se duerme dejándome sumida en mis pensamientos, me doy la vuelta inspeccionando sus cálidas facciones por última vez y dejo un beso sobre sus labios con pesar. Una relación forjada sobre una montaña de mentiras nunca va a funcionar, nos estamos haciendo daño.

Sin hacer mucho ruido me escabullo fuera de la cama para vestirme con el corazón roto, en la mano. De su mesita de noche tomo un papel y bolígrafo. Me quito el collar que me regaló en Punta cana y lo dejo a su lado, junto a una nota que dice; te amo en mayúsculas.

Salgo a la fría noche sin poder creérmelo, siento que todo mi mundo se ha destruido.

Lo amo con todo mi ser y esa será mi condena. Mis pies se arrastran por la carretera y camino sin rumbo alguno hasta que mis rodillas ceden y chocan con el asfalto.

Hoy Eros me ha matado sin piedad, hoy él se ha convertido en mi Verdugo.

Glosario

Griego-español

(σκατά, Δεν ξέρω αν αυτό θέλω) Skatá, den xéro an aftó thélo!: ¡Mierda, no sé si es eso lo que quiero!

(το μέλι μου) To méli mou: Dulzura mía.

(μέλι) Méli: Dulzura (literalmente miel)

(είσαι ένα πειρασμός) Eísai éna peirasmós: Eres una tentación.

(το λέαινα μου) To léaina mou: mi leona.

(λέαινα) Léaina: Leona

(Θεέ μου) Theé mou: Dios mío



Nací en primavera, una de mis estaciones favoritas y desde ese diecinueve de abril he estado visitando diferentes países del mundo. Muchos me conocen como Shawtyonlyjb, pero mi nombre real es Yaira. Me encanta escribir en mi tiempo libre y leer en las noches.

Mi opera prima, VERDUGO ha sido la ganadora del concurso “LAS CENICIENTAS DE HOY” de la plataforma Litnet

[1] Una alfombra flokati es una alfombra hecha a mano de lana shag

[2] O gofres: Un waffle es un tipo de torta muy crujiente, similar a la galleta y que presenta una división en cuadrículas o rejilla

[3] alude al envío de mensajes con contenido de tipo pornográfico y/o erótico a través de los teléfonos